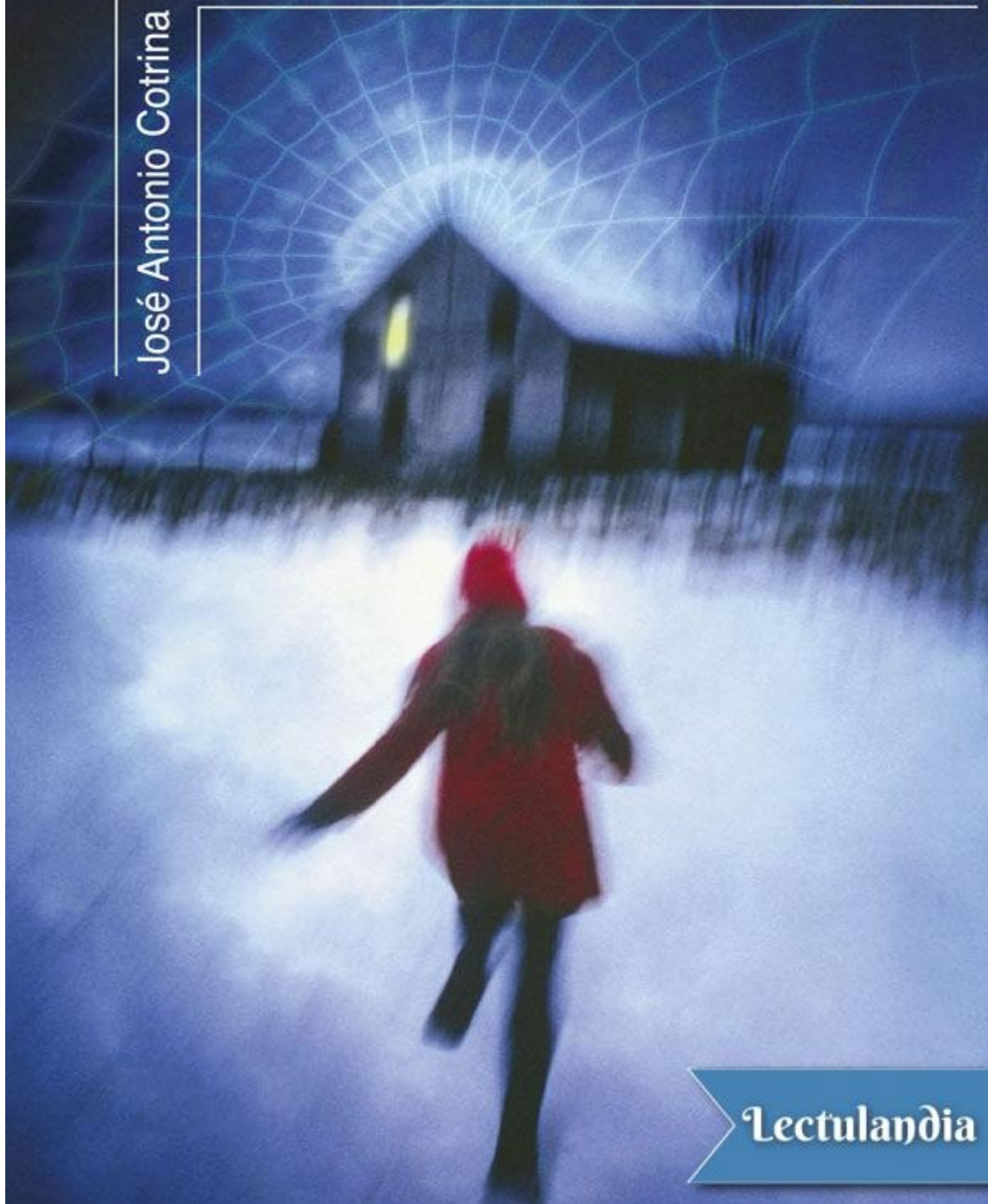


La casa de la Colina Negra

José Antonio Cotrina



Lectulandia

Todos los lugares de la tierra están conectados entre sí por una telaraña de magia. Pero la casa de la colina Negra ha sido desconectada. Sus habitantes, la familia de Víctor, se esconden para no resucitar a la Magia Muerta, que a tan nefastas guerras dio lugar en el pasado. Muchas criaturas del inframundo están interesadas en que la Magia Muerta reviva y para ello hace falta la sangre de un mestizo, y Víctor los es: hijo de hada y mago. Cuando el espectro agonizante de Paula se refugia en esa casa por una fisura de la telaraña, Víctor y su familia serán descubiertos. El infatigable acoso de la Sombra reducirá progresivamente sus posibilidades de salvación. Un día, un grito pavoroso estremece la casa de la colina Negra. Es el anuncio de que el tiempo del terror, el tiempo de las pesadillas está llamando a la puerta...

Lectulandia

José Antonio Cotrina

La casa de la colina negra

ePub r1.1

epublector 23.06.14

Título original: *La casa de la colina negra*

José Antonio Cotrina, 2006

Editor digital: epublector

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com



... nuestra primera mirada, nuestra primera caricia, nuestro primer abrazo,
nuestro primer día de colegio, nuestro primer profesor,
nuestro primer amigo, nuestro primer amor, nuestro primer beso,
nuestro primer día de trabajo, nuestra primera vez,
nuestro primer hijo, nuestro primer libro...

gracias a todos por haber creado este sitio especial

gracias a todos por hacernos más libres

gracias a todos por este primer año de EPL

EDICIÓN CONMEMORATIVA

WWW.EPUBLIBRE.ORG

Para mis padres

Un tiburón en la piscina

En la piscina había un tiburón blanco.

Había aparecido poco antes del amanecer, cuando todos los de la casa dormían. Primero el agua se agitó y burbujeó, como si se hubiera puesto a hervir; luego las burbujas se fueron uniendo unas con otras, dibujando la tosca figura de un pez enorme. Pocos minutos después, un gran tiburón blanco nadaba en la piscina y lo hacía con tal naturalidad que daba la impresión de haber estado ahí toda la vida.

Víctor lo descubrió al asomarse a la ventana, nada más despertar. Hacía una mañana espléndida para ser noviembre, luminosa y cálida. El muchacho contemplaba distraído el bosquecillo tras la casa, cuando un rápido movimiento en la piscina, que quedaba justo bajo su habitación, le hizo mirar hacia allí.

Una aleta triangular rasgaba veloz la superficie del agua. Víctor apoyó las manos en el alféizar de la ventana y se asomó aún más. El agua era tan clara que el animal parecía volar entre las paredes de mosaico azul. No sabía muy bien por qué, pero Víctor tenía la sensación de que al tiburón no le importaba que la piscina fuera pequeña. Era feliz allí.

Durante un buen rato se entretuvo admirando las evoluciones del tiburón, hasta que escuchó a su madre llamándole desde la planta baja y se apartó de la ventana.

Víctor se quitó el pijama y se enfundó en sus pantalones vaqueros. Sacó una camiseta negra del cajón de su cómoda y se la puso. Luego se lanzó en plancha sobre las mantas revueltas y, cabeza abajo, con la frente apoyada en el suelo, buscó sus deportivas bajo la cama. Mientras atraía la zapatilla izquierda hacia él, tirando de un cordón, algo se agitó dentro. Víctor sonrió y la sacudió sobre la alfombra.

Un diminuto ratón gris cayó del interior, chillando indignado. Le miró furioso, agitó los bigotes y echó a correr hacia un agujero de la pared.

—Búscate otro sitio para dormir... —le aconsejó el muchacho—. Algún día me olvidaré de mirar y desayunaré zumo de ratón.

Dos grititos airados replicaron desde el agujero. Víctor se sentó en el borde de la cama y se puso las zapatillas mientras tarareaba una canción. Se había despertado de buen humor.

Se miró en el espejo redondo sobre la cómoda. Un joven moreno de pelo revuelto

y nariz respingona le devolvió la mirada, tan risueño como él. Víctor sonrió y su reflejo hizo lo mismo pero un segundo más tarde, como si esa repentina sonrisa le hubiera pillado desprevenido. De pronto la imagen en el espejo comenzó a temblar, parpadeó como un canal de televisión mal sintonizado y fue sustituida por el reflejo borroso de la cocina de la casa. La nueva imagen fue ganando nitidez hasta aclararse por completo. Víctor vio a su madre ante los fogones, removiendo una enorme cacerola humeante con un cucharón de madera. La mujer alzó la cabeza y miró en dirección al cuarto de Víctor, con el ceño ligeramente fruncido. Su pelo rubio estaba recogido en una inmensa coleta que caía sobre su hombro y que casi le llegaba hasta la cintura.

—¡Víctor Torres, te he llamado hace media hora! —gritó—. ¿Quieres llegar tarde a clase?

—¡Hoy es domingo, mamá! ¡No hay clase!

Su madre arrugó la nariz y sacudió la cabeza. Era cierto. Era domingo y lo había olvidado. A veces las pequeñas cosas, lo más cotidiano de la existencia humana, le parecían un profundo misterio. Como el que parcelaran algo tan mágico como el tiempo. Para ella eso era como poner vallas al mar.

—Pues baja antes de que se enfríe —dijo, sin gritar ya. Sentía cerca la mirada de su hijo, aunque no fuera capaz de verlo—. He hecho chocolate y buñuelos... Me estás viendo en el espejo, ¿verdad?

El muchacho asintió. Ella le miró directamente, sonriendo. Sus ojos eran de un color verde intenso. Era hermosa como sólo las hadas podían serlo.

En la imagen del espejo se interpuso la figura desgarbada de su padre, que entraba en la cocina con el pijama todavía puesto y el pelo disparado en todas direcciones.

—Buñuelos... —canturreó.

—Ya lo ves, Víctor... Si no bajas pronto, tendrás que conformarte con las migas —le advirtió su madre.

Su padre se subió las gafas y miró a su alrededor, tratando en vano de encontrar a su hijo. Se encogió de hombros y dedicó toda su atención al desayuno.

Víctor se preguntó qué curioso capricho de la naturaleza había sido el culpable de que se pareciera tanto a él y tan poco a ella. Cuando veía a su padre, no podía evitar pensar que se veía tal y como sería dentro de treinta años.

La imagen del espejo volvió a parpadear y Víctor se encontró otra vez cara a cara con su reflejo. Sonrió de nuevo y bajó de la cama de un salto. Se sacudió el fondillo del pantalón y echó a andar hacia la puerta. Cuando la cerró tras él, las mantas y el cobertor comenzaron a moverse despacio, estirándose y trepando sobre el colchón hasta que la cama quedó perfectamente hecha.

Por el agujero de la pared asomó el hocico rosáceo del ratón gris. Bufó y volvió a esconderse.

«No eres quien busco»

Víctor salió de su cuarto. Ni el pasillo ni la disposición de la casa eran ahora iguales a como los recordaba de la noche anterior. Hasta el papel de las paredes había cambiado. El día antes, el pasillo zigzagueaba y giraba en múltiples curvas mientras que hoy era un camino recto. Terminaba a su espalda en un muro blanco en el que se podía ver una puerta diminuta y torcida, demasiado pequeña como para poder pasar. Se dirigió hasta las escalinatas de mármol negro que bajaban en espiral a la planta baja: tampoco esas escaleras estaban allí el día anterior.

La casa cambiaba cada noche. A veces eran modificaciones sutiles, como una puerta que se trasladaba de lugar o una variación en el color de una alfombra; otras, eran mucho más radicales, tanto que a veces su padre y él tenían que orientarse a voces para dar el uno con el otro. Ayer, todos los muebles de la casa habían amanecido tallados en jade. Y hacía poco más de una semana que una exuberante selva tropical había aparecido por toda la casa y la más variopinta fauna salvaje se hizo dueña y señora de pasillos y habitaciones.

—Niño... —una voz lo llamó justo cuando estaba a punto de poner el pie en el primer escalón. Se dio la vuelta. Normalmente le ofendía que alguien se dirigiera a él llamándolo niño, pero había reconocido la voz y pertenecía a alguien con quien no podía enfadarse.

Era un hombre pálido, translúcido. Medía casi dos metros de alto y la expresión en su rostro era la de alguien completamente desorientado. Vestía una raída levita gris y llevaba un monóculo en su ojo izquierdo. Estaba a su espalda, justo en el lugar por el que acababa de pasar.

—¿Puedo preguntarte algo?

Su voz recordaba al sonido de arena cayendo sobre arena.

Víctor asintió. Sabía lo que venía a continuación.

—¿Cómo te llamas? —dijo, mirándolo con intensidad. Su ojo se agigantó tras el monóculo.

—Me llamo Víctor... Víctor Torres.

El fantasma, pues de eso se trataba, suspiró y sacudió la cabeza, entristecido.

—No eres él... No eres quien busco.

—No, no lo soy.

Aquel hombre era uno de los errantes de la casa, un fantasma que se le aparecía de cuando en cuando, siempre en el mismo lugar, para hacerle siempre la misma pregunta, como si olvidara por completo sus anteriores encuentros.

—Algún día daré con él, ¿sabes? Llevo tiempo buscándolo, pero sé que, al final, lo encontraré.

—Estoy seguro —le animó Víctor con una gran sonrisa. El espectro se desvaneció poco a poco ante sus ojos, como si una mano invisible lo estuviera borrando con delicadeza.

El muchacho descendió las escaleras con rapidez, casi a saltos. La planta baja no había cambiado demasiado desde la noche anterior y, aunque lo hubiera hecho, no habría tenido problemas para orientarse: el aroma a bollería caliente señalaba el camino hacia la cocina como si fuera un faro.

La lámpara de araña se balanceaba suavemente en el techo del salón. El sol entraba a raudales por las amplias ventanas, llenando de charcos de luz la gran estancia. Las sombras de los muebles parecían agitarse, indecisas, como si estuvieran mal pegadas al suelo y las paredes. Mientras pasaba junto al piano, la sombra de este saltó de la alfombra, se encaramó al sillón y echó a volar. Atravesó uno de los ventanales para enfilarse directa hacia el cielo como una disparatada cometa de tela negra.

Víctor la siguió con la mirada hasta que el brillo del sol lo deslumbró. Se frotó los ojos y siguió su camino a la cocina.

Fuera, la sombra revoloteó durante un buen rato, haciendo piruetas y jugando entre las copas de los árboles. Cuando regresó al salón para ocupar su puesto a los pies del piano, no lo encontró. El instrumento se había marchado en busca de su sombra y se había perdido en la inmensidad de la casa de la Colina Negra.

Presentimientos y buñuelos

—Buenos días, trasto —lo saludó su padre nada más entrar en la cocina. Estaba sentado a la mesa de formica, terminando el desayuno. No se había afeitado aún y tenía todo el aspecto de alguien que se acaba de levantar de la cama. Su padre casi siempre tenía esa apariencia.

—Buenos días.

—Buenos, buenos... —canturreó su madre, envuelta en el vaho blanco que salía de la olla—. Hasta que dejen de serlo, por supuesto.

—¿Sigues con eso? —le preguntó su marido. Se levantó de la mesa con el tazón vacío en las manos y se dirigió al fregadero.

Víctor ocupó su sitio y echó mano a su tazón todavía humeante. Luego se acercó la bandeja repleta de buñuelos, examinándolos en busca del más gordo.

—Sigo, sí. Te lo he dicho nada más levantarme. Va a pasar algo... Lo puedo sentir. Y deberías hacerme caso, Eduardo... —le amenazó con el cucharón de madera—. Sabes que mis presentimientos nunca fallan.

—Y te hago caso, Diana —concedió él mientras fregaba el tazón en la pila—. Si dices que va a pasar algo, pasará... Haga yo lo que haga o lo repitas tú mil veces.

—Hay un tiburón en la piscina. Un tiburón blanco —comentó Víctor con la boca repleta de buñuelo—. Quizá fuera eso lo que presentías, mamá...

—No hables con la boca llena...

—¿Un tiburón? —preguntó su padre, mirándolo por encima de la montura de sus gafas. Todavía tenía la barbilla manchada de chocolate—. ¿Estás seguro?

Víctor tragó con rapidez el bollo antes de continuar hablando.

—Segurísimo. Hay muy pocas cosas que se puedan confundir con un tiburón.

Su madre negó con la cabeza.

—No, no es eso. Es otra cosa... —olisqueó el humo blanco que surgía de la olla. Asintió complacida y dejó de remover—. Esto ya está. Pásame los botes vacíos del armario.

—Creo que la casa te da la razón... —comentó su marido mientras le alcanzaba los botecitos de cristal del armario—. El tiburón puede ser un espíritu guardián. Una manera de protegernos o de decirnos que algo malo se aproxima. Tendremos que

estar atentos...

Víctor sonrió para sí.

Vivían en la casa de la Colina Negra, el lugar más maravilloso sobre la faz de la tierra. Allí nada malo podía sucederles.

Monstruos

—La casa está muerta... —dijo la anciana, limpiándose las manos llenas de hollín y polvo en la falda.

La cosa informe que estaba junto a ella asintió con varias de sus cabezas. Sí, desde luego, la casa estaba bien muerta. Las ruinas de lo que media hora antes había sido un caserón solariego todavía humeaban a su alrededor. Muebles, puertas, tabiques, techos: todo había volado por los aires y se encontraba desparramado por el prado.

Aún quedaba magia entre los cascotes, pero era una magia moribunda. Un montón de cenizas se transformó en una docena de mariposas que al tratar de remontar el vuelo se convirtieron en polvo. En un extremo de la casa destruida se alzó una cortina de luz. Varios ladrillos saltaron del suelo y comenzaron a apilarse unos sobre otros, formando la base de un pequeño muro. La casa trataba de reconstruirse y era tal su ímpetu que se podía pensar que lo conseguiría. Pero el muro no había alcanzado dos metros de altura cuando se derrumbó con estrépito. La cortina de luz se convirtió en una diminuta aurora boreal y luego desapareció sin dejar rastro.

La anciana caminó despacio sobre los restos. Sus movimientos eran extraños, como si avanzara a espasmos. La cosa informe correteaba a su alrededor. Se alejaba unos metros, rebuscaba entre las ruinas y volvía a toda prisa junto a ella. Era del tamaño de un perrito y actuaba como tal.

—Allí... —gruñó la mujer señalando con un dedo hacia un leve resplandor cubierto de escombros. Al instante las piedras salieron despedidas dejando al descubierto a la joven que se había ocultado entre ellas. Miró a la anciana con el rostro contraído por la rabia y con los ojos, de un azul desvaído, llenos de lágrimas.

—¡Monstruo! ¡Eres un monstruo! —gritó.

—Lo soy, es cierto —contestó la anciana con una gran sonrisa—. Eres muy perspicaz, querida Paula.

La joven estaba tumbada en el suelo. Parecía transparente; casi se podía ver a su través. Irradiaba una suave luz de plata que la rodeaba como una nube. Y si era plateada la luz que emanaba de ella, lo que surgía de la anciana era una tenebrosa oscuridad, una bruma que la seguía a donde quiera que fuese. La cosa corrió en dirección a la joven, chasqueando sus pinzas y sus garras, abriendo y cerrando sus

bocas. El hermoso rostro de la chica se transformó en una mueca de terror. Trató de retroceder y durante un instante flotó en el aire como un jirón de niebla con forma humana; luego volvió a caer a tierra. Parecía agotada. Sus lágrimas brillaban como diamantes líquidos.

—Paula, Paula... —canturreó una de las cabezas del monstruo—. Te maté hace años... ¿Todavía no me has perdonado?

—Déjala en paz —ordenó la anciana. A continuación se dirigió al espíritu—: Eres un fantasma, Paula, Y no puedes morir, sólo desvanecerte en el olvido, perderte en la nada. Quizá eso sea un descanso para ti, pero no lo pienso permitir —metió una mano en un bolsillo de su falda y sacó una botella de cristal tallado—. Dispones de cierta información que nuestro amo quiere que compartas con él. Por las buenas o por las malas.

—¡Nunca os diré nada!

—Oh... Sí que lo harás, preciosa niña muerta... —dijo la cosa informe dando saltos y soltando grotescas risitas—. Sí que lo harás... No puedes morir, pero sí sentir dolor. En las salas de tortura de Palacio hay fantasmas que llevan siglos gritando. Te lo aseguro... Hablarás...

Paula se incorporó y echó a volar hacia el extremo opuesto del edificio. Estaba atrapada y lo sabía. No tenía fuerzas para sobrevivir fuera del campo mágico que a duras penas persistía entre las ruinas. Si salía del amparo de la magia moribunda del caserón, se desvanecería. Y aunque eso sería un alivio y un descanso, aquellos monstruos la atraparían antes de que sucediera.

El pequeño engendro se acercó a Paula corriendo y brincando. Tras él caminaba la anciana, con la botella en la mano y una sonrisa loca en los labios. La botella era un ánfora del Inframundo, un recipiente mágico preparado para atrapar fantasmas. Paula observó aterrada cómo se aproximaba, pasándose la botella de una mano a otra. No le quedaba ni una gota de energía para defenderse, había quemado todas sus reservas en este último vuelo.

—Paula, Paula, Paula... —dijo la mujer envuelta en sombras—. No hagas esto más difícil. Si me cuentas ahora mismo dónde está el cráneo, te dejaremos en paz. Podrás desaparecer si es lo que quieres...

Los ojos de la anciana estaban llenos de la misma oscuridad que la rodeaba. No había nada de humano en ella. Era un cuerpo vacío animado por un sicario de la Sombra.

—¡No! —gritó Paula, sin dudarle un segundo. Prefería el olvido o la tortura eterna a ayudar a sus enemigos.

—No me esperaba otra respuesta... —replicó la anciana.

La cosa informe saltó sobre Paula, gruñendo y babeando. Ella gritó y trató de rechazarla. Las garras y colmillos del monstruo la atravesaron sin hacerle el menor

daño y sus propios golpes corrieron la misma suerte. Ninguno de los dos podía herir al otro. Pero aun así, el miedo atroz que le provocaba aquel ser la empujaba a seguir luchando.

De pronto, una súbita corriente de aire recorrió las ruinas sin que ninguno de los tres se percatara de ello. A la espalda de la anciana se encendió media docena de diminutas hogueras, flotando a medio metro del suelo como fuegos fatuos. Las llamas se unieron unas a otras y se convirtieron en dos látigos flamígeros que avanzaban siguiendo la línea de lo que había sido la pared oeste de la casa. Llegaron hasta las esquinas y giraron noventa grados, acercándose veloces hacia ellos.

El monstruo deforme detuvo su ataque, levantó una de sus cabezas y olfateó el aire, extrañado. Tardó unos instantes en descubrir los rayos de fuego que se aproximaban por los laterales. Todos sus ojos se desorbitaron.

—¿Qué es eso? —ladró.

La anciana miró sobre su hombro. El fuego que se aproximaba iluminó su rostro desencajado por la sorpresa. Gritó enfurecida, se volvió hacia Paula y aceleró el paso. La oscuridad que la rodeaba se llenó de tentáculos. Su cara comenzó a venirse abajo, como si fuera una máscara de cera derritiéndose. Las llamas habían bordeado todo el contorno de la casa y llegaban ya a Paula, que era incapaz de apartar la vista de la botella en manos del monstruo. El cristal centelleaba y emitía un desagradable zumbido.

—¿Qué pasa? ¿Qué ocurre? —gritaba la cosa informe, dando saltos.

Un fuerte crujido a su espalda asustó a Paula más de lo que ya estaba. Miró hacia atrás y vio que la puerta de uno de los armarios de la segunda planta se alzaba en el aire. Estaba rodeada de llamas, pero no se consumía.

—¡NO! —aulló la anciana. Su cara falsa se hacía pedazos, mostrando poco a poco lo que se ocultaba debajo. Empuñó la botella en dirección a Paula y gritó de nuevo. Pero no salieron palabras de su boca, sino una canción horrible que hizo que el fantasma se estremeciera.

La puerta del armario se abrió en ese mismo instante. De su interior salió una riada de luz ambarina que iluminó con fuerza toda la escena. La cosa chilló y retrocedió de un salto, cegada por la repentina claridad.

De repente un sinfín de manos invisibles atraparon a Paula por las piernas y tiraron de ella hacia el ánfora del Inframundo. Al mismo tiempo, una corriente de aire la empujó hacia la puerta abierta. El fantasma sentía cómo su ser se deformaba y estiraba: un extremo hacia la botella, el otro hacia la puerta envuelta en llamas. Gritó. Se revolvió en el aire. La tensión y el dolor iban en aumento. Justo cuando creía que iba a romperse en pedazos, una de las fuerzas en pugna flaqueó y ella salió disparada en dirección contraria. El dolor se hizo insoportable, su grito se convirtió en un alarido y luego la oscuridad se la tragó.

La anciana salió despedida en el mismo momento en que la puerta del armario se cerraba y se convertía en cenizas. Cayó al suelo, despatarrada entre las ruinas, sujetando todavía la botella entre las manos.

—¿La tienes? ¿La tienes? —preguntó la cosa informe tratando de mirar en el interior del ánfora.

Dentro no había nada.

—¡No! ¡Se nos ha escapado! —gritó el sicario de la Sombra. Su rostro se había evaporado por completo y dejaba ver su verdadera cara.

—¿Pero qué es lo que ha pasado?

—La casa nos la jugó —graznó la criatura levantándose de un ágil salto—. No estaba muerta, no del todo... Guardó las fuerzas suficientes para crear un portal por donde hacer huir a su querido fantasma.

—¿Y adonde se ha ido?

La criatura se sacudió los restos del cuerpo falso que había vestido y se estiró, negra y monstruosa, en la noche.

—Te contaré un secreto, amigo mío... Todas las casas encantadas están conectadas unas a otras. Y allí es donde la ha mandado nuestra tramposa amiguita: a otra casa tan tonta y tan mágica como esta...

—¿Y qué vamos a hacer ahora?

—¿No es obvio? Lo que hicimos aquí. Buscaremos esa casa y la destruiremos; a ella y a todos los que vivan allí... Y después arreglaremos cuentas de una vez por todas con ese maldito fantasma...

5

El tiburón

La madre de Víctor colocó las doce botellitas, repletas de un licor azul celeste, en la cesta de la bicicleta. Luego se subió al sillín y salió por la valla abierta del cercado que rodeaba la casa. Tomó la curva que descendía al valle y desapareció entre los sauces. Los árboles parecían abalanzarse sobre ella, deseosos de acogerla bajo su sombra.

Víctor y su padre echaron a andar hacia la piscina. El tiburón debió de presentir que alguien se aproximaba porque comenzó a alborotar en el agua en cuanto doblaron la esquina. El muchacho vio su aleta caudal en forma de media luna, sacudiendo el agua de izquierda a derecha. La aleta dorsal rasgaba la superficie de la piscina como la vela de un barquito nervioso.

—Es un tiburón blanco, sí... —confirmó su padre mientras se acuclillaba en el borde de la piscina—. Y de los grandes. Casi mide cinco metros. Mira qué dientes tiene...

Víctor se agachó junto a él y observó la mandíbula del tiburón. Los dientes eran como hojas de cuchillo o puntas de lanza. Los de la parte superior eran todos idénticos y estaban perfectamente alineados siguiendo la curva de la boca. En cambio, los de abajo eran más irregulares y parecían colocados casi al azar sobre la masa rojiza de encías.

—Es increíble... —susurró Víctor. Luego frunció el ceño cuando el tiburón se agitó bruscamente y le salpicó de agua fría—. ¿No estamos muy cerca?

Su padre se encogió de hombros, se remangó la camisa y metió medio brazo en el agua. El tiburón contempló la mano que se agitaba ante él, apenas a unos centímetros de su boca entreabierta. Durante un momento ninguno de los tres se movió. Luego Eduardo acercó la mano a la cabeza del tiburón y la acarició despacio. El animal permaneció impasible bajo su caricia, bamboleando suavemente su enorme corpachón.

—Es real —dijo, sacando la mano del agua y subiéndose las gafas que habían resbalado hasta la punta de su nariz—. No es un espejismo, ni un fantasma... Es un genuino tiburón blanco —luego se lamió uno de los dedos con los que había acariciado al escualo—. Y nuestra piscina está llena de agua marina.

—¿Qué vamos a hacer con él?

—¿Nosotros? Nada. La casa se encargará... Eso espero al menos...

—¿Y no será peligroso? —preguntó Víctor, mirando de nuevo los imponentes dientes del tiburón.

—No lo creo... Ha sido la casa quien lo ha traído hasta aquí. Y nunca nos haría daño. Además, por lo que sé, a los tiburones no les gusta demasiado la carne humana...

—¿Pero él lo sabe? —dijo el chico señalando con un movimiento de cabeza al tiburón que había vuelto a su rutinario ir y venir por la piscina—. Puede que todavía no la haya probado...

—Démosle el beneficio de la...

En ese instante un terrible alarido llegó desde la casa. Eduardo y Víctor levantaron la cabeza al unísono, mirando perplejos hacia allí. Era un grito de mujer y, por su intensidad, parecía que la estaban matando. Cesó de pronto, cortado en seco. El silencio que lo siguió fue, de algún modo, tan perturbador como el mismo grito; fue el silencio atroz que sigue a las malas noticias o a las explosiones. Víctor miró a su padre y lo que vio en su rostro le asustó más que el grito. Su padre estaba aterrado.

—¡Quédate aquí! —le ordenó, y echó a correr hacia la casa.

Habladurías

El sonido tintineante del racimo de campanillas hizo que las dos únicas clientas en la tienda se giraran hacia la puerta para ver quién entraba. Adela, la anciana dependienta del herbolario, levantó la vista de la bolsa de valeriana que estaba preparando para una de ellas.

La madre de Víctor entró en la tienda, arropada por un repentino rayo de sol. Adela sonrió al verla y la saludó con la mano. Las dos clientas miraban a Diana con los ojos muy abiertos, cuchicheando una al oído de la otra.

—¡Hola, Diana!

—Buenos días, Adela... Buenos días, señoras... —Diana sonrió. Las dos mujeres se agitaron ofendidas, como si en vez de saludarlas las hubieran abofeteado.

—¿Cuántos tónicos traes hoy? —le preguntó Adela.

—Una docena —contestó mientras los sacaba de la bolsa y los disponía en fila sobre el mostrador. Sus movimientos, su belleza, todo su ser llenaba el pequeño local con una luz que parecía de otro mundo.

—¡Cuánto te quiero, Diana! ¡No sé qué haría sin ti!

—Serías igual de feliz de lo que eres ahora. Te lo aseguro.

Adela rio con fuerza.

—No, no, no... No podría... ¿Cómo iba a serlo sin ti, cariño?

—Lo serías... —le replicó ella con toda seriedad—. Puedo verlo. Recuerda que soy bruja... —dijo y rompió a reír.

Las dos clientas ya no cuchicheaban. Se limitaban a mirarla con los ojos entrecerrados, como si no les gustara lo que estaban viendo pero les resultara imposible apartar la vista.

—¿Qué quieres por esto?

—Atiende primero a las señoras, estaban antes que yo...

—Por nosotras no se preocupe... —dijo una de ellas, la más alta. Su voz era distante y orgullosa; trataba de dejar bien claro que Diana debía sentirse agradecida de que se dignara dirigirle la palabra—. No tenemos prisa... —señaló, casi chasqueando la lengua.

—Como quieran... —Diana se encogió de hombros. Le pidió a Adela una bolsita

de salvia y otra de malvavisco y recorrió los estantes con la mirada, buscando más cosas que pudiera necesitar. Nunca aceptaba dinero por sus bebedizos. El dinero, en cierto modo, le daba miedo. Pensaba que los humanos tenían una facilidad pasmosa para ponerle precio a todo, hasta a lo que nunca debería tenerlo.

Adela metió el último paquete dentro de la bolsa, bajo la atenta mirada de las dos clientas, y se la tendió a Diana.

—¿Cuándo pasarás otra vez?

—No lo sé... Antes de que se te acabe, imagino.

Regresaría la mañana que se levantara de nuevo con ganas de preparar pociones. Eso podía suceder al día siguiente o un mes después. La madre de Víctor, la mayor parte del tiempo, funcionaba a impulsos.

Se despidió de Adela y de las dos clientas y salió de la tienda.

Cuando se marchó todo pareció más vacío y oscuro, como si una nube hubiera ocultado la luz del día.

Nada más cerrar la puerta, las dos mujeres comenzaron a hablar.

—¡Qué aires se da de gran duquesa! —exclamó una de ellas.

—Le gusta hacerse notar. Lo sabes, Carlota... ¡Cuánto mejor estaríamos sin gente como ellos en la región! —suspiró—. Raro él y rara ella. Y el niño, una alhaja, vamos...

—Va a clase con mi hija y por lo que me cuenta, sí, el crío es toda una figura.

—El otro día oí comentar que el padre de él se fugó con una chiquilla del pueblo. Abandonó a su mujer y dejó la casa... Ella se marchó al poco tiempo... —le aseguró a su vecina, en el tono de voz bajo y sibilino que guardaba para las confidencias venenosas.

Adela suspiró y terminó de rellenar la bolsa de valeriana. El pueblo había olvidado lo que significaba la casa de la Colina Negra. Sacudió la cabeza con tristeza. Eran muy pocos los que recordaban lo ocurrido. Habían pasado ya más de cuarenta años, y la mayoría de los que vivieron aquellos espantosos acontecimientos o estaban muertos o habían abandonado el pueblo hacía tiempo. La nueva generación nada sabía de lo sucedido allá arriba y si alguien intentara explicárselo, lo tomarían por loco. Hasta a ella misma, a veces, le costaba creer que aquello hubiera ocurrido de verdad. Fueron otros tiempos. Tiempos oscuros. Cuarenta años no habían sido suficientes para que dejara de tener pesadillas.

Medio siglo antes un hombre terrible había llegado a la Colina Negra y se había adueñado de la casa. Era un monstruo, un ser maligno que pervirtió todo lo bueno que había en la colina y lo transformó en algo atroz. Fueron tiempos terribles. Durante años la crueldad más absoluta gobernó las calles de la villa, contagiadas por el halo de maldad que llegaba desde la colina. La sombra de la casa se había cernido sobre el pueblo y no era, como ahora, una sombra benévola; era una sombra

depredadora y cruel.

Mientras escuchaba murmurar a las dos mujeres, Adela recordó la noche en que el imperio del miedo de la colina se vino abajo. La noche en que los muertos se alzaron de sus tumbas en busca de vivos a los que arrastrar a la oscuridad. Engendros terribles sobrevolaron el pueblo destruyendo todo lo que encontraron a su paso. Hasta la última de las pesadillas se dio cita en el pueblo esa noche. Pero con el amanecer del nuevo día todo había terminado. Desde la colina llegaron nuevos vientos, más apacibles y bondadosos.

El monstruo había sido derrotado, la casa tenía un nuevo dueño y el pueblo estuvo por fin en paz.

Adela estaba convencida de que mientras Diana y su familia vivieran en la casa esos tiempos oscuros jamás regresarían. Pero se equivocaba. El tiempo del terror, el tiempo de las pesadillas, estaba por regresar.

Lo estaba haciendo ya.

«Nos han encontrado»

Eduardo entró en la casa con el corazón acelerado en el pecho. Todavía escuchaba en su cabeza el alarido de aquella mujer. Tragó saliva y miró a su alrededor. La casa estaba tranquila. Demasiado tranquila. La sombra de un piano se acurrucaba al otro lado del salón. Una araña se descolgó de su tela en una esquina.

Recordó lo que le había dicho a Víctor hacía apenas dos minutos, en la piscina: «La casa nunca nos haría daño». Eduardo sabía que eso era cierto. La casa de la Colina Negra se destruiría a sí misma antes de hacerles algo malo. Pero ese grito no había tenido nada que ver con la casa.

«Nos han encontrado... Han tardado quince años, pero al final nos han encontrado», se decía mientras avanzaba por el pasillo de entrada, con el estómago encogido. De pronto la inquietud que sentía se convirtió en terror al pensar en otra posible explicación a ese grito: «El prisionero ha escapado... Y si él está libre nada nos podrá salvar...».

Víctor entró en la casa a medio trote. Su padre lo miró furioso y, por primera vez en mucho tiempo, estuvo a punto de gritarle. Bajó la voz conteniendo su enfado, frenando su miedo.

—Te he dicho que no entraras, Víctor. Te he dicho que me esperaras fuera.

—Sólo quiero ayudar... —susurró, indeciso. Nunca había visto a su padre tan alterado, no sabía qué estaba pasando, pero quería estar junto a él.

Su padre lo miró fijamente.

—No te muevas de mi lado... —le ordenó, y en el tono de su voz dejaba claro que no admitiría discusión.

—¿Pero qué ocurre?

—No lo sé, Víctor... Puede que nada.

Recorrieron la planta baja. Abrieron hasta la última puerta de la última habitación. El salón, la cocina, el baño, la habitación de invitados, el despacho, los armarios... Nada quedó sin rastrear. Entraron en una sala que el día anterior no había estado allí, era rectangular y estaba esculpida en hielo. En su centro había una fuente con forma de caballo encabritado. De la boca del animal brotaba una llamita de color azul que iluminaba la estancia con una luz crepuscular.

Luego subieron a la planta de arriba. Su padre iba delante. Había algo extraño en su postura, llevaba el puño derecho a medio cerrar, tenso, como si empuñara algo que Víctor no podía ver. Registraron a conciencia las habitaciones de arriba con el mismo resultado que habían obtenido abajo. En toda la casa no había nada fuera de lo normal y eso, en cierto modo, no dejaba de ser extraño. Exceptuando la sombra del piano y la habitación helada, parecía un lugar absolutamente corriente. Víctor tuvo la curiosa sensación de que la casa estaba conteniendo la respiración.

—Aquí no hay nada... —anunció al salir de su cuarto, lo último que quedaba por registrar.

Su padre guardó silencio unos instantes. Luego miró hacia arriba, hacia el cielo raso de escayola que formaba el techo.

—Vamos a mirar en el desván...

Buscaron la trampilla a lo largo del pasillo, hasta que dieron con ella justo sobre el nacimiento de la escalera de caracol. Eduardo la abrió de un salto y una escalerilla de cuerda trenzada se desplegó hasta el suelo. Víctor contempló la abertura de la trampilla con cierta aprensión. La claridad de la casa parecía negarse a traspasar aquellas sombras oscuras.

Eduardo miró a su hijo. Se descubrió pensando en lo mucho que había crecido. Quince años y ya era casi tan alto como él. El tiempo, a veces, pasa demasiado rápido. Sintió un ramalazo de pena y angustia en el pecho. Quince años. Durante quince años lo habían mantenido a salvo en la casa de la Colina Negra. Tiempo más que suficiente para engañarse y pensar que todo había terminado, que el peligro se había desvanecido. Apartó la mirada de su hijo, que lo observaba extrañado, y fijó la vista en la oscuridad del desván.

Una voz en su mente, que reconoció como suya, dijo: «No os han encontrado, Eduardo. Es imposible. La casa está protegida, lo sabes... Sea lo que sea lo que ha ocurrido, no tiene nada que ver con ellos».

«Por eso voy a subir al desván», se contestó a sí mismo. «Para estar seguro».

«¿Y luego qué harás?», le replicó aquella vocecilla insidiosa que era tan parte de él como la suya verdadera. Era la voz de la lógica. «¿Bajarás al sótano? ¿Abrirás la puerta de la celda para ver si él sigue dentro?»

Eduardo la ignoró. Puso un pie sobre la escalera y comenzó a subir.

El fantasma perdido

Paula no sabía dónde estaba. De lo único que era consciente era del tremendo dolor que sentía. Era una agonía fría, un relámpago continuo que la recorría de parte a parte. Se hizo un ovillo en la oscuridad, rezando para que el dolor desapareciera.

Miró a su alrededor, pero no vio más que sombras. No tenía fuerzas ni para invocar una minúscula luz con que alumbrar el lugar. Y aunque las hubiera tenido, el dolor, el terrible dolor, le habría impedido concentrarse.

¿Pero acaso ganaría algo sabiendo dónde estaba? Aunque estuviera en el último de los infiernos, los sicarios de la Sombra la encontrarían. Darían con ella tarde o temprano. Ya se lo habían demostrado. Después de ocho años de paz en aquella mansión, había cometido el error de creerse a salvo. Creyó que le habían perdido la pista o que se habían hartado de buscarla. Se confió. Olvidó revisar los talismanes que la ocultaban y la energía de estos se fue agotando. Dejó pasar los días señalados para realizar los ritos de ocultación. Se confió, sí. Y la encontraron.

Paula lloraba. Pero no por el dolor. Lloraba por la destrucción de aquella valiente casa y por el vil asesinato de los que la habían habitado. Lloraba por su propia familia, asesinada años atrás por esos mismos diablos. Las lágrimas del fantasma resbalaban como perlas por sus pálidas mejillas.

De pronto oyó el sonido de voces cercanas. Una trampa se abrió a unos metros de distancia y un rectángulo de luz se dibujó en el suelo. Paula vio entonces que se encontraba en un desván polvoriento y sombrío. Las voces se oían ahora con más claridad. Alguien comenzó a subir y Paula, al borde de un ataque de pánico, se ocultó entre las cajas que se apilaban contra la pared, fundiéndose prácticamente con ellas.

El fantasma se hizo invisible en las tinieblas del desván. Por un segundo, dos lágrimas de plata flotaron en la nada.

La casa y la esfera

Eduardo miró a su alrededor y estornudó. El polvo siempre le hacía estornudar. El desván parecía estar en orden. Víctor trepó por la escalerilla y llegó junto a su padre justo cuando estornudaba por segunda vez. El muchacho le tendió un pañuelo de papel que aceptó de buen grado.

—Este sitio necesita una buena limpieza —dijo después de sonarse, contemplando el barullo de cajas cerradas y abiertas que se apilaban por doquier, los juguetes desordenados, las estanterías repletas de cachivaches y polvo. Por lo que parecía, la casa no se esmeraba demasiado en el cuidado del desván.

—No creo que a ellos les gustara... —comentó Víctor señalando al grupito de ratones que se había subido a la tapa de un barril y los espiaba desde allí. Su madre tenía la teoría de que los ratones eran los verdaderos dueños y señores de la casa. Viéndolos allí, algunos de pie sobre sus cuartos traseros y olisqueando el aire, no tuvo más remedio que darle la razón. Decidió que a partir del día siguiente sería más educado con el huésped de su zapatilla.

—Están muy nerviosos... —observó Eduardo—. Algo va mal.

Se acuclilló junto a una estantería. Dos ratones saltaron del barril a una silla y de allí al estante en el que hurgaba el hombre, chillando como posesos. Eduardo, sin prestarles atención, abrió la puerta del armarito situado en la parte baja de la estantería.

No tardó en encontrar lo que buscaba. Y nada más hacerlo sintió tal alivio que soltó un suspiro. Se incorporó despacio. En sus manos llevaba una esfera de cristal, del tamaño de un balón de fútbol, con una casa tallada en madera en su interior: una réplica exacta de la casa en la que vivían. La misma planta en forma de *L*, los dos pisos de ladrillo oscuro, el tejado gris a dos aguas con la pequeña torreta rojiza en el brazo más corto de la *L*. Era idéntica hasta en el menor de los detalles. Hasta se veía la zona ajardinada que rodeaba la casa y el inicio del bosque que cubría la cima de la Colina Negra. A Víctor le recordó a las típicas bolas de cristal en las que parece nevar cuando las agitas, esas con casitas y paisajes encerrados en ellas.

El muchacho se aproximó a su padre. No sabía qué era aquello, pero sin duda no se trataba de un simple adorno. Irradiaba un suave brillo plateado.

—Es nuestra casa... —dijo, sintiéndose algo estúpido por recalcar lo obvio. Contempló la esfera y su propio rostro reflejado en ella. Al verla de cerca se dio cuenta de que no estaba hecha de cristal, como había creído en un principio. La casa estaba rodeada de una especie de campo de energía que vibraba y zumbaba suavemente.

Su padre asintió.

—Es nuestra casa, sí... Y todo está bien en ella —afirmó, pero algo en el tono de su voz le indicó a Víctor que no estaba del todo convencido—. Este viejo cachivache es una especie de alarma, por decirlo de algún modo... Si algo grave estuviera ocurriendo nos avisaría.

—¿Y ese grito que escuchamos?

—No lo sé. Esperaremos a tu madre y veremos qué le dice su sexto sentido.

La Sombra

La cosa informe avanzó temerosa por el lóbrego pasadizo, siguiendo los pasos rápidos de su compañero.

El suelo por el que caminaban estaba encharcado y sus zarpas chapoteaban constantemente en el agua sucia. Se podían ver muchos muebles rotos y amontonados contra las paredes. Antes aquel lugar había sido un hermoso palacio. Hasta que la Sombra se hizo con él.

El pequeño espanto saltó una silla rota y siguió su marcha. Estaba oscuro, pero no lo suficiente como para no ver la espalda del demonio que caminaba delante de él. Las alas de hueso negro de la criatura se bamboleaban a cada paso, como manojos de cuchillos. Las vértebras afiladas que atravesaban la carne llagada se movían de arriba abajo, al compás del movimiento del ser.

Llegaron a una curva del pasadizo iluminada por antorchas fijadas a la pared. El pasillo se fue ensanchando, cada vez más y mejor iluminado, hasta desembocar en un gigantesco arco excavado en la roca. Las dos criaturas atravesaron la arcada y entraron en la Sala del Trono.

El suelo ajedrezado de la gran estancia estaba inundado de un barro pardusco que se escurría entre los muebles destrozados. Había ocho grandes columnas rojas sujetando el alto techo, dispuestas en rectángulo en el centro de la sala. Del techo, de un suave azul, pendía una enorme lámpara de metal de dieciséis brazos con una resplandeciente calavera de plata al final de cada uno de ellos. Justo bajo la lámpara estaba colocado un trono de basalto y, sentada en el trono, con una mano bajo la barbilla, como si estuviera meditando, se encontraba la criatura que era conocida como la Sombra.

Medía casi tres metros de alto y era oscura como una noche cerrada. La única nota de color en su cuerpo eran sus dos grandes ojos blancos que, en aquel momento, estaban entrecerrados, contemplando con expresión sombría a los recién llegados. El ser era sumamente delgado, sus piernas y sus brazos eran como varillas que surgían de su cuerpo esquelético. Sus manos, largas y finas, acababan en unas garras de veinte centímetros de largo, afiladas como cuchillas.

La cosa informe se quedó agazapada junto a una de las columnas, temerosa de

acercarse más a la criatura en el trono.

—Me habéis fallado... —susurró la Sombra. Las palabras salían de su boca acompañadas de vaharadas de humo negro. Su voz era puro hielo—. ¡Burlados por un fantasma! ¡Ella era la única que conocía el paradero del cráneo y ahora ha desaparecido para siempre! —Se levantó del trono. Sus ojos blancos fulguraban, rabiosos—. ¿Qué me impide acabar con vosotros ahora mismo?

La cosa retrocedió asustada. En cambio, su compañero, dio un paso al frente.

—¿Desaparecida para siempre? —graznó, dubitativo—. Se nos ha escapado, sí... La casa nos burló, de acuerdo. Pero eso sólo nos retrasará en nuestra búsqueda. En cuanto averigüemos dónde está, la atraparemos.

Aunque la distancia que los separaba era de varios metros, de repente la gigantesca garra de la Sombra apretó con fuerza el cuello de la criatura que hablaba. La mano se había desprendido del brazo del monstruo del trono y había surcado esa distancia en un instante. La alzó del suelo, estrujándola con fuerza. El rostro de la Sombra dejó de estar sobre su cuello y apareció frente a la cara de la criatura aprisionada, que graznaba muerta de miedo. La cosa retrocedió aún más, temblando.

—¿Qué dices? ¿Qué estás diciendo?

Pero la criatura era incapaz de articular palabra. Se retorció de dolor en el abrazo de hierro de aquella mano tremenda. Hasta que, tras un chasquido brutal, se convulsionó y quedó inmóvil, con la lengua amoratada asomando por su pico entreabierto. La mano de la Sombra arrojó el cadáver de su sirviente al otro lado de la sala y su atención se fijó entonces en la cosa informe. El pequeño monstruo dio un chillido y trató de escapar, pero la garra que acababa de matar a su compañero lo atrapó por una pata y lo sacudió en el aire, cabezas abajo. La cosa gritaba y gritaba.

—¡Basta! ¡Un solo grito más y te arrancaré todos los huesos uno a uno!

La criatura se calló al instante. Cerró sus bocas con tal ímpetu que un pedacito de labio cayó al suelo enfangado.

—Y ahora contéstame: ¿Qué ha ocurrido con Paula?

Una de las cabezas carraspeó mientras el resto lloriqueaba.

—La casa... La casa la mandó a otro lugar... —dijo—. Nos engañó... ¡La ayudó a escapar!

La cabeza y la garra que había sujetado a la cosa informe volvieron al trono. La criatura cayó al suelo, gimió y se ocultó veloz tras una columna.

La Sombra se recostó, meditabunda. Había tardado años en dar con Paula. Aquella fantasma escurridiza se había guarecido muy bien: docenas de hechizos de protección, cientos de talismanes y todos los encantamientos de ocultación que fue capaz de encontrar... Habían hecho falta años de paciente rastreo para encontrarla, y sólo había dado con ella cuando los hechizos de protección más potentes se desvanecieron. Pero, aun así, durante todo ese tiempo siempre fue consciente de su

existencia, aunque desconociera su paradero.

Ahora había desaparecido por completo. Por eso había creído que Paula había muerto la muerte de los fantasmas. Por eso había pensado que el espíritu se había desvanecido, escapando al fin y para siempre de su alcance... Pero si lo que aseguraba su sirviente era cierto, Paula seguía en el plano mortal. Y eso no tenía sentido. Aunque no lograra encontrarla, debería poder sentir su presencia en la trama de la Telaraña. Debería sentirla como lo había hecho antes, durante los años de incesante búsqueda. Los ojos blancos de la Sombra se entrecerraron aún más.

¿Dónde estaba Paula?

La geografía oculta del mundo

La Telaraña se extiende a lo largo del mundo.

Desde las estatuas de la isla de Pascua hasta las enormes piedras de Stonehenge. Desde un castillo en ruinas en Transilvania hasta la gran pirámide de Gizeh; pasando por el otero de Glastonbury, en Gran Bretaña, el lugar que siglos antes había sido conocido como Ávalon y donde dicen que está guardado el Santo Grial. Una telaraña mágica recorre el mundo, de parte a parte. Oculta a los ojos de la mayoría, sospechada por muchos pero conocida sólo por unos pocos. La magia se entrecruza en lugares de antiguo poder. Desde la tierra de Jerusalén hasta el lugar donde se levanta la piedra negra en La Meca. La magia hierve, bulle. La magia encuentra los cauces más insospechados para fluir y fluir. Llenando de poder un faro en las costas de Irlanda que guía a los barcos hacia mares insospechados; encantando una casa de Londres donde vive una familia de fantasmas sin saber que llevan dos siglos muertos. La Telaraña es poderosa y todo lugar con poder forma parte de ella. Hasta la última casa hechizada, hasta el árbol más escuálido que una vez fuera rozado por el milagro de la magia.

Todo está en la Telaraña.

Todo menos la casa de la Colina Negra. Quince años atrás, para proteger la vida de la familia que ahora la habita, la casa fue apartada de ella.

Algo llega

Diana subía el primer tramo de la cuesta que bordeaba la colina, sin forzarse demasiado. A su derecha los sauces se aferraban a la ladera, entre la hierba y los matorrales; a su izquierda la senda quedaba cortada por una caída que se iba haciendo más abrupta a medida que ascendía.

Pedaleaba perdida en sus pensamientos. La sensación de que algo estaba a punto de suceder se había acrecentado a lo largo de la mañana. No era una premonición, era una certeza total y absoluta. Nunca antes había sentido nada igual. Algo estaba llegando...

Tanto Eduardo como Víctor conocían bien sus corazonadas. Casi siempre se referían a bruscos cambios de tiempo, a alguna enfermedad que uno de ellos estaba a punto de contraer o a accidentes más o menos graves en los que estaría implicado alguien conocido. Cuando Víctor se rompió uno de sus dientes de leche en la guardería, Diana había sentido, justo el día antes, que algo iba a sucederle. También supo que algo iba a marchar mal dos días antes de que Adela, la dueña de la herboristería, resbalara en su bañera y se rompiera la clavícula.

Pero ahora era distinto. La urgencia y la gravedad de aquellos sentimientos nada tenían que ver con sus anteriores corazonadas. Algo llegaba. Y era tremendo y oscuro.

Tal vez fue su carácter optimista lo que le impidió pensar, como dos horas antes había hecho su marido, que los que llevaban tanto tiempo buscándolos hubieran podido dar con ellos. Tampoco se le pasó por la cabeza que el prisionero del sótano hubiera logrado escapar. Aquellas dos posibilidades estaban muy lejos de sus suposiciones.

Cuando llegó al gran roble que marcaba la mitad del ascenso hacia la casa, Diana tenía la piel de gallina y la garganta seca. Aceleró la marcha. La senda abandonó el precipicio y después de unos minutos de suave ascenso se adentró en la curva entre los sauces. Nada más ver la silueta de la casa se sintió más tranquila. Hasta la aleta del nuevo inquilino de la piscina la sosegó. Por un instante había pensado que al salir de la curva se iba a topar con un montón de ruinas humeantes.

Su marido y su hijo salieron de la casa en cuanto la oyeron. Diana frunció el ceño al ver la expresión de sus rostros y bajó de la bicicleta.

Fuera lo que fuera lo que estuviera por llegar, ya estaba aquí.

La casa disimula

Por primera vez desde que vivían allí, la casa les ocultaba algo.

Diana paseó por los pasillos y las habitaciones de la planta baja con las manos en los bolsillos traseros de sus vaqueros y el ceño fruncido todavía. Buscaba alguna señal, alguna pista de lo que había pasado. Pero no había nada.

La casa estaba poniendo tanto empeño en aparentar normalidad que no lo conseguía ni de lejos. Hasta las figuritas de porcelana que adornaban las estanterías del salón parecían tensas. Diana pensó que sólo faltaba que se pusieran a silbar todas a la vez mirando al techo. Una de las veinte arañas de la casa se ocultó en una esquina al verla pasar; casi avergonzada.

Aquel grito podía haber asustado a Eduardo y a Víctor, pero ninguno de los dos era capaz de comprender, al menos no como ella, el cambio sutil que se había producido en la casa a raíz de aquello. Diana estaba en sintonía con las fuerzas de la Colina Negra. Ella era un ser mágico, y aunque había renunciado a buena parte de su esencia cuando decidió vivir en el mundo humano, todavía contaba con las capacidades suficientes como para darse cuenta de ese cambio. La magia que poseía su marido era diferente a la suya; era una magia fruto del estudio y del trabajo, no sólo de Eduardo, sino de todos los miembros de su familia que habían estudiado los misterios de la magia antes que él. La suya era una magia poderosa, desde luego, pero que en nada tenía que ver con la de Diana. En ella la magia era algo natural, algo innato.

Diana barajó la idea de subir a la planta de arriba a continuar explorando, pero al final decidió dejarlo correr. La casa le haría saber qué había pasado cuando lo estimara oportuno. Entró en el salón.

Víctor estaba allí, acucillado vigilando a la sombra de un piano que se acurrucaba junto a un sofá. Cuando escuchó entrar a su madre, se incorporó y la miró.

—Un grito de una mujer que no encontramos por ninguna parte, una sombra sin piano y un tiburón en la piscina... —comentó el muchacho—. A lo mejor todas esas cosas tienen algo que ver. Puede que la casa esté tratando de decirnos algo.

—No lo sé, Víctor... —su madre se encogió de hombros—. Siempre suele ser más clara. Pero hoy me tiene perpleja... No sé qué le pasa. ¿Dónde anda tu padre?

—En el jardín...

—¿Y tú no tienes nada mejor que hacer que vigilar sombras?

—Mmmm... Una redacción sobre energías renovables y estudiar un par de temas de Historia...

—Pues ya sabes. Ponte a ello antes de comer y tendrás la tarde libre para hacer lo que quieras.

Víctor estuvo a punto de protestar, pero decidió que el día estaba siendo demasiado extraño como para, encima, ponerse a discutir con su madre. Capitularía, decidió, y en su habitación echaría un vistazo a los libros de aventuras que le había regalado su padre hacía unos años. Creía recordar que uno de ellos trataba sobre tiburones asesinos, o algo por el estilo. Luego, por la noche, haría sus tareas y leería sus lecciones. Así que se levantó y subió las escaleras hasta la segunda planta, mientras su madre salía al jardín.

* * *

Eduardo había aprovechado el buen día para recortar los setos. Se encontraba ensimismado en su tarea, luchando para que la gran tijera que manejaba hiciera lo que él quería y no lo que a ella se le antojara.

Diana se detuvo un momento a la sombra de la fachada de la casa, observando la lucha entre Eduardo y la tijera. Conocía muy bien a su marido: siempre se volcaba en el trabajo cuando algo le preocupaba. Como si teniendo ocupadas las manos, distrajera su mente. Sonrió, recordando el lejano día en que lo conoció, en el castillo vedado del reino de las hadas, tímido y torpe como sólo podía ser él, tartamudeando ante el rey de Idilia. Habían pasado muchos años y todavía, a veces, se preguntaba qué le había llevado a enamorarse de él. No había ninguna respuesta lógica. En estos casos nunca las hay. El amor es un sentimiento extraño, una locura que une a los seres más dispares. Todo se resumía en una frase sencilla: ella se enamoró de él y él se enamoró de ella. Y decidieron que la vida no tenía sentido si no estaban siempre el uno junto al otro.

Y por ello desafiaron las férreas leyes que prohibían cualquier unión entre las dos especies.

Diana salió de la sombra de la casa y se acercó a Eduardo. Nada más oírlo aproximarse, él comenzó a hablar:

—Esta mañana... cuando escuché ese grito, pensé que nos habían encontrado... —dijo, recortando una ramita.

—No nos encontrarán jamás. Estamos seguros aquí y lo sabes.

—Eso es lo que siempre había pensado, Diana. Pero algo ha traspasado la barrera

y ha entrado en la casa... Todas las protecciones no han servido para nada. Y si ha pasado una vez, puede volver a suceder...

—No sabemos qué ha ocurrido... Es pronto para hacer conjeturas ¿no crees?

—Mis conjeturas y tus premoniciones... Vaya pareja... —respondió Eduardo, agitando la cabeza.

—La mejor —le aseguró Diana. Y luego repitió, para que le quedara muy claro a Eduardo—: y nunca nos encontrarán.

¿Dónde está?

La Sombra avanzaba tan rápido por los pasillos del Palacio, que dejaba a su paso partes de su cuerpo, esquejes de oscuridad que flotaban luego a sus espaldas, esperando el momento en que se detuviera o frenara el paso para alcanzarlo y unirse de nuevo a él. El monstruo estaba acostumbrado a aquello; era uno de los muchos inconvenientes que tenía su escasa solidez. Si perdía la concentración, aunque sólo fuera un instante, se desintegraría por completo. Pero eso no iba a pasar. Le resultaba tan natural dedicar parte de su atención a mantenerse entero como a un ser humano respirar.

Los pocos súbditos que encontraba en su camino se hacían a un lado en cuanto lo veían aproximarse. Más de uno se apartó tan rápido que dio con sus huesos en tierra. No era conveniente entorpecer el paso de su señor cuando estaba tan furioso.

Abrió la puerta que buscaba de un fuerte empujón; era una puerta gris sobre la que habían dibujado un ojo muy abierto. En el interior de la estancia un lagarto del tamaño de un hombre dio un grito y se cayó de la silla en la que estaba sentado. Tras una mesa un hombrecillo acartonado, que cubría sus ojos con una venda blanca, alzó la cabeza hacia la entrada.

—¿Mi señor? —preguntó, con el rostro descompuesto por el miedo.

—¿Dónde está? —gruñó la Sombra—. ¿Dónde está ese maldito espectro? ¿No puedo sentirlo! ¿Lo he perdido por completo! ¿Puedes ayudarme, adivino?

Durante unos segundos el hombrecillo no pudo articular palabra.

—Me temo que en nada podré servir a mi señor —contestó al fin con voz entrecortada—. Vuestra visión supera a la mía con creces, y si vos no sois capaz de dar con ella, ¿qué podré hacer yo, pobre visionario?

—Tienes talento y magia. Úsalos. Cuando la encontramos, Paula no llevaba encima ningún hechizo de protección y dudo que en el tiempo que ha pasado desde entonces haya conseguido alguno... Esté dónde esté es vulnerable a los conjuros de rastreo...

—Un conjuro de rastreo —murmuró el adivino—. Sí, quizá surta efecto...

El lagarto se escabulló como pudo por la puerta mientras el hombrecillo se ponía en pie, se alisaba la túnica verde que llevaba puesta y se encaminaba a paso rápido

hacia el único armario de la estancia. Los ojos blancos de la Sombra estaban fijos en él, maléficos. El adivino trataba de vencer el miedo que le inspiraba su amo mientras buscaba en los estantes lo necesario para realizar el conjuro.

—Debería funcionar, sí...

Se acercó a la mesa. Extendió sobre ella un viejo pergamino en el que estaba dibujado, a trazos burdos y oscuros, un mapa de la Tierra. Se apartó la venda que le cubría los ojos aunque no llegó a abrirlos. Los apretaba con tanta fuerza que la cara se le llenaba de arrugas. En la mano izquierda llevaba doce huesecillos coloreados; eran huesos de damaenana, la única criatura viva que nace sabiendo el momento exacto de su muerte. En la mano derecha llevaba quince runas mágicas. Comenzó a canturrear, agitando los brazos sobre su cabeza y dando saltos a izquierda y derecha. La Sombra permanecía expectante, sin perder detalle del conjuro.

De pronto el adivino calló, detuvo su baile y lanzó las runas y los huesos sobre el mapa, al mismo tiempo que abría los ojos de par en par. De ellos surgió un potente chorro de luz blanca que iluminó la estancia con la potencia de un faro. El hombrecillo escudriñó el mapa, los huesos y las runas. La luz de sus ojos barrió la mesa de un lado a otro. Mascullaba para sí mientras examinaba la disposición de los huesos en el plano, las sombras de las runas y todo lo que aquello decía a su mirada mágica. Estaba tan perplejo que se olvidó del miedo que le inspiraba su amo y señor.

—Algo interfiere mi visión —susurró—. Una barrera como jamás había contemplado antes.

—¿Puedes localizar esa barrera?

El adivino negó con la cabeza.

—Imposible. Puedo sentirla, pero no localizarla. Es como si alguien hubiera perforado un agujero a la misma realidad. Nunca había visto un hechizo de ocultación semejante... Nunca... —se pasó una mano por la garganta—. Hay magia muy poderosa involucrada en esto, mi señor. Magia poderosa, sin duda.

—¿Ves algo más? ¿Algo que pueda serme útil?

—Nada, nada, mi amo... —dijo el adivino mientras volvía a colocarse la venda sobre los ojos—. Aunque, bueno... Esa barrera... Esa barrera no se ha levantado para proteger a Paula, mi amo, lleva años allí, puedo sentirlo... —tragó saliva—. Lo cual me lleva a preguntarme qué hay tras ella. Quiero decir... ¿Qué puede ser tan importante como para protegerlo con un hechizo de tal magnitud?

—No lo sé —respondió la Sombra—. Pero voy a averiguarlo muy pronto.

Cae la noche

El día transcurrió en paz y la noche, plagada de estrellas, se estiró como un gato sobre el mundo. En el valle se fueron encendiendo las farolas y las luces de las casas del pueblo, resaltando en la noche como charcos de luz en un mar de sombras.

En la cima de la colina, la casa meditaba sobre lo ocurrido. Sus pensamientos no se producían en un lugar concreto. No había un cerebro que les diera forma, así como no había un corazón que le otorgara vida. Pero, aun así, pensaba. Aun así, vivía.

Había tenido muchos dueños a lo largo de los siglos. Magos y brujas; fantasmas y monstruos... Las criaturas más inverosímiles habían habitado en su interior, y también personas normales y corrientes que, en su mayoría, duraron más bien poco en la casa. Sí, eran muchos los que habían vivido entre sus paredes, pero nadie había significado tanto para ella como sus actuales dueños. La casa, a su modo, los amaba.

Y los había puesto en peligro.

Había admitido a la intrusa, había ignorado por completo las instrucciones que estaban profundamente grabadas en su ser. No se había detenido a considerar las consecuencias que eso podía traer. Echaba tanto de menos la Telaraña que se había dejado llevar...

Llevaba más de quince años apartada del mundo oculto. La habían arrancado de allí la misma noche en que Eduardo, Diana y su hijo llegaron a la Colina Negra. Comprendía los motivos que les habían llevado a hacer tal cosa, pero aun así... Quince años sin escuchar la melodía del mundo mágico era demasiado tiempo.

Nada sabía del gigantesco árbol que crecía al otro lado del mundo. Ni del barco fantasma que le relataba sus andanzas por los mares de la bruma. Ni de aquella chabola de adobe con la que compartía secretos y confidencias. Por eso cuando, de forma inexplicable, escuchó la vocecilla moribunda de aquella casa a la que durante tanto tiempo había llamado amiga, no pudo negarse a ayudarla. ¿Cómo hacerlo? Aceptó al fantasma. Cumpliría la última voluntad de la casa destruida, decidió. Cuidaría del espectro herido y lo protegería de todo peligro. Sí, esa había sido su intención. Pero estaba fracasando.

El espíritu se desvanecía sin que ella pudiera evitarlo.

Paula, en el desván, seguía sumida en aquel dolor frío y constante. Cuando creía

que ni siquiera le quedaban fuerzas para llorar, el llanto regresaba. Estaba rota, rota por fuera y por dentro. Los ratones cercaban su refugio entre las cajas, arañando la madera, tratando en vano de llegar hasta ella.

El fantasma sintió una presencia rodeándola, un suave viento que la acariciaba, que la mecía. Una corriente de aire le quitó las lágrimas del rostro. Miró hacia arriba. Sentía una poderosa vibración centrada en la zona del desván donde se encontraba. Era la casa, comprendió. Estaba allí, con ella. Arropándola. Consolándola. Paula dejó de llorar y, agotada, se fue deslizando hacia los extraños sueños que sueñan los espíritus, siempre llenos de recuerdos de cuando estaban vivos.

Llorar en sueños

Estaba a punto de amanecer. Pronto el cielo se aclararía y la noche llegaría a su fin. Diana estaba sentada sobre la cerca contemplando las estrellas que brillaban claras en lo alto. En la colina todo era calma y tranquilidad. Habría dado lo que fuera porque eso se hubiera mantenido así para siempre, pero la sensación de peligro seguía ahí, ardiente en su pecho. «Esto sólo es un momento de respiro», se dijo el hada *con* la vista puesta en el cielo. «La calma que precede a la tempestad».

El ruido de la puerta de la casa al abrirse le hizo mirar hacia allí. Sonrió al ver a su hijo con la mochila al hombro y soltando un gran bostezo. Bajó de la cerca y se dirigió hacia él. El frío era intenso, pero ella apenas lo notaba.

—*Nosh diash* —murmuró Víctor bostezando otra vez.

—Y somnolientos por lo que parece —contestó su madre mirándolo de arriba abajo—. ¿Has dormido mal o qué?

El muchacho se encogió de hombros y se frotó un ojo con un puño.

—He tenido una noche rara... Me he pasado todo el tiempo soñando que buscaba a alguien por la casa que no paraba de llorar.

—Vaya —Diana había tenido el mismo sueño, probablemente inducido por la casa. Lo curioso era que Víctor también. A medida que pasaba el tiempo, el muchacho sintonizaba cada vez más con la esencia mágica de la colina—. ¿Y pudiste encontrarlo?

Víctor negó con la cabeza.

—No, no he podido. Y esta mañana tampoco he encontrado al ratón que vive en mis zapatillas. Es la primera vez en meses que no duerme dentro de una.

—Estará harto de que lo despiertes siempre de una forma tan indigna.

—Que se busque otro sitio. Mi zapatilla no es un hotel —echó un vistazo a su reloj de pulsera y torció el gesto—. ¡Tarde! Es tarde. Muy tarde. Tardísimo. Voy a perder el tren, seguro. Mejor me vuelvo a la cama.

—Mejor te montas en la bici y te pones en marcha de una vez.

—¡Madre cruel y desnaturalizada! Harías cualquier cosa para librarte de mí. Hasta mandarme al colegio.

El hada vio cómo su hijo agarraba la bicicleta de montaña, se montaba de un

brinco y desaparecía por el sendero que iba a dar a la curva de los sauces.

Entró en la casa tarareando una canción. Eduardo tardaría un par de horas en levantarse de la cama, tenía vía libre hasta entonces. En el salón, la sombra del piano trataba de apartar a empellones a la sombra de una silla que se aferraba desesperada al suelo, intentando mantener su posición.

Diana subió a la planta de arriba. Un fantasma errante la contempló en la escalera, pálido y triste.

—Él vendrá —le dijo ella con una sonrisa, después de que el espectro le preguntara su nombre—. Tenga paciencia...

—Es mucho tiempo... —se lamentó él, sacudiendo la cabeza—. No sé. No sé. ¿Y si se ha olvidado de mí?

—No lo creo. Cuando menos se lo espere estará aquí, ya lo verá.

Dejó al errante en su escalera y avanzó por el pasillo. Acarició con sus dedos la pequeña mesita de mármol blanco junto a la sala de juegos. La mesita se estremeció, todavía estaba un poco febril, pero la mejoría era evidente. La pata izquierda ya estaba casi soldada. Se la había roto la semana anterior en una estampida de muebles que tuvo lugar en toda la casa. Se cayó por las escaleras, empujada por la cómoda de la habitación de Víctor.

La casa, de cuando en cuando, tenía pesadillas. Habían ocurrido cosas terribles entre sus paredes y a veces el recuerdo volvía en sueños. Era más que probable que una de esas pesadillas hubiera causado el tumulto en el que resultó herida la mesita.

Diana encontró la trampilla del desván en mitad del pasillo. Tiró de ella con suavidad y una escala de plata se desenredó desde sus enganches hasta posarse a sus pies. Subió despacio, sin hacer el menor ruido. Asomó la cabeza por la abertura de la trampilla, entrecerrando los ojos para escudriñar mejor en las tinieblas. Luego, tras apartar una telaraña que había caído sobre su pelo, se incorporó.

—¿Hola?

—*Squeck, squeck...* —le respondió un ratón desde el lomo de una vetusta máquina de coser. Un segundo después decenas de ratones blancos y grises salieron de sus escondites y rodearon a Diana; uno de ellos se subió a una zapatilla y la golpeó con su hocico en el tobillo.

—Lo sé, lo sé —le dijo a los inquietos ratones que brincaban y corrían, tratando de llamar su atención—. Hay un intruso en el desván... Dejádme a mí.

Contempló el caos de cajas que se apilaba contra una de las paredes. Las sombras se hacían más profundas allí. Captó un destello y se acercó, muy despacio. El suelo crujió bajo sus pies.

—No tengas miedo. No voy a hacerte daño... —susurró—. Quiero ayudarte.

No hubo el menor movimiento entre las cajas. Diana sonrió de nuevo. Fuera lo que fuera lo que se ocultaba allí, estaba terriblemente asustado.

—Tengo mucho tiempo y mucha paciencia, cariño. Puedo quedarme aquí hasta que te decidas a salir —apartó un enorme reloj de arena y una pecera llena de rosas secas de una mecedora y se sentó en ella—. Así que ya ves... Depende de ti. Pero no pienso marcharme sin conocerte...

Comenzó a mecerse despacio, sin apartar la vista de las cajas. Durante unos minutos reinó en el desván el silencio más absoluto. Los ratones se habían diseminado por todo el lugar y aguardaban también, con sus ojillos fijos en la mujer de la mecedora y en la presencia que intuían entre las cajas.

—Yo me llamo Diana... —dijo el hada—. Bueno, ese no es mi verdadero nombre, pero es el que uso ahora. Llama mucho menos la atención que el antiguo... Mi verdadero nombre es una canción. ¿Quieres escucharla? —aguardó un momento, pero desde las sombras siguió sin llegar respuesta alguna.

Diana asintió, se echó hacia atrás en la mecedora y comenzó a cantar su nombre. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que lo había hecho, demasiado, comprendió a medida que la nostalgia la embargaba. Era una melodía que hablaba de la lluvia y la escarcha, de tormentas y arco iris. La tonada revoloteó por todo el desván, juguetona y danzarina, hasta que, justo cuando parecía que no iba a terminar nunca, terminó.

Después de unos instantes de silencio, una voz habló en las sombras:

—Es precioso...

—Muchas gracias... —respondió ella sin parar de mecerse. Había dolor y pena en aquella voz—. Y ahora que sabes mi nombre... ¿me dirás el tuyo?

—Paula.

—Paula... Es un nombre muy bonito. Me gusta.

—¿Cómo me has encontrado?

—Anoche soñé contigo. Te oí llorar en sueños —Diana trataba de localizar a la propietaria de aquella voz, pero esta permanecía bien oculta entre las cajas—. ¿Sabes una cosa, Paula? Cuando hablo con alguien me gusta verle la cara, pero si prefieres quedarte ahí escondida, lo entenderé...

En las sombras hubo un destello blanco. Un rostro pálido se asomó a la luz.

El fantasma no aparentaba más de dieciocho años. Era hermosa aunque ahora el dolor retorció esa belleza de manera cruel. Un halo de cabello oscuro le rodeaba la cara. Sus ojos, que en vida debían de haber sido de un brillante color azul, estaban tan apagados y tristes que a Diana le dio un vuelco el corazón. Aquellos ojos habían visto más de lo que se merecían.

Diana se levantó de la mecedora y se acercó a ella. Paula dio un respingo, pero no se apartó cuando el hada se sentó a su lado. Examinó el cuerpo casi translúcido del espíritu. Enarcó una ceja, sorprendida de lo que tenía ante sí. Había roturas en aquel cuerpo, grandes desgarrones en su vientre y en un costado. Diana había visto muchos

fantasmas en su vida, y si algo creía saber sobre ellos era que no podían sentir dolor; esa sensación estaba ligada a la mortalidad y ellos ya no eran mortales. Pero aun así era evidente que Paula estaba sufriendo.

Trató de acariciar el rostro del fantasma, pero su mano pasó a través de ella. Sintió un suave cosquilleo en la piel. Era como tratar de atrapar la niebla.

—¿Qué es lo que te ha pasado, chiquilla? —preguntó, apenada—. ¿Qué es lo que te han hecho?

—Me mataron... Y os matarán a vosotros si me quedo aquí...

El tren

Víctor candó la bicicleta a uno de los árboles del paseo ajardinado que discurría frente a la estación. El pueblo tenía casi tres mil habitantes y aunque contaba con un sinfín de comodidades y servicios, faltaban una escuela y un instituto o algo que aglutinara a ambos. Sólo había una pequeña guardería en el centro de la plaza del castillo y los jóvenes del pueblo tenían que desplazarse en tren hasta la ciudad para asistir a clase. Era un viaje diario de apenas veinte minutos.

Casi un centenar de estudiantes llenaba el vestíbulo, las salas de espera y los andenes entre el edificio principal y las dos únicas vías de la estación. La mayoría formaba corrillos mientras aguardaba el tren, charlando y bromeando entre ellos. A Víctor le llegaba el rumor de múltiples conversaciones: un partido de fútbol de resultado injusto, el monstruo final del juego de moda, el último estreno en cine, alguien que comenzaba a salir con alguien...

Víctor esperaba solo en el andén, con la vista perdida en las vías. Estaba acostumbrado a que lo ignoraran. La gente del pueblo no tenía demasiado cariño a la familia de la Colina Negra. Salvo contadas excepciones, todos los jóvenes del pueblo hacían ver que Víctor no existía. No lo entendía. No llegaba a comprenderlo, pero era así. Al principio eso le preocupaba, pero luego siguió la filosofía de su padre: «Hay quienes desprecian lo que es diferente o lo que no comprenden; no te preocupes por ellos, no es gente que merezca la pena conocer». Tal vez con el tiempo adoptara la coletilla que su madre siempre añadía a esa sentencia: «Pero no pierdes nada por intentar que cambien». Por el momento se limitaba a ignorar a quienes lo ignoraban. Le parecía un trato justo.

El tiempo había refrescado mucho. Se abrochaba su parka gris justo cuando escuchó el sonido retumbante del tren que se aproximaba. Entró en la vía haciendo tanto ruido que, por un momento, las conversaciones quedaron eclipsadas por su traqueteo. Los altavoces de la estación avisaron de su salida inminente y Víctor subió con rapidez.

Los jóvenes comenzaron a llenar el vagón. Se empujaban unos a otros, entre carcajadas y bromas, mientras buscaban asientos libres. Eligió un asiento junto a la ventanilla, cerca de la puerta. Nada más sentarse alguien lo golpeó con fuerza en la

nuca. Víctor se giró mientras se masajeaba el cuello. Un joven castaño, con el pelo muy corto y ojos grises, lo miraba, risueño y burlón. Llevaba una camiseta negra de un grupo punk de los años setenta y unos vaqueros desgastados. Todavía empuñaba el cuaderno enrollado con el que le había pegado.

—¡Buenos días, monstruito! ¿Todo bien por la casa del terror?

—Perfectamente —contestó él, fulminándolo con la mirada—. En cuanto desenterremos otro cadáver te pasaremos su cerebro. Tiene que dolerte ir por ahí con la cabeza vacía.

—¡Un cerebro! ¡No, por favor! ¿Pretendes hacerme pensar? ¡Eso me destruiría! —soltó una carcajada y le tiró el cuaderno al regazo—. Ahí tienes los apuntes de Historia. Disfrútalos, compañero... ¡Nos vemos! —y desapareció entre el barullo del vagón antes de que Víctor pudiera darle las gracias.

Fernando era uno de los pocos que tenían cierto trato con él. Un trato curioso donde proliferaban los golpes y los insultos más variados. Aun así se llevaban bastante bien.

Víctor miró a su alrededor, buscando a la otra persona con la que le unía algo parecido a la amistad. La encontró en el otro extremo del vagón, hablando con una amiga y tratando de que la mochila que llevaba al hombro no le resbalara. Se llamaba Cristina y era la hermana pequeña de Fernando. En lo único que coincidían ambos era en no tratarlo como si fuera unapestado, en lo demás se llevaban a matar.

Aquel día Cristina vestía una cazadora vaquera gruesa, un peto de color negro y una camiseta blanca. Llevaba el pelo rubio corto y despeinado, recién lavado. Aunque desde donde se encontraba no podía confirmarlo, estaba seguro de que la chica olería a coco. Era su perfume de los lunes. El resto de la semana iba variando, pero los lunes siempre usaba el mismo, no entendía por qué ni pensaba preguntárselo. Víctor tenía la sospecha de que la mayoría de las chicas no dormían jamás y que utilizaban la noche para prepararse y aparecer radiantes al día siguiente. No podía haber otra explicación. A su lado uno siempre tenía la sensación de estar mugriento.

Cristina se despidió de su amiga justo cuando el tren se ponía en marcha. Fue avanzando despacio por el pasillo, guardando el equilibrio con soltura a pesar del ajetreo del vagón.

Llegó a la altura de Víctor y se dejó caer pesadamente en el asiento contiguo. Una dulce vaharada de coco lo rodeó y el muchacho, en el acto, se sintió viscoso y maloliente, como si acabara de salir de una dura pelea en el barro.

—Buenas y claras mañanas, Víctor... —canturreó al sentarse—. ¿Qué tal el *finde*?

«El sábado la biblioteca de la casa se llenó de mariposas. Cada una tenía una letra diferente escrita en sus alas. Mi madre y yo nos dedicamos a atraparlas con una red y a formar palabras con ellas antes de soltarlas. El domingo apareció un tiburón en la piscina y algo más tarde una mujer gritó en la casa, pero, por mucho que buscamos,

no encontramos nada. Y el ratón que duerme en mi zapatilla no ha venido esta noche y, aunque sea una estupidez, me tiene preocupado».

Eso fue lo que pensó; en cambio, esto fue lo que dijo:

—Como siempre... Aburrido a ratos.

—Lo que deberías hacer es bajar al pueblo una tarde y salir con nosotros —le sugirió Cristina. Había apoyado su mochila en el regazo y sacaba de ella, a tirones, un cuaderno de tapa verde que estaba atrapado entre dos libros—. Conmigo y mis amigos... Te vas a oxidar allí arriba.

—¿Se lo has dicho a ellos? —le preguntó Víctor, no demasiado interesado en su respuesta. Miraba la mochila negra de Cristina, plagada de cremalleras. La joven le había puesto un adorno nuevo, un llavero con un personaje clásico de las series de dibujos animados de la Warner: un marciano vestido de romano, con un casco verde rematado por lo que parecía un cepillo amarillo. Tenía la cara completamente negra a excepción de dos grandes ojos blancos que miraban hacia arriba. El marciano colgaba junto a una rana de color azul, el símbolo de la paz y un perro de aspecto fiero.

—No... Te tienen por un bicho raro, ya lo sabes. Pero creo que si les dieras la oportunidad de conocerte...

—Mejor vamos a dejarlo... Ellos no me tragan a mí y yo no los trago a ellos —comentó, mientras inspeccionaba de cerca el nuevo llavero de Cristina. Había algo en él que le traía vagos recuerdos del sueño de la noche pasada. Algo negro, sin rasgos en su rostro pero con dos ojos blancos y terribles que nada tenían que ver con los de aquel muñequito. Algo que buscaba lo mismo que buscaba él: a la joven que lloraba.

«¿A la joven?», pensó, acariciando el casco del marciano con el ceño fruncido... «¿Cómo sé que se trata de una joven?»

—¿No te gusta mi marciano?

—Claro que me gusta... Parece simpático.

—Pues pones cara rara.

—Es que soy un bicho raro, ya lo sabes —replicó Víctor, sonriendo.

—Sí, lo sé. Y también sé que te encanta serlo... Te hace sentir especial ¿verdad? —Cristina dejó caer la mochila a sus pies y rebuscó en ella hasta dar con un bolígrafo azul y una calculadora científica.

—Eso también.

—Ya lo sabía yo. Pero deja que te diga algo: todo el mundo es raro. No se salva nadie... —lo miró fijamente. Sus ojos grises eran tan profundos que Víctor tuvo la impresión de que podía caerse dentro. El dulce olor a coco lo volvió a rodear como una neblina invisible—. Y ahora, si me disculpas, voy a abandonar este plano de la realidad. Me reclaman en el mundo de las Matemáticas...

—Eso es que no has acabado los deberes, ¿verdad?

—No responderé a esa pregunta... —objetó. Abrió el cuaderno y, entrecerrando

los ojos, se dedicó a las ecuaciones que le quedaban por resolver.

Víctor miró por la ventanilla. Los campos de cultivo se sucedían unos a otros con rapidez; en pocos minutos la primera fábrica (una empresa que proclamaba en grandes carteles que fabricaba los mejores neumáticos del mundo) aparecería, y tras ella iría desfilando el resto de fábricas que formaba el perímetro industrial de la ciudad. Siempre que pasaba junto a la fábrica de neumáticos, Víctor tenía la sensación de estar traspasando una frontera. Sentía que entraba en otro mundo, un mundo que nada tenía que ver con la Colina Negra y la casa que allí se encontraba.

Hacía algunos años que sus padres habían mantenido una seria charla con él en la que le hicieron prometer que nunca, bajo ningún concepto, hablaría con nadie sobre la curiosa naturaleza de la casa donde vivía y que, por supuesto, tampoco mencionaría el hecho de que su madre era un hada y su padre un mago retirado. Víctor no tuvo ningún problema en prometerlo; hacía mucho tiempo que había comprendido por sí mismo que, si quería evitarse problemas, lo mejor que podía hacer era eludir esos temas. Por norma general, la gente no habitaba en casas mágicas, ni tenía encuentros con seres extraños en su escalera, ni contaba con padres que consideraban que el hecho de que aparecieran tiburones en la piscina entraba dentro de lo aceptable. En ese mundo no entendían de fantasmas, no comprendían que las sombras pudieran volar o que los espejos fuesen capaces de reflejar cosas que no estaban ante ellos.

En ese mundo, a veces, se sentía muy solo.

Víctor suspiró y miró por la ventanilla. Ya se veía la mole de cemento gris que era el muro de la fábrica de neumáticos. Por un momento tuvo la sensación de que el tren estaba parado, inmóvil en la vía, y que era la fábrica la que se abalanzaba hacia ellos.

Había llegado a la frontera.

Mestizo

—Nadie va a matarnos... —le dijo el hada al fantasma—. Y tú no te irás a ninguna parte hasta que no sepa qué está ocurriendo. Ahora tranquilízate y cuéntamelo todo, ¿quieres? Te ayudaremos si está en nuestra mano...

—¡No! ¡No! ¡Os matarán! ¿No lo entiendes? ¡La Sombra me encontrará y os hará matar por darme refugio! —las lágrimas corrían a raudales por sus mejillas—. ¡Ojalá hubiera desaparecido para siempre! ¡Ojalá desapareciera ahora mismo! ¡Todo acabaría y todo estaría bien!

—No digas eso —le riñó Diana, muy seria—. No desees nunca barbaridades. Los deseos son traicioneros... Cuando menos te lo esperas, van y se cumplen.

—¡Pero es que eso es lo que quiero! ¡Quiero desaparecer!

—Aquí estás a salvo —le aseguró Diana—. Nadie te encontrará en esta casa.

—Me encontrarán... Me encontrarán...

El fantasma temblaba de dolor y de miedo. A Diana la situación le produjo mucha ternura. Hubiera dado lo que fuera por poder acariciarla, por apartar aquel cabello moreno que caía sobre su rostro y limpiarle las lágrimas. Pero sólo contaba con sus palabras para consolarla.

—No sé quién es esa sombra tuya —dijo—. Ni lo que quiere de ti. Pero te aseguro que mientras estés en esta casa no podrá encontrarte, haga lo que haga.

—¡No! Ya me confié una vez. Creía que no me buscaban, que se habían olvidado de mí. Creí que estaba a salvo... Y me encontraron. Me encontraron...

—Te repito que aquí estás a salvo. ¿Y sabes por qué estoy tan segura de eso? —la miró directamente a los ojos antes de continuar—: Porque llevan quince años buscándonos a nosotros y no nos han encontrado.

—¿A vosotros? ¿Os buscan? ¿Quién? ¿Por qué? —preguntó Paula que no daba crédito a lo que oía.

Diana no contestó. Se limitó a sonreír, como si la respuesta fuera evidente.

Y de pronto Paula recordó al hombre y al muchacho que habían subido al desván el día anterior, tan parecidos el uno al otro que resultaba obvio que eran padre e hijo. El adulto estaba rodeado del aura peculiar que rodea a todos los humanos instruidos en las artes mágicas, pero era un resplandor deslucido, como si hubieran pasado años

desde la última vez que el hombre había practicado magia. El joven también contaba con su propia aura; en ella se mezclaban destellos plateados y volutas de humo negro. Paula nunca había visto nada igual, aunque el aura de Diana tenía una semejanza lejana a los brillos de plata de Víctor. Ella debía de ser su madre. Los ojos del espíritu se abrieron como platos al comprender lo que eso significaba.

La mujer era un hada, el hombre un humano, por lo tanto el muchacho era...

—El Mestizo... —susurró Paula, tan sorprendida que por un instante se olvidó del dolor—. Tu hijo es el mestizo al que todos buscan...

Rastreadores

Un mar de nubes flotaba sobre el hielo antártico. Eran nubes grandes como montañas, de un sucio color gris, que se alzaban en el cielo con tal majestuosidad que parecían clavadas en él. El viento aullaba a su alrededor, tratando en vano de moverlas de su sitio. Pero eso era imposible. Hacía siglos que estaban inmóviles allí, en mitad del polo sur, y sólo la misma magia que las había hecho detenerse podría ponerlas de nuevo en marcha. Sobre el lomo de las nubes habían construido una ciudad de hielo y piedra y, en su centro, un castillo de cristal, de altos muros y torres deslumbrantes. Era la fortaleza de vidrio, la residencia del Consejo de magos que velaban por la seguridad de la Telaraña: los Arcontes, los jueces supremos del mundo oculto.

En lo más alto de una de la torres, un anciano hechicero buscaba a Víctor. Llevaba quince años haciéndolo, sin descansar ni un instante ni dormir un segundo. Estaba completamente sumergido en el líquido amarillento que contenía una gigantesca bañera de madera verde. Tenía los ojos cerrados y de sus labios violáceos surgía una lenta estela de pequeñas burbujas. Su piel estaba tan arrugada que daba la impresión de estar envuelto en rollos de pergamino viejo. Por la sala deambulaban dos sirvientes, atentos al hombre sumergido. Uno de ellos llevaba un cubo lleno de sustancia ambarina y estaba esperando el momento exacto para verterlo en la bañera.

El mago ignoraba por completo el mundo que lo rodeaba de tan inmerso que estaba en su trance. En su mente veía la Telaraña entera, desplegada como una inmensa red de hebras luminosas por la que se desplazaban un sinfín de diminutos puntos de luz. Cada uno de ellos representaba un habitante de la Telaraña.

No era el único que buscaba al Mestizo, muchos otros trataban de dar con él; unos, como el anciano, permanecían inmóviles, vigilantes, atentos a la aparición de la rara energía que despiden los nacidos de hadas y humanos. Otras presencias no estaban fijas, se movían de un lado a otro como pequeñas esferas de nácar, incansables en su búsqueda. Pero hasta el momento nadie había tenido suerte: en la Telaraña no había ni rastro del muchacho o de sus padres. Muchos pensaban que estaban bajo algún potente hechizo de ocultación, pero el anciano tenía la teoría de que si nadie había podido hallarlos en todos esos años era por una razón bien simple: no estaban allí. El Mestizo y su familia habían abandonado la Telaraña. Y estarían a

salvo siempre y cuando no regresaran.

El hechicero no quería ni pensar en lo que podría ocurrir si eso sucedía. Había fuerzas terribles buscando al muchacho y si una de ellas conseguía capturarlo antes de que los Arcontes dieran con él...

Las burbujas dejaron de salir de entre los labios del anciano, su cuerpo se envaró en la bañera y una fuerte convulsión recorrió todo su cuerpo. A un grito de su compañero, el sirviente que portaba el cubo vertió en la bañera el ámbar mágico que mantenía con vida al mago y al instante regresaron las burbujas.

«No sé dónde estáis», pensó el anciano mientras continuaba con su incansable vigilancia. «Ni lo sé, ni me importa, pero por favor, por favor, quedaos allí. No regreséis jamás. Que nadie os encuentre nunca».

«Nunca he visto nada igual»

Eduardo se despertó cuando una súbita ventolera retiró con violencia las sábanas que lo cubrían. Abrió un ojo, gruñó y trató de hacerse con una esquina de las mantas para volver a taparse. Era imposible que fueran ya las nueve. Diana, que siempre solía ser silenciosa como una gata, le había despertado al levantarse, y no hacía ni una hora de eso. Lo sabía porque no había podido volver a conciliar el sueño. Sentía una incómoda sensación en sus sienes, como si escuchara el lejano sonido de un llanto.

Su mano seguía buscando la sábana sin encontrarla. Se levantó a medias, apoyándose en un codo. La extraña corriente había tirado las mantas al suelo, tan lejos como le había sido posible.

Se sentó en la cama, frotándose los ojos. Las persianas de los dos ventanales se levantaron al unísono y la luz taciturna del día entró con fuerza en la habitación.

—*Ouch...* —musitó Eduardo, deslumbrando por la repentina claridad.

La casa quería que se levantara, no quedaba ninguna duda. Hasta sentía que el colchón trataba de empujarlo fuera.

Eduardo, con una expresión de cierto disgusto en el rostro, cedió y se levantó. Comenzaba a vestirse cuando la puerta del armario que había frente a la cama se abrió. El espejo de cuerpo entero que ocupaba la cara interior de la puerta no les reflejó ni a él ni a la habitación; en su lugar vio a Diana, acuclillada en el desván. Junto a ella había algo que en un principio tomó por un retazo de niebla. Luego se dio cuenta de que era un espíritu, pálido y demacrado, con el rostro cubierto de lágrimas.

—*Vaya...* —murmuró—. Creo que hemos resuelto el misterio del grito de ayer.

Terminó de vestirse deprisa. Se peinó como pudo con las palmas de las manos y salió de la habitación en busca de la trampilla movediza que llevaba al desván. La encontró abierta y con una escalerilla de plata colgando. Subió despacio, asomó la cabeza en las tinieblas y, al instante, el polvo suspendido en el aire le hizo estornudar con tanta fuerza que, en la calma de la buhardilla, sonó como un cañonazo. En la esquina entre las cajas, Paula soltó un grito y volvió a esconderse.

—Buenos días también para ti, cariño —dijo su mujer, dedicándole una sonrisa—. Tenemos visita. Pero creo que la has asustado...

—No era mi intención, palabra... —emergió de la trampilla, tratando de contener

otro estornudo—. ¿Y quién es nuestro visitante, si se puede saber?

—Paula. Un fantasma... —respondió, y luego añadió, dirigiéndose al montón de cajas—: Es mi marido. No pasa nada, tranquila. Si se porta mal, entre las dos lo reduciremos sin problemas...

Paula volvió a salir de su escondite. Nada más verla, Eduardo comprendió que había algo que marchaba rematadamente mal en ese fantasma. Todos los espíritus, hasta los más terribles, estaban dotados de cierta gracia etérea, como si el haber abandonado el cuerpo carnal los hubiera dotado de una agilidad especial. Pero en Paula no quedaba nada de eso; en su lugar había dolor, y en tal cantidad que resonaba por todo el desván.

—Le vi ayer —dijo Paula tratando de sonreír sin conseguirlo—. Me escondí cuando le escuché abrir la trampa. Tenía miedo de que fueran ellos...

—¿Ellos? ¿Quiénes son ellos? —preguntó Eduardo, acercándose despacio hacia donde se encontraban las dos mujeres, la muerta y la viva. La horda de ratones que las rodeaba se dispersó para permitirle el paso. Apartó una telaraña que colgaba de un perchero, esquivó el herrumbroso esqueleto mecánico de un artilugio de uso desconocido y se sentó en el suelo. Un ratón gris pasó veloz a su lado y se acurrucó junto al espíritu.

—Los sicarios de la Sombra... —contestó Paula.

El fantasma les contó lo ocurrido el día anterior. Les contó el modo en que aquellos dos monstruos habían arrasado la casa que la cobijaba y asesinado a la familia que vivía allí, y cómo la casa, usando sus últimas fuerzas, la había mandado hasta su vivienda. A lo largo de su narración no vertió ni una sola lágrima, pero el dolor y la pena estaban entrelazados en cada una de sus palabras.

Cuando acabó, Diana miró a su marido.

—¿Conoces a esa Sombra, Eduardo?

Él asintió.

—Es un demonio menor del Inframundo. No es de los más poderosos... Pero sigue siendo un demonio. No es bueno tenerlo como enemigo —contempló el rostro lívido de Paula y se acercó hacia ella—. Me gustaría ver esas heridas... ¿Me permites?

Eduardo examinó los desgarrones del fantasma. Frunció el ceño y miró a su alrededor en busca de algo con lo que iluminar las tinieblas del desván. En ese preciso momento una esfera de luz plateada apareció sobre su cabeza.

—¿Qué opinas? —preguntó Diana.

—Que nunca había visto nada igual... —acarició los pliegues de uno de los desgarrones y sintió un fuerte cosquilleo en las yemas de los dedos.

Paula dio un grito y echó a volar. Llegó hasta el techo y se hizo un ovillo junto a una viga. Estaba temblando.

—Duele —les dijo, mirándolos fijamente—. Duele muchísimo...

Eduardo se incorporó, se sacudió la culera del pantalón para limpiarla de polvo y frunció el ceño.

—La vasija del Inframundo en la que esos monstruos te querían meter era poderosa... La magia de la casa la contrarrestó, sí... pero la lucha de esas fuerzas te ha dañado de un modo que no entiendo.

Las manos pálidas de Paula acariciaron sus heridas. Apretó los dientes.

—Es como... Como si me descosiera... Si esto sigue así, desapareceré... —susurró, descendiendo de vuelta a la esquina.

—No vas a desaparecer. Quítate eso de la cabeza de una vez... —le reprendió Diana—. Te ayudaremos. ¿Verdad, Eduardo?

—Haremos lo que podamos... No tengo muy claro cómo has llegado hasta aquí, chiquilla, pero la casa te ha dejado pasar y eso te convierte en nuestra responsabilidad. Quedas bajo la vigilancia y amparo de la casa de la Colina Negra...

—Bien... Veamos... La Sombra te persigue... ¿Por qué?

—Lleva siglos buscando algo. Y yo sé dónde está.

El laberinto

La cosa informe lanzó una patada no demasiado fuerte a su compañero. Había pasado casi un día desde que la Sombra lo matara y el pequeño monstruo estaba preocupado: su amigo nunca había estado tanto tiempo muerto. Cuando comenzaba a perder la esperanza, la criatura alada abrió los ojos y soltó un gruñido furioso. Se incorporó a medias y apoyó la espalda contra el muro. Giró el cuello a izquierda y derecha hasta que las vértebras volvieron a coincidir unas con otras. Luego aulló y golpeó con fuerza la pared, rabioso.

Clavó sus ojos en la cosa. Escupió al suelo y se levantó despacio.

—¿Por qué siempre me mata a mí? —preguntó en un susurro, con la voz rota—. ¿Por qué nunca te ha matado a ti? ¡Contesta, maldito gusano!

Su compañero retrocedió un paso.

—Si me mata, muero... —apuntó, tímido—. Yo no puedo volver...

—¡Excusas! ¡Excusas! —estiró sus alas de hueso, volvió a girar el cuello y graznó.

Morir no era agradable. Volver de la muerte, tampoco.

—¿Dónde está la Sombra? —preguntó al descubrir que el trono estaba vacío. En la sala se movían despacio algunos guardianes, con la mirada ausente. Eran enormes trozos de barro solidificado a los que se les había dado forma humana, con tan poca identidad y cerebro que parecían perdidos sin la presencia de su amo.

—En sus aposentos. Creo que está disgustado con nosotros... —dijo, titubeando.

—¡Claro que está disgustado, imbécil! ¡Me ha matado!

Avanzó con rapidez por la Sala del Trono, con la cosa informe correteando tras ella. Salieron por uno de los múltiples pasillos que iban a desembocar allí, bajo la mirada apática de los guardianes.

Las dos criaturas se adentraron en las tinieblas del pasillo. De vez en cuando la mayor golpeaba las paredes con sus puños, haciendo saltar esquirlas de roca.

—¡Harto! ¡Estoy harto! ¿Cuántas veces me ha matado desde que estamos a su servicio? ¡Dime! ¡Mil? ¡Dos mil?

—Baja la voz... Baja la voz... —le aconsejó el otro espanto, lanzando miradas cautelosas a su alrededor.

—¿Por qué? ¿Qué va a hacer? ¿Matarme?

El corredor por el que caminaban formaba parte de un edificio que en otro tiempo fue digno de contemplar. Un palacio hermoso y resplandeciente, lleno a rebosar de magníficas obras de arte. Nada quedaba ya de aquel esplendor. Sólo sombras y ruinas. Un demonio se había apoderado de aquel lugar y nada bello perdura en las cercanías del mal.

En un extremo del pasillo encontraron una estrecha escalinata de mármol ennegrecido. Descendieron por ella, deprisa, chapoteando en el barro y el agua turbia. Una tiniebla cenicienta los envolvió cuando llegaron al final de las escaleras y salieron al sótano del Palacio. Era una sala inmensa que ocupaba todo el subsuelo del edificio. El piso estaba lleno de charcos y escombros, pero se podían ver claramente las ruinas de lo que en otro tiempo debió de ser un gigantesco laberinto. De este sólo quedaban las bases de los muros que le habían dado forma y alguna que otra pared. El dibujo del trazado del laberinto todavía se distinguía en el suelo cubierto de agua.

El ser alado continuaba mascullando en voz baja. La cosa informe lo seguía, sin comprender qué habían ido a hacer allí. Aquel lugar no le gustaba. Le daba miedo.

Tardaron más de quince minutos en llegar hasta el centro del laberinto. Allí, rodeado de calaveras, yacía el esqueleto de un gigante. Sus grandes huesos brillaban en la penumbra como rescoldos de un incendio recién sofocado. El gigantesco esqueleto no estaba completo. Faltaba el cráneo.

—¡Y todo por un cráneo! ¡Por un trozo de hueso! —aulló la criatura alada, mientras pateaba con furia las calaveras que rodeaban el gran esqueleto. Había cientos de ellas; la mayoría eran humanas pero había otras demasiado grandes y grotescas para serlo—. ¡Maldito seas! ¡Maldito seas mil veces! ¡Ojalá nunca hubiera muerto tan cerca de ti! ¡Mi alma sería mía! ¡Sólo mía! —siguió pateando cráneos, rompiendo muchos, haciendo rodar otros... Hasta que, sin aliento, se detuvo, con las garras en las caderas y jadeando.

—¿Más tranquilo? —preguntó la cosa con cautela.

—¡No! —graznó, lanzándole una potente patada que le alcanzó en un costado. La pequeña criatura chilló y se alejó tan rápido que acabó rodando sobre sí misma—. Ahora mejor... Venga, salgamos de aquí.

La caja

—Me llamo Paula. Paula Cocalo. Soy la última que queda de mi familia, si se puede decir eso siendo como soy un fantasma. Los Cocalo fuimos una de las estirpes de magos más antiguas que ha conocido el mundo. Aun así, muy pocos han oído hablar de nosotros. No hubo ningún hechicero de renombre en mi familia, ni realizamos nunca proezas dignas de reseñarse y no por falta de talento, sino porque, simplemente, nunca quisimos hacernos notar.

»Los Cocalo proveníamos de Italia, de Sicilia. Mi abuela decía que éramos descendientes de reyes, pero también decía que la Tierra era plana y que la Luna no existía, que era un agujero en el cielo que alguien recortó para hacerse un sombrero. Fuimos una familia errante. Siempre estábamos viajando; nunca nos deteníamos más de un mes en una misma ciudad. Era una tradición que se remontaba a siglos atrás. No podíamos permitirnos echar raíces en ningún lugar porque, de hacerlo, nuestros enemigos nos encontrarían. Durante siglos esa táctica nos mantuvo a salvo, a nosotros y a nuestro secreto.

»Yo nací en Buenos Aires. Nunca supe lo que era un hogar. Mi vida siempre fue un constante ir y venir, tan veloz que muchas veces me costaba recordar en qué ciudad me encontraba. Lo único estable que conocí en aquel tiempo fue mi familia: mis padres, mi tía, mis abuelos y mis dos hermanos. Y así fui creciendo. Ni siquiera me preguntaba a qué se debía aquel viaje interminable. Para mí era algo absolutamente normal.

»Cuando cumplí catorce años me desvelaron el secreto. Mi padre me mandó llamar al salón de la casa en la que vivíamos entonces, una pequeña casita a las afueras de Dublín. Me hizo sentar frente a él y me mostró lo que tenía entre las manos. Yo ya había contemplado aquello muchas veces; lo primero que mi padre hacía siempre al llegar a una nueva casa era colocar aquel objeto en el lugar más visible del salón: en el estante central de un mueble o en medio de la mesa. Como si quisiera que aquello fuera siempre lo primero que se viera al entrar por la puerta.

»Era una caja pequeña, del tamaño de una pitillera. Estaba fabricada en plata, con adornos labrados en forma de espiral por toda su superficie.

»—Ya tienes catorce años, Paula —me dijo—. La edad con la que mi padre me

desveló el secreto de nuestra familia... —dejó la cajita de plata sobre la mesa y le dio una palmada—. Esta es la causa por la que estamos condenados a vagar por el mundo, sin detenernos jamás.

»Yo ya había abierto muchas veces esa caja y sabía muy bien lo que había en su interior; por eso miré a mi padre sorprendida a más no poder.

»—¡Pero en esa caja no hay nada! ¡Está vacía!

»—El hecho de que no seas capaz de ver lo que contiene, no significa que esté vacía... —me contestó.

»—¿Hay algo dentro, entonces? —pregunté. Tomé la caja y la abrí. El interior era también de plata, aunque sin adorno alguno. Me la encontré vacía, como las otras veces que había jugueteado con ella.

»—Un laberinto —me contestó él—. Eso es lo que hay en su interior, Paula. Y en el centro de ese laberinto que no podemos ver se encuentra el cráneo de un demonio. Un objeto de tal poder que si cae en manos equivocadas, podría cambiar por completo la faz de este mundo... —me miró fijamente antes de continuar hablando—. Un ser terrible lo busca desde hace siglos. Y no debe, por ningún motivo, hacerse con él... No debe encontrarnos jamás.

»Los cuatro años siguientes no se diferenciaron en nada de los anteriores. La familia Cocalo siguió su peregrinar por el mundo. Hasta que una noche de junio los monstruos nos encontraron. Llevábamos tres semanas en Bonn y ya se respiraba la tensión previa a una nueva partida. Había llegado la hora de volver al camino. Lo que ninguno de nosotros sospechaba era que nuestro viaje estaba a punto de terminar.

»Había estado lloviendo durante toda la tarde. Yo estaba cansada y decidí irme a dormir. Recuerdo la lluvia repicando sobre el tejado. Recuerdo haberme despedido de mis padres y mis tíos, que charlaban en el salón tratando de decidir cuál sería nuestro próximo destino. Mis abuelos dormían ya, siempre eran los primeros en acostarse. Mis hermanos estaban fuera, jugando al baloncesto en el patio a pesar de la lluvia. No salí para despedirme de ellos. Estábamos enfadados. Y ni siquiera recuerdo el motivo. Me fui a la cama, sin saber que nunca más volvería a ver a mi familia.

»Entrada la madrugada un grito me despertó. La noche se había vuelto loca. Escuché el ruido de una tremenda pelea en la planta de abajo. Pronto más gritos se unieron al primero. Reconocí la voz de mi madre. Mi padre también chillaba. Bajé de la cama, desorientada y asustada. Alguien corrió por el pasillo en dirección a las escaleras. El estruendo que llegaba de abajo se hizo ensordecedor. Una explosión sacudió la casa. Algo rio. Después no se oyó nada más.

»Abrí la puerta y salí al pasillo, sin saber qué hacer. Tenía miedo, un miedo atroz. Me quedé congelada junto a la puerta. No podía ni pensar. Entonces escuché el sonido de unos pasos que venían en mi dirección, subiendo las escaleras a toda velocidad, frenéticos. Era un ruido extraño, irregular, como si muchas patas

diferentes trotaran unas junto a otras. Comencé a susurrar un hechizo de defensa, mientras retrocedía hacia el interior de mi cuarto. Justo cuando iba a cerrar la puerta, aquello apareció al final de las escaleras: era un amasijo de carne que se apoyaba en un montón de patas y garras de distintas formas y tamaños. Tenía un montón de cabezas, todas diferentes, todas espantosas; y todas me miraban. La visión de aquel engendro hizo que perdiera la concentración y mi hechizo falló antes de que pudiera lanzarlo. Creo que grité.

»El monstruo se rio. Nunca olvidaré la expresión de regocijo de sus rostros ni el sonido estridente de sus risas mezcladas. Cerré la puerta, pero la atravesó de un salto, rompiéndola en mil pedazos.

»Y me mató.

«Era un fantasma»

«Con mi muerte debería haber terminado todo, pero no fue así. Unas horas después volví a abrir los ojos. Estaba tirada en el suelo, allí donde me había derribado el monstruo.

»En un principio no me di cuenta del cambio que se había producido en mí. Los colores eran más suaves y las formas de los objetos parecían difuminadas, como si en torno a ellas hubiera un velo de niebla.

»Traté de incorporarme y salí despedida hacia arriba. Atravesé el techo de la casa como si este no existiera y me encontré metida de lleno en una nube. Fue entonces cuando me di cuenta de en qué me había convertido.

»Era un fantasma.

»Regresé a la casa, tratando de dominarme. Mi nueva realidad era borrosa y además las lágrimas me cegaban. En los minutos que llevaba muerta había llorado más de lo que lo había hecho en toda mi vida.

»Atravesé el tejado y me encontré suspendida en mitad del pasillo. La casa estaba llena de ruidos; cajones que se abrían y cerraban, golpes, muebles arrastrados por el parque... Nuestros asesinos estaban registrándolo todo. Frenética, intenté recordar lo que sabía sobre fantasmas. Pero sólo venía a mi mente una y otra vez la misma cantinela: “Están muertos. Tu familia ha muerto. Tú estás muerta”. De pronto la criatura que me había matado apareció en el pasillo. Salía de una habitación y se encaminaba a la de enfrente. Sus cabezas hablaban entre ellas y parecía tan absorta en la conversación que ni uno de sus ojos se fijó en mí. Yo me la quedé mirando desde donde me encontraba, flotando pegada al techo.

»Estaba tan asustada que muy probablemente me habría quedado allí hasta que me hubiesen encontrado. Pero vi mi sangre en las garras de aquel espanto y, ahogando un grito, retrocedí en el aire, traspasé la pared y acabé en la habitación que el monstruo acababa de abandonar. Era el cuarto de mis hermanos. Todo estaba patas arriba, deshecho. Hasta habían destripado los colchones... Atravesé el suelo para asomarme a la planta baja, más por alejarme de aquella cosa que por ver qué había sucedido allí.

»Pero lo único que vi fue la cajita de plata. No había rastro alguno del salón, ni de

mi familia. No había nada. Sólo la caja. Sus dos partes se habían separado y estaban a un metro de distancia la una de la otra. Flotaban en el vacío, tan fantasmales como yo. De repente la realidad entera danzó a su alrededor y el salón fue apareciendo ante mis ojos, como si alguien lo estuviera dibujando a toda prisa.

»Monstruos con forma humana, hechos de tierra roja, deambulaban con torpeza por la habitación. Un engendro alado ladraba órdenes desde el centro de la sala. Habían volcado los sillones y levantado los tablones del suelo. Todas las estanterías y muebles estaban hechos trizas. Buscaban el cráneo. Pero no conocían la existencia de la caja que lo contenía, y la habían pasado por alto.

»Justo bajo mis pies había una alfombra extendida sobre un montón de bultos. Una mano pálida se asomaba por un lateral. Reconocí el reloj de mi padre y algo se rompió dentro de mí. Grité y todos aquellos engendros miraron en mi dirección.

»—¡Tú! —gritó el líder de aquellos horrores, desplegando dos grandes alas de hueso negro.

»Salí volando. Atravesé el techo y aparecí de nuevo en el pasillo. Me topé de bruces con mi asesino. Los dos chillamos, asustados por el súbito encontronazo. Él echó a correr hacia la puerta y yo seguí mi ascenso, traspasando por segunda vez el tejado.

»Dos de los monstruos terrosos salieron de la casa. La criatura alada se apoyó en el alféizar de una balconada y voló hacia mí, agitando sus alas de hueso. Era veloz, pero yo lo era mucho más y pronto la dejé atrás. Cuando llegué a tal distancia que no podía ver la casa, comencé a sentirme mal. Me asfixiaba, me ahogaba y eso era absurdo porque ya no necesitaba aire. Traté de recuperar aliento, escondida entre los árboles de un parque, pero fue inútil. Cada vez estaba peor. Por fin recordé algo de lo que sabía sobre espíritus: sólo pueden habitar en zonas mágicas y la casa, aunque yo no lo hubiera sabido hasta entonces, era una casa encantada. Había salido del influjo de la magia y me ahogaba como un pez fuera del agua.

»Salí de mi refugio y miré a mi alrededor. Mi percepción de la realidad había cambiado, pero fue entonces, al sobrevolar la ciudad, cuando me di cuenta de hasta qué punto. El mundo real se había vuelto brumoso. Los edificios parecían contruidos en humo gris; la gente parecía opaca, irreal. Cuando estaba más desesperada descubrí un resplandor dorado en lo alto de un edificio. Me dirigí hacia allí como una mariposa atraída por una luz brillante.

»Entré en una buhardilla completamente vacía. Aun así, estaba tan rebotante de magia que me sentí recuperada al instante y, en cierto modo, a salvo. Aquel lugar me había atraído como un faro. Y era lógico. Me había convertido en una criatura mágica y ahora, ante mis ojos, la magia se me presentaba con una nitidez increíble, mientras que el mundo no mágico había perdido consistencia.

»Pasé un día entero en la buhardilla. Necesitaba serenarme, pensar. Mi familia

había sido asesinada. Yo había sido asesinada... Y había regresado al mundo de los vivos convertida en fantasma. Comprendí que mi regreso no había sido un capricho del destino. Había un motivo: la responsabilidad de mi familia para con la caja eran tan grande que ni la muerte podía librarnos de ella. Yo había sido la última Cocalo en morir. Y por eso había regresado: para poner la caja a salvo, para evitar que la Sombra se hiciera con ella y con lo que contenía.

»Tenía que volver a la casa.

»En el tiempo que llevaba en la buhardilla había recordado lo suficiente sobre la naturaleza de los fantasmas como para trazar un pequeño plan de acción. Decidí llevarlo a cabo cuanto antes.

»Salí de la buhardilla y descendí a través de la fachada del edificio. Cuando llegué a la altura de la calle me mantuve oculta en la pared hasta que un hombre pasó junto a mí. Salté sobre él, cuidándome mucho de que nadie me viera. Entré en su cuerpo con la misma facilidad con la que un nadador se sumerge en el agua. Tampoco me costó esfuerzo alguno tomar el control de su cuerpo. Su mente y su voluntad quedaron en suspenso y yo, corpórea de nuevo, le hice andar por la calle, con mucho cuidado, ya que me sentía tan torpe que temía tropezar y caer. Había bastado un día para que olvidara lo que era tener un cuerpo.

»Aunque ya no estaba en contacto con la magia de la buhardilla, la posesión parecía anular la sensación de ahogo que había sufrido antes. En apenas una hora atravesé las calles de Bonn que me separaban de la casa. Cuando llegue allí me llevé tal sorpresa que casi perdí el control del cuerpo que poseía. La vivienda no estaba donde debía estar. El lugar que antes había ocupado era ahora un solar vacío.

»Yo sabía que la casa se encontraba allí. La sentía, podía percibirla como había sentido la magia de la buhardilla, aunque de manera menos clara, como si alguien hubiera tratado de ocultarla. Las espantosas criaturas que habían acabado conmigo y con mi familia la habían escondido de los ojos mortales.

»Hice avanzar al hombre poseído y nada más poner el pie en el primer peldaño de la escalera, pude verla. El hechizo que la ocultaba se había disipado al traspasar la barrera. Escuché con atención. Todo estaba en silencio, en calma. Los monstruos se habían ido. Entré y me encaminé hacia el salón, tratando de no mirar hacia la alfombra que cubría los cuerpos de mi familia, tratando de no escuchar el zumbido de las moscas que revoloteaban por la sala.

»La caja continuaba tirada en el suelo. Hice que el hombre la agarrara y nos marchamos de allí tan rápido como pudimos. La enterramos en un pequeño jardín a un kilómetro de distancia y a continuación regresamos a la calle donde había tomado el control del hombre. Lo liberé, sintiéndome ligeramente culpable por haberle robado dos horas de su vida. Cuando me fui estaba aturdido, mirando su reloj como si este se hubiera vuelto loco.

»Volví a la buhardilla. Estaba tan agotada que tardé en darme cuenta de que no estaba sola. Ellos se encontraban allí. La criatura que me mató reía oculta entre las sombras y, junto a ella, el engendro de las alas de hueso negro me miraba con malicia.

»—Tienes algo que no te pertenece... —me dijo, nada más verme. No sentí miedo, sólo furia.

»—No lo encontraréis jamás... —les respondí, sin poder contener mi rabia—. ¡Está en lugar seguro!

»—¿En lugar seguro? Los lugares seguros no existen, niña muerta. No te engañes. Y nos dirás dónde está. Nos lo dirás ahora mismo si sabes lo que te conviene...

»—¡Nunca!

»En ese instante la criatura alada saltó hacia mí y me lanzó un zarpazo que traspasó mi cuerpo. Fue tan rápido que ni lo vi venir. Al momento noté un frío mortal allí donde el ser me había tocado. No era dolor, era otra cosa. Era hielo. Trató de golpearme de nuevo pero yo ya no estaba allí, me había apartado de su trayectoria y había volado hasta el techo. La criatura me miró perpleja, no esperaba que resistiera su ataque.

»—¡Tiene magia! —gritó la cosa deforme—. ¡La protege!

»Atravesé la pared de la buhardilla y salí al exterior. Lo último que escuché fue a la criatura alada, chillándome furiosa:

»—¡Daremos contigo! ¡Nadie puede escapar de la Sombra! ¡Te encontraremos!

»Huí. Durante muchos años no hice otra cosa; siempre huyendo, siempre con el temor de que los sicarios de la Sombra me atraparan... Al principio me movía con rapidez, pues me pisaban los talones. En más de una ocasión escapé en el preciso instante en que ellos llegaban al lugar donde me ocultaba. Pero poco a poco fui ganándoles ventaja. Utilicé hechizos para ocultar mi rastro, conjuros que hacían creer a mis perseguidores que me hallaba en lugares alejados de donde de verdad me encontraba.

»Con el tiempo, la calidad y la cantidad de mis hechizos de camuflaje aumentó. Gracias a ello gané la confianza suficiente para pasar meses en un mismo sitio antes de partir en busca de otros más seguros.

»De vez en cuando cambiaba la caja de plata de lugar. Me había dado cuenta de que si esta permanecía mucho tiempo en el mismo sitio, los crímenes en la región se multiplicaban, como si de algún modo su maldad influyera en los que la rodeaban. Por fin encontré un emplazamiento al que no parecía afectar la maldición de la caja y, desde entonces, no he visto motivo para volver a trasladarla.

»Yo misma encontré un hogar donde creí estar a salvo. Una casa encantada, muy parecida a esta. La familia que vivía allí me acogió y me ayudó en todo lo que pudo; en poco tiempo la casa estuvo repleta de talismanes y amuletos que buscaron para protegerme. Pero no fue suficiente. Me confié y me encontraron. Aquel monstruo al

final tuvo razón: “Los lugares seguros no existen”.

Paula calló.

—Estoy muy cansada... —anunció, en un susurro, cerrando los ojos. Mientras contaba su historia, nuevas heridas se habían ido abriendo en su cuerpo.

Eduardo miró a su esposa.

—Creo que lo mejor será que la dejemos descansar...

Diana asintió. Paula se había sumido en una especie de sueño inquieto. El ratón gris, tendido a sus pies, soltó un bostezo, se hizo un ovillo y cerró los ojos.

Diana y Eduardo bajaron del desván.

—¿Te has dado cuenta de cómo se rompía mientras nos hablaba? —preguntó ella cuando estuvieron en el pasillo.

—Lo he visto. No durará mucho si sigue así... —afirmó, agitando la cabeza apesadumbrado.

—¿Podremos ayudarla?

—Ojalá, cariño... —suspiró—. ¿Así que esta era tu corazonada?

—Eso creo —contestó, aunque por el tono de su voz no parecía nada segura—. ¿Cómo habrá podido traspasar la barrera?

—No la traspasó, creo que aquella pobre casa transportó directamente a Paula al otro lado. Las dos debieron de estar muy unidas en el pasado, quizá eran amigas o algo por el estilo. Sea como sea, la casa moribunda envió a Paula al lugar que ocupaba la nuestra en la Telaraña antes de que la sacáramos de allí. Fue un tiro a ciegas. Y le salió bien. Ahora sólo tengo que averiguar qué es lo que le ocurre a Paula... —contempló la mirada triste de su mujer y sonrió para tratar de animarla—. Si hay un modo de salvarla, lo encontraré... Te lo prometo.

—Sé que lo harás...

Recuerdos ante el espejo

Eduardo entró en su despacho. Era un cuarto pequeño y sin ventanas situado al final del brazo más corto de la *L* que dibujaba la planta baja de la casa. Eduardo lo consideraba su refugio, un lugar donde desconectar del mundo y perderse durante unas horas. En el centro de la habitación había una gran mesa de madera negra con un ordenador y un espejo con marco de bronce en un pequeño atril. En cada una de las paredes había estanterías llenas de libros y de extraños artilugios. Una réplica en miniatura del sistema solar flotaba cerca del techo y su sol brillaba tan fuerte que no hacía falta ninguna otra luz para iluminar la estancia. Le había costado mucho trabajo, pero finalmente había logrado convencer a la casa para que nunca hiciera cambios en esa habitación.

Se sentó en la silla frente al ordenador, giró el espejo para tenerlo de cara y acarició su superficie. La yema del dedo dejó una estela líquida en el espejo, como si estuviera hecho de agua. Entrecerró los ojos y se concentró en lo que quería averiguar: fantasmas, sus heridas y cómo tratarlas.

La superficie acuosa del espejo se enturbió durante un segundo. Cuando se aclaró, ya no reflejaba su rostro, sino una página amarillenta y roída por los bordes. ¿A qué libro pertenecía? ¿Dónde se encontraba? Eduardo ignoraba tanto una cosa como la otra. El espejo era capaz de mostrarle cualquier texto que se hubiera escrito en los últimos dos mil años, siempre y cuando no estuviera protegido por artes mágicas.

Se subió las gafas y comenzó a leer. Cuando quería pasar de página o buscar información en otro libro, le bastaba con desearlo. Desde el primer contacto se creaba un enlace mental entre el espejo y quien lo estuviera usando.

A lo largo de la mañana, los más diversos escritos se pasearon por el cristal mágico. Había más modos de herir a un fantasma de los que había imaginado, pero no sólo resultaba complicado hacerlo sino que además eran heridas que sanaban a una velocidad de vértigo. Los fantasmas estaban en contacto constante con la Telaraña y en cuanto resultaban heridos absorbían de ella la energía necesaria para curarse.

Sabiendo eso, fue fácil comprender lo que ocurría con Paula. La casa de la Colina Negra estaba fuera de la Telaraña. La habían sacado de allí para que ni Arcontes ni

hechiceros ni demonios pudieran encontrarlos. Sin el contacto reparador de esa magia, Paula estaba perdida. Acabaría deshaciéndose en la nada.

El único modo de salvarla era regresar a la Telaraña y eso era algo que Eduardo no pensaba permitir de modo alguno.

Se pasó las manos por el pelo y resopló. Era una decisión dura, pero no había otra alternativa. Contempló su reflejo en el espejo durante largo rato. No, no podían volver, no podía arriesgar la vida de los que amaba por alguien que acababa de conocer... Además, ¿salvarla? ¿No era muy tarde ya para eso? Paula llevaba años muerta. Era absurdo arriesgarlo todo por ella.

Se reclinó en la silla y trató de serenarse. A su mente acudían mil recuerdos, mil imágenes del pasado. Recordó la primera vez que vio a Diana y cómo se sintió perdido para siempre, atrapado en su mirada, en su voz, en su forma de moverse. Revivió la tarde en que nació Víctor y la maravillosa sensación que le embargó cuando lo tuvo por primera vez entre sus brazos: aquella cosita palpitante, aquel ser frágil y lloroso era su hijo. Su hijo.

Y recordó su encuentro con Daril, uno de los guerreros que los Arcontes habían mandado en su búsqueda y, lo que lo hacía aún peor, un buen amigo.

Faltaban sólo unos días para que Víctor naciera y la noticia de que Diana estaba a punto de dar a luz se había propagado por la Telaraña como un reguero de pólvora. El plan de Eduardo era trasladarse a la casa de la Colina Negra y sacarla de la Telaraña antes de que eso sucediera. Era un hechizo complicado de realizar, y para prepararlo necesitaba uno de los viejos libros de hechizos que estaban en la torre del castillo familiar. Allí fue, sabiendo el riesgo que corría. La Telaraña entera los buscaba y era más que probable que el castillo estuviera bajo vigilancia. Cuando ya tenía el libro en su poder y escapaba por el mismo pasadizo secreto que había usado para entrar, se dio cuenta de que no estaba solo.

—Eduardo... —dijo una voz a su espalda. Se giró para encontrarse con un hombre enorme enfundado en una armadura color ceniza—. Esto tiene que acabar. Detén esta locura antes de que sea tarde...

—No sé de qué locura hablas, Daril.

—Lo sabes muy bien. Tu hijo aún no ha nacido y la Telaraña ya se está volviendo loca... Esto se nos ha ido de las manos. Hay que detenerlo.

—¿Y cómo lo harás, amigo? —preguntó entonces Eduardo—. ¿Quieres que nos liemos a mandobles? ¿Quieres que te diga dónde está Diana para que puedas matarla antes de que el niño nazca?

—Esto no tendría que haber llegado tan lejos, Eduardo. Hay reglas. Hay leyes. Nos gusten o no, tenemos que respetarlas.

—¡Reglas! ¡Leyes! Normas que impiden que dos personas que se aman puedan estar juntas... ¿Qué leyes son esas? —sacudió la cabeza y miró fijamente a Daril—.

Pero no has contestado a mi pregunta. ¿Qué vas a hacer para evitar que cometa eso que tú llamas locura?

—Haré lo que me ordenen los Arcontes —guardó silencio un segundo antes de terminar la frase—, me guste o no.

—¿Y qué te han ordenado?

—Que os detenga y os lleve a la ciudadela en las nubes. Diana será enviada de nuevo a Idilia y tú serás desterrado de la Telaraña.

—¿Y mi hijo?

—Permanecerá de por vida confinado en la fortaleza de los Arcontes. ¿No lo ves? Eso será lo mejor para todos.

Eduardo se echó a reír.

—¿Lo mejor para todos? ¿Pero tú te escuchas? De verdad, Daril, ¿oyes lo que dices? ¡Quieres destruir mi familia! ¡Quieres apartarme de todo lo que quiero y encerrar a mi hijo!

—No lo entiendes, Eduardo. Hay Arcontes que quieren ver muerto a tu hijo, ¿comprendes? Dicen que es el único modo de acabar con esto... Por fortuna la mayoría no mataría a un inocente ni aunque su propia vida estuviera en peligro. Pero si el niño nace... Les entrará el pánico, Eduardo... La mera idea de que la Magia Muerta pueda resucitar los aterra...

La Magia Muerta. Esa era la espada de Damocles que pendía sobre él y su familia. La más terrible de las artes siniestras, la magia más poderosa y perversa que había existido jamás. Era sinónimo de destrucción, de masacre, de catástrofe. Y era el motivo por el que todos querían dar con el niño que aún no había nacido.

—Tengo miedo de que me manden matar a tu hijo —le confesó Daril—. Porque si lo hacen, si me ordenan acabar con él... Lo haré.

—Te guste o no.

—Me guste o no. Eduardo, no hagas esto más difícil de lo que ya es. No quiero luchar contra ti.

—Ni yo luchar contigo —se acercó al guerrero de la armadura gris y puso la palma de la mano sobre su hombro—. Ahora escúchame tú. Soy un insensato y todo lo que quieras, pero escúchame: el niño va a desaparecer y nosotros con él. Nadie podrá encontrarnos. Nunca. Te lo prometo. Ni Arcontes, ni demonios ni nadie tan loco como para volver a traer al mundo la Magia Muerta. No nos encontrarán jamás.

—Eso es imposible, Eduardo. Imposible. En cuanto el niño nazca lo detectarán.

—Te he pedido que confíes en mí, Daril. Si no lo haces, ahí tienes tu espada. Úsala. Detenme. Porque me voy ahora mismo. Mi esposa me espera.

Y Eduardo le dio la espalda y echó a andar, temiendo escuchar en cualquier momento el horrible sonido de un arma al salir de su vaina. Pero Daril no empuñó su espada y él pudo regresar junto a Diana.

Eduardo abrió los ojos y a punto estuvo de caerse de la silla. Por un momento había olvidado dónde estaba, perdido en las ensoñaciones del pasado. Suspiró, se levantó y salió del despacho. Se sentía descompuesto y terriblemente triste.

Su mujer bajó las escaleras en cuanto lo oyó salir.

—¿Has encontrado algo? —le preguntó esperanzada.

Él movió negativamente la cabeza y, por primera vez desde que se conocían, mintió.

—Nada... —contestó, esquivando su mirada—. No hay nada que podamos hacer por ella...

En su cabeza no podía dejar de oír las palabras de Daril: «Tengo miedo de que me manden matar a tu hijo. Porque si lo hacen, si me ordenan acabar con él... Lo haré».

De regreso a casa

Eran las dos y cuarto cuando el tren, ya de regreso al pueblo, dejó atrás la fábrica de neumáticos.

Víctor bostezó en su asiento. Siempre solía entrarle sueño en el viaje de vuelta y, a veces, aunque era un trayecto corto, daba alguna cabezada. Cristina se había sentado junto a una amiga, un par de asientos más adelante y Víctor las escuchaba reírse entre cuchicheos.

Cerró los ojos, somnoliento. Cuando volvió a abrirlos, el tren frenaba ya en la vía de la estación. Un día se había quedado tan profundamente dormido que, de no haber sido por Fernando que le despertó con una formidable colleja, se hubiera pasado la parada. Bostezó, cogió su mochila y se unió a la fila de jóvenes que bajaba del tren.

Una lluvia fría y rápida cayó sobre ellos nada más poner un pie en el andén. Se produjo una auténtica desbandada de muchachos a la carrera. Víctor contempló con el ceño fruncido la movediza cortina de lluvia que lo separaba del paseo y de su bicicleta. Cristina apareció a su lado. Su perfume de coco había perdido fuerza a lo largo del día, pero todavía resultaba embriagador. Ella también tenía fija la vista en su bicicleta de montaña, candada dos árboles a la izquierda de la de Víctor.

Fernando estaba junto a su moto, al resguardo del alero de una casa, despidiéndose de sus amigos. Como siempre, no tenía la menor intención de esperar a su hermana. Empujó la moto unos *metros*, *se montó en ella y tomóla carretera* que llevaba a la Colina Negra. Los dos hermanos vivían en una pequeña casita justo a la falda de la colina. Eso, prácticamente, los convertía en vecinos.

—Llueve a cántaros... —murmuró Víctor—. Vamos a tener que suspender la carrera de hoy.

—Sí. Tendré que dejarte marchar sin hacerte morder el polvo, pequeño. Otro día será...

—¡No te pases! Que yo sepa vamos dos a tres. Voy ganando.

—Pura chiripa... Todo volverá a la normalidad en la próxima carrera. Ya lo verás... —le advirtió Cristina.

En el pueblo había un largo paseo de tierra en el que, de cuando en cuando, se detenían para echar una carrera con sus bicicletas. Las cosas estaban bastante

igualadas entre ambos y eso lo hacía más divertido aún. En el fondo no importaba demasiado ganar o perder, *pero no por* deportividad ni nada parecido. Lo importante eran las bromas que el ganador hacía a costa del vencido.

—¡Bueno! ¡Me largo! —Cristina salió corriendo del refugio de la marquesina de la estación. Se paró en mitad de la acera y se giró para mirar a Víctor que permanecía al resguardo de la tejavana. La lluvia mojaba el rostro de la chica y oscurecía su pelo. Sus ojos parecían más brillantes—. ¡Vamos, rata cobarde! ¡Sólo son cuatro gotas! —le gritó.

—¡Pero están enfadadas! —le replicó él—. ¡Y no quiero mojarme!

—Pues ahí te quedas... —le contestó ella y cruzó la carretera a buen paso.

Víctor gruñó, se colocó el gorro de su cazadora y la siguió, con la mochila bamboleándose a su espalda. Para cuando el muchacho llegó a su bicicleta, Cristina ya se alejaba en la suya, agitando la mano en señal de despedida.

—¡Nos vemos mañana! —le gritó.

Víctor buscó la llave del candado en los bolsillos de sus pantalones. Tardó en encontrarla porque se había metido entre los pliegues de un pañuelo. Luego tuvo que esforzarse para abrir el candado. Tenía las manos mojadas y la pequeña llave se rebelaba entre sus dedos. Frunció el ceño. Sí, era evidente: se parecía más a su padre que a su madre. Al final el candado cedió a sus tentativas y acabó abriéndose.

Se montó en el sillín mojado y se marchó en la misma dirección que la chica.

La lluvia había remitido un poco cuando Víctor llegó a la carretera que separaba el pueblo de la Colina Negra. Aguardó con un pie en la calzada a que el semáforo se pusiera en verde, cruzó la carretera y entró en el camino de tierra que ascendía hacia la casa. A Víctor le encantaba el olor de la lluvia en la colina. Era mucho más intenso y fresco que en el pueblo. Todo parecía más vivo. Respiró con fuerza, pedaleando sin demasiada prisa. La lluvia era ya tan escasa que apenas mojaba. Gotas enormes se precipitaban desde las hojas de los árboles y caían a la tierra húmeda.

Cuando llegó a la cima había dejado de llover. Llevó la bici hacia el costado de la casa y la dejó junto a la destartada furgoneta azul de su padre.

—¡Ya estoy aquí! —gritó mientras se acercaba a la puerta.

Nada más subir las escaleras del porche, una corriente de aire cálido secó sus ropas y su cuerpo. Fue como si la casa le echara el aliento encima. Abrió la puerta y entró en el salón. Lo primero que vio fue la sombra del piano, revoloteando inquieta en el techo. La sombra de la silla había reconquistado su posición y la huérfana buscaba ahora una nueva víctima.

—¿Hola? —preguntó Víctor a la sala vacía—. ¿No hay nadie en casa?

«Cada vez más rota»

Diana, tras la mala noticia que le había dado su marido, subió al desván y se sentó en la mecedora, dispuesta a velar el sueño del espíritu herido. Paula temblaba en la esquina entre las cajas, cada vez más translúcida, cada vez más marchita.

Al cabo de un largo rato el fantasma se incorporó de pronto, con los ojos muy abiertos. El ratón que dormía junto a ella se despertó también, sobresaltado. Durante un momento Paula no recordó dónde se encontraba. Luego vio a Diana y se tranquilizó.

—¿Mejor?

Paula negó con la cabeza.

—Igual... Sólo que cada vez me siento más rota y deshecha... —agitó un brazo en el que, como banderolas, ondeaban largas tiras blancas—. ¡Me rindo! ¡Me rindo! —exclamó, y soltó una carcajada llena de amargura.

—Eduardo ha tratado de encontrar un modo de ayudarte... Dice que no hay nada, pero seguirá buscando. No perdamos la esperanza, ¿vale?

Paula asintió, pero de manera desganada. No parecía importarle mucho.

Desde la planta baja les llegó la voz de Víctor. Diana se levantó de la mecedora y se dirigió a la trampilla. Se detuvo antes de llegar a la abertura en el suelo.

—Quiero pedirte un favor... —dijo el hada sin mirar a Paula, con la vista perdida en las sombras al otro lado del desván—. Víctor no sabe nada de la Telaraña, Arcontes, demonios o cosas por el estilo. En la casa está a salvo y no hemos querido preocuparlo. Es mejor que siga sin saberlo, ¿de acuerdo?

—No le contaré nada, Diana... —le respondió. Se tumbó completamente en el suelo para mirar al ratón gris, que no apartaba la vista de ella—. No te preocupes por eso; estate tranquila. Te guardaré el secreto.

—Muchas gracias.

Bajó por la escala, suspiró y se dirigió a la planta baja. Cuando iba a comenzar a descender por las escaleras se encontró con Víctor subiéndolas.

—¡Hola, mamá! —el muchacho frunció el ceño nada más verla. La expresión de su rostro dejaba bien claro que algo no marchaba bien—. ¿Ocurre algo?

—Sí. Quítate el abrigo y deja la mochila en tu cuarto. Tengo que presentarte a

alguien...

Víctor obedeció a su *madre*, intrigado. No recordaba que nadie los hubiera visitado en toda su vida. La familia de su madre la había repudiado cuando incumplió la ley de no casarse con humanos y la familia de su padre se reducía a un hermano al que siempre se recordaba con cariño, pero que nunca había ido a visitarlos. Lo más parecido a una visita que Víctor recordaba fue el día en que el cartero, harto de que le ocurrieran cosas raras cuando intentaba dejar la correspondencia en el buzón, les había informado muy amablemente de que, a partir de entonces, dejaría sus envíos postales en el supermercado.

—¿A quién me vas a presentar? —preguntó cuando regresó de su cuarto.

—Tenemos un fantasma nuevo en la casa —le contestó su madre con un tono de voz que le era desconocido—. Fue la chica que gritó ayer y que no pudisteis encontrar... Llegó herida y... está empeorando...

—Vaya —dijo Víctor, sorprendido por la noticia—. ¿Se puede herir a un fantasma?

—Por lo visto, sí. Tu padre está tratando de encontrar un modo de ayudarla. Aunque no parece tarea fácil. Está en el desván, ¿quieres conocerla?

—Sí, claro que sí...

Diana tiró de la trampa del techo y la escalera de plata cayó entre ellos. El hada subió primero. Víctor esperó a que su madre estuviera arriba para comenzar a trepar. Probablemente la escalerilla podría aguantar el peso de ambos, pero prefirió no arriesgarse.

Salió a las tinieblas del desván, sin saber muy bien qué se iba a encontrar.

—¿Paula? Este es Víctor... La ruina que tengo por hijo...

—¡Vaya! ¡Muchas gracias! —comentó él, torciendo el gesto.

—Hola, Víctor... —dijo una voz suave y dolorida—. Siento mucho el susto que os di ayer... No era mi intención.

Nada más ver al fantasma, se dio cuenta de lo mucho que sufría. Físicamente aparentaba sólo unos años más que él, aunque una sola mirada a sus ojos bastaba para descubrir que su aspecto no tenía nada que ver con su verdadera edad. Recostada en el suelo, entre dos cajas de cartón, todo su cuerpo estaba rodeado por una suerte de neblina, como si fuera una túnica que hubiera sido tejida con nubes.

Víctor dio un paso vacilante en su dirección. Su cabeza trataba de dar con una frase medianamente inteligente para presentarse, pero se le había quedado la mente en blanco. Aún no había decidido qué decir cuando de un pequeño espejo mal colgado en la pared llegó la voz de su padre. Mostraba la imagen de Eduardo, sentado en su despacho, mirando hacia el desván.

—¿Diana? ¿Puedes bajar un momento? He descubierto un par de cosas interesantes sobre los que van tras Paula...

—Vaya... —Diana estaba confundida. Esperaba que su marido estuviera buscando un modo de ayudar al fantasma. La identidad y motivaciones de los enemigos de Paula le parecían cosas intrascendentes ahora mismo. ¿Por qué preocuparse de quienes la perseguían si la muchacha estaba a punto de desaparecer? —. Vaya... —repitió. Luego miró a Víctor, le revolvió el cabello y sonrió al espíritu herido—. Esperadme aquí. Voy a ver qué tripa se le ha roto a Eduardo...

El hada salió del desván, dejando una estela de chispas color oro a su paso. Víctor enarcó una ceja. Conocía muy bien las estelas doradas de su madre. Sólo aparecían cuando estaba muy enfadada.

Asterio

—¿Se puede saber qué estás haciendo? ¿No buscabas un modo de ayudar a Paula? —le preguntó Diana a Eduardo, muy seria, con los brazos en jarras.

—No hay nada... —respondió él, sin levantar la vista del espejo mágico—. Puedo seguir buscando durante días y encontraré lo mismo que tengo ahora: nada, absolutamente nada —se giró despacio y apeló a toda su fuerza de voluntad para alzar la cabeza y mirar a Diana a los ojos—. No podemos salvarla —dijo.

Y eso era verdad.

—¡Pero tiene que haber algo! —el hada no estaba dispuesta a claudicar.

—¿Quieres buscar tú? —Eduardo estaba irritado, pero no con ella sino consigo mismo. Se sentía sucio y miserable—. ¡Tal vez tengas más suerte que yo!

Diana suspiró. Hacía tiempo que no veía a Eduardo tan alterado. Debía ser frustrante para él no poder ayudar a Paula.

—No, no... Si dices que no hay nada, no lo habrá... —se dejó caer en el pequeño taburete de mimbre que estaba junto a la puerta—. Pero no es propio de nosotros rendirnos ante la adversidad, ¿verdad?

—No, no lo es... —a cada segundo que pasaba se sentía peor. Más sucio y mezquino. Tragó saliva y trató de sonreír—. Te prometo que seguiré buscando... Pero no quiero que te hagas muchas ilusiones, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —respondió Diana. En el fondo estaba convencida de que Eduardo daría con una solución, aunque fuera en el último momento—. Bueno, ¿qué es lo que has averiguado sobre los que buscan a Paula? —le interrogó mientras acercaba el taburete hacia él.

—Su historia me resultó curiosa... —comenzó Eduardo, aliviado por el giro de la conversación—. Demonios y laberintos..., lo primero que me vino a la cabeza fue la leyenda del Minotauro —pasó una mano sobre el espejo y la página que reflejaba fue sustituida por la fotografía de una estatuilla con forma de cabeza de toro—. No tuve que investigar mucho más, a decir verdad. Todo estaba allí. Deja que te cuente un cuento... Algunas partes las conocerás, otras son completamente nuevas:

»Erase una vez, hace mucho tiempo, un hombre al que un rey le ordenó construir un laberinto para un demonio. El rey se llamaba Minos, y era un monarca pequeño y

débil que gobernaba sobre la isla de Creta, sin más esperanzas que las de dejar un pobre legado a sus herederos pues, aunque era ambicioso, no tenía ni el talento ni las fuerzas suficientes para levantar el imperio con el que siempre había soñado.

»Ya fuera por azar, por destino o porque así lo buscara, Minos entró en contacto con un demonio del Inframundo: una criatura de gran poder que era conocida por el nombre de *Asterio*, el Minotauro, ya que, aunque su cuerpo era el de un gigante, su cabeza era la de un toro. El rey suplicó el favor del monstruo. Ansiaba tener el poder necesario para convertirse en el dueño y señor de un gran imperio. Y como muchos antes y después que él, Minos, rey de Creta, hizo un trato con un demonio.

»—Te daré lo que me pides. Pero a cambio, me llevarás a tu palacio y, cada año, me alimentarás con siete jóvenes y siete doncellas procedentes de las tierras que conquistes por la gracia de mi poder.

»Al rey Minos, la idea de que un demonio habitara en su palacio no le agradaba demasiado y por eso fue en busca de Dédalo, el más sabio de sus consejeros. La sabiduría de Dédalo era legendaria. Era tan buen arquitecto como escultor, y su mente era tan prodigiosa que no había enigma que se le resistiera, ni prueba de inteligencia de la que no saliera victorioso. Por eso Minos le pidió ayuda. Y Dédalo, fiel sirviente de su rey, diseñó un gran laberinto para los sótanos del palacio; un laberinto tan enrevesado y traicionero que sería imposible encontrar la salida una vez se hubiera dado un paso en su interior. Tal vez Asterio ignoraba la treta de Minos o puede que fuera consciente de ella y que no le importara en lo más mínimo. La cuestión es que entró en el laberinto y tanto uno como el otro cumplieron durante mucho tiempo su parte del trato. El demonio le dio al rey poder para conquistar un reino y el rey, una vez al año, alimentaba al demonio con la vida de catorce jóvenes procedentes de los terrenos conquistados.

»Hasta el día en que una nueva remesa de prisioneros partió de Atenas rumbo a Cnosos, la capital de Creta, rumbo al siniestro laberinto de Asterio. Uno de los jóvenes era Teseo, el hijo de Egeo, rey de Atenas. Decían que por sus venas corría sangre de dioses y se contaban mil hazañas protagonizadas por él. Harto de la crueldad de Minos se ofreció voluntario para ser uno de los catorce sacrificados, aunque su intención no era ser víctima, sino verdugo:

»—Entraré en el laberinto y mataré al monstruo. En el barco que me traiga de regreso a Atenas, no ondearán las banderas negras del luto, sino los pendones blancos que izaré en señal de libertad y vida. Así sabréis que he triunfado.

»Eso le dijo a Egeo antes de partir hacia Creta junto al resto de los prisioneros. Allí se les preparó durante dos semanas según el ritual que el mismo Asterio había exigido. En ese tiempo algo con lo que nadie había contado sucedió: Ariadna, la hermosa hija del tirano, se enamoró de Teseo y Teseo, como no podía ser de otra forma en este tipo de historias, también se enamoró de ella.

»Cuando se aproximaba el día en que los prisioneros debían entrar en el laberinto, Ariadna recurrió a la única persona que podía ayudarlos: Dédalo. El sabio no se hizo mucho de rogar; como luego te contaré, tenía motivos personales para hacerlo. Dédalo le dio a Ariadna una bobina de hilo; un extremo debía quedar fuera del laberinto mientras que el otro cabo debería llevarlo Teseo consigo, desenrollándolo a medida que avanzara hacia el interior. Para salir, sólo debería desandar el camino recorrido.

»Al llegar el día señalado, Ariadna le explicó el plan a Teseo y le tendió la bobina de hilo. Teseo, disimuladamente, ató con fuerza uno de los cabos a la entrada y entró en el laberinto con el resto del grupo. Les ordenó que lo esperaran justo en el primer tramo, mientras él se adentraba en busca del Minotauro.

»Teseo vagó durante horas por aquella interminable red de pasadizos, pero no fue capaz de encontrar al monstruo. Cuando ya había perdido la noción del tiempo, el laberinto se llenó de gritos y de bramidos. Teseo comprendió que el Minotauro había dado con sus compañeros. Regresó tan rápido como pudo, pero el laberinto era enorme y, cuando llegó al primer tramo, la carnicería ya había acabado.

»Todos estaban muertos, desperdigados por el pasillo. El monstruo había devorado ya a la mayoría y dormitaba en el centro de la masacre, atiborrado de carne y sangre. En el ardor de la lucha, probablemente Asterio no se dio cuenta de que eran trece y no catorce sus víctimas. Teseo mató al Minotauro mientras dormía. No fue un gesto demasiado heroico, pero dudo que hubiera podido triunfar de otro modo. Asterio era un demonio y aunque Teseo fuera un héroe y tuviera, como dicen, sangre divina en sus venas, no dejaba de ser humano.

»Y Teseo escapó de Cnosos con Ariadna. ¿Para vivir felices en Atenas? No, el primer final de las dos partes que tiene esta historia no es feliz. Teseo se casó con Ariadna, pero una sombra maléfica pareció aturdir su mente y su comportamiento. ¿La influencia del demonio tal vez, que aun muerto era capaz de vengarse? ¿O algún dios juguetón, envidioso de los triunfos del joven? No lo sé... La cuestión fue que Teseo abandonó a Ariadna al poco de casarse, olvidándose por completo de ella. Y, aunque parezca imposible, nuestro héroe olvidó todavía una cosa más. En el viaje de regreso a Atenas, no se acordó de sustituir los pendones negros de la nave por las enseñas blancas con las que su padre advertiría, al aproximarse el barco, que su hijo había salido victorioso. Cuando Egeo vio las banderas negras, enloqueció de dolor y se tiró al mar. Desde entonces aquel mar lleva su nombre.

—Como ves no es un final demasiado feliz para su protagonista... —comentó Eduardo, mirando a su esposa, que le había estado escuchando sumamente interesada.

—Pues no... ¿Pero qué tiene que ver eso con Paula y con la Sombra que la busca?

—Ahora voy a eso. Sólo te he contado la primera parte de la historia. Ahora viene

la parte que implica directamente a la familia de Paula. Y, aunque no lo parezca, en mi relato ya ha aparecido la Sombra; una encarnación de ella más bien... La Sombra es el Minotauro del laberinto de Minos. La Sombra es Asterio, el monstruo del Inframundo, que regresó de entre los muertos para reclamar lo que era suyo y recuperar así el poder que tuvo antaño.

Un ratón enfadado

Paula trató de sonreír, pero la sonrisa apenas aleteó un segundo en sus labios antes de desaparecer. El dolor seguía presente.

—Encantada de conocerte, Víctor... —dijo.

—Y yo de conocerte a ti. Aunque no sea el mejor de los momentos, la verdad... —añadió el chico, sintiéndose algo estúpido.

—Pues no... No me encuentro muy bien...

—Ya... Lo imagino, sí... —dijo él. Un silencio incómodo siguió a sus palabras. No era su primer encuentro con fantasmas, en la casa de la Colina Negra había decenas de ellos. Unos, como el de la escalera o el que vivía en la nevera, parecían habitar de manera permanente en la casa. Otros se manifestaban de forma más esporádica, como la anciana de la planta baja o el gato negro que perseguía de cuando en cuando a los ratones de la casa. Pero nunca había visto un fantasma como Paula.

Los otros parecían no pertenecer del todo al mundo real. Eran extraños. En cambio Paula parecía tan normal como él. La única diferencia entre ellos era que Paula estaba muerta y él vivo. Además el sufrimiento estaba marcado a fuego en el pálido rostro de la joven. Víctor se sentía incómodo, más por no saber cómo comportarse ante aquel espíritu que por su presencia.

Y lo mismo le pasaba a Paula. Había oído hablar tanto del muchacho que tenía ante ella, que no sabía cómo actuar. Víctor era el Mestizo, el nacido de humano y hada... Recordó lo que había dicho su padre cuando se enteró de que un mestizo estaba a punto de nacer: «Es una locura. Una locura. Los Arcontes tienen que matarlo antes de que sea demasiado tarde». Ella se quedó helada al escucharlo, incapaz de creer que su padre pudiera desear la muerte de nadie y menos la de un niño que aún no había nacido. Al ver el asombro de su hija, le explicó el peligro que representaba para el mundo el nacimiento de un mestizo. Fue entonces cuando le habló de la Magia Muerta.

Víctor se fijó en el ratón gris que correteaba a los pies de Paula.

—¡Vaya! ¿Así que era aquí dónde estabas?

—¿Hablas con el ratón?

—Sí. Todos los días me lo encuentro dormido en mi zapatilla. Menos esta

mañana...

—Ha estado aquí conmigo... Creo que le gusto.

—Es algo tonto... —se dio cuenta de lo que acababa de decir y enrojeció hasta las orejas—. ¡No digo que sea tonto porque le gustes, claro...! Lo digo porque algún día lo aplastaré sin darme cuenta.

—¿Cómo lo has reconocido? —quiso saber Paula—. A mí todos me parecen iguales...

—Aprendes a hacerlo. Mi madre dice que son los verdaderos dueños de la casa y que debemos tratarlos con el respeto que se merecen —miró a su alrededor, examinando el sinfín de trastos que se apilaban en el desván. Descubrió una pequeña muñeca con un jersey rojo, montada descuidadamente sobre un balancín con forma de caballito de mar. Tuvo una idea loca y antes de darse cuenta, la estaba poniendo en práctica.

Se agachó y atrapó al ratón cuando pasaba junto a él. Luego cogió la muñeca del balancín.

—¿Ese es el respeto que se merece? —preguntó Paula, asombrada de que un animal tan pequeño pudiera chillar tanto.

—Espera...

Fue complicado mantener al ratón atrapado mientras le quitaba el jersey a la muñeca. El ratón se revolvía, frenético, y por dos veces trató de morderle. Al tercer intento hundió los dientes en su dedo índice, pero Víctor no lo soltó. Sus ojos brillaban. No pensaba dejarlo escapar. Aunque le devorara la mano, el ratón se llevaría ese jersey puesto. Cuando consiguió quitárselo a la muñeca, le fue más fácil maniobrar con el ratón, aunque pataleaba y chillaba como un poseso.

—No parece que le guste mucho lo que le estás haciendo... —opinó Paula, mirando curiosa al ratoncito que se debatía.

—Está enfadado... Pero no me tiene miedo y... —se mordió la punta de la lengua, concentrado en la operación de vestir al ratón—... no voy a hacerle daño. ¡No me muerdas!

El ratón se agitaba con todas sus fuerzas, tratando de liberarse de la presa de Víctor. Su cabeza despeinada apareció por el cuello del jersey, y luego una pata delantera y después otra entraron por los agujeros laterales de la prenda. Víctor soltó un grito de triunfo y lo dejó en el suelo. El ratón corrió en círculo, rodó sobre sí mismo y pataleó, tratando de librarse de aquella cosa en la que lo habían envuelto.

—Así no tendrás problemas para reconocerlo... —resopló Víctor, chupándose el dedo que por dos veces le había mordido el animal.

—Vaya... —dijo la fantasma y, de pronto y a pesar del sufrimiento, se echó a reír. Aquel sonido se esparció como una brisa fresca por todo el desván. El dolor volvería pronto, pero por unos segundos Paula se libró de él.

El ratón, sorprendido por las carcajadas, olvidó el jersey y se levantó sobre sus patas traseras, husmeando el aire como si allí pudiera encontrar una pista de lo que estaba ocurriendo.

Los dos jóvenes rieron con más fuerza todavía.

Dédalo y la Sombra

—¿El Minotauro? ¿Estás diciendo que el enemigo de Paula es el Minotauro de las leyendas?

—Sí. Una reencarnación del mismo, a decir verdad. Pero no adelantemos acontecimientos. Déjame terminar la historia. No queda mucho ya:

»Minos no tuvo la menor dificultad en adivinar quién había ayudado a Teseo y a Ariadna. Enfurecido, encerró a Dédalo en la torre más alta de Cnosos. Cuando Ícaro, el hijo del sabio, suplicó clemencia para su padre, lo mandó encerrar con él.

»—Soy un rey benévolo —dijo—, no separaré a un padre de su hijo. Que compartan destino y se pudran juntos.

»Esa era toda la compasión que podía demostrar Minos.

»Dédalo pidió velas para iluminar sus celdas, y los guardias, que lo conocían y lo respetaban, no vieron ningún problema en suministrárselas. Lo que no sabían era que el prisionero tenía en mente un plan de fuga. Con la cera de las velas y las plumas que arrebataron a los pájaros que se posaban en las y ventanas, Dédalo construyó dos grandes pares de alas. Padre e hijo se las colocaron a la espalda, saltaron desde la balconada de la torre y se alejaron volando de su prisión. Por desgracia, Ícaro no hizo caso de los consejos que le había dado su padre antes de escapar y, extasiado por el vuelo, se acercó tanto al Sol que el calor fundió la cera de las velas y lo hizo caer. Dédalo, destrozado por la pérdida de su hijo, logró huir. Cuando Minos se enteró de lo ocurrido, volvió a estallar en cólera y juró que no descansaría hasta dar con Dédalo y acabar con su vida.

»¿Pero por qué tanto odio? ¿No había sido Teseo, en definitiva, quien había acabado con el Minotauro? ¿Por qué volcar su ira contra Dédalo, que además ya había perdido a su hijo en la huida? La respuesta es simple: Minos no había encerrado a Dédalo en la torre por haber ayudado a Teseo. Lo había encerrado porque tenía algo que él deseaba.

»Tenía la cabeza del Minotauro.

»Después de que Teseo saliera del laberinto, Dédalo, usando el mismo truco de la bobina de hilo, entró en él. Encontró el cadáver del monstruo y lo decapitó; luego se llevó la cabeza y la escondió en lugar seguro. Dédalo sabía que el poder de los

demonios no se extingue con su muerte y, aunque fuera arriesgado, quería usar ese poder en su provecho. Pero no para hacer el mal, sino el bien; quería crear, no destruir. Después de escapar de la torre y recuperar la cabeza, huyó con ella lejos de Creta.

»Dédalo solicitó refugio en la corte de Sicilia, a cuyo rey conocía medianamente bien: era un soberano pacífico, más dado a la filosofía y a la contemplación que a los juegos bélicos. A cambio de su protección, compartiría el poder del cráneo con él, haciendo de la isla de Sicilia un lugar próspero y pacífico.

—¿Sabes cuál era el nombre de la dinastía que gobernaba la isla en aquel tiempo? Se llamaba Cócalo. ¿Te suena?

—Claro que sí, es el apellido de Paula... Y como dijo que su familia provenía de Sicilia, me parece que hay que darle la razón a la abuela: tienen sangre real...

—Ya no...

Diana lo miró un momento, sin comprender a qué se refería. Luego suspiró.

—Es cierto. Ya no...

La familia Cócalo había muerto a manos de los sicarios de la Sombra y Paula era un fantasma, sin gota alguna de sangre en su cuerpo.

«Así fue cómo acabó Dédalo en Sicilia. Pronto, el poder del cráneo, enfocado esta vez hacia el bien, se dejó notar hasta en el último rincón de la isla. Sicilia prosperó como nunca antes lo había hecho.

»Los años fueron pasando, pero la obsesión de Minos por Dédalo no disminuyó. El rey de Creta seguía buscando a su antiguo consejero con el mismo empeño que el primer día. Sus espías llegaban hasta los límites del mundo conocido, para regresar siempre con las manos vacías. No había modo humano de dar con él y ni los magos de la corte lograron descubrir su paradero. Para agravar más la situación, el imperio de Minos se estaba haciendo pedazos. El poco poder que quedaba en el cadáver del laberinto no era suficiente para mantenerlo unido y además comenzaba a agotarse. Cuando más desesperado estaba el rey, le llegó la inspiración. Si él no podía encontrar a Dédalo, haría que el propio Dédalo se delatara.

»Como ya te dije antes, Dédalo era muy dado a los retos mentales. Así que Minos, con ayuda de sus magos y consejeros, ideó un acertijo e hizo que sus emisarios transmitieran la noticia de que el hombre que lograra solucionarlo recibiría una gran recompensa. Por supuesto ocultó el detalle de que era él quien estaba tras aquel desafío. Sabía que sólo había una persona en el mundo capaz de resolverlo: Dédalo.

»El acertijo no dejaba de ser curioso, aunque sencillo en su planteamiento. Consistía en pasar un hilo por dentro de una caracola, de un extremo a otro. Lo cual no es tan fácil como puede parecer a primera vista, dadas las vueltas y revueltas del interior de la caracola. Todo aquel que lo intentaba, no podía más que introducir unos centímetros de hilo; luego este se negaba a seguir adelante o se apelonaba en la

entrada.

»Hasta que un emisario llegó a Sicilia y planteó el desafío en la corte del rey Cócalo. Ni que decir tiene que, cuando el enigma llegó a oídos de Dédalo, no pudo ignorarlo y sintió la imperiosa necesidad de resolverlo, cosa que hizo con una facilidad pasmosa, por cierto. Ató un hilo en torno a una hormiga y la introdujo en la caracola. El insecto recorrió todas las circunvalaciones del interior de la caracola hasta salir por el otro extremo. Dédalo había resuelto el enigma y, al hacerlo, sin querer, le había revelado a Minos el lugar donde se escondía.

»Pronto una flota de guerra cretense llegó a las costas de Sicilia. El mensaje de Minos para el rey Cócalo fue claro: si Dédalo y el cráneo no le eran entregados de inmediato, se desataría la guerra entre los dos países. Sicilia, a pesar del poder del cráneo, no estaba preparada para eso. Dédalo lo sabía. Y sabía también que Minos no se rendiría jamás, que nunca dejaría de buscarlos, ni a él ni al cráneo. Era su vida o la del rey de Creta.

»Así que Dédalo preparó una emboscada para el rey que una vez fue su señor. Hizo creer a Minos que estaba dispuesto a entregarse si él mismo bajaba a tierra para capturarlo. Los soldados y el rey de Creta fueron recibidos en el Palacio Real y alojados en las más lujosas habitaciones. Cócalo le prometió que al anochecer, Dédalo y el cráneo serían suyos. Mientras llegaba la noche, Minos y sus hombres disfrutaron de los lujos del palacio de Cócalo. Antes de asistir a la cena, que finalizaría con la entrega del sabio, Minos decidió tomar un baño en las termas; el viaje hasta allí había sido agotador y estaba deseando relajarse.

»Dédalo había construido un nuevo ingenio y lo había colocado en la mejor bañera de la sala de baños, la que, sin duda, sería la elegida por Minos para refrescarse antes del banquete. En cuanto Minos entró en el agua, esta comenzó a hervir. El rey de Creta murió abrasado. Ni siquiera tuvo tiempo de gritar.

—¿No estás adornando un poco la historia? —preguntó Diana, enarcando una ceja. Francamente no podía creerse que Eduardo hubiera investigado hasta tal nivel de detalle como para saber si Minos había gritado o no.

—Sólo un poco... —admitió él—. Licencias del narrador, ya sabes.

»Minos, gritando o no, murió en esa bañera. Y si Dédalo creyó, aunque sólo fuera por un segundo, que todo había acabado, se equivocó. La muerte de Minos fue el verdadero comienzo, el principio de la pesadilla.

»Asterio volvió a la vida. ¿Por qué? No lo sé. No puedo saberlo. Tal vez el crimen de Dédalo, el dueño del cráneo, hizo que el mal que todavía anidaba en él renaciera. O simplemente que Asterio, al ser un demonio, no pudiera morir y Teseo sólo lo sacara del terreno de juego temporalmente. La cuestión es que Asterio renació en el mismo lugar donde Teseo lo había matado: en el laberinto de Cnosos. Pero era apenas una sombra de lo que había sido y tal vez por eso adoptó el nombre de “Sombra” en su

reencarnación. No tenía ni una quinta parte del poder de antaño. ¿Por qué? Porque su antiguo cuerpo estaba dividido. Y aunque él controlaba el cuerpo, el cráneo, donde residía la mayor parte de su energía, estaba en manos de Dédalo, allí en Sicilia.

»Dédalo debió percatarse pronto de que algo malo sucedía. La influencia del cráneo en la isla había cambiado de signo. Por toda Sicilia estallaban riñas por el motivo más absurdo... Una ola de asesinatos sin sentido recorrió la capital. Las envidias y las intrigas estaban a la orden del día. La energía del cráneo se había pervertido y Dédalo comprendió que sólo podía haber un motivo para ello: Asterio había vuelto.

»Lo que pasó después sólo son suposiciones mías y, aun así, todo resulta bastante confuso. Dédalo y parte de la familia del rey partieron de Sicilia, llevándose el cráneo con ellos. El sabio debió de enterarse de que Asterio iba en su búsqueda y decidió poner tierra de por medio. Creo que lo más sensato hubiera sido destruir el cráneo, pero imagino que Dédalo ni siquiera lo tuvo en consideración, tal vez creyó que podría utilizarlo de nuevo para hacer el bien y por eso decidió conservarlo... ¿Por qué lo acompañaron miembros de la familia real? Paula nos comentó que los Cocalo eran una familia de magos, así que quizá lo acompañaron para protegerlo a él y al cráneo... Fuera como fuera, allí comenzó el peregrinar de la familia de Paula.

—Peregrinar que acabará ahora —apuntó Diana—. Si no encontramos el modo de ayudarla, Paula se desvanecerá...

Eduardo desvió la vista hacia el espejo.

—Seguiré buscando —prometió.

«Pero no encontraré nada, porque no hay nada que encontrar. No puedo salvar a Paula. No puedo arriesgarlo todo por ella».

La magia del mundo

—¿El lugar más mágico que me he encontrado? —Paula recapacitó un momento después de que Víctor le hiciera esa pregunta—. Egipto. Sí, sin duda... Las pirámides están tan llenas de poder que brillan como soles. En la tierra no hay lugar con más magia que Egipto o, si lo hay, yo no lo conozco.

Víctor sonrió. Estaba sentado en el suelo junto a Paula, con las piernas cruzadas y con el ratón del jersey rojo correteando de uno al otro.

El fantasma le estaba relatando sus viajes y la gente que había conocido en ellos. Le había hablado del barrio secreto de Helsinki, habitado por hombres de piel verde y ojos rojos que eran capaces de cantar canciones que los hacían volar. Le habló también de cierto campo holandés donde crecían unos tulipanes mágicos que se convertían en cristal al ser arrancados; cualquier bebida servida en su interior traía consigo un plácido sueño que desvelaba el futuro.

También le habló del unicornio negro que habita en las Montañas Amarillas, en China, y de la niña muda que lo monta y las aventuras que ambos han vivido y vivirán hasta que den con el dragón que devolverá la voz a la niña y al unicornio a su mundo.

—¿Tú nunca has salido de aquí? ¿Nunca has hecho ningún viaje?

Víctor negó con la cabeza.

—Cuando tenía doce años fui con mi padre a París... Me puse muy enfermo y tuvimos que regresar. Fue una lástima, porque me moría de ganas de ver la torre Eiffel...

Paula asintió. Ella sabía por qué había enfermado el muchacho: Víctor, como ella, como el hada, no podía subsistir mucho tiempo alejado de lugares mágicos.

—La torre Eiffel está encantada. ¿Sabes?

—No... —contestó él, mirándola interesado. El ratón del jersey rojo había trepado por su pantalón y ahora, ceñudo, trataba de hacer lo mismo por su camisa.

—Oh, sí... Hay una ciudad diminuta entre sus junturas y en ella habita un antiguo pueblo gnomo. Tienen un rey muy viejito que una vez al año se lanza en una especie de paracaídas desde lo alto de la torre y, dependiendo de en qué dirección lo lleve el viento, decide cómo gobernará durante el siguiente año... Dice que si alguna vez el viento lo lleva al Este, su pueblo robará la torre y la trasladará con ellos a un

lugar muy lejano. Montan sobre el lomo de palomas y subsisten con las migas de los bocadillos de los turistas...

—¿Me tomas el pelo?

Paula sacudió la cabeza con fuerza. El dolor seguía siendo constante, pero intentaba que Víctor no se diera cuenta. Le gustaba su compañía y no quería intranquilizarlo.

—No. Estoy hablando completamente en serio. Hay civilizaciones muy raras repartidas por el mundo.

—Aquí tenemos un montón de ratones y veinte arañas... No creo que se les pueda considerar una civilización, pero sí son bastante raros...

Siguieron hablando durante un rato, hasta que en el espejo de la pared apareció el rostro de Diana para avisarle de que la comida estaba servida. Víctor se despidió y dejó al espíritu y al ratón en el desván. Comió poco y en silencio, sumido en sus pensamientos. Su padre seguía sin encontrar nada que sirviera de ayuda a Paula, y parecía muy apesadumbrado, como si hubiera perdido ya cualquier esperanza.

Cuando subió de nuevo al desván se encontró al espíritu dormido entre las cajas. Su rostro pálido estaba crispado por el dolor. Se había hecho un ovillo en el suelo y parte de su espalda atravesaba una enorme caja de madera. El ratón embutido en su jersey miraba al fantasma de reajo y, cada vez que este temblaba o sufría un espasmo, daba un salto hacia atrás, asustado. Víctor se quedó un rato observando a Paula. Luego bajó a su cuarto.

La casa estaba sumida en el silencio más absoluto. Víctor se sentó en el escritorio y trató de concentrarse en sus tareas, pero le resultó imposible. Su pensamiento volvía una y otra vez al desván. Alzó los ojos al techo de su habitación y suspiró.

Ya anochecía cuando su madre entró en su cuarto tras llamar suavemente a la puerta.

—¿Cómo estás? —le preguntó, apoyada en el marco de la puerta y con los brazos cruzados—. Apenas has probado bocado...

Víctor se encogió de hombros.

—Va a desaparecer, ¿verdad?

—No. No va a desaparecer. Tu padre encontrará algo y la salvará, estoy convencida.

—Es increíble cómo se deshace mientras la miras. ¿No hay modo de ayudarla?

El hada negó con la cabeza.

—Sólo podemos esperar, Víctor. Sólo eso.

—Quisiera poder hacer algo —murmuró el muchacho—. Lo que sea...

Fuera, en la piscina, el tiburón blanco seguía con su ronda mientras la noche se iba haciendo más negra, rodeando con su abrazo frío a la casa de ladrillo rojo donde un fantasma, poco a poco, iba muriendo.

Días largos, noches en vela

Aquella fue una semana extraña en la casa de la Colina Negra. Un prólogo a la locura que se iba a desencadenar a partir del sábado. Hasta la misma casa estaba en tensión; atenazada por lo que ocurría en su desván, parecía haberse olvidado por completo de su naturaleza mágica y se había convertido en una casa normal. No apareció ninguna habitación nueva, ni un solo mueble cambió de lugar y todas las puertas llevaban siempre a donde debían llevar. Los espíritus errantes seguían apareciendo por todas partes, pero hasta ellos daban la impresión de estar abatidos. En la mecedora del salón, Víctor descubrió a una anciana arrugada y pequeña, con la vista fija en el techo, moviendo la cabeza con pesadumbre.

Nadie en la casa consiguió dormir bien durante esos días. A veces sucumbían a una especie de sopor fruto del cansancio, pero este duraba poco. Los tres eran conscientes del sufrimiento del fantasma en el desván. En sueños escuchaban su llanto. Cuando estaban despiertos sentían su dolor hasta en el último rincón de la casa; era una suerte de viento frío y desagradable del que no podían librarse, que se pegaba a los huesos y al alma.

Paula sufría, la casa sufría y ellos, cómo no, también estaban castigados por ese sufrimiento.

—¿Estás bien? —le preguntó Cristina a Víctor el miércoles por la mañana, mientras el tren avanzaba rumbo hacia la ciudad—. Pareces enfermo...

Víctor se encogió de hombros. No tenía muchas ganas de hablar. Cristina olía a frambuesa aquel día y, no sabía por qué, ese olor le traía constantemente a la memoria el recuerdo del fantasma envuelto en el ambiente rancio del desván.

—Duermo mal últimamente. A lo mejor estoy incubando un virus o algo por el estilo...

—Pues lo siento mucho, pero hoy no voy a besarte... No quiero que me contagies.

—¡Tú nunca me has besado!

—¿No? Qué memoria la mía...

Víctor sonrió y, nada más hacerlo, se sintió terriblemente culpable. Como si con esa sonrisa estuviera traicionando a Paula. Sintió ganas de llorar. Miró por la ventana, pestañeando con fuerza, tratando de evitar las lágrimas. En el cielo que pendía sobre

los campos, las nubes negras no dejaban sitio para el sol.

En esos días el ratón del jersey rojo no durmió ni una noche en la zapatilla de Víctor. Estaba siempre junto a Paula, acurrucado o correteando a su alrededor. Había decidido convertirse en su protector, la había reclamado para sí y se enfadaba cuando los humanos llegaban para molestar. Ni siquiera permitía que otros ratones se acercaran a ella, ahuyentándolos a empujones. Le hubiera gustado hacer lo mismo con los humanos, pero como la diferencia de tamaño se lo impedía debía conformarse con chillarles y corretear irritado entre sus pies. Pero le encantaba aquel trapo rojo que le habían puesto. Le hacía sentir diferente, especial. El ratón más importante de la casa.

Diana pasaba buena parte de las noches en compañía del espíritu. El deterioro de Paula se hacía más evidente con cada día que pasaba. El dolor se mantenía constante, pero las roturas en su cuerpo se iban multiplicando. Una tarde, Diana vio ondear suavemente uno de aquellos jirones y desaparecer. Con cada nueva rotura, Paula parecía menos real, más translúcida.

—Pronto desapareceré... —dijo la madrugada del miércoles al jueves. La casa, en un alarde, había engalanado al fin el desván. Una luz clara inundaba hasta el último rincón de la estancia. No había ni rastro de polvo y todos los cachivaches y estantes brillaban, no como trastos viejos y olvidados, sino como verdaderos tesoros—. ¿Qué me encontraré al otro lado, Diana?

—No lo sé, cariño —contestó el hada, con voz temblorosa. Hasta ella había perdido la fe. La pena se unía a la frustración de saberse inútil, a la horrible certeza de que no podían hacer nada por ayudarla—. Pero tú tardarás en averiguarlo, encontraremos el modo de salvarte... —la animó, aunque apenas albergaba esperanzas.

Eduardo pasaba las horas en su despacho, perdido en sus pensamientos. Hacía tiempo que había dejado de buscar un modo alternativo de salvar a Paula. Sólo existía una forma de hacerlo. Debían volver a la Telaraña. Y no podía consentirlo, no podía exponer a su familia a un peligro mortal.

El jueves subió al desván. Nada más ver al fantasma, con todas aquellas roturas y desgarros, sintió tal tristeza que a punto estuvo de echarse a llorar. Aguantó todo lo que pudo allí arriba, luego se despidió deprisa, asegurando que investigaría sin descanso hasta encontrar el modo de salvarla. No volvió a subir a la estancia hasta el sábado al mediodía. Diana y Víctor estaban abajo, comiendo en la cocina.

Encontró a Paula acurrucada en su esquina con el incansable ratón del jersey rojo agazapado a sus pies. Las veinte arañas de la casa tejían sus brillantes telas entre las cajas. Eduardo se sorprendió al verlas. Solían pasar la mayor parte del tiempo escondidas y sólo aparecían muy de vez en cuando; era la primera vez que las veía a todas juntas. Trabajaban con ansia, como si aquello fuera lo más importante del

mundo, como si con su telaraña pudieran frenar el final de Paula.

El ratón del jersey rojo se alzó sobre sus cuartos traseros y lo miró fijamente. Emitió un lastimero chillido y volvió su cabecita en dirección al espíritu.

—¿Paula?

Ella asintió. A su alrededor flotaban ramilletes de piel blanca, espirales que danzaban unidas sólo por una punta a su cuerpo.

Eduardo no sabía por qué había subido al desván y tampoco lo que iba a hacer o decir si encontraba a Paula despierta. Tal vez fue su mala conciencia lo que le hizo ir a verla. Y tal vez fue la culpa la que habló por sus labios:

—Podríamos salvarte... —le confesó en un susurro.

Paula alzó la mirada y le regaló una sonrisa envuelta en la borrosa nube deshilachada que era su cabeza.

—Lo sé... —dijo, su voz era un suspiro lento, tan bajo que casi era silencio—. Pero deberíais volver a la Telaraña y yo no permitiría eso... Os encontrarían.

—¡Lo sabes! —Eduardo dio un paso hacia atrás, sorprendido.

—La magia de la casa no es la misma que la de la Telaraña... Su poder es distinto... No puede curar fantasmas.

—Lo siento... Lo siento mucho —susurró él. La voz se le rompía en la garganta.

—No, por favor... no lo sientas... Habéis hecho lo que... —un grito y una convulsión impidieron que continuara hablando. Paula cayó en un profundo desmayo tan parecido a la muerte que Eduardo pensó que el fantasma estaba a punto de desvanecerse.

Pero no fue así, y Eduardo se quedó allí durante casi una hora, junto a los ratones y las arañas. Y durante todo aquel tiempo no pudo dejar de temblar.

«No podemos volver»

Hacía frío en el bosque, pero Eduardo apenas lo notaba. Caminaba entre los árboles, despacio, acariciando la corteza de los troncos, saludándolos mentalmente con los nombres con los que Diana los había bautizado. No sabía cuánto tiempo llevaba caminando. Quizás horas.

«Pero deberíais volver a la Telaraña y yo no permitiría eso... Os encontrarían».

Ella lo sabía, pero eso no mitigaba su culpa y su desazón. De algún modo, los hacía aún peores.

Eduardo exhaló un largo suspiro que se convirtió en una nubecilla blanca. Alzó el brazo derecho en la soledad del bosque y estiró la mano como si quisiera tocar el cielo. Las puntas de sus dedos brillaban; una lluvia de chispas de plata cayó de su mano abierta y lo envolvió en una cortina de luz. Luego giró sobre sí mismo, bajando veloz el brazo y trenzó con la energía que despedían sus dedos una cinta plateada que giró y giró a su alrededor. La magia brillaba, saltaba. La magia resplandecía en el bosque de la Colina Negra. Hacía mucho tiempo que no era invocada por aquel hombre alto y desgarbado.

Eduardo, con el recuerdo de la magia cosquilleándole en los dedos, buscó la salida del bosque y, sin ninguna prisa, demorándose como un niño que teme que lo regañen al llegar a casa, tomó por el camino que llevaba al porche.

Encontró a Diana en el salón, sentada en la mecedora. Cuando lo vio aparecer se levantó precipitadamente y se acercó hacia él.

—Te esperaba... —dijo, sin preguntarle dónde había estado—. Paula se muere... —añadió en un susurro.

Eduardo asintió, tragó saliva y dijo algo en voz tan baja que Diana no logró entenderlo.

—¿Qué has dicho? —le preguntó, mirándolo fijamente.

—Hay un modo. Hay un modo de salvarla... —repitió él.

—¡Santo cielo! —el hada se llevó las manos a la cara, sorprendida y feliz por la noticia. La alegría iluminó su rostro de tal modo que Eduardo sintió como si un puño helado le golpeará en pleno pecho. Esa felicidad le destrozaba el alma. Diana frunció el ceño. La alegría desapareció y dejó paso a la duda—: Pero... ¿a qué viene esa cara?

¿Qué...? ¿Qué es lo que pasa?

Eduardo guardó silencio. Luego alzó la vista y miró hacia el techo.

—Para salvarla tendríamos que volver a la Telaraña... —susurró, con el rostro envuelto en sombras—. Los fantasmas absorben constantemente la energía mágica que corre por ella... —suspiró y se mesó el cabello con lentitud—. Paula está separada de esa energía. Eso la está matando... Y sabes que no podemos regresar... No podemos volver a la Telaraña...

—Pero eso no tiene sentido... ¡La casa está llena de magia! ¡Si no, ni Víctor ni yo podríamos vivir aquí! ¡Y también hay fantasmas!

—La magia de esta casa es diferente. Es mágica por sí misma. Aunque la Telaraña no existiera, ella seguiría existiendo... Por eso ha podido conservar todo su poder a pesar de llevar tanto tiempo apartada de la Telaraña. Esa magia basta para sustentarnos a nosotros... En cuanto a nuestros fantasmas, surgieron en esta casa y por eso permanecen anclados en ella —suspiró de nuevo, se quitó las gafas y comenzó a limpiarlas con el bajo de su camiseta—. Paula desaparecerá si no rompemos el hechizo que nos separa de la Telaraña. Pero no podemos hacerlo, Diana. Aunque nos duela. Si rompemos la barrera, los Arcontes nos encontrarán... O algo peor que los Arcontes...

Diana dio un paso hacia atrás y buscó la mecedora con la mano. Las piernas le fallaban. El argumento de Eduardo era lógico, pero no podía dejar que esa lógica la derrotara.

—Tiene que haber otro modo de salvarla... —susurró, negando enérgicamente con la cabeza.

—Lo he pensado, cariño... Hay un lugar mágico a setenta kilómetros de aquí, unas tumbas romanas que están dentro de la Telaraña. Si le quedaran fuerzas podría intentar poseerme e ir hasta allí... Pero tal y como está es imposible que pueda poseer a nadie...

—Y si... ¿y si consiguiéramos una de esas botellas en la que aquellos monstruos trataron de meterla? Un ánfora del Inframundo. ¿Podríamos llevarla en ella!

—Aunque consiguiéramos un ánfora no lograríamos meterla dentro... La mataríamos. Está demasiado débil para soportar la tensión de entrar en la botella... Tenemos que aceptar la verdad, Diana. No hay nada que podamos hacer por ella. Nada.

—¡No podemos dejar que desaparezca!

—No tenemos otra alternativa... —dijo él en voz baja—. No podemos salvarla. Si volvemos, los Arcontes se nos echarán encima. Nos separarán y encerrarán a Víctor de por vida. Y eso siendo optimistas. Por nada en el mundo consentirían que la Magia Muerta tuviera una posibilidad, aunque sea pequeña, de regresar...

Una voz llegó desde la escalera que llevaba del piso superior a la planta baja,

sobresaltándolos a ambos.

—¿Encerrarme? —preguntó Víctor. Estaba pálido y le temblaba la voz—. ¿A mí? ¿Por qué? ¿Qué... qué es la Magia Muerta? ¿Qué tiene que ver conmigo?

—Víctor...

—¿De qué estáis hablando?

Eduardo miró a su hijo, inmóvil en la escalera. Había llegado la hora de la verdad, comprendió. Había llegado la hora de contárselo todo. De pronto se sintió terriblemente cansado. No era así como había planeado que sucediera. Se encogió de hombros; rara vez las cosas ocurren como uno espera.

—Hay algo que deberías saber.

Magia Muerta

—Tengo que sentarme... —dijo Víctor al cabo de un rato. Las piernas le fallaban. Caminó como en sueños, casi tambaleándose, y se desplomó sobre una de las sillas del salón.

En su cabeza escuchaba una y otra vez dos palabras. Una era «Mestizo». Él lo era, eso era algo evidente. Su padre era un humano, su madre un hada; eso le convertía a él en un ser híbrido, una mezcla de las dos especies. Hasta ese instante eso no había significado nada para él, no le había dado la menor importancia. Pero ese era el motivo por el cual, según su padre, los Arcontes, las máximas autoridades del mundo oculto, lo buscaban. Y cosas peores que los Arcontes.

La otra palabra que se repetía en su mente era «Telaraña», así se llamaba la red que unía todos los lugares mágicos de la tierra, todos excepto la casa de la Colina Negra. Sus padres la habían arrancado de allí para protegerlo, para que nadie pudiera encontrarlo. Y eso estaba matando a Paula.

Víctor estaba mareado, atónito. «Paula se está muriendo por mi culpa», pensó. Sacudió la cabeza. Faltaba una pregunta por hacer. Una pregunta que lo aterraba. Por eso la había dejado para el final.

—¿Por qué? ¿Por qué ser mestizo me hace tan importante?

—Por culpa de la Magia Muerta —le contestó su padre.

—En la Telaraña hay un sinfín de magias diferentes —continuó explicándole su madre. Estaba apoyada contra un ventanal. Víctor no recordaba nunca haberla visto tan triste—. Hay tantas clases que nadie sabe su número exacto. Unas son benévolas, como la Magia Esmeralda de las hadas y los duendes o la Magia Bordada que se teje en las ropas... Pero otras... Otras son perversas, demoníacas. Y de esas, la Magia Muerta es la peor...

—Y la más rara de ver —añadió Eduardo—. En toda la historia de la Telaraña, que se sepa, sólo ha aparecido una docena de veces. Pero en cada una de esas ocasiones ha ocurrido algo terrible, terrible de verdad... La última vez que se dejó ver por la Telaraña fue hace cuatro siglos, durante las guerras vampíricas...

—¿Pero qué tiene que ver conmigo?

Eduardo suspiró antes de hablar:

—Todos los conjuros y hechizos de la Magia Muerta necesitan un ingrediente muy especial para poder funcionar —los ojos de Víctor se abrieron como platos. Creía saber cuál era ese componente. La boca se le secó—. Durante siglos se ignoró cuál era... Los hechiceros y demonios que practicaban la Magia Muerta guardaban el secreto celosamente... Pero hace cuatrocientos años, en mitad de las guerras contra los vampiros, un hechicero negro harto de atrocidades, cambió de bando y se unió a los Arcontes... Y les dijo cuál era el ingrediente...

—Mestizos —dijo Diana—. La sangre de los nacidos de hada y humano.

—La sangre que corre por tus venas, Víctor... —continuó Eduardo—. Tu sangre es el motor de la Magia Muerta.

—Por eso los Arcontes instauraron la ley que prohibía la unión entre hadas y hombres...

—No... —alcanzó a decir Víctor. Se llevó una mano a la garganta.

—Para evitar que la Magia Muerta volviera al mundo...

—¿Cómo...? ¿Cómo de terrible es esa magia?

Fue su madre quien contestó:

—Hace más de quinientos años, dos hechiceros negros la usaron para intentar destruirse el uno al otro. Lo lograron, se aniquilaron mutuamente. Durante su lucha destruyeron también el continente donde se encontraban. Se llamaba Elora... Murieron millones de seres en aquel cataclismo... Dicen que no hay fuerza más poderosa en el mundo, Víctor...

—Hay seres que harían lo imposible por traerla de vuelta a la Telaraña —explicó Eduardo—. Monstruos que sólo anhelan la destrucción de todo lo vivo...

El muchacho asintió lentamente. «Mi sangre, quieren mi sangre para hacer cosas terribles...» Sentía una angustia indescriptible. Miró a través de la ventana del salón y pensó que el mundo que rodeaba a la casa ya no era el mismo. Había horrores inenarrables ahí fuera. Ahora lo sabía. Y lo buscaban. Unos para desangrarlo y otros para encerrarlo de por vida. Y en el desván estaba Paula, descosiéndose como un trapo viejo.

—Ha... Ha pasado mucho tiempo... —dijo—. A lo mejor ya me han olvidado. Puede que hayan dejado de buscarme... ¿no?

Su padre negó con la cabeza, apesadumbrado.

—Nunca dejarán de hacerlo. Eres el único mestizo que ha nacido en cuatro siglos...

—Qué... qué... —no encontraba palabras. Tenía la mente tan revolucionada que estaba a punto de colapsarse—. ¡No sé qué pensar! ¡No sé nada! ¡Nada! —Víctor se levantó de la silla. Estaba sudando—. ¡Sólo sé que Paula se va a morir si no la salvamos! ¡No podemos dejarla desaparecer! ¡No sería justo!

—No podemos hacerlo, Víctor. Si volviéramos a la Telaraña, la salvaríamos, sí...

Pero a costa de arriesgarnos a perder todo lo que tenemos... —contestó Eduardo—. Hasta la vida...

Víctor se volvió entonces hacia su madre, buscando consejo. Había lágrimas en los ojos del hada. No recordaba haberla visto llorar nunca. Eso hizo la situación todavía peor; el dolor, la angustia y la confusión se multiplicaron. Las piernas le fallaron y volvió a sentarse.

—¿Mamá? —la voz se le quebraba en la garganta.

—Tu padre tiene razón, cariño... Ojalá pudiéramos ayudarla.

—¡Podemos! ¡Llama a esos Arcontes! Que me encierren para siempre si es lo que quieren. Pero, por favor, por favor, salvad la vida de Paula...

—Paula ya está muerta, Víctor. La mataron hace años.

El muchacho miró con rabia a su padre. Se levantó de la silla. Sentía que se asfixiaba.

—Tengo... que salir... —dijo, y echó a correr hacia la puerta. Necesitaba aire fresco, necesitaba librarse de aquella sensación de agobio y asfixia.

—¡Víctor! —lo llamó su padre.

No atendió a su llamada. Llegó hasta la puerta y cuando trató de abrirla, esta se negó a hacerlo. Era la casa, impidiéndole marcharse fuera.

—¡Déjame salir! —gritó furioso, mirando hacia arriba, conteniendo a duras penas el impulso de liarse a golpes contra las paredes—. ¡Quiero salir de aquí!

La puerta se abrió ante él. Víctor salió a la Colina Negra, jadeando, tropezando en las escaleras del porche en sus ansias por respirar aire fresco.

Echó a correr hacia el bosque, perdiéndose entre los árboles con los ojos llenos de lágrimas.

—Voy por él... —dijo Eduardo.

—No... Deja que se marche. Necesita pensar. Creo que todos lo necesitamos. Esto va demasiado rápido...

—¡No hay nada que pensar, Diana! ¿Crees que resulta fácil para mí? No... No lo es... Pero no tenemos otra opción.

—¿Hasta ahora dirías que hemos sido felices? —le preguntó Diana, de improviso. Él reuló hacia atrás. No se esperaba una pregunta como esa.

—Sí —contestó, mirando a su mujer extrañado—. Lo hemos sido. Y mucho además. Y lo seguiremos siendo...

—¿Tú crees? ¿Seguiremos siendo felices aun sabiendo que hemos dejado desaparecer a Paula?

Eduardo no supo qué contestar.

—Ahora estaba recordando algo... —comentó el hada. Se sentó en el borde de la mesa del salón—. Algo que dijiste al poco de conocernos...

—Dije muchas cosas.

—Sí. Muchas estupideces, la verdad. Y para mi sorpresa alguna que otra cosa medianamente inteligente... —dijo con una sonrisa. Ya no había lágrimas en sus ojos —. Recuerdo que una vez afirmaste algo así: «Hay ideas por las que merece la pena morir. Pero no existe ni una sola por la que merezca la pena matar».

—Sí. Lo dije. Y lo sigo pensando...

—Y si la dejamos desaparecer, ¿no sería como si la estuviéramos matando? Tenemos los medios para salvarla. ¡Hagámoslo!

—¿A qué se debe este repentino cambio de opinión? —Eduardo estaba aturdido, aturdido y perplejo—. Hasta hace un minuto me apoyabas en esto...

—Cuando he visto irse llorando a Víctor, me he dado cuenta de lo que ocurrirá si no ayudamos a Paula. Nos convertiremos en una familia triste. Y no quiero que nos pase eso...

La decisión

Víctor regresó al cabo de media hora, cuando la noche se cerraba como un puño sobre la colina. La puerta de la casa se abrió en cuanto puso el pie en el primer peldaño de la escalera del porche. La luz cálida del interior se derramó sobre él, como una caricia. Subió con rapidez las escaleras y, con la misma urgencia, atravesó el pasillo y llegó al salón donde aún se encontraban sus padres. El hada estaba en pie junto a la escalera mirando hacia la entrada del salón. Su padre se hallaba tumbado en el sofá con el antebrazo cubriéndole los ojos y estaba tan sumido en sus pensamientos que ni siquiera se dio cuenta de que Víctor había regresado.

—¿Ha desaparecido ya? —preguntó el muchacho. Eduardo se incorporó en el sofá al oír su voz.

—No. He subido hace un momento a ver cómo estaba y sigue ahí... —le contestó su madre—. ¿Estás más tranquilo?

Víctor negó con la cabeza. Abrió la boca y volvió a cerrarla, no sabía muy bien cómo empezar a decir lo que tenía en mente.

—Las leyes... —los miró a ambos—. Las leyes de los Arcontes prohibían las uniones entre hadas y humanos. Y aun así los desafiasteis... ¡Os casasteis! ¿Os habéis arrepentido de eso alguna vez?

—Nunca... —respondió su padre.

—Ni un solo segundo —añadió su madre.

—Y sabíais lo que ocurriría si teníais un hijo. Sabíais que los Arcontes tratarían de separaros, que tratarían de encerrarme antes de que algún demonio me atrapara... Y aun así me tuvisteis. ¿De eso tampoco os arrepentís?

—¡Por supuesto que no! —exclamó Eduardo—. No sé dónde quieres ir a parar, muchacho. Pero las cosas no son tan sencillas como puedes creer. Antes de casarnos ya teníamos planeado qué hacer si tu madre se quedaba embarazada. Desde un primer momento sabíamos que tarde o temprano nos veríamos forzados a abandonar la Telaraña. Era una locura, pero sabíamos que podía salir bien.

—Salvemos a Paula... —le interrumpió Víctor dando un paso hacia delante—. ¡También es una locura, lo sé! ¡Pero en el fondo no haremos nada que no hayáis hecho antes! ¡Os casasteis! ¡Tuvisteis un hijo! ¡Eso son dos locuras y yo todavía no he

hecho ninguna! —tomó aliento antes de continuar—. ¡Salvémosla!

—No sabes lo que nos pides, Víctor —dijo Eduardo—. No sabes a lo que nos arriesgamos...

—Eduardo... —comenzó Diana. No fue necesario que continuara.

El hombre se dejó caer en el sofá, como si hubiera recibido un disparo en pleno pecho.

—De acuerdo... —cedió al fin, incorporándose de nuevo hasta quedar sentado—. Salvemos a Paula. Pongamos de nuevo la Telaraña patas arriba.

Diana exhaló un suspiro de alivio.

El regreso

Paula estaba completamente inmóvil entre las cajas, parecía un revoltijo de periódicos viejos que el viento hubiera arrastrado hasta el rincón. No se movió cuando entraron en el desván. El silencio era sobrecogedor.

Eduardo se agachó para abrir el mismo armario en el que había rebuscado apenas una semana antes, cuando el grito de Paula al llegar a la casa le había hecho temer que la barrera mágica que los separaba de la Telaraña hubiera caído. El fulgor de la esfera que rodeaba la miniatura de la casa iluminó su rostro cuando la tomó en sus manos. Tragó saliva y cerró los ojos. Luego tendió la brillante esfera a Víctor.

—Si la haces estallar regresaremos a la Telaraña... —le explicó en un susurro. Durante un instante tuvo la tentación de buscar algún nuevo argumento para convencerlos de que estaban a punto de cometer una locura; pero se dio cuenta de que lo que pretendía era retrasar el momento, con la esperanza de que, en ese tiempo, Paula desapareciera y el problema se solucionara por sí solo.

Entonces comprendió que Diana tenía razón. Si no salvaban a Paula se convertirían en una familia triste. Ya era tarde para echarse atrás. La suerte estaba echada.

Víctor tomó la esfera entre sus manos.

El muchacho sintió un escalofrío y, por un segundo, dudó. Luego miró a Paula, inmóvil en aquella esquina que no había sido capaz de abandonar desde que llegó al desván. Su dedo presionó con más fuerza la esfera, sin llegar a atravesarla. La mirada de sus padres estaba fija en él. Hasta podía sentir la presencia de la casa a su alrededor, atenta a todos sus movimientos. Una gota de sudor recorrió la frente del muchacho, bordeó su ceja y bajó por su mejilla como si fuera una lágrima.



La Sombra recorría a grandes pasos la Sala del Trono en su Palacio. Iba de un lado a otro, como un tigre encerrado en una jaula. Los sirvientes se apartaban de su camino,

aterrados con la posibilidad de que pagara con ellos su enfado. Porque la Sombra estaba enfurecida. Llevaba una semana tratando de localizar a Paula, pero todos sus esfuerzos habían sido en vano. No había el menor rastro del fantasma en la Telaraña.

De pronto se detuvo en seco. Algo ocurría. Justo en el instante en que Víctor acariciaba la esfera por primera vez, levantó la cabeza, sus ojos blancos entrecerrados hasta convertirse en dos malignas rendijas.

* * *

En la torre de la fortaleza de vidrio, el mago seguía su incansable guardia. Su mente era una vorágine, una loca espiral que contenía la Telaraña entera. Nada de *lo* que ocurría en ella escapaba a su mirada y aun así permanecía ajeno a todo acontecimiento. Desde el momento en que aceptó su misión, hacía más de quince años, sabía que le esperaba la soledad más completa, la soledad del que ve todo pero no participa en nada. No le importaba. Era un sacrificio en favor del bien común.

Algo llamó su atención. Fue un repentino chispazo en una hebra de la Telaraña, como si una gran energía la hubiera rozado desde fuera, probando su consistencia. De pronto, por todo el mundo oculto, se extendió un salvaje ruido de tambores. Era un furioso redoble que no presagiaba nada bueno. El anciano vio una mancha oscura que se desplazaba hacia el lugar de donde había venido el fogonazo; no era una criatura viva, sino un hechizo de localización. Decenas de ojos siguieron su trayectoria por toda la Telaraña. El sonido de los tambores se volvió frenético, veloz. Todavía tardó unos segundos en comprender que ese estruendo venía de su propio corazón.

Estaba ocurriendo.

El mago abrió los ojos en la bañera cuando...

* * *

Víctor hizo estallar la esfera.

Ni siquiera había tomado la decisión de hacerlo. Acariciaba la superficie del campo mágico, su dedo resbaló y la atravesó como si no fuera más consistente que una pompa de jabón. Por unos segundos no ocurrió nada. Su dedo estaba en el interior de la esfera, señalando hacia la chimenea. Sintió el frío del exterior subiendo desde la yema del dedo hasta la segunda articulación. El viento acariciaba su piel. Pensó que, tal vez, en ese mismo instante, un dedo del tamaño de un transatlántico había aparecido en el cielo sobre la colina, señalando acusador hacia la casa.

La esfera estalló, despidiendo una nube de humo azul salpicada de estrellas moradas. En ese mismo instante...

* * *

La Sombra levantó la cabeza, sus ojos extremadamente abiertos en la negrura de su rostro. Sonreía. Era capaz de ver de nuevo el destello de Paula en la Telaraña, de una manera tan repentina que parecía increíble. Había vuelto. El espíritu había vuelto. Y esta vez no había ni sortilegios ni hechizos que la protegieran. Entrecerró los ojos y rastreó la Telaraña hasta dar con la fuente de aquella luz. Pudo verla, en la tenebrosa oscuridad de su cerebro Paula era tan brillante como una nova.

Un minuto después había localizado el lugar preciso en el que se encontraba el espíritu de Paula: una casa en una colina a cuyos pies se extendía una pequeña villa. La sonrisa de la Sombra se hizo tan profunda y siniestra en su rostro como un hachazo.

* * *

El anciano hechicero gritó en la bañera. Fue un aullido silencioso y, a pesar de ello, resonó en todas y cada una de las mentes del castillo con la fuerza de un cañonazo.

«Ha vuelto», gritaba. «El Mestizo ha vuelto».

Temblores

La casa de la Colina Negra comenzó a temblar con tanta fuerza que Víctor estuvo a punto de dejar caer la maqueta. Las estanterías se venían abajo. Las cajas rodaban y chocaban unas con otras, derramando su contenido por todo el desván. Una pecera se rompió en mil pedazos. Un perchero se derrumbó apenas a medio metro de donde se encontraba Eduardo. Los ratones corrían despavoridos.

Y en mitad de todo aquel caos, un halo de luz lechosa rodeó a Paula que, ajena a todo lo que ocurría en torno a ella, parecía dormir plácidamente.

El temblor cesó de una manera tan repentina que todos estuvieron a punto de caer al suelo. Víctor miró alrededor, sin aliento. Algo había cambiado. La casa que los rodeaba ya no era la misma, lo sentía con la misma fuerza con la que notaba los rápidos latidos de su corazón. Las manos le sudaban tanto que le resultaba complicado sujetar la pequeña maqueta.

—Hemos vuelto... —dijo su padre, en un susurro.

En ese mismo instante comenzaron los golpes. Venían de abajo y era como si alguien estuviera llamando con todas sus fuerzas a una puerta gigantesca. Víctor tragó saliva. Aquel sonido le ponía los pelos de punta. ¿Serían los Arcontes? ¿La Sombra? ¿Algún demonio en busca de su sangre?

—No pueden habernos encontrado tan pronto... —susurró el muchacho—. Es imposible, ¿verdad? ¡No pueden haber venido tan rápido!

—Vamos a averiguarlo —decidió Diana, y al ver que Eduardo estaba a punto de replicar, añadió—: Iremos los tres juntos. No quiero que nadie se quede atrás. Estaré más tranquila si puedo verlos a los dos.

Golpes tras el espejo

La pared a la que iba a dar el amplio pasillo de la planta baja se había convertido en un gigantesco cristal espejado. Toda su superficie estaba surcada por una intrincada maraña de grietas; era como si una laboriosa araña hubiera tejido una gran tela de vidrio dentro del espejo. Entre las grietas danzaba una neblina negra.

Los golpes venían de allí.

Su padre se adelantó hasta quedar frente al espejo, con el puño crispado como si empuñara con fuerza algo que los demás no pudieran ver. Al instante los golpes se detuvieron.

Las sombras que recorrían el cristal se retiraron y una silueta humana apareció en su mismo centro. Víctor trató de dar un paso hacia delante para ir junto a su padre, pero su madre lo detuvo, aferrándolo con fuerza de los hombros. La figura tras el cristal no era más que una silueta envuelta en humo, pero aun así había algo en ella que le resultaba tremendamente familiar.

La niebla que flotaba en el interior del espejo comenzó a disiparse y la silueta fue perfilándose cada vez mejor. Pronto lograron distinguir su rostro entre la bruma. Víctor ahogó un grito de sorpresa. El hombre tras el espejo era idéntico a su padre y lo hubiera tomado por su reflejo si no fuera porque sus atuendos eran completamente distintos. Cuando la niebla terminó de aclararse, Víctor fue capaz de observar más diferencias entre los dos hombres: el rostro del extraño era más carnoso y el pelo le caía formando una melena negra de aspecto salvaje.

—¿Vais a dejarme pasar de una vez? —preguntó el hombre del espejo.

—¿Bernabé? —interrogó Eduardo a su vez, casi sin aliento—. ¿Eres tú? ¿De verdad eres tú?

—¡Claro que soy yo! ¿No reconoces a tu propio hermano?

Eduardo dio un paso hacia delante, confuso.

—¿Cómo...? ¿Cómo abro esto? —le dijo, apoyando la palma de su mano en el espejo.

—La segunda protección en el caso de que fallara la primera... ¿recuerdas? Esa que preparamos juntos hace quince años.

Eduardo asintió. Claro que lo recordaba. Fue la última vez que habían estado

juntos. Bernabé fue uno de los que los ayudaron a huir de la Telaraña. La segunda protección no era, ni por asomo, tan poderosa y drástica como la primera, que los había apartado del mundo mágico. Pero no por ello dejaba de ser útil: nadie que no hubiera sido invitado por los miembros de la familia podía entrar en la casa. Estaba tan agitado por los acontecimientos que lo había olvidado por completo. Se dio cuenta de que temblaba. Hacía quince años que no veía a su hermano y ahora lo tenía de nuevo ante él... Le costaba un gran esfuerzo contener las lágrimas.

—Puedes... puedes pasar... —susurró.

La telaraña del interior del espejo se deshizo con un suspiro. El enorme cristal desapareció sin dejar rastro y en la pared quedó una gran abertura repleta de volutas de humo negro. El hombre entró en la casa de la Colina Negra en dos pasos rápidos. Cuando Víctor lo vio traspasar la neblina oscura, le pareció imposible que ese hombre fuera el hermano de su padre. No había en él traza alguna de su porte desgarrado ni de su fragilidad. Caminaba muy erguido y parecía rodearlo un halo de increíble fortaleza. Sus ojos, en lo demás idénticos a los de su padre, brillaban con una audacia imposible. Iba vestido con unos pantalones negros, unas botas de cuero con puntera de metal y una camisa holgada, de color gris claro.

Los dos hermanos se miraron fijamente durante lo que pareció una eternidad. Estaban inmóviles a dos metros el uno del otro, contemplándose de arriba abajo, como si, después de tanto tiempo separados, no quisieran pasar por alto el menor detalle. Hasta que el recién llegado saltó hacia delante y descargó un potente puñetazo en el rostro de Eduardo, derribándolo en el acto.

Víctor dio un grito y trató en vano de zafarse de las manos de Diana para ir en ayuda de su padre.

—Quieto aquí, valiente... —le ordenó el hada.

Eduardo se incorporó como pudo hasta quedar sentado. Se llevó una mano a la nariz y la retiró manchada de sangre.

—Sigues pegando igual de fuerte... —dijo.

—¡Y tú sigues cayendo como un saco! —replicó el otro.

Bernabé se inclinó sobre él, le tendió la mano y lo ayudó a incorporarse. Con el mismo impulso con el que lo había levantado, lo atrajo hacia sí y lo abrazó con fuerza. Cuando se separaron había lágrimas en los ojos de ambos.

—Quince años... —comentó Eduardo, en un susurro—. Han pasado quince años...

—¡Y tenían que haber pasado muchos más antes de que pudiera ver tu sucia cara! ¿Por qué has desactivado la protección? —preguntó Bernabé, fuera de sí—. ¡Habéis regresado a la Telaraña, por amor de Dios! ¿Os habéis vuelto locos? ¡Todavía os buscan!

—Teníamos un buen motivo... —le contestó Diana con una sonrisa. Luego

añadió—: ¿No vas a saludar a tu cuñada y a tu sobrino?

Bernabé asintió y se acercó hasta ellos. Toda la seguridad de su porte se desvaneció de repente. Ahora caminaba despacio, como si le costara un gran esfuerzo hacerlo. Tenía los ojos fijos en Diana. Víctor frunció el ceño. Hay miradas que, sin quererlo, dicen mucho. Y en la del recién llegado vio la misma intensidad y pasión con que, a veces, su padre miraba a su madre. Lo que descubrió le hizo encontrarse incómodo, primero porque sentía que estaba espiando en el interior del corazón de aquel hombre, y segundo por lo que aquello significaba: Bernabé estaba enamorado de su madre.

—Hola, Diana... —dijo, a media voz—. Ha pasado mucho tiempo, ¿verdad?

—Demasiado... Podías haberte dejado caer por aquí. Sabías dónde estábamos.

Bernabé sonrió, entristecido.

—¿Y arriesgarme a que los Arcontes os localizaran por mi culpa? No, nunca... — luego se fijó en Víctor y toda la tristeza de su rostro desapareció—. Víctor, Víctor, Víctor... —le revolvió el cabello y él lo observó con desconfianza—. La última vez que te vi, no eras más que un renacuajo llorón. Y ya estás hecho todo un hombre... —su expresión se endureció. Miró primero a Diana y después a Eduardo—. Y ahora me vais a explicar qué está pasando...

«Nunca conocerás la paz»

—¿Por un fantasma? —preguntó Bernabé, casi tan perplejo como enfadado—. ¿Habéis vuelto a la Telaraña por un fantasma?

—Fue Víctor quien tomó la decisión, Bernabé... —le explicó Eduardo.

Estaban todos sentados a la mesa del salón. Habían subido un momento al desván para ver cómo se encontraba Paula y la habían hallado sumida en un profundo sueño, rodeada de aquella aureola de magia que la estaba curando.

—¡Santo cielo! ¡Es un crío! ¿Cómo habéis permitido que asuma semejante responsabilidad? No puedo creerlo...

—Tengo quince años... —dijo Víctor, fulminando a Bernabé con la mirada—. Soy lo suficientemente mayor como para tomar mis propias decisiones.

—Decisiones que os pueden llevar a la muerte a los tres... ¡No sabes a lo que nos enfrentamos, muchacho mayor! ¡Los Arcontes no se pueden tomar a broma! ¡Y mucho menos la Magia Muerta!

—No tengo miedo.

—Deberías tenerlo... —Bernabé entrecerró los ojos—. No estamos en una película de dibujos animados. Esto es real. Muy real. Y no creo que puedas comprender el alcance de lo que está ocurriendo. Aquí no estamos hablando sólo de tu vida y la vida de tus padres... El peligro es mucho mayor. Eres una bomba, chaval. Una bomba que si cae en malas manos podría traer el Apocalipsis a esta tierra... ¿Eres lo suficientemente adulto para aceptar ese peso sobre tus hombros? —se levantó tan rápido que la silla cayó hacia atrás. Apoyó las palmas de las manos en la mesa y se encaró a Víctor—. ¡Hubo muchos que quisieron matarte nada más nacer! Y cuando se enteren de que has vuelto, vendrán a por ti, te lo aseguro... Te matarán antes de permitir que la Magia Muerta vuelva a asolar la Telaraña.

Víctor se echó hacia atrás en la silla, abrumado por el discurso de su tío.

—Estás asustando a mi hijo, Bernabé... —le advirtió Diana, en un susurro.

—¡No lo suficiente! —sus ojos echaban chispas—. Por salvar a un fantasma... ¡Por salvar algo que ya está muerto, habéis puesto en peligro la creación entera! —volvió a observar a Víctor. El muchacho se sintió clavado en la silla por la intensidad de esa mirada. Bernabé bajó la voz hasta convertirla en un susurro, torció el gesto y continuó

—: A partir de ahora y hasta el día en que mueras, Víctor..., estarás siempre en peligro... Unos te buscarán para desangrarte y resucitar la Magia Muerta, y otros tratarán de matarte para que eso no ocurra. Nunca conocerás la paz...

—¡Basta! —Diana se levantó de la silla, enfurecida. Resplandecía. Víctor no podía creer lo que estaba viendo. Un aura de intensa luz dorada rodeaba totalmente a su madre. Nunca la había visto tan hermosa—. ¿Te has olvidado de quiénes somos? ¡Eduardo es el heredero de la magia de vuestra familia! ¡Y yo fui un hada guerrera! ¡La mejor! ¡Y lo sigo siendo! ¡Si alguien se atreve a venir a por Víctor tendrá que enfrentarse primero con nosotros!

—No me impresionas, cuñada... —dijo Bernabé. La melena le caía sobre su rostro en desordenados mechones negros; sostenía la mirada rabiosa de Diana sin ninguna dificultad—. Renunciaste a buena parte de tu poder al casarte con mi hermano... ¿recuerdas? Yo estaba allí cuando lo hiciste... —miró a Eduardo que hasta el momento no había participado demasiado en la conversación—. ¡Y por lo que he podido ver, mi hermano ni siquiera puede invocar el arma de la familia!

Bernabé levantó un brazo. El espacio alrededor de su mano tembló un instante y una espada en llamas apareció de repente en su puño cerrado. Era un arma de más de metro y medio de longitud, con una empuñadura de hueso negro con rubíes engarzados. La hoja cubierta de lenguas de fuego era de plata incandescente. Víctor comprendió que eso era lo que su padre había tratado de empuñar hacía sólo unos minutos, cuando apareció el espejo en la pared. Y recordó que el día en que Paula llegó a la casa también trató de hacerlo.

—No tenéis ni una sombra del poder que tuvisteis en otros tiempos... —continuó Bernabé, empuñando la espada en llamas—. Si vienen a por vosotros estáis perdidos... Y lo harán, os lo aseguro. Puede que ya estén en camino.

—Pero ya no estamos solos —intervino Eduardo—. Tú estás aquí. Después de tanto tiempo hemos vuelto a reunimos... —miró a Bernabé, risueño—. ¿Y sabes una cosa? Tú también habrías roto la esfera, aunque eso hubiera significado poner a la creación entera en peligro. Tú también habrías salvado al fantasma.

Bernabé guardó silencio un instante, luego echó hacia atrás la cabeza y rompió a reír.

—¡Claro que lo habría hecho! ¡Y sin pensarlo tanto como tú! —bajó la voz—: Pero quería estar seguro de que todos comprendierais la situación en la que estamos envueltos... Se acercan tiempos duros, pequeños... —volvió a reír y añadió—: ¡Qué bueno que hayáis vuelto!

«Ha vuelto»

«El Mestizo ha vuelto».

La noticia comenzaba a extenderse por toda la Telaraña. Desde los pozos de lóbrega oscuridad del Inframundo hasta las ciudades flotantes del mar del Norte. Desde la cúpula de los ángeles hasta las más negras mazmorras del último infierno.

Un cuervo rojo apareció de la nada en mitad de la noche de Budapest y voló hacia la ventana abierta de una habitación mal iluminada. En su interior un hombre se sentaba a una mesa atestada de calaveras, dibujando runas sobre el hueso. Vestía enteramente de azul; sus ojos, su pelo, hasta sus labios eran de ese color, un azul fuerte y sucio. El cuervo entró en la estancia, se posó sobre la cúspide de una pirámide de cráneos y graznó la noticia antes de desvanecerse en una nube de plumas escarlata. El hombre azul sonrió, se levantó de la silla, alisó una arruga de su traje y salió de la habitación silbando una canción. Hacía años que no era tan feliz.

«El Mestizo ha vuelto».

Y la noticia seguía propagándose entre los habitantes de la Telaraña, de manera lenta pero inexorable. En la malévola ciudad viviente de Leviatán la recibieron con alegría; según las leyendas, había sido la Magia Muerta la que había dado vida a la ciudad y a los demonios que la habitaban, y según esas mismas leyendas sería la Magia Muerta la que les daría el poder para gobernar la Telaraña. En cambio en una pequeña isla perdida en los mares de la bruma, la noticia fue acogida con gran pesar. Todos sus habitantes eran fantasmas y moraban en el único pedazo de tierra que quedaba del gran continente, Elora, destruido por la Magia Muerta. Los espíritus vagaron por las playas desoladas de la isla, contemplando las ruinas de su glorioso pasado y rezando para que cataclismos como aquel no volvieran a repetirse.

La Telaraña entera aguardaba, expectante.

El Mestizo había vuelto.

Y cualquier cosa podía pasar.

«Heridas que el tiempo no cura»

—¿Qué pasó cuando nos marchamos? —preguntó Eduardo.

—El hechizo de bloqueo funcionó a la primera —contestó Bernabé—. Luego nos dispersamos lo más rápido que pudimos. Los Arcontes habían dejado de captar a Víctor, pero conocían el punto exacto donde le habían perdido la pista y sus hombres no tardarían en aparecer. Para cuando llegaron, ya estábamos muy lejos —guardó silencio, paseó la vista por los miembros recién encontrados de su familia y sonrió—. Lo logramos. Os pusimos a salvo.

—¿Y qué ha sido de tu vida en estos quince años? —quiso saber Diana.

Bernabé se encogió de hombros, como si en este tiempo no hubiera hecho nada de interés.

—Durante unos años enseñé Arqueología en Amberes... Hasta que me harté y volví a ofrecer mis servicios como buscador de tesoros. Me fue medianamente bien... Encontré la vasija de ónice del argonauta ciego, ¿la recuerdas? —le dijo a Eduardo, con una gran sonrisa.

—¿La encontraste? —a su hermano los ojos le brillaban por la emoción—. ¿Descifraste el enigma de la concha?

Bernabé asintió con fuerza.

—Sí, sí... Lo hice. No era tan complicado como pensábamos... —guardó silencio, como si recordar aquellos tiempos lejanos le causara dolor—. Al final también dejé de buscar tesoros... —prosiguió, luego volvió a sonreír, pero ahora su expresión estaba teñida de melancolía—. Ya no era lo mismo. No es tan divertido cuando trabajas solo...

Un silencio incómodo siguió a sus palabras. Diana se levantó de la silla.

—Voy a ver cómo está Paula. ¿Vienes, Víctor?

El muchacho asintió. Estaba claro que lo que su madre pretendía era dejar solos a los dos hermanos y aunque se moría de ganas de oír lo que tuvieran que contarse, se levantó y fue con ella.

Cuando la puerta se cerró a sus espaldas, Eduardo habló:

—Todavía la quieres...

—Tanto que duele, muchacho... Hay heridas que el tiempo no cura.

—Lo siento.

—No, no lo sientas... —soltó una carcajada sincera—. En quince años las cosas no han cambiado nada, tuvimos esta misma conversación justo antes de que os marcharais... «Lo siento», dijiste tú. «No lo sientas», te contesté... «Te eligió a ti». ¿Recuerdas? —lo miró de nuevo—. Te eligió a ti, a la rata de biblioteca... ¡El intrépido aventurero guardó su espada y se marchó con la cabeza gacha! No es así como suele ocurrir en esos libros que tanto te gustaba leer... Pero fue así como ocurrió en esta vida extraña nuestra —se retiró el cabello de la frente y apoyó la barbilla en la palma de su mano antes de continuar—. Te eligió a ti... —repitió—. Soy feliz sabiendo que las dos personas a las que más quiero son felices. ¡Y ahora por fin tengo un sobrino al que llevar por el mal camino!

Ahora fue Eduardo quien rio.

—Dudo mucho que lo consigas, compañero —le advirtió—. Víctor tiene la cabeza muy bien amueblada, a pesar de la casa donde vive y de los padres que le han caído en gracia.

—Dame tiempo —dijo Bernabé—. Y hablando del chico, ¿qué es capaz de hacer?

—¿Me estás preguntando si tiene alguna habilidad especial?

—Eso mismo.

Eduardo negó con la cabeza.

—Las de un muchacho normal de su edad, ni más ni menos.

—Qué raro... Por sus venas corre sangre de hadas y de magos... Y eso es una mezcla explosiva, si no, no estaríamos metidos en este jaleo. ¿Qué tal se le da la magia? —Eduardo se encogió de hombros y Bernabé enarcó una ceja, perplejo—. ¿No me digas que no le has enseñado nada?

—No. No lo creímos oportuno. Fuera de la casa, la vida de Víctor ha sido igual que la de cualquier otro joven y no queríamos que eso cambiase —le explicó—. No queríamos que recurriera a la magia cada vez que se encontrara con algún problema de difícil solución...

—Pues eso se acabó, hermano... Tiene que aprender magia. Tiene que aprender a defenderse por sí mismo.

—Estamos nosotros para protegerlo... —continuó Eduardo—. Y no olvides la casa. No dejará que nada ni nadie nos haga daño.

—¿La casa? Ya traicionó una vez a su dueño... Y puede volver a hacerlo.

—Eso fue hace tiempo. Y tuvo un buen motivo para hacerlo. Su dueño en aquel entonces era un monstruo, ¿recuerdas?

—¿Sigue encerrado en el sótano?

Eduardo suspiró, se sentía incómodo al hablar de ese tema. Durante años había tratado de ignorar a la presencia diabólica que vivía bajo ellos.

—Sí... —contestó finalmente—. Sandoval sigue en su celda...

El espíritu renacido

Había regresado.

La casa de la Colina Negra sentía la Telaraña por doquier, de nuevo formaba parte de ella. La magia desatada fluía entre sus paredes, poderosa y libre. Un viento frío con aroma a sal y a tormentas acarició su fachada oeste. Una canción suave que parecía entonada por un montón de hojarasca llegó desde el este. Sus amigos festejaban su vuelta y todos trataban de darle la bienvenida al mismo tiempo. Pero antes de permitirse la alegría del reencuentro, la casa quiso comprobar que, en su interior, todo marchaba como debía.

En el salón, su dueño y el recién llegado charlaban sentados a la mesa. La intensa emoción del reencuentro de los dos hombres flotaba aún en el ambiente. La esencia de la casa permaneció allí unos instantes, infundiéndose ánimos a sí misma antes de mirar en aquel lugar de su geografía que tanto la aterraba: el sótano.

El prisionero estaba de pie en su celda, observando a su alrededor. Él también había notado el cambio. La casa comprobó que la celda siguiera bien sellada; volvió a comprobarlo, por si había pasado algo por alto y, cuando se preparaba para seguir con su exploración, lo comprobó por tercera vez. El prisionero sonrió, consciente de su escrutinio.

Todos los fantasmas habían hecho acto de presencia a la vez, atraídos por la nueva energía que llegaba de la Telaraña. Vio cómo el espíritu de un caballo blanco irrumpía en la biblioteca, agitaba sus crines y desaparecía con un potente salto. Se trataba de un fantasma ajeno a la casa, un ser de la Telaraña. La casa remodeló la barrera que la rodeaba para evitar que espíritus extraños pudieran atravesarla sin más ni más. Ahora también ellos necesitarían ser invitados para poder entrar. Visto el revuelo que había causado su regreso, toda precaución era poca. Había perdido la cuenta de los hechizos de vigilancia y rastreo que se agolpaban contra ella.

Luego prestó toda su atención al desván y a lo que allí ocurría.

Paula seguía dormida en la esquina, envuelta en aquella luz balsámica. Docenas de ratones velaban su sueño. El ratón con el jersey rojo se había hecho un ovillo y dormía también, como si el espíritu le hubiera contagiado su sueño. Diana y Víctor contemplaban en silencio al fantasma. Por primera vez desde que había

llegado, parecía en paz.

Cuando el hada y el muchacho se giraban, dispuestos a marcharse, Paula abrió los ojos.

—Hola... —saludó vacilante. Miró alrededor, confusa—. ¿Qué ha pasado?

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó Diana.

—Bien. Y no lo entiendo. No... No siento dolor. Pero... ¿Cómo? —quiso saber. Examinó su brazo. Lo que antes habían sido desgarros eran ahora simples arañazos. Todas las roturas de su cuerpo estaban en franca mejoría.

—Al final encontramos el modo de curarte... —respondió el hada—. Te dije que lo haríamos.

—Hemos vuelto a la Telaraña —le informó Víctor—. Necesitabas esa energía para...

—¡No! —Paula trató de levantarse, pero todavía estaba demasiado débil—. ¡No podéis hacer eso! ¡Os encontrarán!

—Tarde para discusiones, cariño... —intervino Diana—. No hay vuelta atrás. Lo que tenga que pasar, que pase.

—¿No podéis volver a salir de la Telaraña?

—Fue un hechizo largo y complejo el que nos sacó de allí. Nosotros solos no podemos realizarlo. Y además el libro que contenía el conjuro se convirtió en cenizas... Pero no te preocupes. Aquí sigues estando a salvo. Te lo prometo.

—¿Pero y vosotros?

—Saldremos de esta. Siempre hemos salido con bien de todas las dificultades a las que nos hemos enfrentado. Esta vez no será diferente.

«No nos iremos»

—¿Se lo contaste a Diana? —preguntó Bernabé.

Eduardo asintió.

—Durante un tiempo se puso cabezota para que bajáramos a hablar con él. Ya sabes cómo es... Está tan segura de la bondad innata de la gente, que le parece imposible que exista alguien más allá de los remordimientos. La convencí, pero me costó horrores.

—Vaya hada guerrera... —dijo Bernabé soltando una risita irónica—. ¿Sandoval nunca intentó nada?

—No. Aunque a veces tengo la impresión de que nos vigila. De que está al tanto de todos nuestros movimientos... Sea como sea no ha intentado nada desde que vivimos aquí. Sigue en su celda. Y no saldrá de ella hasta que se arrepienta de todo el mal que hizo.

—Eso no pasará nunca. Antes se helará el infierno —carraspeó su hermano, como si lo que fuera a decir a continuación no le gustara lo más mínimo—. De todas formas no me importa lo que pienses sobre la casa. Tenemos que marcharnos de aquí. Este será el primer sitio en el que os busquen. Conozco lugares donde estaréis...

—¿Abandonar la casa? No nos iremos, Bernabé. Es nuestro hogar.

—¡Pero aquí ya no estáis seguros! Y tienes que pensar en Víctor. Debéis marcharos...

—No nos iremos, Bernabé... —insistió Eduardo—. Desde que nací fui dando tumbos sin encontrar un lugar al que pudiera considerar mi hogar. Aquí lo he encontrado... Y no dejaré que me lo arreba...

El sonido brutal de una pared desplomándose le interrumpió. Los dos hermanos se levantaron a la par, mirando en dirección al estrépito. Una zigzagueante grieta se estaba abriendo sobre la chimenea del salón, provocando una lluvia de polvo blanco y pedazos de piedra.

Bernabé invocó la espada en llamas, mientras la mano de Eduardo se cerraba desesperada en torno al vacío, incapaz de conseguirlo. Hubo un movimiento veloz al otro lado de la pared y, de pronto, una cabeza descomunal la atravesó envuelta en una nube de polvo. Aquello soltó un rugido. Una voluta de humo blanco surgió de sus

fauces abiertas.

—Un dragón... —susurró Eduardo y detuvo el avance de su hermano, que a punto estaba de descargar un mandoble en la cabeza que pugnaba por atravesar la pared—. ¡Quieto! ¡No quiere hacernos daño! ¡Es la casa!

La cabeza era enorme, casi tan grande como la de un elefante. Sus ojos amarillos centelleaban entre el polvo. Había algo de reptil en sus rasgos, pero también un cierto aire felino. Abrió la boca como si bostezara después de un largo sueño. Los dos hermanos alcanzaron a vislumbrar la corona de llamas que habitaba en su garganta. Bernabé seguía tenso, sólo la mano de Eduardo en su hombro lo retenía.

El dragón detuvo su empuje cuando su cabeza atravesó por completo la pared. Quedó suspendida en el muro, a un metro de la chimenea, como si fuera una pieza de caza enmarcada por un insólito cazador. El animal resopló. Dos aros de humo salieron de sus fosas nasales. Luego se quedó inmóvil, mirando al frente, con una expresión de concentrada atención en su rostro. Las grietas que la cabeza había creado al atravesar la pared se desvanecieron sin dejar rastro.

Ninguno de los dos dijo nada en un buen rato.

—¿Tu casa hace estas cosas a menudo? —le preguntó Bernabé, haciendo desaparecer la espada; a su pesar le temblaba la voz. El único encuentro que había tenido con un dragón hasta esa fecha había sido ciertamente peligroso.

Eduardo asintió.

—A veces lo hace, sí... Esta casa es especial, hermano... —dijo, sin apartar la vista de los enormes ojos ambarinos del dragón—. He conocido lugares poderosos a lo largo de mi vida... ¿Recuerdas la isla Borrosa? ¿O el baluarte del Arlequín? Eran lugares de un inmenso poder. Lo percibías a cada instante, a cada paso que dabas... Aquí es distinto. Es un poder que fluctúa, en un momento no hay nada y al momento siguiente te sientes en la cresta de una ola... Nunca he experimentado nada igual... —apartó la mirada del dragón para dirigirla hacia su hermano—. No importa adónde vayamos, Bernabé; no hay lugar en la tierra en el que estemos más seguros que aquí...

«Esto no es una casa encantada»

El silencio de la casa de la colina se vio roto por el estruendo de lo que parecía una pared viniéndose abajo.

—¡Están aquí! —gritó Paula.

Diana miró hacia la trampilla, con el ceño fruncido. Iba a decirle a Víctor que se quedara allí mientras ella bajaba a ver qué sucedía, cuando vio a Eduardo y Bernabé en el espejo de la pared. Los dos estaban charlando ante la inmensa cabeza de un dragón que atravesaba la pared sobre la chimenea.

—Tranquilos. No pasa nada —dijo Diana—. Es la casa haciéndose notar.

—¿La casa?

—Sí... —dijo Víctor, con los ojos fijos en el espejo. A su pesar estaba asombrado; creía estar curado de todo espanto, pero aquella cabeza era tan impresionante que no podía dejar de mirarla—. Acaba de invocar a un dragón... Sobre la chimenea...

—¿Un dragón? —Paula hizo un esfuerzo y consiguió incorporarse a medias, lo suficiente para ver lo que reflejaba el espejo. La sorpresa en su rostro era mayúscula—. Pero... ¡eso es imposible!

—También tenemos un tiburón blanco en la piscina... —señaló Víctor.

Paula sacudió la cabeza, como si no diera crédito a lo que escuchaba. Durante su largo peregrinar por la Telaraña había conocido docenas de casas encantadas. Todas ellas eran lugares poderosos en mayor o menor medida, lugares donde la magia era a veces tan intensa que brillaba cegadora. Pero nunca había visto u oído que las casas pudieran jugar con elementos que no estuvieran de antemano en su interior. Era muy diferente hacer que un candil subiera las escaleras para iluminar una buhardilla a invocar a un ser vivo desde la nada. El poder que era necesario para eso resultaba inconcebible y, que ella supiera, no estaba al alcance de ninguna casa encantada.

—¿Qué clase de lugar es este? —preguntó el fantasma.

—Ya lo sabes... —contestó Diana—. La casa de la Colina Negra.

—Pero esto... esto no es una casa encantada...

—No —Diana miró a su alrededor con cariño, su mano acarició una estantería repleta de bailarines de cristal coloreado que brillaban como estrellas caídas—. Puede parecerlo, pero no lo es... Antes de que la casa existiera ya había magia en la colina. Y

era una magia antigua y poderosa...

»Una vieja leyenda de Idilia cuenta que, cuando Dios se disponía a crear el mundo, sus consejeros le pidieron que, por favor, no tocara la tierra a medida que la creaba, que no acariciara una cordillera para probar el tacto de sus cumbres nevadas, que no palmeara las llanuras para ver qué tal le había quedado el eco; cosas así... Porque donde Dios pusiera su mano, el poder divino estaría presente para siempre, y las criaturas que después habitaran aquel mundo podían servirse de semejante fuerza para sus propios fines, aunque estos no fueran honorables ni rectos... Pero Dios, como tantas otras veces, no hizo caso del consejo. Cuando creó un bosque de infinita belleza no pudo contenerse y acarició la copa de los árboles para ver cómo se agitaban sus ramas. Ese bosque se convertiría, con el tiempo, en Idilia, la tierra de las hadas... Según esta historia, la mano de Dios acarició la tierra en otras cinco ocasiones. No deja de ser una leyenda, por supuesto... Pero si algo así pasó, estoy segura de que la Colina Negra es uno de esos lugares tocados por el poder divino.

»Y cuando se construyó la casa, toda la magia de la colina vino a parar aquí. Magia y casa se hicieron una. No, la casa de la Colina Negra no está encantada. La casa de la Colina Negra está viva.

Paula conoce a Bernabé

—¿Así que tú eres la causante de este embrollo? —preguntó Bernabé, sonriendo, con los brazos en jarras y mirando a Paula.

—Yo no quería que pasara esto... —contestó ella, incómoda—. Habría preferido desaparecer antes que poner a nadie en peligro.

—Bueno... Lo único que se consigue mirando atrás es que te duela el cuello, así que deja de darle vueltas —comentó Bernabé, cogiendo una silla de playa plegable y sentándose en ella. El ratón del jersey rojo lo miraba desde la esquina de una caja, receloso.

—¡No puedo dejar de pensar en ello! ¡Ha sido por mi culpa! ¡Si no hubiera aparecido aquí, nada de esto habría pasado! —Paula no podía apartar de su cabeza la imagen de los dos sicarios de la Sombra entrando en la casa donde había vivido hasta la semana antes. Sólo que ahora, en su imaginación, era la casa de la Colina Negra la que se veía atacada y eran Eduardo, Diana y Víctor los que morían a manos de los servidores del demonio.

Bernabé suspiró.

—Y si yo no hubiera querido robar un unicornio de Idilia, Eduardo y Diana no se habrían conocido jamás y no estaríamos metidos en este jaleo... No tiene sentido buscar un culpable ahora. Las cosas han sucedido así y ya no podemos cambiarlas...

Paula se encogió de hombros, comenzaba a sentirse muy cansada.

—De todas formas en cuanto esté repuesta me marcharé —dijo—. No tiene sentido que aumente vuestras preocupaciones con las mías...

—Tú no te vas a ir a ningún lado... —le advirtió Diana, ceñuda.

—Tengo que hacerlo... —aseguró el espíritu, pestañeando con fuerza para tratar de librarse de la extraña somnolencia que la había invadido de repente—. Cuando la casa regresó a la Telaraña no había ningún hechizo ocultándome... La Sombra ya debe de saber dónde estoy. Lo mejor para todos será que me vaya en cuanto pueda.

—No te preocupes por esa Sombra —afirmó Bernabé, a quien Eduardo ya había hecho un rápido resumen de la situación—. Si te encuentra a ti, también nos hallará a nosotros. Y somos más de lo que ese demonio puede manejar...

Paula miró a Bernabé, sorprendida por la arrogancia de sus palabras.

—Ese demonio nos mató a mí y a mi familia... —dijo el fantasma—. Destruyó la casa en la que me escondía y mató a todos los que habitaban en ella. No creo que sea alguien a quien se deba menospreciar.

—Y no lo estoy haciendo... —apuntó Bernabé, adoptando un tono de voz conciliador—. Conozco el poder de los demonios menores y sé de lo que son capaces. Y también conozco mis propias fuerzas, niña...

—No soy una niña —respondió Paula. Cada vez se sentía más cansada—. Morí hace mucho, mucho tiempo. Tanto que no recuerdo haber estado viva... —se le cerraban los ojos.

—No creo que debamos considerar a esa Sombra un demonio menor... —comentó Eduardo—. Sería más acertado decir que es un demonio incompleto. Si recupera el cráneo volverá a ser tan poderoso como lo fue en el pasado. Y por lo que sé en sus tiempos fue temible...

—No quiero que os pase nada malo por mi culpa —susurró el fantasma. La luz de la Telaraña que la envolvía entonaba una canción de cuna que sólo ella podía oír.

—No te preocupes por eso y descansa —le dijo Diana—. Estás molida después de todo lo que te ha pasado. Lo mejor será que te dejemos sola y nos vayamos abajo, ¿vale?

Pero Paula ya se había quedado dormida.

Panorámica desde el pueblo al bosque

El pequeño pueblo que se extendía a las faldas de la Colina Negra entró en la madrugada, que convertía como por arte de magia el sábado en domingo. Sólo una calle del pueblo estaba viva en aquel momento; era una avenida plagada de bares que abrían hasta las dos de la mañana. Los jóvenes y los no tan jóvenes del pueblo se reunían allí, dejando pasar el tiempo entre música, charla y alguna que otra copa. Pero aquella noche nadie se lo estaba pasando demasiado bien, una pesada sensación de agobio pendía sobre la zona de marcha, y algo más que el intenso frío hacía apresurar el paso de los que andaban por las calles. En más de una ocasión, alguien se giró de repente, sobresaltado, porque por un segundo había visto algo que no debería estar allí.

El resto del pueblo era un remanso de paz y tranquilidad, pero una paz nerviosa, una tranquilidad a punto de quebrarse. Había muy pocas ventanas con las luces encendidas y las farolas apenas alumbraban; como si la oscuridad de la noche fuera más impenetrable que nunca. Sus esferas de luz temblaban suspendidas de sus delgados tallos de metal como fuegos fatuos en un pantano sombrío.

Adela, la dueña del herbolario, despertó bruscamente tras una pesadilla vivida y terrible. Miró a su alrededor, jadeando. Era incapaz de recordar qué había soñado, pero estaba segura de que tenía relación con la casa de la colina. Retiró las sábanas y bajó de la cama. Una tila la tranquilizaría, decidió. Salió de su cuarto ciñéndose el cinto de la bata y atravesó el pasillo despacio, todavía agitada por aquel súbito despertar. Llegó a la cocina y puso a calentar un vaso de agua en el microondas. Mientras aguardaba el minuto y medio de rigor, echó un vistazo por la ventana.

Al principio creyó que lo que veía al otro lado de la calle era un perro rebuscando en los cubos de basura. Luego se dio cuenta de su error. No era un perro. Era un lobo, un lobo negro de metro y medio de alzada que avanzaba de sombra en sombra, con sus ojos rojos alumbrando la noche como faros. Adela se llevó una mano a la boca para ahogar un grito de asombro. El lobo se detuvo en una esquina, bajo una farola fundida. Un águila de plumas pardas y blancas bajó planeando y tomó tierra junto a él. El lobo desnudó sus colmillos y soltó un gruñido, alzando su cabeza ante el águila que respondió con una reverencia.

El *plink* del temporizador del microondas le hizo dar un brinco, pero ni el lobo ni el águila se dieron cuenta de que alguien los espiaba. Adela observó, perpleja, cómo aquellos animales mantenían una larga conversación a base de gruñidos y graznidos. Luego el águila, tras otra reverencia, remontó el vuelo y el lobo siguió su camino, llevándose el destello de sus ojos rojo sangre con él.

Adela se quedó inmóvil junto a la ventana durante unos minutos, tratando inútilmente de encontrar algún sentido a lo que acababa de presenciar. Luego, temblorosa, abrió el microondas, cogió el vaso, tiró el agua ya tibia por la fregadera y se sirvió una copa de vino dulce. Iba a necesitar algo más fuerte que una tila para tranquilizarse.

La carretera que pasaba junto al herbolario recorría el lado oeste del pueblo para luego girar hacia la izquierda y unirse a la carretera principal. Al otro lado del punto en que las dos carreteras se unían, comenzaba el suave ascenso hacia la cima de la Colina Negra. Junto a la falda de la colina se levantaba una casa de dos plantas, con un amplio jardín y una piscina en forma de herradura. Las luces interiores indicaban que había vida activa en el salón. Cristina, en pijama y medio recostada en el sofá, comía palomitas mientras veía una película de los hermanos Marx.

De vez en cuando miraba hacia la ventana, como si quisiera cerciorarse de que la colina aún seguía allí. Habían pasado cinco horas, pero no podía dejar de pensar en ello: al poco de anoecer un temblor había sacudido la casa y la colina. Sólo había sido un instante, pero Cristina tuvo que apoyarse en la pared para no caer. Volvió a mirar por la ventana. Los matorrales y los árboles se apretaban como bien podían en la ladera. Suspiró. Se metió una palomita en la boca y siguió con la película, pensando que muy probablemente todo había sido una ilusión o un mareo repentino. Para cuando Groucho Marx pedía «¡Más madera!», ya había olvidado por completo el asunto.

La Colina Negra se alzaba en la noche como un inmenso barco varado. En los pedregales de su lado más abrupto y en los bosquecillos de sus suaves lomas había más agitación de lo habitual. Sombras oscuras y rápidas saltaban de roca en roca. Seres extraños trepaban a los árboles y se ocultaban en sus copas. El tronco de un árbol se abrió de repente, como si se tratara de la puerta de un ascensor, y un hombre sucio y delgado vestido con un raído gabán negro salió de su interior, dejando a su paso volutas de humo verde.

La casa de la Colina Negra estuvo hablando con sus viejos amigos durante toda la noche. El barco fantasma le pidió que extremara las precauciones ya que la colina se había convertido en un foco de atracción para todos los seres sobrenaturales de la Telaraña. Había quien venía con la simple intención de echar un vistazo al Mestizo y saciar su curiosidad, pero otros no traían buenas intenciones. El árbol gigante estuvo de acuerdo con el barco y añadió que sabía de muy buenas fuentes que los Arcontes

ya habían enviado una primera avanzadilla a la Colina Negra.

En el interior de la casa Eduardo comentó que ya iba siendo hora de que todos se fueran a la cama. El día había sido largo y necesitaban descansar.

—¿Te quedarás aquí? —le preguntó Diana a Bernabé—. Hay una habitación de invitados en alguna parte. Sólo tenemos que encontrarla.

—No, gracias. Seguiré en mi inmundo cuchitril. Pero no os preocupéis, dejaré abierto el portal que une mi apartamento con la casa. Será como si me quedara... Os vais a cansar de verme, os lo aseguro.

—Yo no creo que pueda dormir después de todo lo que ha pasado... —dijo Víctor.

—Pues tienes que hacerlo —dijo su madre—. Mañana será otro día largo y tendrás que estar descansado... ¿Y no tenías que estudiar?

—¿Estudiar? —preguntaron Víctor y Bernabé a la vez, perplejos.

—¡No pensarás que el niño va a ir al colegio con todo lo que está pasando! —exclamó Bernabé, con el entrecejo fruncido—. ¡No debería salir de la casa!

—No vamos a convertirnos en prisioneros en nuestro propio hogar. El miedo no debe detenernos. Ya idearemos algo para que Víctor esté a salvo fuera. Y no quiero oír ni una palabra más al respecto... ¿de acuerdo?

Nadie dijo nada, pero los dos hermanos cruzaron una mirada de preocupación.

Víctor cerró la puerta de su habitación y se tumbó en la cama, sin desvestirse siquiera. Habían ocurrido tantas cosas en las últimas horas que tenía la sensación de no ser la misma persona que se había levantado de la cama por la mañana. Nunca en la vida se había sentido tan inquieto. Y no podía dejar de preguntarse por qué sus padres no le habían contado todo antes. ¿No querían asustarlo? ¿Pretendían protegerlo? No era capaz de entenderlo. Luego estaba su tío... Aún no sabía qué pensar de él. Le intimidaba su energía y le incomodaba saber que estaba enamorado de su madre... Y la Magia Muerta... ¿Era tan terrible? ¿Debía tener miedo? Eran tantas y tantas las preguntas que le asaltaban... ¿Había hecho bien en romper la barrera? Sí, sin duda. Paula estaba viva, y eso lo compensaba todo, pero aun así...

Miró hacia el techo de su cuarto. Había un montón de nubes bajo el cielo raso moviéndose perezosamente hacia la izquierda y luego a la derecha. Su movimiento era tan hipnótico que Víctor cayó en un profundo sueño en menos de un minuto.

Más allá de la piscina, donde el tiburón continuaba su incansable ronda, se extendía el bosque de la Colina Negra. El viento agitaba las ramas a su paso, susurrando en el silencio sólo quebrado, muy de cuando en cuando, por la charla esporádica de las aves nocturnas. Todo estaba en calma. Hasta que en un claro del bosque un rectángulo de brillante luz apareció de la nada. Parecía una lámina de papel suspendida en el aire. De pronto vibró, tembló y estalló en pedazos. Dejó una oscura oquedad en mitad del bosque. A través de ella surgieron dos figuras. Sus pasos

sobre la hojarasca no producían el menor sonido. Un búho de mirada desorbitada echó a volar nada más verlas.

La cosa informó olisqueó el aire con sus diferentes y múltiples olfatos y señaló, aunque estaban demasiado lejos para verla, hacia la casa de la Colina Negra.

—Allí... —susurró el pequeño monstruo.

Su compañero alado entrecerró los ojos mirando en la dirección señalada.

Un baile en la noche

Eduardo despertó bruscamente, angustiado por un mal sueño. La madrugada profunda llenaba de oscuridad la habitación. Tras las ventanas algo ululó largo rato. La sensación de angustia con la que había despertado se acrecentó al ver que Diana no estaba a su lado. El colchón apenas guardaba su calor, debía de hacer mucho tiempo que se había levantado. Eduardo salió de la cama, cogió su bata marrón del respaldo de la silla y, tras echársela encima, abandonó el cuarto.

La casa estaba en el silencio más total. Bajó las escaleras despacio, con sumo cuidado. Los escalones de madera crujían bajo sus pies descalzos. Sintió una presencia a su espalda y se giró en el acto, con la mano derecha cerrándose en torno al vacío, tratando de nuevo en vano de invocar el arma de familia. Suspiró aliviado al ver al fantasma errante, inmóvil en el último tramo de las escaleras, brillando suavemente en la oscuridad.

—Los caminos se han vuelto a abrir... —dijo el espectro, con el tono de voz del que da una noticia sumamente importante.

—Lo sé, amigo... —no quería entretenerse allí, hablando con un espíritu. Trataba de encontrar el modo de despedirse sin resultar violento ni desagradable, cuando el fantasma dijo:

—Ella salió de la casa. Está fuera, en el porche.

—Gracias... —respondió Eduardo.

Pero antes de que pudiera dirigirse hacia allí, el errante volvió a hablar.

—Señor... Me gustaría decirle algo antes de que se vaya.

—¿Sí?

—Ellos ya vienen. Ya vienen.

—¿Quiénes? —preguntó, sintiendo el frío puño del miedo en la boca del estómago.

—Ellos... —contestó el errante, taciturno. Luego desapareció. Eduardo se quedó un segundo contemplando el lugar que había ocupado el fantasma. Sacudió la cabeza, bajó las escaleras y salió de la casa.

Diana, como le había dicho el espíritu, estaba en el porche. Con un fino camisón por todo abrigo, contemplaba la noche con expresión ausente. No parecía molestarle

el frío, tan intenso que a Eduardo le castañetearon los dientes nada más salir. Chasqueó los dedos, dijo dos palabras y al instante la temperatura del porche subió varios grados. Su mujer se volvió hacia él, sonriendo.

—Magia —dijo, señalándolo con un dedo—. Has hecho magia.

—Ha pasado tanto tiempo que ya ni recordaba cómo se hacía. Bernabé tiene razón, estoy oxidado —luego miró en la misma dirección que Diana. El verdor de la colina estaba oculto por las sombras—. ¿Qué haces aquí fuera?

—Quería ver la noche... —se encogió de hombros—. Me entró nostalgia de Idilia. No sé por qué... tal vez haya sido el volver a la Telaraña y sentir de nuevo toda esa magia... No podía dejar de pensar en mi casa.

Pasando un brazo sobre su cuello y el otro en torno a su cintura, Eduardo la trajo hacia sí.

—Estás en casa... —le corrigió él.

Ella asintió con fuerza.

—Lo sé... —Lo miró sonriente aunque la tristeza seguía presente en sus ojos, y comenzó a balancearse suavemente de izquierda a derecha, pasando todo el peso de su cuerpo de un pie a otro—. ¿Sabes? Hace mucho que no bailamos.

—¿Bailar? Jamás he hecho tal cosa. Sólo me limito a resbalar con cierta gracia —afirmó. Le dio la vuelta y la tomó por la cintura. Diana pasó un brazo sobre su hombro mientras buscaba su mano con la suya y soltó una carcajada—. ¿Me permite usted este baile?

—Desde luego.

Y bailaron y bailaron en el silencio de la noche de noviembre, sin preocuparse del mañana, sin preocuparse de nada que no fuera el próximo giro y la siguiente pirueta. Durante largo rato el tiempo se detuvo en el porche de la Colina Negra, y el baile lo fue todo. Durante largo rato lo único que se escuchó en la casa fue su risa y el sonido de sus pasos sobre la madera.

La cosa acecha

Un amanecer gris y apático sorprendió a la cosa informe saltando entre los árboles del bosque. Se subió a una roca semioculta por las raíces de un árbol y espió entre ellas. La casa era un lugar poderoso. Podía sentir su energía fluyendo por todo el lugar. Gruñó, intranquila. Era poderosa, desde luego. Mucho. No tenía nada que ver con la casa que habían destruido hacía una semana.

—¿Qué lugar es este? —se preguntó en voz alta. No podía comprender que un lugar de tanto poder hubiera estado fuera de la Telaraña.

—Un lugar temible, muchacho... —se contestó con otra de sus cabezas—. Y siempre mandan al mismo idiota a inspeccionar el terreno...

—Pues sí... La vida de sirviente del mal puede llegar a ser muy dura... —comentó, saltando de la roca y buscando el refugio de un seto en el borde del terreno de la casa.

—Cuidado con el tiburón... —se aconsejó a sí misma con otra de sus cabezas.

—Bueno... —se dijo, tratando de infundirse ánimos—. Si consigue hincarme un diente morirá rápido. Por muy mágico que sea no podrá resistir el veneno de mi sangre.

—¡Qué gran consuelo!

Escudriñó tras el seto hasta que estuvo segura de que no había nadie por los alrededores. Estaba el tiburón, por supuesto, pero dudaba que fuera a salir de la piscina para perseguirla. Echó a correr en zigzag hasta llegar a un gran macetero colocado junto a la esquina de la casa. Trepó por él, se encaramó al borde y dando un grito cayó dentro. Había esperado que contuviera tierra pero estaba completamente vacío. Aguardó en silencio, despatarrada en el fondo de la maceta. Luego se asomó con cuidado y saltó a la pared, aferrándose con sus garras y tentáculos.

Trepó por los ladrillos rojos hasta alcanzar la primera ventana. Alargó un tentáculo rematado con un ojo lechoso para escrutar tras el cristal. Daba a un amplio salón. No había nadie a la vista y se arriesgó a subir al alféizar. Era un ventanal de dos hojas y estaba ligeramente entreabierto. La cosa celebró su buena suerte con un bailoteo que a punto estuvo de hacerle resbalar del alféizar y caer de nuevo a la maceta. Exploraría la casa y... ¿quién sabe? Tal vez pudiera hacer un destrozo

considerable antes de marcharse. Una especie de aviso de lo que iba a ocurrir en breve.

Sus bocas sonrieron. Si la suerte seguía favoreciéndole, hasta podría probar la sangre de los habitantes de la casa.

Empujó suavemente una de las hojas de la ventana y dio un paso adelante. Nada más posar la primera de sus garras al otro lado de la ventana algo estalló ante ella. La cosa informe salió despedida hacia atrás, dando volteretas en el aire y chillando de dolor.

Cayó al jardín, se revolvió hasta ponerse de pie y se fue corriendo hacia el bosque, gritando y dejando una estela de humo a su espalda.

Eduardo salió al cabo de un rato, con el mentón lleno de espuma de afeitar y la brocha en una mano. Miró a su alrededor, se encogió de hombros y volvió dentro.

El poder de la Telaraña

—Siente el poder, Eduardo. Es imposible que lo hayas olvidado... —dijo Bernabé. Las faldas de su camisa gris aleteaban en el aire, al mismo compás de sus manos extendidas a la altura de la cintura. Víctor pensó que parecía un vaquero a punto de desfundar—. Siéntelo... La Telaraña está de nuevo aquí. Y puedes alcanzar su poder con sólo desearlo.

—Lo siento, sí. Pero es como si mi mente hubiera olvidado cómo llegar a él...

Estaban en el jardín de la casa. Uno frente al otro, subrayando todavía más la imagen de duelistas en la mente del muchacho. Víctor se hallaba sentado en el borde de la piscina con las piernas cruzadas. A su espalda se oía el ruido del tiburón rasgando el agua. Un sol brillante se alzaba en el cielo claro.

—¡No puedes haberlo olvidado! ¡Es como andar en bicicleta, nunca se olvida!

—¡No sé montar en bici! ¿Vale? No hacía más que caerme una y otra vez...

Bernabé gruñó por lo bajo.

—Cierra los ojos. Siente la Telaraña fluyendo a tu alrededor... Es un río ¡No! Es un mar que nos rodea... La esencia de la magia en la que todos estamos sumergidos.

—¡No me tomes por idiota! ¡Todo eso ya lo sé!

—Entonces haz lo que te digo... ¡Cierra los ojos y escucha! —ordenó, mirando a Víctor por encima del hombro de Eduardo.

Víctor comprendió que la lección sobre la Telaraña también era para él. Cerró los ojos. Cuando lo hizo, su tío continuó hablando:

—Y ahora concéntrate... Ve hacia la Telaraña... ¡Búscala! ¡Está ahí y está deseando encontrarte! ¡Deja que llegue hasta ti!

Víctor respiró profundamente. Todo su cuerpo se relajó y entró, casi de repente, en un estado de total tranquilidad. Las palabras de su tío le llegaban lejanas, como si tuviera algodones en los oídos. Se concentró, tratando de encontrar la Telaraña. No le costó trabajo hacerlo; Bernabé tenía razón: estaba por todas partes. Era una corriente suave y constante que lo rodeaba y lo mecía. Escuchaba el suave rumor de aquella energía mágica y sentía que con sólo abrir la mano se haría con ella. La sentía fluir entre sus dedos, como agua tibia. Y supo, sin entender muy bien cómo, que podía moldearla a su antojo. Que aquella fuerza se retorcería a su voluntad. Sólo tenía que

encontrar el modo de hacerlo.

—Siente la Telaraña. Sírvete de ella —decía Bernabé desde muy, muy lejos—. Alarga la mano y reclama lo que es tuyo.

Pero se le escurría, no encontraba la forma de usarla. En su fuero interno sabía que era capaz, pero algo en su mente le impedía hacerlo. Siguió intentándolo una y otra vez, hasta que notó que la energía se esfumaba por completo. La Telaraña se le había escapado.

Abrió los ojos en el mismo momento en que su padre conseguía invocar al fin el arma de familia. Víctor vio aparecer primero la hoja, formándose en el aire sobre la mano de su padre. Luego una riada de llamas la rodeó. Era impresionante.

—¡Te tengo! —gritó Eduardo, exultante.

—Bien... —susurró Bernabé, y se lanzó hacia él, descargando un potente golpe con su propia espada que Eduardo detuvo a duras penas—. ¡Y ahora, defiéndete!

—¡Podías avisar, desgraciado!

Víctor contempló boquiabierto cómo su padre detenía todas las embestidas de Bernabé. Durante varios minutos se batieron en duelo en el jardín. Bernabé empujaba con fuerza y, aunque su padre no retrocedía, no lograba cambiar las tornas. Bernabé atacaba y él se defendía. Llegó un momento en que ambos acabaron rostro contra rostro, jadeantes, las espadas cruzadas en lo alto entre los dos.

—No puedes defenderte siempre, hermano... Alguna vez has de pasar al ataque si quieres ganar algún combate... —afirmó Bernabé.

—Tú los ganarás por mí.

—No siempre podré hacerlo...

Los dos retrocedieron un paso e hicieron desaparecer sus espadas. Desde la esquina que llevaba al porche de la casa les llegó una salva de aplausos.

—¡Majestuoso! —exclamó Diana—. ¡No pararéis hasta que un día os hagáis daño! ¿Verdad?

—¿Estás enfadada porque no te hemos invitado a jugar? —le preguntó Bernabé—. ¿El hada guerrera se siente discriminada?

Diana le sacó la lengua.

—¡Sabéis muy bien que no tengo ni para empezar con vosotros! ¡Ni siquiera me despeinaría!

—Menos bravatas, hadita... —dijo Bernabé. La espada en llamas volvió a aparecer en su mano derecha y se colocó en posición de defensa—. ¡Demuéstranos lo que sabes hacer!

—Vosotros lo habéis querido... —respondió, y se acercó hacia ellos mientras se remangaba la blusa y se frotaba las manos.

—No creo que haya sido una buena idea... —le susurró Eduardo a su hermano. Bernabé iba a replicarle, pero justo en ese momento Diana saltó sobre ellos.

Víctor sacudió la cabeza, incapaz de creer lo que estaba viendo.

«¿Qué clase de gente es esta?»

Paula abrió los ojos en el desván. Desde que habían regresado a la Telaraña había caído una y otra vez en un sopor plácido del que despertaba cada vez más descansada. Aún no había pasado un día desde que Víctor había roto la barrera, pero Paula ya se sentía mucho mejor. No estaba restablecida del todo, por supuesto, pero estaba en camino.

—Hola... —saludó al ratón del jersey rojo que había estado correteando a su lado, desesperado por llamar su atención. Paula cerró los ojos y utilizó sus poderes para que una racha de aire tibio acariciara su pelaje. El animal dio un brinco y miró a su alrededor, sorprendido.

Se disponía a acariciarlo de nuevo cuando el sonido de lucha que le llegó del exterior la paralizó. «Me han encontrado o los han encontrado a ellos...», pensó aterrada. Pero luego escuchó risas y suspiró de alivio. Se levantó del suelo hasta quedar flotando a medio metro del techo inclinado del desván y se deslizó en el aire, muy despacio, todavía insegura. Asomó la cabeza por la fachada de la casa.

Lo primero que pensó fue que Bernabé y Diana estaban interpretando un complejo número de baile en el jardín; sus movimientos tenían la elegancia de una pieza de ballet, pero representada a una velocidad dos o tres veces superior a lo normal. Bernabé blandía una espada en llamas, sesgando una y otra vez el aire con tanta naturalidad como si el arma fuera una extremidad más de su cuerpo. La coreografía de aquella danza parecía estar hecha de saltos, esquivas y, sobre todo, juegos de luces. Diana dejaba estelas luminosas a su paso, ya fuera girando sobre sí misma para evitar un ataque o saltando como si las leyes de la gravedad no tuvieran nada que ver con ella. Destellos esmeralda, fulgores de plata y oro acompañaban cada uno de sus movimientos. Bernabé bailaba a su alrededor, menos etéreo pero rotundo y temible. Empuñaba su espada en la mano derecha mientras que la izquierda se movía de manera frenética, tejiendo figuras irregulares que luego, a modo de granadas, lanzaba al hada.

Eduardo estaba un poco más alejado, con el brazo extendido y la palma de la mano vuelta hacia Diana, cambiando siempre de posición debido a los constantes saltos y piruetas de su mujer. Enarbolaba una media esfera de radiante energía que

usaba a modo de escudo para detener los dardos que de cuando en cuando le arrojaba Diana. Se veía claramente que Eduardo no podía competir con ellos; no tenía, ni por asomo, la gracia y la agilidad de los otros dos y se mantenía al margen, en actitud defensiva. De vez en cuando amagaba el inicio de un ataque, pero Diana lo hacía retroceder con una lluvia de dardos esmeralda antes de volver a centrarse en su otro oponente.

Víctor permanecía sentado en el bordillo de la piscina y, por la expresión de su rostro, estaba tan perplejo como Paula.

«¿Qué clase de gente es esta?», se preguntó el espíritu, asomado en la fachada como una gárgola tallada en aire. Ahora los veía bajo una nueva perspectiva. Veía la magia que bullía en sus cuerpos como si esta hubiera estado dormida hasta que ellos se habían decidido a despertarla. Paula no había contemplado magia igual en toda su existencia. «Si te encuentra a ti, también nos encontrará a nosotros. Y somos más de lo que ese demonio puede manejar...», había dicho Bernabé. Y ella había creído que esas palabras eran fruto de la arrogancia, pero ahora, contemplando el imponente caudal de magia desatado en el jardín, comprendió que se había equivocado al juzgar al hermano de Eduardo. Tal vez tuviera poco tacto, pero no había rastro alguno de jactancia en sus palabras. La familia de Víctor era poderosa. Paula jamás creyó que existieran seres humanos con semejante control de la magia.

—¡Ahora! —gritó Eduardo, apartándola de sus pensamientos.

Los dos hermanos atacaron a la par, uno por cada flanco. Diana se revolvió y saltó sobre ellos, pero Eduardo la acompañó en su salto, estorbándola con su cuerpo y evitando así que se diera a la fuga. Bernabé atrapó el tobillo izquierdo del hada y la arrojó al suelo. Saltó sobre ella dispuesto a asestar el golpe final. Los dedos de Diana escupieron una lluvia de dardos luminosos sobre sus atacantes, pero el escudo de Eduardo, que avanzaba junto a su hermano, los protegió a ambos. El hada saltó hacia la izquierda en el mismo momento en que la espada descendía hacia ella, hundiéndose en el suelo del jardín. Un dardo verde atravesó la barrera de Eduardo y se detuvo justo entre sus cejas.

—¡Muerto! —rió Diana mientras barría con su pierna el suelo, zancadilleando a Bernabé.

El hombre se derrumbó con un gruñido. Justo cuando iba a chocar contra el suelo, se apoyó en él con la palma de la mano izquierda y se impulsó hacia arriba. La mujer se había levantado a medias y no pudo esquivar la patada que le lanzó su cuñado. La encajó con un bufido y se agarró con ambas manos a la pantorrilla de Bernabé, agachando a continuación la cabeza para evitar la espada en llamas que pasó a un centímetro de su cabello. Luego lo empujó con fuerza mientras se dejaba caer, bombardeándolo con sus dardos. Bernabé consiguió interceptar la mayoría con la espada, pero no le quedó más remedio que retroceder a ciegas. Tropezó en el pequeño

reborde que rodeaba la piscina y perdió el equilibrio.

—¡No! ¡No! ¡No! —gritaba Víctor, tratando de incorporarse para apartarse del camino de su tío. Antes de que pudiera hacerlo Bernabé chocó con él y los dos cayeron a la piscina en medio de una tremenda explosión de agua que salpicó las baldosas y el jardín. El tiburón se escurrió con agilidad hacia el otro extremo y los miró indiferente mientras se revolvían entre burbujas y torbellinos de agua.

Víctor fue el primero en salir. Se tumbó en el jardín jadeando. Bernabé salió después, sacudió su melena mojada y escupió un chorrito de agua hacia arriba, como si fuera una fuente.

—Te lo dije... Bravatas, no eran nada más que bravatas —dijo casi sin resuello.

Había una docena de dardos verdes rodeándolo, apuntando amenazadores hacia distintos puntos vitales de su organismo.

—¿Pero qué dices? ¡Os he dado una paliza!

—Esa no era la cuestión, campanilla. Sabíamos que lo ibas a hacer —Bernabé señaló hacia el pelo alborotado del hada—. Pero te has despeinado...

La corte de la Sombra

La Sombra lanzó tal gruñido que hizo estremecerse a todas las criaturas que deambulaban por el Palacio. De nuevo, como la semana antes, tenía a Paula a su alcance. De nuevo saboreaba la posibilidad de recuperar lo que el maldito Dédalo le había robado hacía tanto, tanto tiempo. Esta vez no habría errores. El cráneo volvería a ser suyo, costara lo que costara; recuperaría su poder perdido y dejaría de ser una sombra de lo que un día fue. Era el momento de estar tranquilo, pero la inquietud le consumía. No podía evitarlo. Había algo extraño en esa Colina Negra, algo que no llegaba a comprender. En las últimas horas varias presencias habían llegado al lugar, a ese lugar que un día antes no formaba parte de la Telaraña y que ahora parecía ser su centro. Y entre ellas había alguna poderosa, tanto como las que ya estaban allá cuando Paula había aparecido de improvviso. Estaba ocurriendo algo en esa colina y él quería averiguar de qué se trataba. Por eso, hacía apenas unos minutos, había convocado a doce de sus sirvientes y los había despachado por toda la Telaraña con una orden bien clara: averiguar qué estaba pasando allí.

Ahora sólo tenía que esperar, ser paciente como siempre lo había sido. Debía tranquilizarse y aguardar a que...

El primero de sus sicarios entró tan precipitadamente en la sala que faltó poco para que cayera al suelo. La Sombra se levantó del trono, sorprendida por el rápido retorno de su súbdito. Este se arrodilló ante su señor, jadeando. Era una criatura pequeña, de color oscuro, con el cuerpo recubierto de escamas puntiagudas.

—Noticias, noticias, traigo no...

Y antes de que pudiera hablar otro de los que se acababa de marchar regresó a la carrera, aullando como un poseso. Y un tercero irrumpió en la sala, igual de frenético que los primeros. Y así hasta que los doce regresaron, hablando en tropel, atropellándose unos a otros en sus ansias de contarle lo que habían averiguado:

—¡Todos hablan de lo mismo, señor! ¡Ha vuelto! ¡El Mestizo! ¡Arcontes! ¡Demonios! ¡En la Colina Negra! ¡Magia Muerta!

—El Mestizo... —susurró el demonio cuando logró entender lo que aquellas criaturas alborotadas le decían—. El Mestizo ha vuelto. Y ha traído a Paula con él, qué considerado por su parte... —Se acarició la barbilla, pensativo. Aquello introducía

una nueva variable en el juego, algo completamente inesperado. La Sombra conocía los estragos que era capaz de causar la Magia Muerta, aunque nunca había tenido la posibilidad de servirse de ella para sus propósitos. Primero porque durante siglos había ignorado cuál era el ingrediente secreto del que aquella magia extraía su poder y después, cuando el misterio se desveló, porque los Arcontes promulgaron aquella estúpida ley que impedía las uniones entre hadas y humanos. Pero ahora la presencia de ese mestizo abría un nuevo abanico de posibilidades.

Uno de sus sirvientes, una criatura hecha de llamas, dio un paso hacia adelante. El resto de engendros se hicieron a un lado tratando de esquivar el intenso calor que despedía.

—Piense, señor, en todo lo que podría conseguir... —musitó—. Qué magnífico golpe sería recuperar el cráneo y hacerse a la vez con el Mestizo. Estando completo y con la Magia Muerta como aliada, nada podrá detenerle...

—Es una lástima que sólo sea uno... —gruñó la Sombra—. Y un niño, apenas tendrá sangre en las venas... Lo gastaré en seguida.

—Oh. Pero el amo tiene una paciencia infinita, ¿no es así? Podemos desangrarlo despacio, poco a poco... El muchacho nos puede durar mucho tiempo si somos cuidadosos...

La Sombra reflexionó sentada en su trono. En otros tiempos había sido un demonio temido, alguien cuyo nombre se pronunciaba con reverencia y temor. Y ahora no era más que el señor de un palacio en ruinas, el general de un ejército harapiento... Pero eso cambiaría cuando, de nuevo, tuviera el cráneo en su poder y su esencia vital, durante tanto tiempo dividida, volviera a ser una. Recuperaría entonces el lugar que por destino y poder le correspondía.

¿Pero por qué detenerse ahí? ¿Por qué limitarse a restaurar el poder perdido cuando con la Magia Muerta no era necesario poner límite a sus ambiciones?

¿Por qué conformarse con ser de nuevo el que un día fue, cuando con la sangre de aquel niño podía poner de rodillas a la creación entera?

Lecciones

Bernabé comenzaba a perder la paciencia.

Sopló en la punta del avioncito de papel, apuntó con cuidado a la frente de Víctor, que estaba sentado al otro lado de la pequeña mesa de cristal, y lo lanzó con fuerza. Víctor musitó la corta letanía que su tío le había enseñado y que debería desviarlo, pero el objeto siguió su trayectoria. Cerró los ojos justo cuando la punta de papel le golpeaba sobre la ceja izquierda. El avioncito cayó al suelo, reuniéndose con casi dos docenas más desperdigadas por la sala.

—¡Me vas a sacar un ojo! —se quejó el muchacho.

—¡Es increíble! ¡Es el hechizo de defensa más sencillo que existe! ¡No puedo creer que seas incapaz de hacerlo!

Víctor levantó las manos, mostrándole las palmas.

—¡Lo siento! ¡Lo siento! ¡Soy un inútil! ¡Pido disculpas!

—No te halagues, mocoso, ni siquiera llegas a inútil. Te queda mucho para alcanzar ese nivel... —Bernabé gruñó. Era imposible que el hijo de un hada y un mago fuera incapaz de realizar aquel sencillo hechizo. Imposible del todo—. No lo entiendo, no lo entiendo... La magia debería correr a raudales por tus venas. Está en tu sangre...

—Estará aguada —bufó Víctor.

Bernabé frunció el ceño. Víctor era el Mestizo que todos buscaban. ¿Sería posible que el poder de Diana y el de su hermano se hubieran contrarrestado el uno al otro? ¿Habría nacido el muchacho sin gota de magia en su cuerpo? Tal vez la importancia de su sangre residía precisamente en eso: en ser completamente neutra.

«No», se dijo, «eso no puede ser cierto. La magia debe estar dormida y un simple avioncito de papel no es suficiente amenaza para despertarla».

—Hagamos un último intento... —dijo mientras se agachaba para alcanzar el avión más próximo. Víctor resopló. Bernabé enderezó la punta doblada lo mejor que pudo y apuntó con sumo cuidado a la frente del muchacho—. ¿Preparado?

—Qué remedio...

Bernabé lanzó el avión en el mismo instante en que sus labios recitaban dos únicas palabras. El proyectil se convirtió en una bola de llamas nada más salir de su

mano. La sorpresa de Víctor fue tan mayúscula que olvidó por completo las palabras que su tío le había hecho aprender. Justo en el instante en que Bernabé iba a desviar el objeto llameante, notó cómo se le adelantaba una fuerza descomunal. El avión en llamas salió despedido hacia la pared izquierda a tal velocidad y con tal fuerza que la atravesó, dejando un agujero oscuro que ardía por los bordes.

Bernabé y Víctor contemplaron el agujero en la pared, boquiabiertos.

—¿Has sido tú o la casa? —preguntó Bernabé, después de aclararse la garganta y carraspear dos veces para poder pronunciar palabra.

—Yo... no... —fulminó a su tío con la mirada—. ¡Has tratado de asesinarme! ¡Estás como una cabra!

—No corrías ningún peligro... —susurró Bernabé, con la vista fija aún en la pared, alucinado. El agujero comenzaba a cerrarse poco a poco—. ¿Ha sido la casa o has sido tú? —insistió.

—No lo sé...

Bernabé miró a su alrededor, indeciso; luego se levantó de la silla y se dirigió a la puerta de la sala.

—Espérame aquí... En un minuto vuelvo.

Tardó cinco minutos en regresar y en el trayecto de la puerta a la silla, Víctor le lanzó cuatro aviones de papel que su tío desvió sin ninguna dificultad. Uno de los aviones se convirtió en un barco y otro en una paloma enana. Bernabé se sentó con un gruñido y colocó sobre la mesa una caja ovalada del tamaño de un *discman*, repleta de extraños arabescos y runas. En su parte superior, que era plana, había cuatro filas de botones negros.

—¿Qué es eso? —preguntó el muchacho, inclinándose sobre la mesa para verlo mejor.

—Un detector de magia. Emite un ligero pitido cuando la capta, y por su tono y duración podemos medir la intensidad... —pulsó uno de los botones, sonó un chasquido y tres pequeñas llamitas verde azuladas flotaron sobre la parte plana de la caja—. La acabo de activar. ¿Ves las tres llamas? Son las tres fuentes mágicas que está captando ahora mismo... Dos ya las tiene archivadas en su memoria porque las ha visto antes. Somos la casa y yo... —toqueteó de nuevo los botones y dos de las llamitas fluctuaron y desaparecieron—. Vamos a hacer que las ignore, sólo nos interesa una fuente mágica y esa fuente —apuntó a la única llamita que flotaba ahora sobre la mesa—... proviene de ti... —sonrió—. Ahora vamos a medir su intensidad... —y pulsó un nuevo botón.

Un estruendo revelador

Diana aparcó la bicicleta junto a la furgoneta. Llevaba un sombrero de paja trenzada a pesar de que el sol no tenía fuerza para deslumbrar a nadie. Eduardo la esperaba junto a los setos del jardín, con las manos en los bolsillos traseros de su pantalón vaquero.

—¿Has llegado hasta el pueblo?

Ella asintió.

—Me lo he recorrido de punta a punta. Dos veces. No he visto nada raro, pero he captado varios hechizos activos y un par de presencias mágicas. En el bosque hay alguna más, pero tampoco demasiadas... Imagino que muchos estarán esperando a ver cómo se desarrollan los acontecimientos...

—Y otros tratarán de provocarlos —gruñó Eduardo—. ¿De verdad crees que tenemos que dejar que Víctor haga su vida normal? ¿No será muy arriesgado?

Echaron a andar juntos hacia el porche de la casa. Ella se encogió de hombros.

—Creo que si algo malo estuviera por pasar, lo presentiría... Y no percibo nada. Puede que la vuelta a la Telaraña haya enturbiado mis sentidos... No lo sé. No estoy segura... Pero lo que tengo claro es que no podemos quedarnos encerrados en la casa.

—Bernabé me dijo anoche que tenía algo que nos podría servir de ayuda si seguías empeñada en lo que él llama «Operación Vida Normal».

—Sigo empeñada en eso.

—También me dijo que deberíamos marcharnos de la colina.

—Y le contestaste que no, por supuesto.

—Por supuesto.

La puerta de la casa se abrió ante ellos. Nada más poner el pie en la entrada se detuvieron, sorprendidos por el intenso silbido que llegaba desde la planta de arriba. Era un ruido desproporcionado, como si un tren gigantesco estuviera haciendo sonar mil silbatos a la vez. Diana se tapó los oídos, incapaz de escuchar ni sus propios pensamientos. El pitido crecía y crecía. Todas las ventanas temblaban, y si no se habían hecho pedazos ya era por la magia de la casa. De pronto, el silbido se convirtió en un grotesco sonido burbujeante y se hizo el silencio. Diana y Eduardo se quedaron inmóviles, jadeando y tratando de recuperarse.

El hada se llevó una mano al oído. Un fino hilillo de sangre resbalaba por su

mentón. Sacudió la cabeza, mareada. Le preguntó algo a Eduardo, pero este fue incapaz de oírla. En su cerebro el pitido se repetía una y otra vez. Subieron la escalera todo lo deprisa que pudieron. No tuvieron que buscar mucho para encontrar el lugar de donde procedía aquel estruendo. Una puerta se abrió en cuanto llegaron al final de la escalera y de ella salió una paloma minúscula, que volaba de un lado a otro aterrada.

En el interior de la sala llovía. El techo estaba lleno de nubes negras convocadas por la casa. Bernabé y Víctor, completamente empapados, miraban boquiabiertos el amasijo ruinoso que una vez había sido una mesa de cristal. En el centro de aquel caos había un objeto que estaba tan fundido que resultaba imposible identificarlo.

—El chico tiene magia... —les informó Bernabé, pálido, y se dio un fuerte golpe con la palma de la mano en el oído, como si quisiera desatascarlo.

«Gracias por acogerme»

Paula despertó de nuevo y supo que estaba totalmente repuesta. Ya no notaba el hormigueo del poder de la Telaraña curándola. Miró a su alrededor, dispuesta a compartir la buena nueva con su séquito de ratones, pero no encontró ni rastro de ellos. Los había puesto en fuga el pitido del detector de magia, que Paula no había escuchado al encontrarse inmersa en su profundo sueño.

Arrugó el ceño y salió de la esquina. El desván brillaba tenuemente y ella lo contempló, pensativa. No sabía a ciencia cierta cuánto tiempo había pasado allí. Sus recuerdos de los últimos días eran fragmentarios, distorsionados primero por el dolor y luego por los sueños en los que la había estado sumiendo la Telaraña mientras la curaba.

—Gracias... —dijo, a nada ni a nadie en concreto, pero sabiendo que sería escuchada—. Gracias por acogerme.

Un montón de lamparitas, dispersas por todo el desván, se encendieron a la vez. Fue como si una horda de luciérnagas se hubiera colado de repente en la casa. Una rosa apareció de la nada y cayó a los pies del espíritu, girando despacio, con las hojas llenas de rocío brillante. Paula sonrió y se dejó caer a través de la flor y el suelo del desván para aparecer en el pasillo de la planta superior de la casa.

Miró a izquierda y derecha, flotando a medio metro del suelo cubierto por una alfombra de color azul claro. Se encontraba en un pasillo bastante largo; uno de sus extremos llevaba a las escaleras mientras que el otro terminaba en una catarata de agua clara que hacía las veces de pared. En el techo corrían varias lámparas de araña. Dieciséis mesitas vigilaban por parejas las ocho puertas del pasillo. Paula flotó hacia la escalera, pensando que tal vez debería dar una voz para hacer saber a la familia que estaba de exploración. Justo cuando se había decidido a hacerlo, la silueta alta y delgada de un hombre se dibujó en el aire. Llevaba una levita gastada y un monóculo que agrandaba el tamaño de su ojo. Parecía perdido.

—Perdona, niña... —le dijo con un hilo de voz.

—¿Sí? —le preguntó Paula, recelosa. No era el primer fantasma con el que se topaba, por supuesto y, como en todos los encuentros anteriores, decidió ser cauta. Había muchos tipos de fantasmas y algunos eran malignos. Dudaba que los que

habitaban la casa lo fueran, pero toda precaución era poca.

—¿Cómo te llamas? —la pupila aumentada por el monóculo se clavó en ella con tanta intensidad que la muchacha se echó hacia atrás.

—Paula...

—No, no eres quien busco... —contestó entristecido y sacudiendo la cabeza—. Creo que ya me han dado todos los nombres del mundo menos el suyo —dijo mientras se desvanecía. Por un segundo su silueta permaneció dibujada en el aire.

—Lleva años esperando... —explicó la voz de Víctor a su espalda—. O siglos... Cuando mis abuelos llegaron a esta casa, él ya estaba aquí.

Paula se giró y se encontró con el muchacho y su tío que salían de una de las habitaciones. Por algún *motivo* que Paula *no* llegó a entender, todas las mesitas que estaban cerca habían echado a correr y se habían detenido al fondo del pasillo, junto a la catarata. Y a todas les temblaban las patas.

—Es un fantasma condenado... —afirmó Paula, aproximándose y sonriendo a los recién llegados—. Hasta que no encuentre lo que busca o lo que busca lo encuentre a él, estará ligado a la casa. No será libre. Debió de hacer algo bastante malo cuando estaba vivo o puede que lo asesinaran con Magia Negra...

—Vaya... Tenemos una erudita flotante en nuestras filas —dijo Bernabé—. Una erudita flotante *con mucho mejor* aspecto del que tenía anoche.

—Me encuentro mucho mejor. La Telaraña me ha curado por completo...

Víctor pensó que decir que Paula tenía mucho mejor aspecto era quedarse corto: la fantasma estaba radiante. Su cuerpo seguía siendo pálido, por supuesto, pero era la típica palidez de los espíritus que en el caso de Paula tenía un matiz marfileño transparente. Su pelo negro flotaba alrededor de su cabeza, agitándose como si contara con vida propia.

La puerta de la habitación se *volvió* a abrir y aparecieron Eduardo y Diana. Él llevaba una bolsa de basura de la que asomaba la pata retorcida de una mesa.

—Bueno... Hemos arreglado un poco el destrozo. La casa no ha movido un dedo para ayudarnos...

—Está enfadada contigo —le dijo Diana a su cuñado.

Bernabé suspiró y miró hacia las seis mesitas que lo vigilaban desde el fondo del pasillo.

El talismán de repulsa

A media tarde, Bernabé, Víctor y Paula se acercaron al cristal que ocupaba ahora la pared del pasillo de la planta baja. Este se desvaneció al instante dejando en su lugar un hueco oscuro que no parecía llevar a ninguna parte. Aun así lo atravesaron y fue como pasar a través de una fina película de agua. Víctor sintió un suave cosquilleo en todo su cuerpo. Tras un instante de oscuridad, se encontraron bajo los fluorescentes de un apartamento repleto de trastos.

—Bienvenidos a mi humilde morada... —anunció Bernabé, abriendo los brazos como si quisiera abarcar toda la sala en la que se encontraban—. No es gran cosa, pero a mí me basta y me sobra.

El apartamento de Bernabé era un caos. Los más diferentes objetos se apilaban unos sobre otros, formando columnas que llegaban hasta el techo. Había un estrecho pasillo entre ellas que se dividía en tres senderos; uno llevaba a un pequeño cuarto de baño, el segundo hasta la puerta del apartamento y el tercero acababa en una cama deshecha.

Paula abrió los ojos, impresionada por la cantidad de objetos mágicos que se apilaban en aquel lugar. Fue directa a un viejo caballito de tiovivo que estaba apoyado en una esquina. El animal estaba esculpido en cristal y sus ojos de diamante malva giraron para ver quién se aproximaba. Una nubecilla de Magia Amarga surgió de su hocico.

—Parece un almacén... —comentó Víctor, pasando su mano por la empuñadura de un bastón de hierro metido en un paragüero.

—Sí, en el fondo es lo que es... Un gran almacén donde he ido juntando todos los cachivaches que he encontrado a lo largo de mi vida.

Víctor se detuvo junto a una pila de libros tan alta como él. Todos eran ejemplares del mismo volumen, titulado *La locura y la espada perdida*. Alguno estaba más castigado por el paso del tiempo que los otros, pero todos eran idénticos.

Bernabé observó la mirada extrañada de su sobrino y sonrió.

—Sí. Tengo cuarenta ejemplares de un mismo libro y todavía me faltan sesenta por localizar... Tan sólo se imprimieron cien copias y, si mis fuentes son correctas, cuando me haga con todas estaré en posición de desvelar uno de los misterios mejor

guardados de toda la Telaraña: ¿dónde fue a parar la espada del rey Matabestias, tras la batalla de las Mil Horas?

—Erais buscadores de tesoros, ¿verdad? —preguntó Paula.

—Sí —contestó—. Los mejores. No había nadie que pudiera compararse a nosotros... Ni Orgaz y sus muchachos nos hacían sombra —se agachó y rebuscó entre un montón de cajas de madera. Una se abrió sin querer y una musiquilla pegadiza salió de su interior—. ¡No la escuchéis! —gritó Bernabé mientras la cerraba con fuerza. La tonada, a pesar de que la caja estuviera ya cerrada, flotó en el aire durante unos segundos. Víctor se tapó los oídos, más porque notaba que esa musiquilla intentaba penetrar en su cerebro que por el aviso de su tío—. Mucho trasto. Alguno peligroso, sí. Pero otros bastante útiles... —abrió otra caja y extrajo el colgante más horripilante que Víctor había visto en su vida—. Como este talismán de repulsa...

—No me extraña que lo llamen así. Es lo más feo que he visto nunca... —terció Paula, haciendo una mueca.

El talismán era un cristal amarillo en forma de punta de lanza de unos ocho centímetros de largo; estaba tan cuarteado y agrietado que Víctor no entendía cómo podía mantenerse entero. Colgaban de él un sinfín de diminutos garfios, cada uno de los cuales tenía una pequeña pluma descolorida enganchada en su extremo. El collar del talismán estaba formado por una serie de pequeñas conchas negras de aspecto afilado.

—No, muy bonito no es... —admitió Víctor.

—Pues tendrás que acostumbrarte. Es para ti... —dijo su tío tendiéndoselo.

—No sé qué decir... —Víctor torció el gesto—. ¿Gracias?

—Deberías dárme las, sí... Ya que tu madre se ha empeñado en que sigas con tu rutina, haremos todo lo que podamos para protegerte. Esto lo hará. Nada que quiera dañarte podrá acercarse a ti.

—¡Nadie querrá acercarse a mí si llevo esto puesto! ¡Es horrible!

—Y es todo tuyo, compañero. Puedes llevarlo debajo del jersey o de la camisa... Te pincharás con las aristas y los garfios, pero nadie lo verá... Nunca, ¿me oyes?, nunca salgas de la casa sin él.

Víctor asintió y tomó el talismán. Nada más hacerlo se dio cuenta de algo que antes no había percibido.

—Huele fatal... —dijo, arrugando la nariz.

—Es grasa de unicornio... —contestó Bernabé—. Y ahora que tenemos lo que vinimos a buscar, nos volvemos a casa. Tu madre murmuraba no sé qué de deberes y libros que no has tocado en todo el fin de semana... —suspiró, como si todo aquello le pareciera absurdo.

—A veces le dan ataques y trata de comportarse como una madre normal y

corriente. No hay que hacerle caso. Se le suelen pasar pronto... —explicó Víctor sin apartar la vista del curioso amuleto que tenía entre sus manos.

«¿Grasa de unicornio?», se preguntó.

El árbol

Víctor abrió los ojos cuando notó las primeras cosquillas en su rostro. El ratón del jersey rojo estaba caminando sobre su mejilla. Cuando llegaba al pómulo, perdió pie y cayó. Soltó un bufido y se encaramó de nuevo al pelo del muchacho. Desde allí miró directamente a su único ojo entreabierto, enseñándole los dientes. No era exactamente una sonrisa, desde luego, pero Víctor pensó que el bicho se estaba divirtiendo.

—¿Esta es tu venganza, verdad? ¿Ahora serás tú quien me despierte? —se giró para incorporarse y el ratón cayó blandamente sobre la cama, boca arriba. Se enderezó con una ágil contorsión y huyó mientras el muchacho se sentaba y se frotaba los ojos, adormilado. Miró alrededor, sorprendido por la claridad que invadía su cuarto. A las siete de la mañana solía haber mucha menos luz y, además, su naturaleza parecía diferente, como si no proviniera del mismo sol de siempre. ¿Otro de los cambios después de haber vuelto a la Telaraña?

—Buenos días... —canturreó una voz sobre su cabeza. Miró hacia arriba y vio a Paula, mirándolo con una sonrisa en los labios. Lo extraño de la perspectiva le confundió, hasta que se dio cuenta de que la chica estaba bocabajo, y que había atravesado el techo a medias.

—¡Eh! ¿No sabes llamar antes de entrar? —protestó él. Se dejó caer de nuevo sobre la cama para poder mirarla sin forzar el cuello.

—Soy un fantasma... ¿recuerdas? Somos entes caprichosos que vamos y venimos a nuestro antojo... ¡No llamamos a las puertas! ¡Nos presentamos sin más!

—Si alguna vez te me apareces cuando esté en el cuarto de baño, verás lo que es bueno... —le advirtió, y no del todo en broma.

—¿Y qué me harás? —preguntó, risueña. Atravesó el techo por completo y revoloteó alrededor de la lámpara—. Además, recuerda que cuento con aliados poderosos en el plano mortal...

—¿Un ratón es un aliado poderoso? —el cambio de humor de Paula era refrescante. Víctor echó un vistazo al despertador—. ¡Y tu aliado me ha despertado una hora antes de lo debido!

El espíritu tenía las manos a la espalda y parecía observar algo sumamente

interesante en una esquina del techo. Silbaba. Víctor agarró la almohada y se la lanzó con fuerza,

—¡Y tú le has dicho que lo haga! —gritó.

Paula ni siquiera trató de esquivar la almohada, simplemente dejó que la atravesara.

—Sí. Lo confieso. Soy culpable... Quería que vieras algo... —planeó hasta quedar a su altura y Víctor pudo ver que las roturas en su cuerpo habían desaparecido por completo—. Sube la persiana, anda...

Él la miró sin comprender, pero bajó de la cama, pasó por alto la risilla del fantasma cuando esta vio su pijama verde acolchado, y subió la persiana. Retrocedió un paso, con la luz dorada del exterior proyectando su sombra inmensa contra la pared.

No era noviembre tras la ventana. Y allí fuera no se encontraba el bosque que le era tan familiar. En su lugar había un valle de hierba amarillenta que se extendía hasta donde abarcaba la vista. Un único árbol crecía en aquel paraje. Era un árbol increíble. Medía más de trescientos metros y su tronco de madera oscura, recorrido por un sinfín de vetas verticales, era tan grueso que podía haber contenido un rascacielos en su interior. Cientos de flores se asomaban entre las nubes de suave verdor que formaban las grandes hojas, como caras de duendes que atisbaran desde allí.

Víctor abrió la ventana, se asomó y se encontró contemplando el bosque y la piscina con su tiburón. Retrocedió un paso, cerró la ventana y en cuanto una hoja se posó junto a la otra, el árbol gigante y el valle regresaron.

—Creo que es un antiguo amigo de la casa... —le comentó Paula.

—Vaya... —Víctor dirigió la vista de nuevo hacia fuera. El buen humor con que se había despertado se estaba disipando por momentos—. Mis padres la separaron de la Telaraña... Creo que nunca pensaron lo que eso significaba para ella —miró a Paula y suspiró—. La aislaron de todos sus amigos. De todo aquello que hubiera en la Telaraña y que significara algo para ella. La dejaron sola...

Encuentros en el pueblo

Víctor llegó hasta el pueblo en su bicicleta. Se había negado, a pesar de las unánimes protestas de todos, a que lo llevaran en la furgoneta. Si lo que su madre quería era que llevase una vida normal, trataría de hacerlo hasta sus últimas consecuencias. De vez en cuando las estrías y anzuelitos del talismán de repulsa se le clavaban a través de la camiseta, pero pensaba soportar esa tortura estoicamente; un pinchazo eventual era mejor que llevar aquel espanto a la vista. Soltó un suspiro mientras entraba en el pueblo. En su imaginación creía dejar una estela de colonia. Casi se había vaciado medio bote encima en su intento de tapar el nauseabundo olor del talismán.

No sabía por qué, pero en el ambiente se respiraba cierta tristeza. Tal vez fuera por el día gris. El cielo estaba cubierto de nubes negras, amenazando lluvia. Bajó la primera cuesta del pueblo, pasando entre las hileras de casas, la mayoría ya con las persianas subidas, envueltas en el frenesí del inicio de semana. El incómodo talismán golpeaba una y otra vez contra su pecho. Giró a la izquierda para tomar la avenida principal, la que llevaba hasta el paseo y la estación.

Había un hombre en la esquina, parado en la acera junto a un semáforo. Era alto, vestido con un pantalón azul oscuro y una fina camisa también azul que aleteaba al viento. No parecía la ropa más adecuada para aquella desapacible mañana. No sólo eso, tanto el pantalón como la camisa parecían de otros tiempos, antigüedades fuera de época. Su pelo, tan azul como sus extraños ropajes, estaba peinado hacia atrás, mostrando una amplia frente despejada. El desconocido no dejaba de mirarlo. Sus labios eran tan azules como su pelo y sus ropas.

Tragó saliva y aceleró. Al pasar junto al hombre azul fue consciente de que sus ojos se mantenían fijos en él. De nuevo notó el peso del talismán contra su pecho, pero esta vez no le pareció tan molesto.

«Estarás siempre en peligro». Eso era lo que había dicho su tío Bernabé. En las sombras de un portal creyó ver una mirada llameante, atenta a su paso, pero resultó ser el reflejo de un coche con los faros encendidos. «A partir de ahora y hasta el día en que mueras». Un cuervo negro como un tizón sobrevolaba el cielo sobre su cabeza. Cuando giró para enfilarse por el paseo y la estación, el cuervo hizo lo mismo. Sospechó que no había sido casualidad.

«Nunca conocerás la paz».

Víctor candó la bicicleta en uno de los árboles, echando rápidos vistazos a su espalda. Cuando se colgaba la mochila al hombro y ponía rumbo a la estación, una sombra se precipitó sobre él. Contuvo un grito y se dio la vuelta. La mochila cayó al suelo. Se llevó una mano al talismán, pero el que le había salido al paso le agarró con fuerza de la muñeca.

Un rostro anguloso, de ojos pequeños, gran nariz y una boca semioculta entre los mechones de una barba descuidada, lo observaba con apasionada curiosidad. Era un hombre delgado, envuelto en un gabán negro. Estaba inclinado sobre Víctor, retorciéndole aún la muñeca. Víctor dio un fuerte tirón tratando de liberarse, pero el hombre ni se inmutó. Su mano parecía de hierro.

—¡Es el niño! ¡El niño! ¿Lo ves? ¿Puedes verlo? —preguntó, enloquecido.

—Lo veo, sí... —contestó una segunda voz que parecía surgir del interior del gabán—. Y también veo que lo estás asustando y llamando la atención de todo el mundo... ¡Suéltalo, animal!

La mano lo liberó y Víctor trastabilló hacia atrás. El hombre lo aferró por el cuello de la cazadora para evitar que cayera al suelo y lo atrajo hacia delante hasta que el muchacho recuperó el equilibrio. Luego le sacudió los hombros con las palmas de las manos, como si estuviera tratando de limpiarle de polvo.

—Lo siento... no quería asustarte. Yo... bueno. Yo sólo... —su voz flaqueó un momento.

—Sólo queríamos conocerte, muchacho... Nada más... —dijo la segunda voz, y esta vez Víctor tuvo la extraña certeza de que era el abrigo del hombre el que le estaba hablando.

—¡Víctor! ¿Ocurre algo? —Fernando se acercaba a buen paso desde la estación, con el ceño fruncido. Había dejado su mochila junto al corrillo de amigos que observaban intrigados a la extraña pareja formada por Víctor y el vagabundo. Algo en su actitud dejaba bien claro que estaban dispuestos a intervenir si era necesario.

El hombre del gabán parlante miró al joven que se acercaba, musitó algo que Víctor no pudo entender y se marchó deprisa, sin apartar la vista de Fernando. Este se detuvo junto a Víctor, siguiendo con la mirada al vagabundo que se alejaba.

—¿Quién era ese? ¿Te estaba molestando?

—Sólo quería saber si tenía alguna moneda suelta... —mintió—. Pero me ha asustado, te lo aseguro.

—No sé qué les ha dado a todos, macho. Pero desde el sábado parece que todos los tipos raros del mundo han venido a parar aquí...

Un escalofrío recorrió la espalda de Víctor. Agarró su mochila, se la echó al hombro y junto a Fernando atravesó la carretera, camino a la estación. Miró hacia atrás. El vagabundo lo observaba al otro lado del paseo. Alzó una mano y la agitó en el

aire, como si estuviera diciéndole adiós. O el talismán que le había dado su tío fallaba o aquel hombre no pretendía hacerle daño. Apretó el paso. El ruido del tren que se aproximaba vibraba en la taciturna mañana de noviembre.

«Nunca conocerás la paz».

Miró en todas direcciones al llegar al andén, como un pájaro nervioso. Había cuatro grandes cuervos posados en el borde de una mampara publicitaria, mirándolo ceñudos. Muchos observaban aquellos pájaros, extrañados por su presencia. Un muchacho de pelo pajizo se acercó y trató de espantarlos, pero las aves lo ignoraron hasta que estuvo peligrosamente cerca. Entonces, la mayor de las cuatro abrió las alas y le lanzó un graznido de advertencia. El joven se retiró ante las risas de sus amigos. Víctor no rio. Un hombre de grandes espaldas y cabello rubio, vestido con unos vaqueros oscuros y una parka negra, hacía como que leía el periódico mientras lo vigilaba desde uno de los bancos del andén.

Alguien le golpeó en el hombro y a punto estuvo de gritar antes de darse cuenta de que se trataba de Cristina. Su perfume a coco flotaba en el aire frío como una fresca caricia y a Víctor le dio la impresión de que habían pasado siglos desde la última vez que lo olió. La joven le sonreía, y aunque arrugó la nariz ante la saturación de colonia de Víctor no hizo ningún comentario al respecto.

—Vaya, tienes mucho mejor aspecto que la última vez que te vi. ¿Se te pasó el virus?

—En cierto modo estoy curado, sí... —dijo él, tratando de componer una sonrisa aceptable.

—¿Y qué tal el fin de semana? ¿Tranquilo en casa?

«Volvimos a la Telaraña para salvar a Paula, un fantasma herido, y ahora todo el mundo mágico quiere mi sangre. Mientras tanto otro demonio, un antiguo mito griego, va tras Paula porque ella sabe donde está su cabeza... También conocí a mi tío Bernabé, un buscatesoros enamorado de mi madre... Hay un dragón en el salón y... Bueno, no me gusta reconocerlo pero... creo que empiezo a tener miedo, mucho miedo», pensó.

El hombre que lo observaba al otro lado del andén tenía los ojos rasgados, como los de un gato.

—Muy tranquilo... —respondió Víctor. Apenas le tembló la voz.

Mal augurio

El ratón del jersey rojo flotaba mansamente en el aire. No aparentaba estar nada nervioso, al contrario parecía disfrutar con la experiencia. Rotaba en el aire despacio girando la cabeza de un lado a otro. Sólo cuando vio que se dirigía hacia las fauces del dragón, emitió un chillido y comenzó a patalear en el aire. Paula desvió su trayectoria y lo hizo flotar hacia Diana. El hada, sentada en la mecedora, lo atrapó en el aire. El ratón se acomodó en sus manos, asomando el hocico rosado entre sus dedos.

—Puedo mover cosas más pesadas que un ratón, por supuesto... —les explicó Paula—. Mi tope está en unos cinco kilos.

—No es mucho —comentó Eduardo—. Con un poco de trabajo creo que podríamos mejorarlo... —Estaba sentado en el sofá junto a su hermano. De vez en cuando desviaba su atención hacia la ventana de la sala. Víctor debía estar a punto de regresar—. Nos hemos topado con fantasmas impresionantes... Seguro que no has olvidado a Kurt Aster, ¿verdad, Bernabé?

—Tengo el hermano más gracioso del mundo —replicó el aludido—. Mi buen amigo Kurt Aster... Hoy sin ir más lejos he estado pensando en él...

—¿Y eso? —preguntó Diana, dejando al ratón sobre la mesa—. ¿Remordimientos?

—No exactamente... He pensado que nos puede venir muy bien tenerlo de nuestro lado. Sí... Sé que no me tiene mucho cariño por eso de que su muerte, digamos, que fue... por culpa mía... Sin ir más lejos, la última vez que me vio me rompió cuatro costillas... —se frotó el cuello con una mano—. Pero odia a los demonios del Inframundo mucho más de lo que me odia a mí... Y nunca se ha llevado demasiado bien con los Arcontes. Podemos ganárnoslo para nuestra causa. Y eso sí que es un fantasma, querida niña... Estaba como una regadera cuando vivía y la muerte lo terminó de estropear... Hay pocos espectros más poderosos que él en la Telaraña.

—Yo también he estado pensando en gente que nos pudiera ayudar... —dijo Eduardo—. ¿Qué fue de Lucas?

—Le he perdido la pista totalmente. Lo último que supe de él es que había abandonado la Telaraña y se había unido a una feria ambulante.

—¿Y Valdemar?

—Muerto. No sé dónde ni cómo.

—Vaya... Nos debía un par de favores.

—Sí. Fue muy desconsiderado por su parte morir sin avisar, pero esas cosas pasan...

—¿Y quién nos queda entonces?

—Tal vez Deborah... O tal vez...

En ese momento Diana gritó. Fue un grito de terror e impotencia que los estremeció a todos. Hasta las sombras temblaron. El hada se levantó y trató de ir hacia la puerta, pero las rodillas le fallaron y cayó al suelo. Eduardo y Bernabé ya se aproximaban a ella cuando chilló de nuevo. Esta vez lograron entender lo que decía:

—¡Víctor!

Los ojos de Eduardo se abrieron de par en par. Se arrodilló junto a su mujer, con la garganta seca y su corazón bombeando puro pánico a sus venas. Algo terrible estaba a punto de ocurrirle a su hijo.

O había ocurrido ya.

Diana volvió a gritar, desesperada. Hasta el último pájaro del bosque de la Colina Negra huyó espantado.

La carrera

—¡Victoria! ¡La multitud se pone en pie para corear el nombre de la vencedora!

Cristina alzó los brazos y, desde el sillín, dedicó una reverencia a la multitud invisible que, según ella, había estado contemplando la carrera. Víctor traspasó la línea de meta una eternidad después de que Cristina la hubiera cruzado. Nunca le había sacado tanta ventaja.

Cristina detuvo la bicicleta después de un derrape y apoyó un pie en tierra, mirándolo burlona.

—Estás acabado, muchacho... Estás pagando el precio de una larga vida de vicios y excesos... Te llegó la hora del retiro.

—¡Esto es un empate a tres! —se quejó él, reclinándose sobre la bicicleta para recuperar el aliento.

Describirlo como una mala carrera era quedarse corto. Desde el principio todo había ido mal. No estaba concentrado cuando Cristina dio la salida, pensando que tal vez estaba siendo un irresponsable al aceptar el reto de la joven y no irse directo a casa. Sabía que en el fondo no había nada malo en ello, el paseo que usaban en sus competiciones recorría el lado oeste del pueblo y era una senda de tierra de un kilómetro y medio de largo que llegaba hasta la falda de la colina. Era sólo un poco más largo que el camino normal, pero eso quedaba compensado con la velocidad a la que lo recorría. Además desde que había bajado del tren no había visto rastro alguno de aquellos extraños y siniestros personajes que lo habían estado vigilando durante la mañana.

Andaba tan perdido en sus pensamientos, que a Cristina le resultó fácil sacarle una buena ventaja en los primeros metros. Ventaja que el muchacho no sólo no logró recuperar sino que fue en aumento. Era difícil centrarse cuando el talismán no hacía más que saltar y brincar bajo el jersey, arañándole con saña el pecho. Lo que durante toda la mañana había sido una molestia tolerable se convirtió, durante la carrera, en una tortura. Cuando hizo un esfuerzo final para alcanzar a Cristina, el talismán le golpeó con tanta fuerza que uno de los garfios que lo adornaban le desgarró la piel. Se tragó un grito y a punto estuvo de parar la carrera. Al final logró terminarla como bien pudo, dolorido y jadeante.

—Empatados, sí... Pero ahora tengo todas las de ganar. Mírate con la lengua fuera... Das un poco de pena.

—¡Cuando quieras y donde quieras te demostraré toda la pena que puedo dar!

—¡Ja! ¿Me pides revancha? —Cristina se echó a reír y rompió a pedalear. Salió del paseo y enfiló hacia el estrecho arcén de la carretera que llevaba al cruce de la colina. Cuando estuvo a cierta distancia se giró para gritarle—: ¡Si ni siquiera puedes alcanzarme ahora!

Víctor pensó en ir en su persecución, pero la idea de que el talismán comenzara a saltar otra vez le hizo recapacitar. Se frotó el pecho por debajo del colgante y frunció el labio inferior al sentir la piel irritada y dolorida. «Bien», decidió, «definitivamente odio a mi tío».

Se acomodó sobre el sillín y, muy despacio, puso rumbo a la Colina Negra.

No había avanzado cien metros cuando vio a Cristina.

Estaba parada en el cruce y aunque el semáforo estaba en verde, Cristina no pasaba. Permanecía sobre su bicicleta, mirando hacia delante, más allá de la carretera polvorienta. Estaba esperándolo, comprendió Víctor. El «cuando quieras y donde quieras» había llegado antes de lo que esperaba. Echó un rápido vistazo a su alrededor. No había nadie en las cercanías y pensó que no correría riesgo alguno si se quitaba aquel incordio un momento.

Se retiró el talismán de repulsa y lo guardó en un bolsillo lateral de su mochila. Llegó hasta Cristina justo cuando el semáforo pasaba al rojo y los coches se ponían en marcha. La muchacha no lo miró, pero cambió su postura sobre el sillín, como si se estuviera preparando para salir a toda velocidad. Víctor se colocó en paralelo a ella.

Durante tres minutos ni hablaron ni se miraron, aguardando en silencio mientras los coches pasaban ante ellos.

—Hasta el gran roble... —dijo Cristina de repente, entrecerrando los ojos.

—De acuerdo... —asintió él—. El que llegue primero será el más raro de los dos. Sin discusión.

La joven asintió. Tenía el ceño fruncido, la mirada perdida en el camino y una sonrisa asomando en la comisura de los labios.

—El campeón de los extravagantes... —añadió—. Allá donde vaya será mirado de arriba abajo.

—Todos lo señalarán con el dedo...

—¡CORRE! —aulló Cristina. El semáforo se había puesto en verde. Los dos muchachos se levantaron en sus bicicletas y salieron disparados.

Víctor pedaleó con fuerza, sin sentarse apenas en el sillín. El viento le daba en la cara y le revolvía el cabello. La mochila le golpeaba en un costado. Sonreía. Sentía la vibración de la bicicleta bajo su cuerpo y el zumbido del mundo pasando veloz a su alrededor. Frenó para tomar la primera curva del camino y luego aceleró otra vez.

Una bandada de pájaros salió volando de entre los árboles de la vereda derecha, asustados por el trajín de los dos muchachos.

Llegó al principio de la cuesta sacándole unos metros a Cristina, no era una gran ventaja teniendo en cuenta que aquel tramo era el que mejor se le daba; y además tenía la sensación de que la chica estaba reservando fuerzas. Cambió de plato y pedaleó con más ímpetu, con los dientes apretados. No le hizo falta mirar atrás para darse cuenta de que Cristina comenzaba a recortar distancia. La chica subía mucho mejor que él.

Víctor redobló su esfuerzo, jadeando. A mitad del ascenso había un pequeño repecho, luego unos últimos metros de subida y la meta: el gran roble. Si llegaba al repecho en primer lugar, ganaría la carrera, estaba seguro. A su derecha, el bosque trepaba por la falda de la colina. A su izquierda, un pequeño precipicio se dejaba caer hasta el valle. Era un descenso irregular: en algunos puntos parecía que la pared estaba cortada a pico y en otros, era una caída escalonada, repleta de arbustos y salientes rocosos. La cuesta era lo suficientemente ancha como para que el precipicio de la izquierda no representara ningún riesgo.

Tomó la curva que subía hasta el repecho todavía en cabeza, con Cristina pisándole los talones. En ese momento, en la casa, su madre comenzó a gritar.

Primero creyó que era otro pájaro que habían asustado con su carrera. Luego vio que estaba inmóvil en el aire y que lo que había tomado por alas extendidas no eran tales. Eran dos ojos que lo miraban desde el cielo. Dos ojos inmensos, grises. En el centro de cada uno de ellos había un iris llameante: una bruma de plata fría y maléfica. Bajo aquella horrible mirada se abrió una grieta negra, repleta de colmillos y oscuridad.

—Mestizo... —susurró aquello. Y una lengua rojiza comenzó a desenrollarse en su dirección. Había un ojo en la punta de la lengua, un ojo sin párpado inyectado en sangre.

Víctor perdió el control de la bicicleta, derrapó y fue a parar al suelo. La inercia del golpe le hizo rodar hacia el borde del precipicio. La bicicleta cayó al vacío. Víctor fue tras ella, gritando.

Consecuencias

—¡Víctor!

Por un momento creyó que era la voz de aquello que flotaba en el aire la que gritaba su nombre. Abrió los ojos, asustado. Trató de incorporarse, pero un fuerte dolor en sus piernas y en su espalda lo mantenía pegado al suelo. Miró a su alrededor. Estaba en un saliente rocoso, una piedra plana cubierta de musgo había detenido su caída. Tragó saliva y hasta la misma acción de tragar le causó dolor. Miró hacia arriba. Había rodado unos diez metros por una pendiente rocosa salpicada de helechos y piedras. Y por las diversas molestias que sentía, debía haberse golpeado con todas y cada una de las piedras y salientes que había encontrado en su camino.

Cristina venía a su encuentro, bajaba la ladera en dirección a él con demasiada rapidez.

—¡Víctor!

Él trató de gritarle que se detuviera, temeroso de que pudiera resbalar y caer también. Pero el dolor no sólo le impedía moverse, sino también hablar. Por el rabillo del ojo captó un movimiento a su izquierda. Era su libro de matemáticas; estaba abierto en el suelo y el viento hacía pasar las hojas. Su mochila se debía de haber abierto en la caída y ahora todos sus libros y apuntes estaban esparcidos por la ladera. Vio dos folios blancos volando muy alto. Los siguió con la mirada, aturdido. Por un segundo fue incapaz de recordar quién era o cómo había llegado hasta allí.

Cristina llegó por fin y se acuclilló a su lado. Estaba pálida y lloraba como nunca antes había visto llorar a nadie. ¿Tan mal aspecto tenía? Trató de incorporarse, pero de nuevo le resultó imposible. Su cuerpo no le obedecía.

—¡No te muevas!... —la joven se llevó una mano a la boca, conteniendo un gemido—. Quédate muy quieto, por favor... Voy... Voy a buscar ayuda... volveré en seguida... ¡No te muevas!

—Avisa a mis padres... —logró decir.

—¡No! Voy a bajar al pueblo... A llamar a una ambulancia. No te preocupes... Todo va a salir bien...

—No... Una ambulancia, no... Avisa a mis padres... por favor... A mis padres...

Ella se lo quedó mirando un segundo. Asintió y comenzó a ascender

trabajosamente. Una vez arriba se giró para gritarle algo, montó sobre su bicicleta y desapareció a toda velocidad.

Víctor no estaba seguro de si lo último que Cristina le había dicho era «No te muevas» o «No te mueras». Decidió que, por si acaso, seguiría tanto un consejo como el otro. Los dos, dadas las circunstancias, le parecían acertados.

Visitas

Víctor observó revolotear uno de los folios sobre su cabeza. Distinguió el trazo familiar de su letra, sus típicos renglones apenas separados unos de otros. Aquel trozo de papel pertenecía a un mundo lejano. Trató de imaginarse en su pupitre, escribiendo aquellas palabras que ahora se llevaba el viento, pero fue incapaz.

Hasta respirar era una tortura. Cerró los ojos. Tenía mucho frío. Pero era un frío extraño, que procedía de su interior y no de fuera. La oscuridad tras sus párpados cerrados no era negra, estaba teñida de relámpagos y lenguas de fuego. De pronto, por encima del fuerte zumbido que llenaba sus oídos, escuchó voces.

—¡Nuestro! ¡Nuestro! ¡Nuestro! —canturreaba alguien.

—¡Troceemos su carne! ¡Metamos su sangre en cubos! —continuó otro.

Víctor abrió los ojos.

Estaba rodeado de diminutas criaturas de forma humana. No medían más de diez centímetros de alto e iban completamente desnudas. Su piel era de un tono rojo brillante y unos cortos cuernos negros remataban sus cabezas calvas. Uno de los hombrecillos rojos se puso a bailar justo ante la mirada del muchacho herido. En su rostro casi triangular asomaba una mueca malvada.

—¡Nos bendecirá con su poder! —anunció, sin dejar de bailar.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! ¡El Mestizo es nuestro! ¡Nuestro! ¡Nuestro! —cantaban todos.

El diablillo se volvió hacia Víctor y sonrió.

—¿Duele morir? —le preguntó. Se echó a reír, pateando divertido el suelo. De repente se detuvo. La expresión burlona en su cara fue sustituida por el pánico. Miró hacia arriba, hacia un punto del barranco que Víctor no podía ver. La criatura dio un grito y desapareció corriendo. El resto de los diablillos lo imitaron a tal velocidad que fue como si se hubieran desvanecido en la nada.

Por un momento reinó el silencio. Luego Víctor escuchó pasos pesados acercándose hacia él. Trató por enésima vez de incorporarse y por enésima vez el dolor se lo impidió. Vislumbró una sombra enorme, una nube de tormenta que pasaba a ras de suelo. En lo alto graznó un águila.

—No has debido quitarte el talismán de repulsa... —gruñó algo. Una vaharada de aire caliente le golpeó el rostro. El olor denso y fuerte de un animal salvaje lo

envolvió.

* * *

Se hizo de noche. Y en la noche nacieron dos lunas llenas de color rojo sangre. Tardó unos instantes en darse cuenta de que algo inmenso lo miraba, ocultando la luz del sol. Un hocico húmedo se precipitó desde lo alto y olisqueó su rostro. Y la noche se convirtió en la cabeza de un enorme lobo. Y el lobo habló:

—Tal vez esto sería lo mejor, Mestizo. Tu muerte pondría fin al horrible error que significó tu nacimiento... —sus fauces se abrieron, dejando al descubierto dos hileras de colmillos. El aliento fétido de la criatura era insoportable. Cerró la boca con un potente chasquido, apenas a unos centímetros del rostro del muchacho. Sus enormes ojos rojos se clavaron en los marrones de Víctor—. Sólo un mordisco... —susurró el lobo—. Rápido y misericordioso. Nunca más sentirás dolor...

Víctor no podía dejar de mirar aquellos ojos. La hoja de apuntes seguía volando sobre la colina, irreal. El lobo desapareció de su campo de visión aunque el sonido de sus pasos le indicaba que estaba muy cerca.

—Pero no lo haré... —gruñó el animal desde su izquierda. Víctor escuchó el sonido de unos colmillos desgarrando tela—. Aunque puede que dentro de poco me ordenen que acabe contigo, ahora no lo haré... Soy un monstruo, no un asesino.

La faz del lobo volvió a aparecer sobre su cabeza. Llevaba el talismán de repulsa entre sus dientes. Uno de los garfios le había rasgado la piel, pero a él no parecía importarle. Dejó caer el amuleto sobre el pecho de Víctor.

—Quedan muy pocos talismanes como este. Son capaces hasta de retrasar la llegada de la muerte. No mucho tiempo, por supuesto; del abrazo de la gran dama nadie puede escapar. Pero te dará el tiempo suficiente para que lleguen hasta ti y te salven... Adiós, Mestizo. Reza para no volver a verme, porque la próxima vez lo que desgarraré con mis colmillos no será tu mochila.

El gran lobo desapareció aunque su olor acompañó a Víctor durante unos minutos más. El tiempo que tardó en quedarse inconsciente.

Cristina

Cristina pedaleaba con todas las fuerzas que le quedaban. A veces soltaba el manillar para limpiarse las lágrimas que corrían por su cara. No dejaba de atormentarse con la idea de que encontraría muerto a Víctor cuando regresara. Ni siquiera comprendía cómo estaba vivo aún. Había tanta sangre... tanta... Y aquello que vio al tomar la curva, justo cuando Víctor se despeñaba: aquella cosa oscura que flotaba en el vacío...

Se obligó a no pensar. Se convirtió en una simple máquina; en un cuerpo sin mente que sólo pedaleaba y pedaleaba, ajeno a los pinchazos que subían de sus muslos castigados por tanto esfuerzo, insensible a todo menos a la necesidad de avanzar.

Entró en una cuesta rodeada de sauces y, al tomar una curva, la casa de la Colina Negra apareció ante ella. Era la primera vez que estaba tan cerca de la casa pero ni siquiera le prestó atención. No pensó ni un segundo en todos los comentarios que había oído sobre aquel lugar. Tampoco miró la furgoneta aparcada junto a un lateral de la casa. Bajó a trompicones de la bici. Ya corría a la escalera cuando una voz la hizo girarse hacia el vehículo:

—¡Vamos, chica! ¡Llévanos hasta Víctor! ¡No tenemos tiempo que perder! —le gritaba el hombre al volante. Por un segundo creyó que se trataba del padre de Víctor, pero este estaba sentado en el asiento del copiloto, nervioso y asustado. Cristina comprendió que eran gemelos.

Echó a correr hacia allí.

—¡Víctor ha tenido un accidente!

—¡Sí, sí, sí! ¡Lo sabemos! ¡Sube atrás! —le gritó Eduardo.

En la casa de la Colina Negra

—Está vivo. Está vivo. Está vivo... —Diana no había dejado de repetir eso en el camino de ida. Al principio fue un deseo desesperado. Luego, de regreso ya, con su hijo roto en brazos, manchándose con su sangre, se convirtió en un loco alivio.

Cristina no pudo dejar de llorar en todo el trayecto. No entendía nada. No comprendía cómo se habían enterado del accidente antes de que ella llegara a la casa, ni la ciega obstinación con la que regresaban a ella cuando estaba claro que lo que Víctor necesitaba era un hospital. Bajaron del vehículo deprisa y con las mismas prisas entraron en la casa. Cristina se quedó un momento en la puerta, indecisa. Pero Eduardo le dijo que entrara y, casi sin pensar, los siguió dentro. Ni siquiera se dio cuenta de que la puerta se había abierto antes de que nadie llegara a ella.

Atravesaron una sala grande repleta de muebles que a Cristina, con la urgencia y los nervios, le parecieron borrosos. Eduardo abrió una puerta gris a la izquierda de la escalera y cruzaron el umbral. Cuando le llegó el turno a Cristina, la puerta se cerró ante sus narices. Se quedó sola en el pasillo.

Por primera vez fue consciente de dónde se encontraba. Estaba en la casa de la Colina Negra. Había escuchado mil y un rumores sobre aquel lugar y, ahora que se encontraba realmente allí, después de todo lo ocurrido, comenzaba a creérselos.

Miró a su alrededor, perpleja, nerviosa como nunca antes había estado en su vida. Respiró hondo y se secó con la manga de la cazadora el rastro de lágrimas que todavía quedaba en sus mejillas. Se mordió el labio inferior obligándose a pensar, a recuperar la calma. Necesitaba un teléfono. Tenía que llamar a sus padres para explicarles lo que había sucedido.

Sabía que había teléfono en la casa. Más de una vez había hablado con Víctor para pedirle apuntes o para contarle el último chisme. Miró de nuevo a su alrededor mientras continuaba respirando despacio, tratando en vano de tranquilizarse.

Entonces vio al ratón. Estaba al final del pasillo, observándola fijamente. Llevaba puesto un diminuto jersey rojo. Cristina se frotó los ojos, pero el ratón y su jersey permanecieron allí, sin dejar de mirarla, moviendo sus finos bigotes. Luego el animalito volvió grupas y se fue correteando en zigzag, como si hubiera recordado que tenía algo muy importante que hacer en otro lugar.

Cristina sacudió la cabeza y volvió a mirar hacia la puerta de la habitación donde habían entrado con Víctor. Pero la puerta había desaparecido. En su lugar había una pared de yeso blanco. Cristina dio un paso hacia atrás, incrédula, y chocó contra la otra pared del pasillo. La misma que antes había estado a casi dos metros de distancia.

Su desconcierto se convirtió en miedo. Golpeó el muro de yeso y se llenó la mano de polvo blanco. «Aquello no podía estar pasando», pensó. Las puertas no desaparecían y los pasillos no se estrechaban...

«Estás cansada...», se dijo y respiró hondo, tratando de dominarse. Cerró los párpados. «Cuando abras los ojos todo habrá vuelto a la normalidad. Sólo son nervios. Sólo nervios... Nada más...»

Contó hasta diez, abrió los ojos y a duras penas consiguió reprimir un grito. Los cambios de la casa no se habían detenido. Ahora eran tan numerosos que ya nada se parecía a como había sido unos segundos antes.

El pasillo era más largo y sombrío y, en vez de discurrir recto, se iba curvando hacia la izquierda, entrando en una zona de densas sombras. Las paredes eran ahora muros de roca húmeda. Parecía el pasillo de las mazmorras de un castillo. Tragó saliva y se repitió una y otra vez: «Esto no está pasando, esto no está pasando...».

De repente escuchó un gran estrépito a su derecha. Era el ruido del metal chocando contra la piedra.

—¿Hola? —preguntó, con voz temblorosa—. ¿Hay alguien ahí?

Una carcajada salvaje respondió desde las sombras. Se oyó de nuevo el ruido del metal contra la roca y una corta lluvia de chispas azules manchó la oscuridad profunda del pasillo. Entonces unos pasos, rotundos y secos, se acercaron hacia ella; los oía con la misma fuerza con la que escuchaba los latidos de su corazón, enloquecido en su pecho.

Entre las tinieblas vislumbró a un hombre enorme: llevaba una armadura de placas oxidadas y empuñaba con las dos manos un hacha gigantesca, tan herrumbrosa como la propia armadura. El gigante golpeó la pared con el hacha y una lluvia de chispas iluminó su grotesca sonrisa.

—Voy a matarte... —el tono de su voz era el de alguien largo tiempo muerto.

Cristina echó a correr.

El hombre de la armadura soltó otra carcajada y siguió avanzando por el pasillo.

Reconstrucción

Diana dejó a su hijo sobre la piedra rectangular que ocupaba el centro de la sala.

—No es demasiado tarde... —susurró, como si tratara de convencerse a sí misma de ello—. La casa... la casa lo salvará.

Eduardo y Bernabé contemplaron el cuerpo destrozado del muchacho en el más absoluto de los silencios. La sala, a excepción de aquel lecho de piedra, estaba completamente vacía. Toda la habitación se hallaba esculpida en roca gris. Hacía tanto frío que con cada una de las fases de su respiración surgía una nubecilla de vapor. Los tres temblaban, pero no por el frío. Sobre sus cabezas revoloteaba Paula, tan nerviosa como ellos.

Durante unos instantes no sucedió nada. Diana gimió y buscó con su mano la de su marido.

Una luz verdosa recorrió la base de la piedra donde yacía Víctor y comenzó a ascender. Eduardo abrazó a Diana. Todo el poder de la Colina Negra estaba allí, en ese lecho de roca, tratando de salvar al muchacho. Eduardo conocía el poder de la casa, confiaba en ella, pero incluso así rezó con todas sus fuerzas para que lograra traerle de vuelta a su hijo.

La luz verde rodeó por completo el cuerpo de Víctor. Una herida tembló y los dos bordes sangrantes se acercaron el uno al otro hasta unirse y desaparecer, dejando la carne intacta y limpia. La sangre de una rodilla retrocedió sobre la piel, buscó y encontró el camino de regreso a las venas de las que había escapado. El cuerpo de Víctor se agitó sobre la roca como si le hubieran golpeado desde dentro. Abrió los ojos y se incorporó hasta quedar sentado.

—¿Mamá? —musitó con la voz quebrada. Luego cayó hacia atrás y volvió a sumirse en la inconsciencia.

Diana ahogó un gemido y enterró su rostro en el hombro de Eduardo.

—Saldrá de esta... —dijo su marido—. La casa lo está consiguiendo.

Bernabé, de pronto, miró hacia la puerta, con el ceño fruncido.

—Algo ocurre... —susurró. Alzó la mano y la espada flamígera apareció en ella, iluminando la estancia con su luz violeta. Luego miró a Eduardo y Diana—. ¿Dónde está la niña?

—Se ha quedado fuera, esperando...

—Pues tiene problemas.

—¡Eso no puede ser! ¡La casa la protege!

—¡La casa está demasiado ocupada salvando la vida de Víctor! ¡Y alguien se está aprovechando de eso!

Abrió la puerta y salió a la carrera.

En la oscuridad

Cristina corría por los pasillos, jadeando. Tras ella avanzaba el hombre del hacha. Escuchaba el retumbar de sus pasos metálicos y, de cuando en cuando, el estrépito del arma al golpear las paredes. Estaba aterrada. Aquello era una pesadilla de la que no podía despertar.

Las tinieblas más profundas cayeron sobre el pasillo y se encontró corriendo en la oscuridad. Levantó los brazos ante sí, con las palmas alzadas para no chocar contra las paredes. Una risa salvaje a su espalda, demasiado cerca, le hizo acelerar el paso todavía más. Sentía el corazón a punto de estallar. Sus manos tocaron con una pared fría y húmeda. La palpó con rapidez, buscando el giro del pasillo, angustiada por la posibilidad de encontrarse en un callejón sin salida.

Pero el pasadizo continuaba a la izquierda y hacia la izquierda fue, llorando. Algo se escurrió entre sus pies, sintió una caricia viscosa en los tobillos y gritó. El eco de su grito se confundió con la risotada de su perseguidor y el enésimo golpe del hacha.

Siguió corriendo hasta que, súbitamente, el suelo desapareció bajo sus pies y se precipitó al vacío. Fue una caída corta, pero dolorosa. Aterrizó de costado sobre el suelo. Se levantó como pudo, sin dejar de jadear. Por un momento creyó distinguir una figura tras ella. Estaba completamente desorientada. No sabía en qué dirección correr. No sabía qué era aquello que la perseguía. Lo único que sabía era que, si se quedaba quieta, moriría. El sonido del hacha restalló muy arriba. Se sentía tan aturdida que echó a correr, preguntándose si se alejaba del hombre de la armadura o corría a su encuentro.

Su pie resbaló en un escalón y a duras penas logró evitar caer de nuevo. Eso era lo que le había ocurrido antes. Se había precipitado desde el primer tramo de escaleras al rellano. Bajó a ciegas, con una mano siguiendo la pared de su derecha.

—¡Por aquí! —le gritó una voz desde abajo—. ¡Corre! ¡Corre! ¡Rápido!

Lo sintió antes de verlo. El gigante de la armadura estaba sobre ella, descargando el hacha. Cristina se lanzó hacia delante. Notó el aire vibrando bajo el filo del arma. Escuchó el sonido del metal chocando contra el suelo. Rodó por las escaleras. Trató de frenar su caída con una mano y sintió que esta se doblaba en una posición imposible. Hasta escuchó el sonido de su muñeca al dislocarse. Gritó otra vez. El

hacha volvió a cortar el aire, a unos centímetros sobre su cabeza.

—¡Corre! ¡Corre! —gritaron desde abajo.

Se levantó y, de rodillas, se abalanzó en dirección a aquella voz. Gritando, llorando... Dándose por muerta.

Chocó de bruces contra una puerta que se abrió con el impacto de su cuerpo. Cayó hacia delante. Se giró para localizar a su perseguidor, pero la puerta se había cerrado tras ella. Durante un segundo no ocurrió nada, luego algo bramó al otro lado y el pomo comenzó a moverse frenético de izquierda a derecha y de derecha a izquierda, pero la puerta no se abrió.

Cristina dio un paso hacia atrás, tapándose la boca con la mano sana. El pomo dejó de moverse.

La muchacha miró a su alrededor. Había ido a parar a la boca de un pasillo corto y tenebroso, de paredes de piedra basta, que terminaba en un impresionante portón de metal rojo con un tirador en un lateral.

—¡Rápido, chica! ¡Aquí! ¡Yo puedo detenerlo! —la voz llegaba desde el otro lado del portón oscuro.

Cristina miró indecisa en esa dirección, justo cuando el hacha golpeó contra la puerta. El filo curvo apareció entre la madera astillada, se retiró y volvió a golpear, un poco más abajo y en horizontal.

—¡RÁPIDO! —gritó la voz, cada vez más frenética...

El hacha golpeó de nuevo. Las astillas volaban. El gigante rugió y arremetió contra la puerta.

—¡SÁCAME DE AQUÍ O NOS MATARÁ A LOS DOS!

El hombre del hacha irrumpió en la habitación envuelto en una explosión de madera rota. De nuevo el arma silbó en busca de la cabeza de Cristina, pero ella se agachó a tiempo y saltó hacia delante. Cogió el tirador del portón, desesperada. Pero antes de que pudiera abrirlo alguien aferró su mano con tanta fuerza que pensó que se la iba a arrancar de cuajo. Gritó y se revolvió, tratando de liberarse.

—No abras esa puerta... —le ordenó el hombre que la sujetaba.

Miró hacia él. Era el tío de Víctor, con la melena revuelta y la mirada crispada. Llevaba una espada en llamas en su mano derecha. Cristina miró hacia atrás, histérica. El hombre de la armadura había desaparecido sin dejar rastro. La puerta que unos segundos antes había observado romperse bajo el impacto del hacha estaba como nueva. Fue lo último que vio antes de desmayarse.

Bernabé evitó que la muchacha cayera al suelo, soltando su muñeca y tomándola por la cintura. Hizo desaparecer el arma de la familia y la cogió en brazos.

—Ha faltado poco... —susurró una voz tras el portón—. Siento tu rabia, chiquillo... Deseas abrir esta puerta... Hazlo. Aunque sea para matarme... ¡Abre la puerta!

Bernabé apretó los dientes y echó a andar.

—¡Yo maté a tu padre! —gritaba aquella voz, furiosa, desesperada—. ¿No quieres venganza? ¡Sólo tienes que abrir la puerta! ¡ABRE LA MALDITA PUERTA!

Bernabé se marchó sin mirar atrás.

«Será vuestra tumba»

La puerta se abrió y Bernabé entró en la sala gris. Llevaba a Cristina en brazos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Eduardo, acercándose a su hermano.

—Sandoval ha tratado de engañarla para que abriera la puerta de su celda. No sé qué le ha hecho ver, pero cuando he llegado estaba aterrorizada. Si hubiera tardado un segundo más lo habría liberado —miró a su hermano, furioso—. ¡Te lo he dicho, Eduardo! ¡La casa ya no es segura! ¡Debéis marcharos de aquí!

—Y yo te lo he dicho ya mil veces, Bernabé. No nos iremos... —le respondió Eduardo—. Es nuestro hogar.

—Y será vuestra tumba si no dejáis de ser tan testarudos.

—Pobrecilla... —susurró Diana, mirando el rostro de la joven inconsciente—. Hoy va a ser un día difícil de olvidar para ella... Acércala a la piedra —le ordenó a Bernabé.

Él asintió y se dirigió al lecho de roca, contemplando el cuerpo de su sobrino. Estaba completamente repuesto ya, aunque el fulgor esmeralda que lo rodeaba seguía trabajando en él. Había faltado muy poco para que el muchacho muriera. La idea lo enfureció.

Nada más llegar a la piedra donde yacía Víctor, la luz esmeralda reaccionó a la presencia de la muchacha herida; un tentáculo de niebla se enroscó en su muñeca izquierda. En unos segundos la neblina se replegó, centrándose de nuevo en el cuerpo de Víctor. La joven abrió los ojos un instante después; gritó y trató de liberarse de los brazos de Bernabé.

—¡Tranquila, muchacha! ¡Ya ha pasado todo! —exclamó, y la dejó en el suelo tras esquivar un puñetazo que iba directo a su cara.

—Nadie va a hacerte daño, Cristina. Tranquilízate... —dijo Diana.

La joven miró a su alrededor, confusa y asustada. Vio a Víctor sobre la piedra, sin la menor herida, inmerso en lo que parecía un sueño plácido. Luego alzó la cabeza y vio a Paula, observándola desde el techo, lívida y translúcida como el fantasma que era. Dio un paso atrás y chocó contra Bernabé. Se giró y fue hacia la puerta, temblorosa, acariciándose la muñeca que unos segundos antes se encontraba dislocada.

—Quiero... quiero irme a mi casa... —murmuró—. Dejadme marchar... Por favor...

—Puedes marcharte, Cristina... —le respondió Eduardo—. ¿Quieres que te acompañe a casa?

Ella negó con la cabeza.

—Iré en mi bici... Tengo... tengo que irme ya... Mis padres estarán... preocupados...

—Gracias por todo... —Diana se acercó a ella y la tomó de ambas manos, sonriéndole. Por un momento la muchacha sintió que su miedo y su confusión se disipaban, pero por el rabillo del ojo vio a aquella chica pálida flotando en el aire, y las ganas de huir de aquella casa volvieron con más urgencia si cabe.

—Sentimos mucho lo que ha ocurrido... Ha sido un accidente. Perdónanos, por favor... —Diana le dio un corto beso en la frente, le soltó las manos y se hizo a un lado para permitirle el paso—. Gracias por salvar la vida de mi hijo. Sin ti no habríamos llegado a tiempo —dijo—. Nuestra casa es tu casa. Puedes venir cuando quieras...

—Yo... yo... —Sólo quería marcharse. Poner la mayor distancia posible entre la casa y ella. Escapar, para no volver jamás. Alguien había tratado de matarla allí. No... Alguien la había manipulado. Le habían hecho ver cosas que no existían... ¿Podían seguir haciéndolo ahora? Miró al fantasma que flotaba sobre la piedra donde yacía Víctor... ¿Podía ser un espejismo aquello? ¿Una alucinación? Cristina temblaba—. Tengo... tengo que irme... —dijo finalmente, mirando por última vez el cuerpo de su amigo.

Abrió la puerta y se marchó.

—¿Es prudente que se marche sola? —preguntó Bernabé.

—No creo que Sandoval intente algo otra vez... Pero no estaría mal que alguien le echara un ojo... —comentó Eduardo.

—¿Dónde está Paula? —preguntó Diana mirando a su alrededor.

«No es tan horrible como parece»

Por un momento pensó que sería incapaz de encontrar la salida de la casa sin ayuda. La idea la aterró. Por nada del mundo pensaba volver a aquella habitación, ni siquiera para que la acompañaran hasta la puerta. Avanzó por un pasillo iluminado por pequeñas lamparitas con forma de vela que estaban fijadas en la pared, giró a la izquierda y llegó al vestíbulo. Nada más ver la puerta principal, respiró aliviada y aceleró el paso. Se paró en seco cuando reparó en la joven translúcida: estaba junto a una mesita de cristal a la derecha de la puerta. El ratón del jersey rojo se encontraba a sus pies, atravesándolos a la carrera una y otra vez.

—No es tan horrible como parece... —dijo Paula, sonriendo.

Cristina sacudió la cabeza, fingió no verla y continuó su camino hacia la salida, tratando de dominarse. No quería volver a perder los nervios. Tenía la sensación de que si comenzaba a gritar ya no podría parar nunca. Toda la vida chillando en el porche de la casa de la Colina Negra. ¿Aquella pesadilla no iba a terminar nunca?

—No sé lo que te ha pasado cuando te has quedado sola en el pasillo... —continuó el fantasma—. Pero no ha tenido nada que ver con la casa. Ni con la familia de Víctor. Son buena gente. Por salvarme a mí, han puesto en peligro sus propias vidas.

—Tengo que irme... —anunció Cristina, tomando el pomo de la puerta con mano firme. Miró a la muchacha transparente de reojo y comprendió por primera vez que lo que estaba viendo era real. Aquella joven que flotaba apenas a un centímetro del suelo estaba muerta. Era un fantasma, un espíritu, un espectro...

Abrió la puerta con tanta fuerza que a punto estuvo de perder el equilibrio y caer fuera. La cerró con la misma energía y echó a correr hacia su bicicleta.

Al otro lado quedó Paula. Suspiró y miró al ratón a sus pies.

—¿Tú crees que hemos servido de alguna ayuda? —le preguntó.

«No mires atrás»

El faro de la bicicleta de Cristina iluminaba tenuemente el camino de bajada. Había tal cantidad de nubarrones en el cielo, que daba la impresión de ser de noche. Aunque trataba de no pensar en todo lo que acababa de ocurrir, el recuerdo volvía una y otra vez. Las sombras del camino nunca le habían parecido tan negras. Los árboles que bordeaban el sendero se cernían sobre ella, amenazadores; sus ramas sin hojas eran como manos esqueléticas que trataban de alcanzarla. Un búho ululó entre los árboles y Cristina estuvo a punto de gritar. Frenó un momento, respiró hondo y continuó pedaleando, mirando de cuando en cuando hacia atrás, temerosa de que alguien o algo la estuviera persiguiendo.

No iba tan rápido como hubiera deseado. Lo único que le faltaba para redondear el día era tener un accidente. Nada más pensar en esa posibilidad recordó a Víctor. El cuerpo del muchacho, destrozado contra las piedras del precipicio y luego, apenas una hora después, durmiendo sobre aquel extraño lecho de piedra, sin el menor rasguño. Y un recuerdo llevó a otro. Y de nuevo, en su imaginación, se vio en los lóbregos pasillos de la casa, perseguida por el loco del hacha.

Dejó atrás el gran roble y enfiló el lugar donde Víctor se había despeñado. Hacía frío, pero apenas lo notaba. Sólo sentía la imperiosa necesidad de abandonar la Colina Negra. Si llegaba a la carretera estaría a salvo. La pesadilla acabaría por fin.

Giró en la última curva y pudo ver la recta que bajaba hasta la carretera. Un coche verde pasó veloz, rasgando las tinieblas y el silencio con la luz de sus faros y el ruido de su motor. Un último esfuerzo y estaría a salvo.

Entonces la vio.

Era una mujer vestida de azul claro, con el pelo castaño tan alborotado que parecía una peluca mal puesta. Llevaba un carrito de bebé con la capota subida, un carrito antiguo. Estaba en medio del camino, mirando en su dirección. Después de todo lo que había pasado, ni siquiera advirtió lo extraño que era ver a aquella mujer allí. Sólo pensaba en llegar cuanto antes a casa y olvidar para siempre la casa de la Colina Negra.

Pero a medida que se iba acercando a la mujer y a la ansiada carretera, Cristina se dio cuenta de que había algo terriblemente equivocado en ella. La mujer que

aguardaba, con las manos sujetas a la barra del carrito como dos pálidas arañas, era más horrorosa que el monstruo que la había perseguido en la casa. Las sombras de aquella noche prematura se arremolinaban a su alrededor, haciéndose tan oscuras que era como si hubiera un agujero en la misma realidad.

La mujer la miraba. Sus ojos resplandecían en la oscuridad de la tormenta por llegar. Cristina se escoró hacia la izquierda, tratando de pasar lo más lejos posible de la extraña y de su carricoche; pero en el lugar en que esta se encontraba el camino se hacía más estrecho y, por mucho que deseara evitarla, debía pasar a menos de un metro de ella. Pedaleó con más fuerza, dispuesta a pasar como una exhalación junto a la señora. Pudo ver su rostro cuando llegaba a su altura. Sonreía sin dejar de observarla con aquellos fuegos gemelos que tenía por ojos. Del interior del carrito salió una grotesca risita. Cristina fijó su mirada en la carretera. Apenas la separaban veinticinco metros. Pero aquella distancia se le antojó insalvable.

Pasaba veloz junto a la mujer cuando una mano pálida dejó el carrito y se agarró al cuadro de la bicicleta, deteniéndola con tanta fuerza que Cristina estuvo a punto de salir disparada sobre el manillar.

—¿Todo bien por la casita de la colina? —preguntó la extraña. Sus ojos brillaban como ascuas. La carne de su rostro se agitaba como si fuera líquida y bajo su superficie nadaran hordas de gusanos.

Cristina empujó con todas sus fuerzas a la mujer, la hizo trastabillar hacia atrás. Luego se montó en la bicicleta y arrancó a toda velocidad, con los dientes apretados y la ciega convicción de que iba a lograr escapar.

—¡Maldita niña maleducada! —gritó la mujer—. ¡Atrápala! ¡Atrápala!

Observó que algo comenzaba a salir del carrito, pero luego desvió la vista y la fijó en la carretera, temblorosa ante sus ojos a causa del velo de lágrimas que los cubría. Si miraba una sola vez a aquello que había entrevisto en el carrito, no podría escapar.

Oyó el ruido de algo carnoso que saltaba al suelo y echaba a correr en su dirección. «No mires atrás, no mires hacia atrás», se decía Cristina una y otra vez mientras veía acercarse la carretera y escuchaba el errático trote de aquello que la perseguía.

«No mires atrás...»

Víctor despierta

Víctor abrió los ojos envuelto en la tibieza de sus sábanas. Habían pasado más de treinta horas desde el accidente. Ahogó un bostezo y se estiró en la cama. En el techo flotaban nubes azules y, entre ellas, navegaban varios barcos diminutos. Se oía un rumor lejano de mar y gaviotas. Víctor sonrió. Cuando era pequeño y no podía dormir, la casa siempre preparaba escenarios parecidos para hacerle conciliar el sueño. La mayor parte de las veces caía dormido casi al instante, pero otras se quedaba despierto hasta bien entrada la madrugada, contemplando las nubes y los barcos, que a veces entraban en feroz combate para distraerlo.

La sonrisa con la que había despertado se le rompió en los labios al recordar lo ocurrido. Se incorporó en la cama con brusquedad. La garganta seca y el miedo aporreando su corazón. Todo iba llegando de golpe: la mirada negra flotando en la nada, la caída y el dolor, los diablos rojos y el enorme lobo...

Su madre estaba sentada junto a la cabecera de la cama. Se había adormilado hacía un rato, pero en cuanto Víctor se revolvió en su lecho se despertó por completo.

—Buenas tardes, cariño... —Diana sonreía, a pesar del desconcierto y el miedo que podía ver en los ojos de su hijo. El día anterior, por un momento, había pensado que jamás volvería a ver vida en aquella mirada—. Ayer tuviste un día movido... Así que no hagas movimientos demasiado bruscos, no queremos que se te caiga nada.

—¿Mamá? ¿Qué... qué ha pasado?

—Tuviste un accidente... Pero la casa te ha salvado, aunque no se lo pusiste fácil, te lo aseguro.

—No fue a propósito.

En ese instante Paula se escurrió a través de una pared y se acercó a ellos.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó.

—No lo sé... Machacado y cansado... Pero bien, creo.

—Eso es bueno. Ya hay demasiados fantasmas en esta casa. No quiero ni uno más... —le dijo Paula.

—¿Puedes decirles a Eduardo y Bernabé que Víctor se ha despertado, Paula? —le pidió Diana—. Están fuera y allí no hay espejos.

—Ahora mismo... —contestó ella. Luego se dirigió a Víctor—: Me alegro de que

estés bien... —dijo y se inclinó para darle un beso en la frente. El muchacho sintió el suave cosquilleo eléctrico de aquellos labios en su piel y fue como si una gran mariposa se hubiera despertado en su pecho y hubiera echado a volar.

El fantasma se elevó en el aire y atravesó la pared. Diana se quedó mirando el lugar por donde había desaparecido Paula, perdida en sus pensamientos. Luego miró a su hijo, que todavía tenía las mejillas enrojecidas tras el beso.

—¿Qué fue lo que ocurrió? —le interrogó.

Víctor carraspeó. La calidez del beso de Paula dejó paso a una terrible frialdad.

—Fue culpa mía... Me quité un momento el talismán de repulsa... —confesó, avergonzado, pasándose la palma de la mano por su pecho—, íbamos a echar una carrera desde el cruce hasta el gran roble y no quería que se me clavase... —su madre asintió, sin recriminarle nada, probablemente porque sabía que de eso se encargarían Eduardo y, sobre todo, Bernabé—. No debería habérmelo quitado... Lo sé.

Víctor resopló y, muy despacio, tratando de no olvidarse nada, le contó lo que había ocurrido. Cuando llegaba a la parte en que el lobo desgarró su mochila para colocar el talismán de repulsa sobre su cuerpo, Paula atravesó la puerta de la habitación y, un segundo después, esta se abrió para dejar paso a Eduardo y a Bernabé. Tuvo que contar la historia de nuevo y, como esperaba, en cuanto comentó que se había quitado el talismán de repulsa se ganó una bronca de proporciones épicas.

—¿Pero en qué estabas pensando, majadero? —le gritó su tío—. ¿Crees que esto es una broma o algo por el estilo? ¡Te estás jugando el pellejo!

—Ha aprendido la lección. Y de la forma más dura... —señaló Diana—. Algo me dice que a partir de ahora va a estar muy unido a ese talismán.

Víctor asintió, compungido.

—No saldré nunca sin él... Antes me olvidaré la cabeza.

—Por si acaso no saldrás nunca sin que nadie se cerciore de que lo llevas —dijo Eduardo—. Ya tenemos bastantes problemas, hagamos lo posible para no crearnos más. ¿De acuerdo?

Víctor volvió a asentir. Luego retiró las sábanas que lo cubrían.

—De acuerdo, sí... Ahora si me disculpáis un minuto... Llevo como mil horas sin ir al cuarto de baño... —salió de la cama y, nada más poner un pie en el suelo, sintió que le temblaban las rodillas. La casa podía haberle salvado la vida, pero todavía estaba muy débil.

—¿Puedes solo? —preguntó su madre.

Él asintió y salió de la habitación apoyándose en la pared.

—Una mirada tenebrosa y una lengua con un ojo en la punta —comentó Eduardo, frunciendo el entrecejo una vez que Víctor cerró la puerta tras él—. No tengo ni idea de quién o qué podía ser eso...

—O un curioso que quería echar un vistazo al Mestizo o alguien con malas intenciones inspeccionando el terreno... El talismán de repulsa impide que se lancen hechizos a distancia contra quien lo lleve... Pero al niño le molestaba —Bernabé agitó la cabeza y chasqueó la lengua—. Ahora mismo el que de verdad me preocupa es el lobo...

—El lobo le salvó la vida —terció Paula.

—Sí... Le salvó la vida. Pero si es quien yo pienso, puede que la próxima vez que nos lo encontremos no sea tan amigable...

—¿Y quién piensas que es? —preguntó Diana.

—Kellian, el Cazador... Los Arcontes ya deben de saber que Víctor ha regresado a la Telaraña y han comenzado a mover sus piezas... Y Kellian es siempre la primera que despliegan en el tablero.

—La cosa se complica... —susurró Eduardo.

—Y esto sólo es el comienzo, hermano.

Cuando Víctor regresó del cuarto de baño hizo la pregunta que todos esperaban y temían.

—¿Y Cristina? ¿Cómo le habéis explicado este jaleo?

Los tres adultos se miraron un momento, incómodos con la cuestión. Paula revoloteó en el techo.

—¿Le ha pasado algo?

—Tuvo un pequeño incidente en la casa... —dijo Eduardo.

—¿Qué? ¿Un incidente aquí?

De nuevo se encontró como respuesta un silencio tenso que Bernabé se encargó de romper:

—Contádselo de una vez. Con todo lo que sabe ya, no creo que le entre un ataque de pánico cuando se entere de que hay un prisionero en la casa.

—¿Qué?

Y se lo contaron. Le contaron que varias décadas antes de su nacimiento, un monstruo había habitado la casa de la colina. Le hablaron de su poder y de su maldad, pero no mencionaron lo que hacía con la gente que raptaba. Le hablaron de cómo transformó la naturaleza de la casa a su imagen y semejanza y de las oscuras criaturas con las que pobló la colina, pero no le contaron nada de las fosas comunes que repartió por los jardines y los bosques. A continuación le explicaron cómo sus abuelos, los padres de Eduardo y Bernabé, llegaron al pueblo con el único objetivo de derrotar a la oscuridad que se cernía sobre la colina. Eran exorcistas. Cazadores de demonios. Se dedicaban a buscar focos de maldad en la Telaraña y extirparlos; y por eso acudieron a la Colina Negra. La lucha fue terrible. Y aunque lograron derrotar al mal que habitaba en la casa, pagaron un alto precio: su abuelo pereció en la lucha.

El asesino fue llevado ante los Arcontes y se ordenó que quedara confinado en el

mismo lugar donde durante años había vivido. En el sótano, el lugar predilecto de sus fechorías. En una celda sellada mágicamente y que sólo se abriría cuando el prisionero se arrepintiera de todo el mal que había causado a lo largo de su vida. Pero, de algún modo, el hechicero logró añadir una cláusula al hechizo que cerró la puerta: cualquiera podría abrir la puerta desde el exterior y liberarlo. La celda y la magia de la casa lo mantendrían con vida de tal modo que aquello se convertiría, si su conciencia no cambiaba, en una verdadera cadena perpetua.

Luego le contaron lo que le había ocurrido a Cristina y su marcha, por no llamar huida, de la vivienda.

Víctor escuchó, atónito. Se había pasado la vida entera, sin saberlo, a apenas unos metros del hombre que había asesinado a su abuelo. Pero eso no fue lo que más le alteró, eso no fue lo que hizo que su sangre hirviera.

—¿Hay algo más que no me hayáis contado? —preguntó, apretando los puños con fuerza—. ¿Hay algún secreto más que debería saber?

—No creímos que fuera necesario contarte nada sobre Sandoval... —le dijo Eduardo—. No tiene nada que ver con nosotros. Está encerrado en el sótano y nunca saldrá de ahí. No vimos nece...

—¿Cristina casi le abre la puerta a ese tipo! —Víctor sacudió la cabeza, incapaz de concebir que sus padres no comprendieran la gravedad de lo que habían hecho. ¿Acaso no eran ellos los adultos? ¿No se suponía que debían tener más sentido común que él?—. ¿Y si me hubiera engañado a mí? ¿Y si aprovechando un descuido vuestro me hubiera hecho bajar al sótano y abrirle la puerta? ¿No lo habíais pensado! ¿Podía haber sucedido! ¿Y sabéis por qué? ¿Porque yo no sabía nada del maldito prisionero!

—Víctor, tranquilízate... —le pidió su madre.

—*¡No quiero tranquilizarme!* —aulló.

—Claro, claro —intervino Bernabé—. Como tampoco sabías que no debías quitarte el talismán de repulsa, ¿verdad? Eso tampoco te lo había dicho nadie.

El comentario de su tío fue como un jarro de agua fría. Se sentó en el borde de la cama. Su enfado se había disipado como por ensalmo. Ahora sólo sentía vergüenza. Y una tristeza sin sentido, una desazón que le desarmaba y que crecía por momentos.

—Lo siento, lo siento... Lo siento mucho... —se disculpó con un hilo de voz—. Todo esto me ha puesto de los nervios... No quería, no quería gritaros... Yo... —guardó silencio. Tenía un nudo en la garganta—. Casi me matan, mamá... —dijo y se echó a llorar, consciente de pronto de la gravedad de lo que había ocurrido, de lo cerca que había estado realmente de morir—. Casi me matan... —repitió. La idea era enorme, inmensa y oscura—. Y esas cosas me miraban y se reían, ¿sabes? Cantaban mientras me moría —explicó, mirando a su madre con el rostro descompuesto.

Diana se sentó junto a su hijo y lo abrazó con todas sus fuerzas. Iba a consolarlo con un «ya pasó todo», pero al final se contuvo. No quería mentirle. Nada había

terminado. Acababa de empezar.

—Estamos aquí, contigo —dijo, en cambio—. Y siempre lo estaremos. Te lo prometo.

El regalo

—Tengo algo para ti —dijo su padre tras entrar en su habitación.

Víctor lo miró de reojo. Estaba mucho más tranquilo, pero aun así los golpes de su padre en la puerta lo habían sobresaltado más de lo que le gustaría admitir.

—No será otro talismán de repulsa ni nada por el estilo, ¿verdad? Mi cupo de cosas horribles está cubierto, te aviso.

—No —le contestó Eduardo con una sonrisa, mostrándole lo que llevaba entre las manos—. Es mi fabuloso espejo mágico. Trátalo bien y no lo rayes, lleva siglos en la familia.

Víctor abrió los ojos como platos. Era el espejo del despacho, aquel con que podían leerse todos los libros escritos en los últimos dos milenios. De todos los objetos mágicos de la casa, ese era, de lejos, el favorito de su padre.

—No... —alcanzó a decir. Tragó saliva—. No puedo aceptarlo, papá. Sé cuánto significa pa...

—¿Me has oído darte alguna otra alternativa? —le cortó mientras se lo tendía. Víctor lo cogió con manos temblorosas—. Es una orden, chaval. No desobedezcas a tu anciano padre —sonrió y le revolvió el pelo—. Te hemos ocultado cosas durante años. Hemos aplicado a la perfección el famoso dicho de «Lo que no conoces, no puede dañarte». Y, entiéndeme: no me arrepiento de haberlo hecho. Pero ya ha pasado el tiempo de los secretos. Ahí lo tienes todo —señaló al espejo—. Lo bueno, lo malo y lo peor. Sólo necesitas buscarlo.

—Yo... —Víctor miró su reflejo en el cristal—. No sé qué decir...

—Con un simple gracias, bastará. Y, bueno... es probable que de cuando en cuando te lo pida prestado, espero que no te importe.

—¡Ningún problema!

Cuando finalmente se quedó solo, no pudo resistirse a la tentación de usar el espejo de inmediato. Se sentó ante él en la cama. En ese espejo estaba contenido todo el saber del mundo, así se lo había dicho su padre hacía ya muchos años. Alguna vez le había dejado usarlo, pero siempre bajo su atenta vigilancia. Ahora comprendía el porqué. Encerrado en ese marco de bronce no sólo se encontraba recogido el saber del mundo entero, también estaban todos los conocimientos de la Telaraña. Si se

hubiera quedado a solas con él, sólo hubiera sido cuestión de tiempo que comenzara a indagar sobre las hadas y eso le hubiera llevado irremediamente a conocer lo que sus padres le ocultaban.

Pero como le había dicho su padre: el tiempo de los secretos había pasado. Y ahora todo estaba a su alcance. ¿Qué quería saber? ¿Qué era lo primero sobre lo que le gustaría investigar? No necesitó pensarlo mucho.

—Magia Muerta —susurró y acarició la superficie acuosa del espejo. Al momento apareció una página de color negro, con el texto escrito en rojo brillante. Víctor comenzó a investigar, saltando de libro en libro, buscando páginas aquí y allá, leyendo con tal intensidad que fue como si la habitación que tenía a su alrededor se desvaneciera y en ella sólo quedara espacio para lo que le mostraba el espejo.

Según varios de los libros que consultó, la Magia Muerta había sido creada por Baharal, la Bestia, el padre de todos los demonios; pero todo eso tenía más aspecto de ser una leyenda que un hecho histórico. Al parecer la Bestia había sido el primero de los monstruos de la Telaraña, un espantoso engendro de inimaginable maldad y poder. Por lo que se contaba, estuvo a punto de destruir la creación entera valiéndose de la Magia Muerta y de un ejército de atrocidades creadas también por él. Fue necesaria la unión de toda la Telaraña para abatirlo, y la victoria fue tan sufrida que muchos, durante años, creyeron que habían sido ellos los derrotados. Según se decía, la mayor parte de los monstruos y espantos de la Telaraña eran descendientes de los restos del ejército infernal de la Bestia.

Los mayores cataclismos sucedidos en la Telaraña habían estado casi siempre relacionados con la Magia Muerta. Leyó sobre el espantoso duelo entre magos que había destruido el continente de Elora, y del que ya le habían hablado sus padres. Lo que no mencionaron fue que la lucha entre ambos apenas había durado diez minutos, tiempo más que suficiente para destruir un continente entero y acabar con prácticamente todos sus habitantes... La Magia Muerta era atroz. Por todas partes encontraba pruebas de ello.

Un escalofrío recorrió su espalda cuando leyó que un mago llamado Alcibíades, a quien apodaban el Loco, se había servido de la Magia Muerta para desatar la plaga Rancia, una epidemia que asoló el mundo mágico durante más de un siglo diezmando su población y extinguiendo a numerosas razas.

La última vez que la Magia Muerta había hecho acto de aparición en la Telaraña había sido a finales del siglo XVI, cuando los pueblos vampiro centroeuropeos se aliaron para lanzarse sobre sus vecinos con una furia despiadada. Durante años la guerra asoló Europa y fue necesario que un rey vampiro traicionara a los suyos para poder derrotarlos. Entregó a los Arcontes el secreto de la Magia Muerta, les desveló cuál era su ingrediente principal, lo que le daba esencia, forma y poder:

—Yo —gruñó Víctor ante el espejo.

La Magia Muerta podía ser terrible, pero la guerra había llegado a tal punto que a los Arcontes no les quedó otra alternativa que usarla para derrotar a los pueblos vampiro. Y con el final de la guerra llegó la ley que impedía las uniones entre hadas y humanos. Los Arcontes no podían consentir que la Magia Muerta regresara a la Telaraña, más ahora que el secreto había dejado de serlo y tantas criaturas maléficas estaban al tanto de lo que podían conseguir gracias a la sangre mestiza.

Víctor resopló. Durante siglos esa ley se había cumplido a rajatabla, hasta que sus padres se conocieron y decidieron que no había ley que pudiera mantenerlos separados...

Y ahora la Telaraña entera lo buscaba a él.

Se frotó los ojos y estiró los brazos. Comenzaba a estar cansado, pero antes de irse a la cama había algo que quería averiguar. Necesitaba saber qué era aquel horror que lo había hecho caer por el precipicio. Nada más pensar en él, el espejo le mostró una página grisácea encabezada por el dibujo del monstruo. En cuanto lo vio, sintió un nudo en la garganta. Le costó mucho trabajo concentrarse lo suficiente para leer el texto.

No era un ser vivo. Era un hechizo, un hechizo de vigilancia llamado «Meeaxa» que tomaba esa apariencia para el objetivo del conjuro.

—Sólo querían verme —murmuró—. Esa cosa no era nada más que unos prismáticos mágicos...

Quizá fuera una estupidez, pero se sentía defraudado. Había sido un simple hechizo el que lo había sacado de la carretera. Se frotó las costillas, bostezó y decidió pasar unos minutos más investigando en el espejo.

No encontró nada sobre el hombre del gabán parlante. Había una gran variedad de ropas con el don de la palabra en la Telaraña, pero era complicado¹ buscar alguna en particular. Fue entonces cuando comprendió que tener acceso a tanta información como le proporcionaba el espejo traía consigo un pequeño problema: había que tener muy claro qué se buscaba para dar con ello. Al menos, fuera quien fuera el vagabundo, no parecía tener intención de hacerle daño. Probablemente sólo se tratara de un curioso.

Y quizá el hombre de azul que vio en el pueblo no era más que un excéntrico dando un paseo...

En cuanto pensó en ese hombre azul, el espejo reaccionó. Víctor frunció el ceño. Había una nueva página esperando tras el cristal acuoso. La letra era de imprenta y el diseño moderno. Se trataba de la página de una revista, no de la de un libro. El texto, a dos columnas, se abría en el centro para dejar espacio al dibujo de un hombre enteramente pintado de azul. El título del artículo era: «Los Hombres Envenenados».

Según pudo leer, los Hombres Envenenados eran una secta reciente que adoraba a Baharal, el demonio a quien las leyendas consideraban el creador de la Magia Muerta.

Proclamaban que aquel monstruo no había muerto como la Telaraña entera creía, sino que yacía aletargado, aguardando el momento de despertar que, según ellos, era inminente. El artículo terminaba señalando que todas las creencias de los Hombres Envenenados eran una sarta de patrañas sin sentido, y que la mayoría de los adeptos a ese culto no eran más que magos de poca valía con ganas de llamar la atención. Nada tenían que ver con los auténticos Hombres Envenenados de los que habían tomado nombre y color; nada tenían que ver con los terribles lugartenientes de la Bestia que comandaron su ejército en la batalla final y que sucumbieron con ella en el campo de batalla. Según contaban las leyendas, aquellos hombres eran Magia Muerta hecha carne.

Víctor frunció el ceño. ¿Y si las leyendas se equivocaban y no todos los Hombres Envenenados habían muerto en esa guerra? ¿Y si el hombre que había visto en el pueblo era un auténtico y genuino lugarteniente de la Bestia y no un simple imitador? Resopló. Era una tontería ponerse en lo peor, no tenía sentido. Lo más probable era que se tratara de un «mago de poca valía con ganas de llamar la atención», como decía el artículo.

Víctor decidió dejar la lectura por esa noche. Lo último que leyó antes de cortar el enlace con el espejo fue que los verdaderos hombres envenenados usaban cuervos rojos para comunicarse entre ellos.

«Está bien», se dijo, «estaré al tanto del cielo. Sólo por si acaso...»

Lo correcto

Víctor se metió el amuleto por dentro de la camisa, sin importarle los rasguños que le pudiera causar. Miró por la ventanilla cerrada. Una lluvia fría y dispersa corría por el cristal, formando riachuelos y lagos que se agitaban al compás del movimiento de la furgoneta. Su padre estaba al volante, masticando un chicle de menta que llenaba con su aroma la cabina del vehículo.

—Y dile a Cristina que sentimos mucho lo ocurrido... —le recordó por segunda vez. Víctor asintió con la cabeza. Se sentía terriblemente incómodo; no sólo no sabía cómo iba a reaccionar Cristina al verlo, él tampoco estaba seguro de cuál iba a ser su propia respuesta—. Debes convencerla para que vuelva. Hay muchas cosas que tiene que saber... Aunque haya sido por accidente, la chica ha entrado en el mundo mágico. Ya nada será igual para ella.

Víctor volvió a asentir, mirando el día gris que se extendía tras el cristal empañado por la lluvia.

—No podía dejar desaparecer a Paula... —dijo, de pronto—. No había otro modo, ¿verdad? Hice lo correcto, ¿no es así?

Eduardo guardó silencio unos segundos, meditando la respuesta.

—No es sencillo... —abandonó el sendero y entró en la carretera, tomando la primera bifurcación hasta el pueblo—. Hay preguntas a las que no se puede contestar con un sí o con un no... ¿Hiciste lo correcto al romper la esfera? ¿Hicimos lo correcto tu madre y yo al desafiar todas las reglas y casarnos? ¿Cometimos un error? Muchos te dirán que sí..., pero para nosotros fue el mayor acierto de nuestras vidas. La respuesta en sí es intrascendente... Lo importante es el aceptar la responsabilidad de nuestros hechos y cargar con ella. ¿Comprendes?

—Más o menos... Pero... El otro día le dijiste a Bernabé que él también hubiera roto la esfera para salvar a Paula... ¿Qué hubieras hecho tú?

—Una pregunta difícil... —por un momento jugó con la idea de mentir, pero sólo fue un instante y pasó tan rápido como llegó—. No, no lo hubiera hecho, Víctor... —Lo miró, aprovechando que se detenía en un semáforo—. Pero estoy orgulloso de que tú lo hicieras... ¿Queda claro?

Víctor asintió.

Llegaron a la esquina del paseo de la estación. Eduardo detuvo el vehículo y Víctor abrió la portezuela, echándose su mochila de repuesto al hombro.

—Ten cuidado... —le advirtió su padre—. ¡Y no te quites el talismán para nada!

—No te preocupes, no pienso hacerlo —le aseguró su hijo mientras se cubría la cabeza con el gorro de su chubasquero.

Víctor bajó de la furgoneta. Su padre lo despidió con un gesto y arrancó. Volvió a la carretera y tomó el camino de vuelta a la colina. El muchacho se quedó un momento parado bajo la lluvia, mirando alejarse al vehículo. Luego echó a andar hacia la estación. A través de la cristalera del edificio vio el remolino de jóvenes que se guarecía de la lluvia en la sala de espera.

Se adentró en la estación y en el caos de voces que charlaban y reían. Buscó a Cristina con la mirada, pero no fue capaz de encontrarla. Se escurrió hasta la zona de andenes. Había varios jóvenes al resguardo del tejadillo de la estación, pero la chica tampoco estaba allí. Vio a una de sus amigas sentada en un banco del andén, hablando amistosamente con un joven fornido de pelo largo. Se dirigía hacia ella cuando alguien lo golpeó suavemente en la espalda.

—Buenos días, monstruito... —dijo Fernando, sonriendo. A pesar del frío seguía llevando una camiseta de manga corta, con la enseña de su grupo favorito—. No tienes buena cara... ¿Has estado enfermo?

—Algo así... ¿Tu hermana no ha venido hoy? Quería hablar con... —la expresión de Fernando lo detuvo. El joven lo observaba perplejo. Algo andaba mal. Muy mal.

—¿Hermana? ¿Te has vuelto loco? No tengo hermanas...

—Me tomas el pelo... —respondió, aun a sabiendas de que eso no era cierto. Fernando no bromeaba—. Cristina... ¿Dónde está Cristina?

—¿Se puede saber de qué estás hablando? —Por un momento, Víctor creyó ver un brillo de reconocimiento en la mirada de Fernando—. Al final te has vuelto majareta del todo, macho...

—No... no...

El traqueteo del tren que se acercaba invadió la estación. Fernando sacudió la cabeza y se alejó de él, después de lanzarle una última mirada que dejaba bien claro lo que pensaba sobre su salud mental. El tren entró en el andén y todos corrieron hacia sus puertas, tratando de estar bajo la lluvia el menor tiempo posible. Víctor permaneció inmóvil, como si alguien lo hubiera clavado al suelo. Luego echó a correr hacia el interior de la estación, ajeno a la voz que avisaba de la inminente partida del tren.

Entró como una exhalación en la sala de espera, ahora completamente vacía y corrió hacia uno de los teléfonos públicos mientras hurgaba en sus bolsillos en busca de monedas. Llegó al teléfono. Metió dos monedas y marcó el número. Al cabo de unos segundos una voz somnolienta le llegó desde el auricular.

—¿Sí? ¿Quién es?

—Hola... ¿Está Cristina, por favor?

—¿Cristina? Lo siento... aquí no vive ninguna...

Víctor colgó. Tragó saliva y contempló el aparato como si fuera un insecto negro y repugnante. Volvió a descolgarlo y marcó, con dedos temblorosos, el número de la casa de la Colina Negra.

Bajo la lluvia

Cuando salió de la estación, la lluvia se había convertido en tormenta. El día, que hasta aquel instante era gris, se había encapotado de tal forma que el pueblo se encontraba sumido en una negrura casi nocturna, rota de cuando en cuando por la violenta luz de los relámpagos. Se quedó al resguardo del soportal de la estación, con el gorro del chubasquero encasquetado hasta las orejas. Miró hacia la carretera, aun a sabiendas de que era demasiado pronto como para que su familia llegara a la estación. Sólo habían pasado unos minutos desde que había hablado con ellos. El viento cambió de dirección y una ola de lluvia cayó sobre él, empapándolo por completo.

Se giraba para abrir la puerta y volver al interior de la estación, cuando vio a la mujer con el carrito de bebé, inmóvil, ajena a la lluvia, mirándolo sonriente desde el paseo. En cuanto sus miradas se cruzaron, Víctor comprendió que aquella mujer no era humana. Sus ojos brillaban de una manera espantosa, como si un fuego blanco los consumiera desde dentro. La oscuridad de la tormenta se hacía más densa a su alrededor. Un relámpago surcó el cielo sobre sus cabezas pero la negrura que la rodeaba permaneció allí, inamovible. El monstruo vestido de mujer agitó una mano a través de la intensa cortina de lluvia. Por un momento Víctor creyó que lo saludaba, luego vio que le estaba mostrando algo: el pequeño marciano negro de Cristina.

Víctor dio un paso hacia atrás y chocó contra la puerta de la estación. Algo asomó bajo la capota del cochecito, una masa informe de carne llena de garras, colmillos y tentáculos.

—¡Hemos encontrado esto, niño! ¿Sabes de quién es? —gritó la mujer bajo la lluvia. El pelo le caía sobre los hombros, lacio y grasiento.

Víctor, sin dejar de mirar al monstruo del carrito, empujó la puerta de la estación con el codo. Un relámpago surcó el cielo como una grieta en llamas. Tres segundos después el trueno restalló en el aire. Su mirada iba del espanto deforme a la mujer y a lo que esta sujetaba en la mano.

—¡Tranquilo, chico! ¡Tranquilo! ¡No queremos hacerte daño! ¡Sólo queremos hablar contigo! ¡Sólo eso! —aunque parecía imposible, la cosa del carro hablaba. Sus palabras eran una mezcla de ladridos y chasquidos, pero no tuvo ningún problema en entenderle.

La mujer hizo ademán de sujetar el carrito para cruzar la carretera que separaba la estación del paseo.

—¡No crucéis! ¡Si lo hacéis, me marcharé! —los advirtió Víctor.

—¡Y si te marchas despellejaremos a tu amiguita! —gritó a su vez la cosa en el carro. La mujer la metió dentro de un manotazo y se volvió sonriente a Víctor. El agua chorreaba por su cara y entraba en sus ojos abiertos de par en par, pero no parecía importarle.

—Como prefieras, pequeño... Somos gente razonable. Si a ti no te importa parecer un loco hablando a gritos en medio de la tormenta, a nosotros tampoco.

—¿Dónde está Cristina? ¿Qué habéis hecho con ella? —gritó Víctor, olvidando toda prudencia. En un principio había creído que la calle estaba desierta, pero en uno de los jardines del paseo se alzaba la figura del vagabundo que se le había acercado el día del accidente. El hombre seguía envuelto en su enorme gabán negro.

—La chica está a salvo, muchacho. Y os diremos dónde encontrarla si tú y tu simpática familia nos entregáis a la díscola fantasmita que habéis adoptado —la mujer le dedicó una sonrisa que dejaba al descubierto hasta el último de sus dientes y sus pálidas encías. Víctor recordó al tiburón de la piscina—. No es mal trato, ¿verdad? Cambiamos una muerta por una viva. Salís ganando.

El muchacho los observó en silencio. La cosa informe había vuelto a encaramarse al carrito, y Víctor descubrió en su cuerpo varias bocas que pretendían sonreírle. Esa era la parte del mundo mágico de la que sus padres habían tratado de apartarlo. Aquellos engendros de pesadilla representaban la oscuridad de la Telaraña.

La mujer metió una mano en el carrito y sacó algo que Víctor no pudo distinguir entre la intensa lluvia.

—Y ahora atiende bien. Quiero a Paula aquí dentro, antes de la medianoche — Víctor comprendió que lo que le mostraba era el ánfora del Inframundo. El cristal tallado la hacía prácticamente invisible bajo la cortina de agua—. Mi inestimable compañero irá a por ella justo cuando sean las doce... Si intentáis algún truco, mataremos a la chica y después ya nos preocuparemos de encontrar otro modo de hacer que nos deis lo que queremos. ¿Quién sabe? Podríamos comenzar matando uno a uno a todos los habitantes de esta hermosa villa...

Se agachó y dejó la botella en el suelo que, a pesar del temporal, se mantuvo inmóvil allí. La mujer se levantó despacio, como si le costará un gran esfuerzo. Se masajeó los riñones y volvió a mirar a Víctor.

—Y eso es todo por hoy... —tomó con ambas manos el asidero del carro y echó a andar paseo adelante—. Te dejamos para que transmitas; nuestro mensaje a tu familia. Esta noche volverás a ver a tu amiguita, te lo prometo. El estado en que se encuentre depende de vosotros.

—¡Hasta la noche, Víctor! ¡Un placer conocerte! —gritó la cosa informe antes de

volver a su escondrijo en el carrito.

Las sombras de la tormenta se tragaron a la mujer y su carricoche. Víctor, después de un segundo de duda, cruzó corriendo la carretera. La botella permanecía donde la extraña mujer la había dejado, sin tan siquiera temblar ante la embestida del viento. La tomó en su mano. Era una botella mediana, que se abombaba en su centro para luego volver a estrecharse. Estaba cerrada con un tapón de rosca blanco, con una especie de garabato dibujado en su parte superior. Querían a Paula allí dentro. Frunció el ceño. Recordó el beso que la fantasma le había dado el día antes. Luego pensó en el olor a coco de Cristina, en su sonrisa y en su tremenda energía.

—Atrapa fantasmas... Mala cosa, mala cosa... No lo pasan bien allí dentro... — dijo una voz cascada a su espalda.

—¡No te metas en lo que no te llaman, tonto! —le replicó una segunda voz a la primera—. ¡Vámonos!

El vagabundo del gabán estaba tras él. El viento agitaba las faldas de su abrigo como un remolino de tela negra. Su cara sucia y bronceada lo contemplaba bajo un sombrero de ala ancha doblada por el agua.

—¡Está en problemas! ¿Por qué no podemos ayudarlo, eh? Dime, dime... ¿Por qué no lo ayudamos?

—¡Porque si lo ayudáramos, los que nos meteríamos en problemas seríamos nosotros! —le replicó su gabardina negra. El hombre le dedicó a Víctor una mirada compungida y se alejó con rapidez.

—Pero... —le escuchó decir mientras se marchaba.

—¡Cállate! ¡Cállate! —le ordenó su gabán—. ¡Harás que nos maten!

Una vez se quedó solo, Víctor miró de nuevo la botella. La lluvia resbalaba por los bajorrelieves del cristal tallado. Vio su rostro reflejado una y otra vez en las distintas placas que conformaban el labrado del cristal. Docenas de dobles suyos lo contemplaban desde el cristal de la botella. En su cabeza escuchó la voz de su padre:

«Lo importante es aceptar la responsabilidad de nuestros hechos y cargar con ella...»

Charla en el salón

—No puedo permitir más muertes por mi culpa... —dijo Paula con firmeza, mirando primero a Diana para luego fijar su vista en el ánfora del Inframundo sobre la mesa. La botella brillaba malignamente, multiplicando los brillos de las lámparas de la sala —. Iré con ellos y les diré lo que quieren saber. Tal vez después me dejen marchar... —añadió, con escasa convicción.

—No lo harán. Una vez consigan el cráneo te destruirán. Son de esa clase de gente... —afirmó Bernabé. Estaba apoyado en la pared, con los brazos cruzados.

—Y no podemos permitir que la Sombra consiga el cráneo del Minotauro —comentó Eduardo, sentado a la mesa. Alargó la mano para acariciar la botella y la retiró con rapidez, como si le hubiera dado un calambrazo.

—¡Pero matarán a Cristina! ¡Y no quiero más muertes en mi conciencia! ¡No podría soportarlo! ¿No lo comprendéis?

—Perfectamente, cariño —intervino ahora Diana, sentada junto a Víctor—. Pero si cedes ahora, todos los que han muerto para protegerte a ti y al cráneo habrán muerto en vano. Sin contar todos los que pueden morir si la Sombra consigue lo que quiere... No, no consentiremos eso. Salvaremos a Cristina, sin tener que sacrificarte a ti.

—¿Pero cómo? —quiso saber Víctor. Estaba tan nervioso que iba cogiendo palillos del recipiente en forma de barril que estaba en la mesa y los desmenuzaba entre sus dedos, dejando caer las astillas en la alfombra del suelo. Su madre le había dado un manotazo para que dejara de hacerlo, pero no podía estarse quieto—. ¿Cómo lo haremos?

—Gracias por ofrecerte voluntario para colaborar —dijo Bernabé, ganándose una mirada fulminante del muchacho—. Pero tú sigue dándoles su merecido a esos palillos...

Eduardo apoyó su barbilla en la palma de la mano y miró a Víctor, perdido en sus pensamientos. Luego se giró hacia Paula.

—¿Tendrías algún inconveniente en decirnos dónde está la caja que custodiaba tu familia?

—No, claro que no...

—¿Quieres encontrar tú el cráneo? —preguntó Víctor.

—Sí... Sobre todo porque sospecho que la Sombra no lo busca sólo por el poder que puede proporcionarle. El cráneo es parte de él. Si destruimos uno, destruiremos al otro...

—¿Pero por qué no se lo cargó Dédalo? —preguntó Bernabé—. Habría acabado con sus problemas.

—Dédalo era un creador, no un destructor; y quizá tenía la esperanza de que el cráneo podría volver a ser usado para el bien... O tal vez ni él ni los Cócalo tenían el poder suficiente para hacerlo... Sea como sea, la tarea de destruir el cráneo ha recaído en nosotros. Necesitamos esa cajita de plata. ¿Paula?

El fantasma asintió y le dedicó una de esas magníficas sonrisas suyas. Luego volvió a asentir, con determinación, pero esta vez el gesto era sólo para él. Eduardo se estremeció. Por lo visto sólo ellos se habían dado cuenta de lo que significaría para Paula la destrucción del cráneo del Minotauro. Se había convertido en fantasma para protegerlo; una vez destruido, su misión terminaría y ella se desvanecería. Su alma continuaría el camino que debería haber seguido de no haberse convertido en fantasma. Resultaba paradójico: habían vuelto a la Telaraña para salvar a Paula y ahora Paula se sacrificaba para salvar a Cristina.

—Está en Francia —explicó el espíritu—. En un pequeño pinar a unos kilómetros al oeste de una ciudad llamada Nancy. Nunca he entendido el motivo, pero la maldad del cráneo no parece afectar a los habitantes de esa zona... Me gustaría ser más precisa con el lugar, pero no puedo... Sé que había un río cerca, pero no recuerdo ni cómo se llamaba...

—Bueno... Imagino que la caja tendrá suficiente magia como para que un detector la localice —dijo Bernabé—. Pero no entiendo lo que pretendes, Eduardo... Me parece muy bien que quieras acabar con la Sombra, pero eso no salvará a Cristina...

—Trataremos de dar a esos monstruos algo en que pensar mientras encontramos la caja... —comentó Eduardo—. ¿Todavía guardas nuestro equipo, verdad? —preguntó a su hermano.

Bernabé lo observó pasmado.

—¡Claro que sí! ¿Cómo me iba a desprender de todo eso? ¿Pero qué diablos estás tramando?

—El esbozo de un plan... —desveló, con una tímida sonrisa—. No es demasiado complicado y tal vez por eso funcione. Buscaremos el cráneo mientras uno de nosotros lleva a esas criaturas a una trampa.

—¿Quién? —preguntó Diana.

—Víctor... —contestó.

En el bosque

Cristina abrió los ojos en la semioscuridad. Se los frotó y se incorporó hasta quedar sentada, apoyada contra una pared de roca. Había dormido un buen rato y algo le decía que no había sido por su propia voluntad. Los monstruos que la habían capturado debían de haberla hecho dormir mientras se dedicaban a sus asuntos. Miró alrededor, pestañeando con fuerza. Estaba en una pequeña cueva, de apenas unos metros de superficie. Desde la entrada, al otro extremo de donde se encontraba, se filtraba cierta claridad y llegaban débiles rachas de aire fresco.

Gateó hacia allí y en seguida salió a la luz del día. Los ojos le lagrimeaban después de casi dos días de encierro. Volvió a frotárselos con fuerza. Estaba en un claro del bosque de la Colina Negra. El suelo era bastante irregular, con pequeños promontorios y hondonadas. No había dado un solo paso en dirección a los árboles cuando, tras ella, le llegó la voz cascada de la mujer que no era una mujer:

—No trates de huir, pequeña... Te atraparemos antes de que te hayas alejado y, aunque te necesitamos viva, te haremos mucho daño.

—¡Inténtalo! ¡Escapa por favor! ¡Escapa! —le animó la cosa informe, entre risillas.

Los dos monstruos entraron en el claro. La piel de la mujer estaba pálida y reseca, como un traje mal cuidado, una mejilla estaba despellejada y dejaba ver una pulsátil masa negra que parecía hueso quemado. El engendro deforme iba a su lado, arrastrando una bolsa del supermercado del pueblo. Una naranja se escapó por un agujero y rodó por el suelo. La mujer se agachó a cogerla, abrió una boca inmensa que le provocó nuevas grietas en su rostro y la echó dentro. Su garganta se abombó a medida que la fruta bajaba por ella.

—¡Comida humana! ¡Comida humana! —exclamaba el monstruo sin forma—. Somos buenos anfitriones, ¿verdad? Traemos fruta y carne y leche y... bueno, cosas que no sé qué son.

Aquel ser espantoso le tendió la bolsa y, cuando vio que Cristina no hacía ademán alguno de agarrarla, la dejó a sus pies. Un rollo de papel higiénico y una bandeja de plástico llena de chuletas cayeron al suelo. Cristina midió la distancia que la separaba de los árboles. No, nunca podría escapar. Se encontraba cansada después de dos días de pesadilla, y aunque hubiera estado plena de facultades tampoco lo habría

conseguido, a aquellas criaturas las animaba una fuerza sobrenatural.

—Tu vida ya no está en nuestras manos... —le informó la mujer—. Si los de la casa hacen lo que tienen que hacer, vivirás y podrás marcharte. Si tratan de engañarnos o ignoran nuestra petición... bueno... Haremos lo posible para que tu muerte sea rápida, ¿de acuerdo? Y ahora volvamos a la cueva. Esta noche, para bien o para mal, todo aca...

Un trueno sacudió el claro. Una parcela de aire se convirtió en cristal y, desde el otro lado, algo lo golpeó, quebrándolo en mil pedazos y creando una grieta que flotaba en la nada. Durante un segundo un brazo enorme aleteó en el vacío. Luego, un corpachón terroso salió de la grieta y, con paso lento, se acercó a la mujer. Otro ser idéntico surgió de aquella rotura en la realidad. Y otro más fue tras ellos, moviéndose con lentitud pero con tanta energía que el suelo del claro retumbaba. Cinco elementales de tierra traspasaron el portal mágico. Eran como muñecos de barro y roca, del tamaño de un hombre y tan anchos como dos. Sus cabezas eran un grotesco amasijo de tierra con dos agujeros perforados en la parte superior, a modo de ojos.

De la grieta salieron otras dos criaturas. Una era un lagarto negro de metro y medio de alto que caminaba erguido. En su rostro alargado dos ojos saltones miraban en todas direcciones a la vez; a ambos lados de su largo cuello se veían dos glándulas venenosas de color blanco. La lengua bífida y violácea asomaba entre sus labios, agitándose como un pequeño látigo. Tras ella salió una criatura tan enorme como los seres rocosos. Si aquellos eran de tierra, este nuevo espanto estaba hecho de fuego. Sus brazos, sus piernas, su torso y su enorme cabeza eran llamas rojas que vibraban y chisporroteaban. Las escasas hierbitas y hojas del suelo se consumieron en un suspiro bajo sus pies. La temperatura en el claro subió varios grados.

—¿Qué hacéis vosotros aquí? —preguntó la mujer, entrecerrando los ojos, furibunda.

El ser flamígero se adelantó unos pasos. Cristina comprendió que era el líder de los recién llegados.

—El amo nos manda para que os ayudemos... —dijo con voz cavernosa. En la parte baja de su cabeza en llamas se abrió una pequeña oquedad por la que salieron, acompañando a sus palabras, varias volutas de humo negro.

—¿No se fía de nosotros?

El reptil soltó una risilla, ganándose al instante una mirada fulminante de la extraña mujer.

—Nuestro señor es consciente de vuestras capacidades, queridos amigos... —afirmó el elemental de fuego—. Y no nos manda porque dude de ellas. Nos manda para que nos unamos a vosotros y evitar así cualquier posible sorpresa... El amo no quiere fallos.

—¡Tenemos todo bajo control! —protestó la cosa. Tres garras y un tentáculo

señalaron a Cristina—. ¡Y tenemos un plan!

—La Sombra lo sabe. Nosotros lo sabemos... Pero los habitantes de la casa de la colina son excepcionales... Son astutos y su fuerza rivaliza con la vuestra. No los menospreciamos y consigamos toda la ventaja que podamos sobre ellos.

—Teniendo a la niña con nosotros no hay nada que temer. Conozco a la gente de su calaña, y no abandonan jamás a uno de los suyos...

El ser de fuego se giró hacia Cristina, examinándola detenidamente. Ella retrocedió un paso, el calor que irradiaba la criatura era infernal.

—¿Y quién te dice que es de los suyos, camarada? Tu rehén no tiene un ápice de magia en su cuerpo... No es nadie. ¿Qué te hace pensar que su vida vale algo para ellos?

Las doce

No había campanario ni campana alguna en la casa de la Colina Negra y, aun así, al llegar la medianoche se oyeron doce campanadas. Todavía no se había apagado el eco de la última cuando golpearon con saña en la puerta principal. La cabeza de dragón sobre la chimenea abrió dos ojos ambarinos y lanzó un rugido.

Eduardo, Diana y Víctor, desperdigados por el salón, miraron hacia el pasillo que llevaba al vestíbulo. El muchacho se secó las manos húmedas de sudor en la tela vaquera de su pantalón. Diana entrecerró los ojos y Eduardo exhaló un largo suspiro que llevaba rato conteniendo.

—Todo saldrá bien —les aseguró mientras se levantaba del sillón.

—Eso espero... —susurró Diana—. Porque si la Sombra sabe lo importante que es Víctor nos podemos ver en apuros.

—Antes de hacer ningún otro movimiento, querrá recuperar el cráneo, estoy seguro. Ha sido su obsesión durante siglos y aunque sepa que Víctor es el Mestizo, no hará nada hasta estar completo de nuevo. Y eso no pasará.

Víctor siguió a sus padres hacia la puerta. Continuaban golpeándola con fuerza. El techo del descansillo se iluminó despejando de sombras la entrada. Era una luz cálida y tranquilizadora.

Fue Diana quien abrió la puerta. Un brillo perlado se extendió por el brazo derecho del hada, flexionado ligeramente hacia atrás.

La cosa informe y la mujer estaban inmóviles en el porche, como una pareja de incongruentes vendedores de enciclopedias. Tras ellos, las sombras de la noche se apretaban entre el jardín de la casa y el camino que descendía por la ladera. La barrera que impedía la entrada a toda criatura que no hubiera sido invitada era visible por primera vez en quince años. Vibraba en el hueco de la puerta, como un mosquitera hecha de luz que separaba a los de dentro y los de fuera.

—¡Buenas noches! —saludó la mujer, con una gran sonrisa en su rostro marchito—. ¡Creo que tienen algo que nosotros queremos y nosotros tenemos algo que ustedes desean! ¿Deshacemos el entuerto?

—Sí... —respondió Eduardo—. Pero no del modo convenido.

—¿Cómo? —preguntó aquel ser. Se golpeó una oreja con la palma de la mano,

como si se le hubiera metido algo dentro—. ¿He oído bien?

—Sí. Lo has hecho, monstruo —le replicó Diana—. No te daremos a Paula.

—Vaya, vaya, vaya... Qué contratiempo. Entonces no tendré otro remedio que matar a la niña. Me incomoda sobremanera, se lo aseguro... Pero bueno... —pasó una mano amarillenta por su rostro destrozado—. Me hace falta ya otra piel, esta se me cae a pedazos y hay que reconocer que la chica es mona...

—No es el fantasma lo que queréis... —dijo Eduardo—. Lo que busca vuestro amo es el cráneo del Minotauro... Y eso es lo que os daremos.

—Te... ¿Tenéis el cráneo? ¿Aquí? —preguntó entonces la criatura, entrecerrando sus ojillos malévolos. Su voz se había convertido en un susurro expectante.

—No. No lo tenemos. Pero Paula nos ha dicho dónde está.

El ser lo miró unos instantes en silencio, meditando sus palabras. Luego echó hacia atrás la cabeza y soltó una espantosa risotada.

—¡Y supongo que nos diréis el lugar exacto donde se encuentra en cuanto os entreguemos a la chica! ¡Oh, sí! ¡Qué plan tan genial! ¡Claro! ¡Claro! —la cosa miraba a su compañero, atónita, preguntándose si no se había vuelto loco de repente—. ¡Muy bien! ¡Ahora mismo os la traeremos! —torció el gesto, hizo una mueca despectiva y, al instante siguiente, su rostro estalló en pedazos, como si alguien le hubiera pegado un puñetazo desde dentro. Largas tiras de piel se estrellaron contra la barrera para después caer al suelo de madera del porche. Un rostro de hueso negro, mezcla de ave e insecto, se proyectó hacia delante sobre lo que todavía era un cuello humano. El pico curvo que era su boca se abrió para graznar tres palabras—: ¡No somos estúpidos! —sus ojos brillaban, enloquecidos—. ¡Lo pediré por última vez! ¡Dadnos al fantasma o la cría morirá!

—No os lo daremos —afirmó Eduardo, con calma. Levantó un brazo y, con más calma aún, invocó el arma de familia. Los dos monstruos retrocedieron un paso cuando la espada ardiente apareció en su mano—. Pero os llevaremos hasta el cráneo...

—¿Vosotros? —preguntó la cosa, sin poder apartar ninguno de sus ojos de la espada en llamas—. No, no, no... ¡Nos matarán en cuanto tengan la menor oportunidad! ¡No!

—No iremos nosotros —susurró Diana. Luego tomó aliento, tratando de encontrar el valor necesario para decir lo que venía a continuación—. Nuestro hijo os guiará hasta el cráneo...

Las dos criaturas fijaron su vista en Víctor.

—¿El muchacho?

—Así es. El sabe dónde se encuentra lo que buscáis... Os llevará hasta allí y cuando tengáis el cráneo en vuestro poder, regresará.

—Mmmmmm —la mirada vidriosa de la criatura humanoide recorrió a Víctor de

arriba abajo—. ¿Hueles magia en él? —preguntó a su compañero. Eduardo casi suspiró de alivio: no sabían quién era Víctor.

—Huele a magia por dentro, pero no por fuera... Es todavía un cachorro... No sabe cómo usarla.

—De acuerdo entonces. Que venga. Pero la niña se queda con nosotros... —dijo el otro.

—¡No! —gritó Diana.

—Se queda, sí... Volverá con vuestro retoño una vez consigamos el cráneo —su pico de hueso negro se entreabrió en una fría sonrisa—. No os preocupéis por nada, porque nada malo les ocurrirá. Si encontramos el cráneo, claro está...

—No habrá problemas... El lugar donde lo escondieron los Cócalo está sembrado de trampas. Pero Víctor sabe cómo esquivarlas... Encontraréis el cráneo.

—Bien, bien, bien... Que no se hable más. ¡Vamos, niño! ¡Pongámonos en marcha cuanto antes y así estarás cuanto antes de regreso con tu amiguita!

Diana abrazó a su hijo. Después lo apartó suavemente de sí, manteniendo las manos sobre sus hombros, y lo miró directamente a los ojos.

—Cuídate, ¿de acuerdo?

—Lo haré.

—Si no vuelves entero, me enfadaré mucho...

—Haré todo lo que pueda. Palabra.

Luego le llegó a su padre el turno de despedirse. Le revolvió el cabello con fuerza.

—Todo saldrá bien... —le aseguró. Su mano, distraídamente, acarició el pendiente verde que Víctor tenía en la oreja izquierda, asegurándose de que estaba bien sujeto—. No olvides nada de lo que te he dicho. Y cuida de Cristina...

Víctor asintió. Luego se dio la vuelta y salió de la casa, atravesando la barrera mágica. El ser informe se acercó veloz a los pies del muchacho y comenzó a olisquear sus zapatillas. Víctor ni se inmutó.

—Bueno, socio... —le dijo la otra criatura—. Tú dirás...

—Primero quiero ver si Cristina está bien. Luego os diré dónde tenemos que ir.

De pronto la cosa se irguió sobre la confusa maraña de sus patas, sorprendida y asustada. Sus ojos giraban en todas direcciones a la vez.

—¡Lleva un talismán de repulsa! —gritó con una vocecilla histérica, pateando el suelo y trazando círculos alrededor de Víctor—. ¡Lo huelo! ¡Lo huelo!

—Vaya. Yo me esperaba un poquito más de confianza, amigo... ¿Un talismán de repulsa? —el monstruo hizo castañear su pico antes de continuar—. Aquí nadie quiere hacerte daño, así que eso no te hará falta... ¿verdad?

Víctor miró inquieto a su padre. Eduardo asintió tras un segundo de duda y el muchacho, pasándose una mano por el cuello, se quitó el talismán.

—No, supongo que no lo necesito... —accedió, y se lo tendió a su padre. Eduardo

cogió el talismán y acarició en el mismo gesto la muñeca de Víctor. Sus labios musitaron el hechizo de protección y camuflaje más potente que podía realizar en tan poco tiempo. Debería bastar para mantener a Víctor a salvo de hechizos a distancia durante unas horas, esperaba que fuera suficiente.

—Buen chico, buen chico... —graznó el monstruo alado—. ¿Sabes una cosa? No tenemos por qué llevarnos mal. No somos enemigos ni nada de eso, tómatelo como si fuéramos compañeros de viaje... ¿vale? —toda traza de posible amabilidad en sus palabras se disipaba sólo con contemplar su rostro oscuro, el pico acerado que se curvaba y sus diminutos ojos llenos *de* malicia—. Esto es sólo un cruce de caminos. A veces pasa... Nuestros caminos se han cruzado y por un tiempo discurren juntos... Luego se separarán y, muy probablemente, jamás volveremos a encontrarnos.

—Si algo le ocurre a mi hijo... —le interrumpió Diana fulminándolo con la mirada. Parecía enorme bajo la puerta, bañada en una luz salvaje y desatada—. Si algo le ocurre a mi hijo sabrás por qué hasta los demonios del Inframundo temen el poder de las hadas...

—Protegeré su vida como si fuera la mía —le replicó la criatura alada, sonriendo amargamente al recordar todas las veces que había muerto y resucitado. Luego posó una garra en el hombro de Víctor y lo empujó hacia delante—. Vámonos, muchacho. Tu amiga espera.

Y se fueron por la senda de tierra que llevaba hasta el bosque de la Colina Negra.

El puesto de control

Eduardo se sentó en la silla de su despacho con tanta violencia que a punto estuvo de romperla. Había echado a un lado el ordenador para dejar sitio a tres espejos de pie. Junto a uno de ellos había un pendiente verde, idéntico al que llevaba Víctor. Eduardo se lo puso en la oreja izquierda. Lo acarició y, al instante, en el espejo central se formó una nítida imagen de la cosa informe y su compañero avanzando por el bosque. El espejo reflejaba lo que Víctor veía en ese momento. El muchacho desvió la mirada hacia una zona de abedules para luego volver a fijarse en las dos criaturas. La mitad de los ojos de la cosa estaban fijos en él, observándolo con suspicacia, como si temiera una jugarreta.

—*Estamos contigo* —susurró Eduardo—. *¿Qué tal me recibes? Recuerda que no hace falta que hables en voz alta, sólo vocaliza lo que vayas a decir. Con la vibración de tus cuerdas vocales es suficiente...*

La voz de Víctor se transmitió clara y fuerte en su cerebro.

Te rechina un poco la voz, pero te oigo bien... Estamos avanzando por el bosque ¿Podéis verlo?

—*Lo vemos, sí...*

Bernabé y Eduardo habían usado aquellos pendientes en multitud de ocasiones en los tiempos en que se dedicaban a vagar por la Telaraña en busca de tesoros. Bernabé era el aventurero, el que siempre corría riesgos en primera línea, mientras Eduardo permanecía ante los espejos, controlando la situación y dando instrucciones a su hermano para salir con bien de los apuros que pudieran presentarse. Cuando Diana se unió al grupo no les quedó otro remedio que conseguir un nuevo pendiente para ella; Diana, como Bernabé, estaba hecha para la acción.

Se giró en la silla para mirar a su mujer, que observaba el espejo con toda su atención.

—El enlace es perfecto —le informó él con una tímida sonrisa—. Todo va a salir bien.

—Deberíamos seguirlos y rescatar a Cristina.

—Es muy arriesgado, Diana... —dijo Eduardo—. Sólo intervendremos si las cosas se ponen realmente difíciles —añadió antes de concentrarse de nuevo en el espejo.

—¿Ha tenido suerte Bernabé?, quiso saber Víctor. Eduardo vio un primer plano del brazo del muchacho, apartando una rama seca que le impedía el paso.

—*Todavía no* —contestó—. *Dame un segundo para que vea cómo le va...* —Se concentró luego en otro de los espejos y en él se reflejó lo que estaba viendo el portador del tercer pendiente.

Al igual que Víctor, Bernabé estaba en un bosque envuelto en sombras. Se encontraba acucillado al pie de un pino de gran tamaño, examinando la tierra húmeda. Había puesto el detector de magia en el suelo y este emitía un largo y prolongado silbido. Dio una palmada y la tierra comenzó a agitarse en remolinos, como si fuera líquido deslizándose por un desagüe.

Bernabé se había pasado buena parte de la tarde perdido por la campiña francesa. Su detector no le había resultado muy útil hasta entrada la noche, debido a los numerosos focos mágicos que existían en la zona. Además ese territorio había sido escenario de cruentas batallas durante la I Guerra Mundial, y era tal la cantidad de fantasmas que poblaban el lugar que el detector no hacía otra cosa que pitar y pitar. La mayor concentración mágica de la zona estaba a unos setenta kilómetros al norte de donde se encontraba, pero por nada del mundo pensaba acercarse allí. No sólo porque se alejaría bastante de la zona de búsqueda que les había señalado Paula, sino porque allí había tenido lugar la mayor batalla de la Gran Guerra: la de Verdún. En ella había caído cerca de un millón de hombres y muchos de ellos aún vagaban por allí, transformados en espectros. Esa tierra estaba maldita y por eso la perversidad del cráneo no afectaba a la zona: la sombra de Verdún era capaz de eclipsar cualquier influencia maligna que pudiera emanar de la caja.

Llegada la noche, Bernabé dio con un pinar que coincidía con la descripción de Paula. Había estado explorando su interior, guiado por el ir y venir de una débil señal en el detector que se había hecho más firme en las inmediaciones del árbol en el que ahora excavaba.

—¿Algún progreso? —preguntó Eduardo. Sus palabras se transmitieron al instante.

Bernabé dio un brinco, sobresaltado por la voz que acababa de irrumpir en su cabeza. Luego suspiró, recordando de quién se trataba y agitó una mano delante de sus ojos, a modo de saludo.

—*Una rama me ha hecho un siete en la gabardina, pero por lo demás todo bien. Creo que vamos por el buen camino. El detector ha localizado algo y tengo la sospecha de que esta vez no es una falsa alarma. ¿Qué tal el chico?*

—*Bien... De camino a donde quiera que tengan su guarida. Está más tranquilo de lo que esperaba.*

—*No me extraña siendo sobrino de quien es. No te preocupes, viejo... saldrá con bien de todo esto. ¡Vaya! Mira tú...*

—¿Qué?

—*Que acabo de dar con la dichosa cajita...*

Bernabé hundió sus manos en el suelo removido y sacó una pequeña caja sucia de tierra. La limpió con la manga de su cazadora y la observó detenidamente, sabiendo que no sólo sus ojos estaban fijos en aquel objeto. La caja estaba decorada con bajorrelieves y altorrelieves que se enredaban unos en otros en un complejo diagrama de espirales y rectas. Cuando la abrió, se la encontró vacía.

—*Bien. Crea un portal y vuelve a casa* —le dijo Eduardo—. *Veremos qué demonios es eso...*

Diana le golpeó suavemente en el hombro para llamar su atención. El muchacho y sus acompañantes habían llegado a un claro en el bosque. Allí los aguardaban cinco enormes seres de aspecto terroso. Junto a ellos se encontraba una criatura hecha de vibrantes llamas y, un poco más alejado, sin apartar sus ojos de Cristina, un reptil oscuro del tamaño de un hombre. El claro estaba bañado por la luz que despedía el monstruo flamígero y las sombras de todos los que allí se encontraban se precipitaban sobre la tierra, bailarinas e inquietas.

Eduardo tragó saliva.

—Bueno... —susurró, teniendo cuidado de que sus palabras no llegaran a Víctor—. Va a ser un poquito más complicado de lo que yo creía...

Un paseo por la selva

—¡Hola, niña! ¡Mira quién acude valeroso en tu rescate! —anunció la cosa mientras entraba al trote en el claro.

Cristina levantó la mirada; cuando vio a Víctor caminando junto a las dos criaturas, sus labios dibujaron un círculo perfecto que reflejaba la más absoluta sorpresa. Dio unos pasos en su dirección, sacudiendo la cabeza, como si no pudiera creerse lo que estaba viendo. El joven sonrió al verla.

El ser llameante se acercó a los recién llegados. Miró a Víctor fijamente y luego clavó la vista en la criatura alada. Durante el trayecto desde la casa, el monstruo se había ido librando de su disfraz de mujer poco a poco. Se había ido arrancando por completo la ropa y la piel que aún le quedaba hasta mostrar su verdadera forma. Sus alas de hueso eran imponentes, aun llevándolas plegadas a la espalda.

—¿Dónde está el fantasma? ¿Y por qué habéis traído al niño? —preguntó el elemental de fuego. Víctor retrocedió un paso, asfixiado por el intenso calor que despedía. Era como estar ante un horno industrial

—El crío nos llevará hasta el cráneo —le explicó—. No estaban dispuestos a entregarnos a Paula. Y nos lo han dado a él a cambio...

—Qué interesante situación —dijo el lagarto. Su lengua bífida se agitaba al compás de sus palabras. Víctor apartó la vista de los ojos del reptil, había algo terrible en ellos—. ¿De verdad sabes dónde está el cráneo de nuestro amo?

—Lo sé, sí... —contestó, con el poco aplomo que fue capaz de reunir—. Os llevaré hasta él y luego nos dejaréis marchar. Ese es el trato...

—Y es buen trato, para todos... —señaló la criatura alada.

—Demasiado bueno, a decir verdad... —sospechó el elemental de fuego. Sus ojos, que eran como zonas calcinadas en el incendio que tenía por cabeza, estaban fijos en Víctor—. Tiene que haber algún truco. Tiene que haber alguna trampa...

—¿Alguna trampa? El lugar al que vamos está plagado de ellas, pero Paula me ha dicho lo que debo hacer para esquivarlas. Si todo va bien no tendremos ningún problema.

—Por tu bien y el de tu amiga espero que así sea... —le advirtió la criatura alada—. Y ahora dinos de una vez dónde está el cráneo.

—En un templo en el Amazonas... —respondió Víctor, repitiendo las palabras que le llegaban desde la casa de la Colina Negra—. Latitud dos grados veinte minutos quince segundos sur, longitud sesenta y cuatro grados veinte minutos diez segundos oeste. Los Cócalo lo escondieron allí unos años antes de que acabarais con ellos...

Los monstruos del claro se miraron entre sí, como si sopesaran en silencio la información que Víctor les había dado. En ese tiempo, Cristina lo miró fijamente y le preguntó, moviendo los labios pero sin pronunciar palabra: «¿Qué haces aquí?»; a lo que el muchacho, del mismo modo silencioso, respondió: «Vengo a salvarte».

El elemental de fuego rompió el silencio:

—Bien, niño... Veamos si lo que nos has dicho es cierto... —Alzó una mano y dibujó con el dedo índice un gran rectángulo en el aire, como si estuviera delineando el contorno de una puerta. La porción de espacio enmarcada por su gesto crujió y se volvió opaca. Luego asestó un puñetazo en el mismo centro del rectángulo y este se hizo añicos. La criatura había creado un portal como el que los había llevado hasta allí. A través de la abertura se podía ver el color esmeralda salvaje de la jungla amazónica. Allí todavía era de día. El elemental hizo una elegante reverencia en dirección al portal mientras miraba a Víctor—. Usted primero...

Víctor se acercó al rectángulo y lo atravesó con rapidez. Nada más poner el pie al otro lado, la humedad de la selva se le vino encima de forma tan violenta que se encontró bañado en sudor sin haber dado siquiera dos pasos. Se quitó la cazadora y buscó a Cristina con la mirada, tratando de acercarse a ella. La joven marchaba junto al reptil y fueron los últimos en traspasar el portal. Cristina miraba a su alrededor, alucinada.

—¿Por dónde? —preguntó la criatura alada.

—*Hacia el este* —le dijeron desde la casa de la Colina Negra—. *Llegaréis en unos quince minutos.*

—Quince minutos en dirección este. Ya os daré más indicaciones a medida que avancemos... —Víctor se pasó la palma de la mano por la cara. El calor era asfixiante y la cercanía del ser en llamas no lo mejoraba.

Los más frondosos árboles que Víctor hubiera visto jamás se retorcían apretados unos contra otros, con el tronco cubierto de verdor y un caos de lianas repartiéndose entre sus ramas. Helechos de grandes hojas, rebosantes de humedad, los vigilaban por doquier. Víctor se detuvo hasta que Cristina se encontró a su lado. Echaron a andar escoltados por los monstruos de la Sombra. La selva era tan espesa que no había un verdadero camino por el que avanzar y era el ser llameante quien lo abría a su paso, siguiendo las instrucciones que Víctor le daba. Las llamas del elemental de fuego lo calcinaban todo mientras avanzaba por la espesura, aunque se extinguían con rapidez y no se propagaban a la vegetación vecina.

Víctor sintió que alguien le tiraba de la mano y miró hacia atrás. Era Cristina.

—¿Qué está pasando? —preguntó la joven—. ¿Qué es ese cráneo que buscan y qué tiene que ver con vosotros? ¿Y qué tiene que ver conmigo?

—Contigo nada. Te has visto metida en este embrollo por nuestra culpa. Lo siento... —en cinco minutos le resumió la historia de Paula y la Sombra. No entró en muchos detalles porque los monstruos que los custodiaban estaban atentos a su conversación. De cuando en cuando tuvo que parar la historia para seguir dando indicaciones al elemental de fuego que abría la marcha.

—¿Y no podía haber venido otro? ¡No lo sé! La policía no hubiera estado mal...

—¿La policía? ¿Tú crees que tendrían algo que hacer contra estos bichos? ¿Tú crees que se les puede detener a tiros? —como respuesta a su pregunta el pequeño ser deforme soltó una risilla.

—¡No lo sé! ¡No sé nada! ¡No sé cómo me he metido en esta pesadilla! ¡Sólo quería ayudarte y de pronto me veo metida en una película de miedo!

—Lo siento... Lo único que te puedo asegurar es que voy a sacarte de este embrollo. Les daremos lo que quieren y nos dejarán en paz.

Cristina miró a su alrededor; saltó para esquivar una gran raíz que se retorció en el suelo y decidió que había llegado el momento de quitarse la cazadora. Estaba asfixiada.

—¿De verdad estamos en el Amazonas?

Víctor asintió y espantó con su mano un mosquito del tamaño de un gorrión que se le había acercado peligrosamente.

—Sí. En la selva amazónica brasileña, creo... El hombre antorcha ha creado un portal que une el bosque de la Colina Negra con este sitio...

—¡Callaos de una vez! —les gritó el lagarto—. ¡Vais a volverme loco con vuestra charla!

—Es el tiempo —les comentó la criatura alada que caminaba tras ellos—. El calor no le sienta nada bien.

El suelo era irregular, sembrado de raíces retorcidas. A veces la senda se inclinaba de tal modo que los dos muchachos tenían que aferrarse a las lianas y a los troncos de los árboles para no caer. En la lejanía se oía el delirio de mil aves diferentes trinando y cantando, pero a su alrededor se extendía el silencio más absoluto.

—Dile que gire a la derecha cuando llegue a ese enorme árbol podrido. Si no recuerdo mal, encontraréis la entrada del templo en cuanto hayáis dejado el árbol atrás.

Víctor transmitió las indicaciones de su padre al elemental y este giró a la derecha, calcinando dos árboles a su paso. El grupo atravesó los restos humeantes y, tras ascender una pronunciada cuesta, llegaron a una zona donde la vegetación no era tan frondosa. El lugar estaba lleno de árboles de madera clara con el tronco tan estrecho como el palo de una escoba. El suelo era un manto de musgo aromático, encharcado

en algunos puntos. Las copas de los árboles creaban un techo natural sobre sus cabezas que el sol apenas conseguía traspasar.

El lugar era precioso. No tan exuberante como la porción de jungla que acababan de atravesar, pero de algún modo era más apacible, más amable. Donde antes la vegetación aturdiría los sentidos, ahora, en aquel lugar, con aquellos frágiles árboles sujetando el techo de ramas como finas columnatas, les regalaba una sensación de tranquilidad y paz que ni siquiera la presencia de los sicarios de la Sombra lograba empañar.

—Parece una catedral... —susurró Cristina con los ojos muy abiertos, como si no quisiera perderse ni el menor detalle de lo que estaba viendo. Por primera vez desde que la habían secuestrado, olvidó el grave peligro en el que se encontraba.

—No estamos de paseo... —gruñó la criatura alada, abriendo sus alas perezosamente—. ¿Dónde está ese templo?

Víctor señaló hacia dos árboles justo en el linde del lugar. Hacía falta mirar dos veces para darse cuenta de que entre ambos había una puerta. Era una arcada oscura situada en el frontal de un pequeño edificio al que el abandono había convertido en parte del paisaje; las lianas, el musgo, los helechos y las hojas de los árboles lo cubrían por completo. Sólo la entrada estaba despejada.

La cosa informe se acercó y echó un vistazo al interior. La puerta daba a un pasillo oscuro que se adentraba unos metros hasta desembocar en una gran sala. Las paredes del pasadizo estaban húmedas, recubiertas también con el verdor de la jungla.

—Mmmmmmm... La magia es fuerte en este lugar... —dijo una de las cabezas del monstruo cuando salió del edificio—. Y no es magia buena, no... Un poder antiguo habita este sitio.

—Claro que sí... —afirmó Víctor—. Aquí es donde está el cráneo que buscáis...

Habían tardado mucho en decidir el sitio al que Víctor los iba a llevar. Necesitaban un lugar repleto de poder maligno y que a la vez no fuera un verdadero peligro si se conocía la localización exacta de las trampas y el modo de evitarlas. Ese templo ya había sido visitado por Bernabé y Eduardo, en su calidad de buscadores de tesoros.

—*Bernabé acaba de llegar con la caja de plata... En un momento estoy contigo. Quiero echarle un vistazo.*

—*Este sitio me pone los pelos de punta.*

—*No te preocupes, sabré guiarte... Hazlos entrar y espera mis instrucciones cuando llegué is al pórtico principal. Lo reconocerás en seguida.*

Víctor miró hacia la puerta oscura flanqueada por los dos árboles. En su imaginación creyó ver una boca hambrienta que deseaba devorarlo.

La llave, la cerradura y la puerta

—No es una caja... —comentó Eduardo, mientras la daba vueltas ante sus ojos, examinándola con atención. Pasó los dedos por su superficie labrada, acariciando las espirales que la cubrían por entero—. Es una llave.

—¿Y qué cerradura se supone que abre? —preguntó Diana, desviando un momento la atención del espejo donde veían la entrada escondida en la espesura. Uno de los elementales de tierra penetró en las tinieblas de la enorme arcada.

—Por lo que nos contó Paula, es la entrada al segundo laberinto que construyó Dédalo... —agitó la caja con fuerza junto a su oreja sin escuchar nada raro—. Aquí es donde está el cráneo de Asterio... —quitó la tapa de la caja y la observó detenidamente.

En el espejo vieron un primer plano de Cristina. La presencia de Víctor la había tranquilizado, aunque todavía estaba muy asustada. «No es para menos», pensó Eduardo, «no todos los días te secuestra una manada de monstruos». La joven echó a andar hacia la puerta del templo a una orden del ser alado, y Víctor, a juzgar por el movimiento de la imagen en el espejo, fue tras ella. Dos elementales de tierra cerraban la marcha.

Eduardo abrió la caja y estudió las dos partes por separado, tratando de no pensar en el peligro que corrían los muchachos. Colocó la tapa bajo la cajita, de tal modo que la parte superior de la primera quedó adherida a la parte inferior de la segunda. Sonó un *click* cuando los relieves de la tapa coincidieron exactamente con los intersticios entre los labrados de la base.

—Creo que la cerradura y la llave son una misma cosa... —intuyó Eduardo. Entrecerró los ojos y, bajo la atenta mirada de su mujer y de su hermano, deslizó la tapa unida a la parte inferior de la caja hacia la izquierda. Se escuchó un segundo *click* cuando la tapa llegó hasta el tope de su giro—. Vaya, hemos dado con algo... —dijo al notar que la caja comenzaba a temblar entre sus manos.

—¿Qué está pasando? —preguntó Bernabé.

—He activado el... —sus palabras se vieron interrumpidas por un brillo nacarado que surgió, potente y rápido, del centro de la caja.

Eduardo reculó hacia atrás, sorprendido por el inesperado fogonazo. La cajita

cayó al suelo del estudio cuando su espalda chocó violentamente contra la mesa. La luz se había convertido en una columna de brillante oro, tan alta como un hombre, que se fue abriendo ante ellos en forma de abanico. Bernabé y Diana se apartaron de un salto de la trayectoria de la luz. Eduardo se levantó de la silla con una mano en el costado dolorido.

Un vibrante triángulo invertido, hecho de luz, surgía de la caja tirada en la alfombra, iluminando la estancia con su intenso fulgor. Los lados verticales de la figura comenzaron a temblar al unísono y se fueron abriendo a izquierda uno y a la derecha el otro, hasta que pasados unos segundos ya no era un triángulo lo que contemplaban, sino un alto rectángulo de pura luz. Su superficie se fue ensombreciendo paulatinamente, dejando ver ahora formas tras ella, como si aquella luz cegadora no hubiera sido más que el envoltorio de algo que, ahora mismo, estaba a punto de descubrirse.

Un remolino de llamas, procedente esta vez de la propia casa, rodeó a la forma que iba surgiendo de la luz moribunda. Eduardo comprendió que la casa trataba de protegerlos; intuía que algo maléfico había entrado en su interior y pretendía apartarlos de ello. Eduardo apretó los dientes e invocó el arma de familia un segundo antes de que Bernabé hiciera lo mismo y se colocara a su lado. Diana, más retrasada, repartía su atención entre lo que estaba surgiendo de la caja y el espejo de su hijo, sin saber muy bien hacia dónde mirar.

En el espejo la mirada de Víctor recorría la estancia a la que acababan de llegar. Era una sala fría. La luz del exterior apenas llegaba allí, pero el resplandor del elemental de fuego era más que suficiente para iluminarla por completo. En la pared frente a ellos se podía ver media docena de grandes puertas de arco de medio punto labradas en la roca. Seis nuevos pasillos se adentraban en el interior del templo. Sobre las arcadas había un gran mosaico semicircular en el que una gigantesca serpiente luchaba contra un jaguar al que mantenía preso entre sus anillos.

—*Estamos en el pórtico. Y hay seis puertas en la pared. ¿Por dónde tenemos que ir?*

—*Dame un minuto* —le pidió Eduardo.

El fulgor de las espadas, el círculo de llamas que la casa había formado en torno a la caja y la propia luz que surgía de esta iluminaban el despacho con la fuerza de un incendio.

El templo

—*Dame un minuto* —pidió la voz de Eduardo en la mente de Víctor, y a este no le quedó otro remedio que concedérselo.

El frío era realmente intenso. Nada más cruzar la puerta del templo, la temperatura había descendido tanto que Víctor y Cristina se habían vuelto a poner sus cazadoras.

—¿Por dónde? —dijo la criatura alada, guiñando los ojos en dirección a Víctor.

El muchacho paseó la vista por las seis puertas que tenía ante sí. Las seis eran idénticas. Luego examinó el gigantesco mosaico que ocupaba el frontal superior de la pared, como si buscara alguna pista allí. La serpiente abría sus fauces sobre el jaguar atrapado y de sus colmillos curvos caían gotas de veneno. El jaguar se debatía, aprisionado por los poderosos anillos del cuerpo del ofidio, con su cabeza congelada en un silencioso rugido.

—*Fíjate en la garra delantera izquierda del jaguar, la que queda justo debajo de una de las gotas de veneno. Señala hacia la última puerta de la izquierda. Ese es el camino.*

Víctor se acercó a la puerta que le había indicado su padre.

—Es por aquí... —anunció. Y nada más hablar, todas las criaturas se arremolinaron en torno a él.

—*El pasillo se adentra en las profundidades del templo y llega hasta el cuerpo central. Deteneos cuando os topéis con una nueva arcada. Allí está la primera trampa.*

El segundo laberinto

La luz que salía de la caja se fue disipando hasta desvanecerse por completo, desvelando la forma que había guardado en su interior: una moldura rectangular de piedra blanca que enmarcaba un vacío amarillento. Era un portal mágico, como el que había creado el elemental de fuego para llegar a la jungla o como el que Bernabé había utilizado para ir en busca de la caja. Sólo que aquel portal lo había creado un hombre que llevaba muerto miles de años.

Bernabé, con la espada en la mano, se acercó a la puerta y echó un vistazo a su interior. Vio un pasillo largo que nacía de la arcada y que, unos veinte metros más adelante, se dividía en tres pasillos diferentes; uno giraba en ángulo recto hacia la izquierda, otro viraba hacia la derecha y el tercero seguía recto hacia delante. El techo estaba a unos cuatro metros de altura, sustentado por una serie de gruesas columnas cuyo color rojo intenso resaltaba con fuerza contra el suave tono color crema de las paredes. Todo estaba bañado por una luz ambarina que iluminaba los pasillos sin que se pudiera descubrir su origen.

—El segundo laberinto de Dédalo... —dijo Eduardo, que se había levantado de la silla para mirar dentro del portal tras indicar a Víctor qué puerta debía elegir.

—Parece un sitio agradable... —comentó Bernabé.

—No te fíes de las apariencias. Dédalo no quería que nadie encontrara el cráneo y diseñó este laberinto para que fuera su última defensa.

—Pues tendremos que burlarla y encontrarlo. ¿Ese era el plan, verdad?

—Y lo sigue siendo... —afirmó Diana tras ellos. Llevaba un enorme ovillo de lana y cuando Bernabé se dio la vuelta, se lo tiró a las manos—. Si a Teseo le funcionó, a nosotros también puede ayudarnos... —miró a Bernabé fijamente—. ¿Nos vamos?

Bernabé asintió, mirando de reojo a su hermano.

Eduardo había deseado que Diana se quedara con él en la seguridad del despacho. Pero eso no habría sido propio de ella. Ya le había costado un gran esfuerzo convencerla de que era Víctor quien debía guiar a los secuestradores de Cristina hasta el templo. Persuadirla ahora de que dejara que Bernabé se internara sólo en el laberinto no tenía ningún sentido.

—No te separes de él —le advirtió mientras señalaba a su hermano—. Sólo puedo

estar en contacto con Bernabé y no sabemos qué os vais a encontrar ahí dentro...

—No te preocupes... Todo va salir bien, ¿recuerdas? —dijo, con una débil sonrisa.

—Sí, claro que saldrá bien —cogió de la mano a Diana y apretó con suavidad.

—Cuida de los muchachos...

—Lo haré.

—Bien... —comentó Bernabé, dando una palmada para llamar su atención—.

Hora de buscar tesoros...

Eduardo los vio entrar a través del portal y volvió con rapidez a la mesa. Víctor todavía no había llegado a la primera trampa del templo y se centró en el espejo de Bernabé. Su hermano y su mujer caminaban el uno junto al otro. Bernabé llevaba el ovillo reatado en el cinturón, de tal forma que este no tuviera ninguna dificultad para desenrollarse tras ellos a medida que avanzaban. Alcanzaron rápidamente la primera bifurcación y se detuvieron allí contemplando los tres pasillos.

—Bien... *¿Ahora por dónde?* —preguntó Bernabé—. *El camino de la izquierda se bifurca de nuevo a los pocos pasos... El de la derecha tarda un poquito más en dividirse y el que tenemos enfrente sigue recto durante un buen rato... ¿Alguna idea?*

—*Ninguna...* —Eduardo contempló con atención la imagen reflejada en el espejo, tratando de encontrar algún indicio, en las columnas o en las paredes, que señalara el camino adecuado. Pero no había nada. La construcción era sobria y la decoración inexistente—. *Creo que tendréis que ir adentrándoos en el laberinto... Tal vez más adelante encontremos alguna pista.*

—*Hemos llegado al final del pasillo* —dijo Víctor en su mente.

Eduardo cambió de espejo.

La primera trampa

El pasillo desembocaba en una arcada de piedra roja, incrustada en una pared que se inclinaba hacia ellos peligrosamente, como si estuviera a punto de derrumbarse. Víctor los había hecho detenerse y contemplaba la abertura con el ceño fruncido. Daba la impresión de estar sumido en sus pensamientos, pero en realidad escuchaba con atención las instrucciones que le llegaban desde la casa. Asintió y dio un paso al frente.

—Por aquí... Pero cuidado. Aquí está la primera trampa.

—Que pase la chica primero... —ordenó el ser alado.

Cristina miró a Víctor y él asintió, pero sin demasiada convicción. La joven no había dado dos pasos dentro cuando Víctor fue tras ella. La sala no era demasiado grande y, a excepción de una cenefa decorativa que recorría la pared que tenían en frente, estaba completamente desnuda.

Uno a uno los sicarios de la Sombra fueron entrando, mirando recelosos a su alrededor. Cuando Cristina estaba a punto de llegar a la puerta, algo crujió bajo su zapatilla y dos rejas de metal bajaron al unísono, cegando la entrada y la salida de la pequeña estancia.

—¿Qué? —gruñó la criatura alada, mirando a todas partes. El ruido de un mecanismo oculto poniéndose en marcha había sobresaltado a todos menos a Víctor, que esperaba que aquello sucediera.

—¡El techo! ¡Mirad el techo! —aulló la cosa informe.

De allí habían surgido decenas de picas de metal herrumbroso apuntando amenazadoras hacia ellos. En una de las lanzas había una calavera atravesada. Y el techo descendía, poco a poco, crujiendo, dejando caer sobre ellos una fina llovizna de polvo.

El elemental de fuego saltó hasta quedar justo delante de Víctor.

—¡Niño! ¡Calcinaré tu alma si no nos sacas de aquí! ¡Morirás la terrible muerte del fuego antes de que una sola de esas lanzas te atraviese!

Víctor saltó hacia atrás, tosiendo sofocado por la corriente de aire cálido que rodeaba al elemental. El techo seguía bajando, lenta pero inexorablemente. De las paredes llegaban los chasquidos y crujiidos de la maquinaria que lo estaba haciendo

descender. Uno de los seres terrosos golpeó el muro que tenía más cerca, tratando de llegar al mecanismo; pero la roca era fuerte y ni la más pequeña grieta apareció en su superficie. Cristina retrocedió hasta una de las esquinas y se acuclilló allí, con la vista fija en las picas negras. Otro ser de tierra pateó una de las verjas, pero también resultó en vano: ni siquiera temblaron ante su embestida.

Víctor corrió hacia la pared opuesta. En su mente escuchó la voz de su padre:

—*Bien... Ahora marca el código en la cenefa que recorre la pared. Pulsa los soles de izquierda a derecha y luego aprieta la octava luna contando desde la derecha. Eso detendrá el techo y abrirá la puerta. ¡Deprisa!*

El muchacho se acuclilló ante la cenefa donde estaban grabados soles, estrellas y lunas, una en cada baldosa que componía la serie.

—¡Vamos a morir! ¡Vamos a morir! —gritaba la cosa, corriendo enloquecida de un lado para otro.

—No... —susurró Víctor—. Puedo detener el mecanismo.

—*¡Deprisa!*

—Si recuerdo cómo hacerlo...

—¡Date prisa, niño! ¡No tenemos tiempo!

—¡Dejadme pensar! ¡No es tan fácil! —gritó Víctor.

—*¿Cómo que no es tan fácil? ¡Te he dicho lo que tienes que hacer! ¡Detén la trampa ahora mismo!*

—¡Un minuto! ¡Sólo necesito un minuto para recordarlo!

El techo estaba a unos seis metros de ellos cuando los cinco elementales de tierra se aproximaron unos a otros y formaron una pina en el centro de la sala. Víctor los espiaba por el rabillo del ojo, acariciando los grabados de la cenefa pero sin apretarlos todavía. El muchacho esperaba, a pesar de los gritos de Eduardo en su cabeza ordenándole que dejara de jugar y a pesar de su propio miedo. Volvió a mirar a los cinco elementales. La tierra que daba forma a los enormes monstruos comenzó a pasarse de unos a otros. Se estaban fundiendo entre ellos, de tal modo, que al cabo de un minuto, cuando el techo se encontraba apenas a cuatro metros del suelo, no eran cinco criaturas, sino tan sólo una: un enorme elemental que se estiró en la estancia como una montaña desperezándose. Las lanzas se clavaron en su espalda a medida que se alzaba, tratando de interponerse en el trayecto del techo. Grandes trozos de roca y barro cayeron al suelo, rompiéndose en pedazos.

Víctor siguió esperando, conteniendo la respiración. El techo, a pesar de la oposición de la gigantesca criatura, seguía bajando, deshaciéndola en el proceso.

El elemental de llamas corrió hacia la esquina donde estaba acuclillada Cristina, dejando una estela de humo y llamas a su paso. Alzó una garra y amenazó con descargarla sobre la joven.

—¡Páralo! ¡Páralo ahora mismo o la mato!

La mano de Víctor voló sobre la cenefa, pulsando todos los soles de izquierda a derecha y luego deteniéndose a contar el número de lunas hasta pulsar la adecuada. El techo se detuvo con un frenazo en seco y, al mismo tiempo, el ser de tierra se desplomó al suelo, roto y deshecho.

La cosa y el reptil suspiraron aliviados. El elemental de tierra comenzó a agitarse en el suelo y una única criatura de las cinco originales se incorporó, con su lentitud característica. Estaba dañada y agrietada, pero aguantaba entera.

—Sigamos... —ordenó la criatura alada y luego añadió, dirigiéndose a Víctor—: Si ocurre algo que se parezca remotamente a esto, la niña morirá. Y a partir de ahora ella marchará delante. Así que ya nos puedes guiar bien, muchachito... Por tu propio bien y por el de ella.

Víctor se levantó, acariciándose el pendiente.

Encrucijadas

Bernabé y Diana llegaron a una nueva encrucijada. Bernabé iba desenrollando el ovillo tras él y además, para más seguridad, informaba puntualmente a Eduardo de cada uno de sus giros para que los fuera anotando. Diana avanzaba con el gesto torcido. No le gustaba nada el olor de aquel lugar. Milenios de encierro habían dotado a la atmósfera del laberinto de una consistencia terrosa. Cada vez que respiraba, creía estar aspirando polvo.

—A la izquierda ahora... —anunció Bernabé. Llevaba la espada en llamas en su mano derecha y esta iba arrojando charcos de luz a su alrededor. Cuanto más profundizaban en el laberinto, más complicado se volvía este. Los pasadizos avanzaban apenas dos o tres metros rectos antes de bifurcarse de nuevo. Era enervante. El ovillo seguía igual de grueso en su cinturón, alargado mediante magia —. Derecha... —dijo y hacia la derecha fueron, el uno junto al otro.

Diana se detuvo y miró alrededor, conteniendo el aliento.

—El aire ha cambiado... Creo que está a punto de suceder algo.

Un segundo después de haberlo dicho el laberinto comenzó a temblar con tanta fuerza que Diana salió despedida hacia la derecha. Bernabé perdió el equilibrio y trató de apoyarse en la pared más próxima, pero el muro se estaba desplazando hacia la izquierda, girando como la hoja de una puerta que alguien empuja.

—¿Qué es esto?

—¡Las paredes se están moviendo! —gritó Diana, levantándose del suelo a pesar de los intensos temblores de este.

Ante ellos otra pared giraba sobre sí misma y lo que antes había sido un camino despejado, se convirtió en un callejón sin salida. El suelo seguía temblando y se vieron abocados a bailar a su son hasta que el temblor terminó.

—*El laberinto ha cambiado* —dijo Eduardo desde su despacho, mirando al espejo con expresión atónita—. *El segundo laberinto de Dédalo es un laberinto cambiante... El truco del ovillo no vale aquí... ¡Ni el mapa que he estado dibujando!*

Bernabé miró hacia atrás. El hilo que había ido desenrollándose del ovillo estaba roto, tirado en el suelo justo al pie de una pared que unos segundos antes no se encontraba allí.

—Curioso... —comentó.

La gran sala

Después de cinco minutos de caminar por un pasillo oscuro y estrecho, Víctor volvió a escuchar la voz de su padre en su mente:

—*Tras esa arcada hay otra trampa* —le advirtió.

La arcada llevaba a una inmensa sala de baldosas romboidales. Las había de tres colores distintos: negras, blancas y rojas. La zona central del suelo de la sala estaba completamente destrozada y se podía ver que el piso de la estancia se asentaba sobre el vacío; bajo la enorme grieta se adivinaba la negrura de un profundo abismo. Muchas de las baldosas o habían desaparecido o estaban resquebrajadas. Al otro extremo de la sala se encontraba una puerta idéntica a la arcada por la que Víctor se asomaba; Cristina se hallaba a su espalda y los monstruos se apretaban tras ella en el pasadizo que los había llevado hasta allí.

—*Ni un truco aquí* —advirtió la voz de Eduardo en la cabeza de Víctor—. *Bajo la sala duerme un monstruo al que es mejor no molestar.*

—¿Qué es lo que pasa? ¿Qué pasa? —preguntó la criatura alada, remontando el vuelo y sobrevolándolos. Observó las baldosas del suelo y la oscuridad que se intuía en el agujero del centro—. Esto no parece ser la típica treta en la que sólo puedes avanzar pisando las baldosas correctas... —dijo—. Todas son falsas...

—Sí —confirmó Víctor en voz baja—. Pero podremos pasar sin muchos problemas por la cornisa que bordea las paredes, aunque deberemos hacerlo con cuidado y sin levantar ruido... Hay un guardián bajo el suelo y no debe enterarse de que estamos aquí o nos meteremos en problemas.

La criatura alada entró en la sala, agitando sus alas negras con fuerza. Encontró la cornisa sin dificultad. Estaba a la misma altura del suelo y, como había dicho Víctor, bordeaba el muro hasta llegar a la otra puerta. La cornisa apenas medía diez centímetros de ancho y no aparentaba ser muy sólida. Se posó sobre ella y caminó unos metros, probando su consistencia. Asintió satisfecho y luego echó a volar hasta el enorme cráter del centro de la sala; quedó suspendido allí un minuto, escrutando la oscuridad pero sin la menor intención de penetrar en ella. Volvió volando y se posó ante Víctor, que retrocedió un paso para evitar todo contacto con aquella criatura horrible.

—Bien... Yo puedo llevar al otro lado a los niños, a mi estimado compañero y a nuestro reptilisco amigo... Pero los elementales tendrán que usar la cornisa para llegar hasta la puerta. Uno es demasiado pesado y el otro demasiado caliente para mis pobres brazos...

—Yo no tendré ningún problema en cruzar... —dijo el ser de llamas—. Pero dudo que la cornisa aguante el peso del elemental de tierra.

—Deberá hacerlo... —advirtió el reptil—. Ya hemos perdido a sus hermanos y no sabemos qué nos puede aguardar más adelante. No nos podemos permitir el lujo de dejar a nadie atrás. Y en cuanto a que me lleves a mí volando al otro lado, olvídale... Me basto y me sobro yo solo.

Dicho esto, saltó a la cornisa con una agilidad increíble y avanzó a cuatro patas a tal velocidad que llegó al otro extremo en un minuto. Se asomó a la puerta, miró en ambas direcciones y luego les hizo un gesto para indicarles que todo estaba despejado.

La criatura alada aferró a Víctor por debajo de las axilas. El muchacho se revolvió, horrorizado por el contacto frío de aquel engendro, pero no logró librarse de su presa.

—Estate quieto —le aconsejó—. No nos gustaría ver cómo te vas pozo abajo.

Levantó el vuelo batiendo sus alas de hueso. Víctor vio cómo sus pies dejaban de estar en contacto con el sucio suelo del templo. La criatura alada sobrevoló la sala con rapidez, como si el peso del muchacho no le incomodara en lo más mínimo. Cuando pasaban sobre el enorme cráter que ocupaba el centro de la sala, Víctor miró hacia abajo. El fuerte hedor que llegaba desde allí era tan denso que lo mareó. Era como el olor de una jaula de zoológico que no se hubiera limpiado en siglos.

—¿Qué hay allí debajo? —preguntó en su mente, sabiendo que su pensamiento llegaba hasta la casa de la Colina Negra.

—No lo sé. Bernabé no tuvo problemas para pasar por la cornisa.

—Bueno... Sea lo que sea, huele como si llevara mucho tiempo muerto.

—No. Allí abajo hay algo vivo aunque dormido. No hagáis nada que lo despierte.

En el despacho

Eduardo se limpió el sudor de las palmas de sus manos en el pantalón. Miró al techo, pestañeó con fuerza, exhaló un fuerte suspiro y volvió a centrarse en los espejos. Los muchachos estaban llevando la situación con entereza. Era verdad que se había asustado cuando Víctor tardó tanto en marcar el código en la cenefa, pero luego la cosa había salido a pedir de boca. Aquellos malévolos conglomerados de tierra y piedra que la Sombra había creado para que le sirvieran habían sido destrozados por la primera trampa.

Vio en el espejo a la criatura alada dejar al muchacho en la puerta, junto al lagarto negro, y regresar después hacia donde aguardaba el resto. No, por el momento no eran los chicos quienes le preocupaban.

Volvió la vista al otro espejo. Allí era donde había verdaderas dificultades. Bernabé había optado por tomar medidas drásticas y había golpeado una de las paredes con su espada, sin hacer mella alguna en su superficie. Luego retrocedió un paso y descargó un hechizo de derribo sobre la piedra, pero esta ni se inmutó.

—*Imposible de ese modo, Bernabé* —le dijo—. *Están muy bien protegidas...*

—*¡Vale! ¡Pues piensa algo, muchacho, que te pagamos para eso! El problema ya no sólo es encontrar el cráneo. ¡También tenemos que encontrar la salida de este sitio!*

—*Tiene que haber algún modo... Tiene que haber algún modo...* —reflexionaba Eduardo. Su mente estaba trabajando a su máxima potencia, tanto que no le hubiera sorprendido que comenzara a salir vapor por sus oídos. Era un laberinto cambiante; su geografía cambiaba desordenando sus pasillos y muros de tal modo que, una vez que te habías adentrado en él, te encontrabas en otro laberinto que en nada tenía que ver con el anterior. Su sentido común le decía que era imposible encontrar la salida de un lugar así, tan imposible como hallar su centro. Sí, tal vez con tiempo y paciencia el azar los conduciría a uno de esos puntos, pero Eduardo sabía que no podía ni debía confiar en la suerte. Cuanto antes localizaran el cráneo, mucho mejor—. *Dédalo no construiría nada que no tuviera solución... ¡Es imposible!*

En el espejo vio a su mujer, contemplando una de las nuevas paredes con expresión sombría. Apoyó la palma de la mano sobre la roca, arrugó la nariz y aunque no pudo escuchar las palabras que pronunciaba, no tuvo ningún problema en leerlas

en sus labios.

—Hay agua cerca... Puedo olería.

Eduardo enarcó una ceja.

—¿*Agua?*

El guardián

La criatura alada los llevó de uno en uno hasta la puerta. En el otro extremo sólo quedaron los dos elementales. El de fuego fue el primero en pasar; lo hizo con sumo cuidado, avanzando despacio por el pequeño reborde de la pared. Tardó diez minutos en llegar al otro lado. Luego le tocó el turno al elemental de tierra. Marchó torpe, pegado al muro, caminando de costado. Antes de dar cada paso se aferraba con sus manos a la roca de la pared, hundiendo sus dedos en ella como si esta no fuera más consistente que el barro.

Víctor veía agrietarse el suelo de la cornisa bajo el peso del monstruo. El saliente a duras penas era capaz de soportar su masa. La criatura dobló la primera esquina con gran dificultad, asegurándose a la pared con ambas manos. Luego siguió su marcha lenta, con su enorme y grotesca cabeza de roca mirando hacia la puerta. Después de lo que pareció una eternidad, llegó hasta la última esquina. Se aferró de nuevo con las dos manos a la roca, una a cada lado de la cornisa y, ya levantaba una pierna para pasar al otro lado, cuando su mano izquierda se resbaló de la pared arrastrando un gran trozo de roca con ella. Se debatió como pudo, tratando de volver a aferrarse al muro pero perdió pie en el intento. Aun así, por un instante, pareció que iba a lograr equilibrarse, pero sólo fue un espejismo.

El elemental de tierra resbaló y salió despedido hacia la izquierda. Uno de sus pies aterrizó en una falsa baldosa, que se vino abajo con un chasquido. La criatura aleteó en el vacío y cayó al abismo girando sobre sí misma.

Durante largo rato no se escuchó el menor sonido. Todos contenían la respiración, contemplando la negrura. Luego se oyó el tremendo golpe de algo que chocaba y se desmenuzaba contra el suelo y, justo en ese instante, un rugido horrible despertó en las profundidades de la grieta. Víctor sintió que el corazón se aceleraba en su pecho.

—¡CORRED! ¡SALID DE AHÍ!

El grito urgente de su padre resonó en su cerebro como el tableteo de una ametralladora, pero Víctor fue incapaz de dar un paso. Como el resto del grupo, permaneció inmóvil en la arcada, contemplando el remolino de sombras que se agitaba en el centro de la estancia que acababan de atravesar. El rugido se volvió a

repetir, feroz, y se mezcló con el sonido brusco de algo que se elevaba desde las profundas oscuridades de la grieta. Víctor dio un paso atrás. Escuchaba la respiración apresurada de Cristina a su lado y buscó su mano. Algo atravesó la grieta a una velocidad de vértigo, tan rápido que durante un segundo sólo fue un borrón descolorido que se alzaba sobre ellos.

—*¡HUID! ¡MALDITA SEA!*

Por un momento, la mente de Víctor fue incapaz de comprender qué era aquel extraño prodigio que había irrumpido en la sala clavando en ellos sus ojos amarillos y hambrientos. No podía concebir que una criatura así pudiera existir. La cabeza de un jaguar del tamaño de un rinoceronte se alzaba tan alta que rozaba el techo de la gran sala. Dos patas terminadas en garras, tan gruesas como árboles, rasgaron el aire. Las motas negras sobre el pelaje anaranjado parecieron agitarse cuando volvió a rugir, mostrando sus colmillos afilados. Pero no era su tamaño desproporcionado lo que más horrorizó a Víctor, sino que, aunque la parte superior de aquel ser era la de un gigantesco jaguar, el cuerpo felino se transformaba en el de una serpiente de escamas rojas y negras que desaparecía en la oscuridad del abismo, agitándose y vibrando.

La cosa informe lanzó un terrible alarido y traspasó la arcada a toda la velocidad que le permitían sus múltiples patas. Víctor y Cristina tardaron sólo un segundo en salir tras ella, seguidos por los tres monstruos supervivientes. El ser que había surgido del profundo abismo rugió de nuevo, alzó la cabeza y se lanzó en su persecución.

Un rastro en el aire

—*¡Eduardo! ¿Me escuchas?* —preguntó Bernabé, moviendo el pendiente en su oreja como si fuera el dial de una radio mal sintonizada—. *¿Estás ahí? ¡Contesta!*

—*¡Hay problemas con los chicos! ¡Han despertado a lo que dormía en el abismo!*

Bernabé musitó una silenciosa maldición. Habían pasado casi veinte años desde que él se había adentrado en aquel templo y todavía recordaba la tensión con la que cruzó la cornisa que bordeaba aquella sala. En todo momento supo que allí abajo había algo terrible y que estaría perdido si lo despertaba. Suspiró y se giró hacia Diana, que estaba al pie de una nueva ramificación del pasillo, buscando el modo de darle la mala noticia. No hizo falta.

—Lo sé... —dijo Diana sin mirarlo, con la vista perdida en la siguiente ramificación del laberinto—. Puedo sentirlo... Víctor está en peligro.

El hada sabía que una terrible amenaza se cernía sobre su hijo aunque desconociera su naturaleza exacta. Pero sabía algo más. Sabía que la clave para salvar a los muchachos estaba en el laberinto. Era una intuición de tal calibre que se convertía en absoluta certeza. Lo que ocurría en el templo del Amazonas no acabaría bien si ellos no alcanzaban su objetivo. Por eso no dejó que le afectara la noticia. Preocuparse por Víctor no solucionaría nada. Si quería ayudarlo tenía que encontrar el cráneo y para eso debía mantener la calma.

Cerró los ojos. Era una tortura insoportable respirar el aire estancado del laberinto, pero ahora no sólo lo inhalaba, estaba rastreándolo. El aroma del agua que había captado había desaparecido, oculto de nuevo por la aridez de siglos de encierro.

Bernabé sacó su detector de magia y trató de activarlo, pero por algún motivo que no comprendía no funcionaba como era debido. Había una señal constante pero distorsionada que no era posible aislar para borrarla y librarse de ella.

—Por allí... —ordenó Diana, señalando el camino que tenía ante ella.

Bernabé se guardó el detector y echó a andar en esa dirección. No habían avanzado más que unos metros, cuando Diana se paró y lo agarró con fuerza del antebrazo, obligándolo a detenerse. Se estremeció al sentir el contacto de la mano del hada en su brazo y, como si se tratara de un simple eco de su agitación, el laberinto comenzó de nuevo a temblar. La porción de pared que Bernabé tenía a su derecha

desapareció, ocultándose en el suelo como si la hubieran hundido de un potente martillazo.

Diana volvió a olfatear el aire viciado. El olor del agua había vuelto.

—Por aquí... —indicó, girando hacia la izquierda.

Espadas asesinas

Víctor corría por el pasadizo del templo. El pasillo iba ahora cuesta abajo, con lo cual la carrera era mucho más peligrosa. A su izquierda iba Cristina y unos metros más adelante la cosa informe, chillando como un cerdo en día de matanza. El reptil lo adelantó por la izquierda. Desde detrás llegaba el sonido del trote del elemental de llamas y desde arriba el batir de alas de la otra criatura.

Detrás de ellos se oía el sonido del monstruo del pozo. Sólo una vez había girado Víctor la cabeza y lo había visto a unos metros del ser llameante, rugiendo y bramando, golpeando las paredes del pasillo mientras los perseguía, enloquecido. Un espumarajo de saliva blanca colgaba de sus labios.

—¡Tenéis una trampa justo delante! —gritó su padre en su mente—. ¡Entraréis en una sala con las paredes repletas de cuchillas! ¡En cuanto pongáis un pie en ella se pondrán en marcha! ¡Sólo hay un camino seguro! ¡Camina por la hilera central de baldosas y ve contándolas! ¡Cuando llegues a diez cámbiate a la hilera de la izquierda y cuenta cinco baldosas más, luego vuelve a la central y corre hacia la salida!

—Diez, izquierda, cinco, centro... —susurró Víctor, tratando de no olvidar la secuencia. Cristina a su lado le lanzó una mirada perpleja—. Diez, izquierda, cinco, centro... ¡TRAMPA! —gritó cuando observó que el pasillo terminaba en un arco de piedra. Entrevió en las paredes el brillo del metal; luego descubrió que este provenía de grandes cimitarras adosadas por toda la superficie de la roca. Por un segundo había jugado con la idea de no avisar de la existencia de la trampa para que los monstruos que los precedían cayeran en ella, desprevenidos. Pero si debían enfrentarse a aquello que los perseguía necesitarían toda la ayuda posible—. ¡Id por la hilera del medio, contad diez baldosas y cambiaos a la hilera de la izquierda, luego regresad a la central y salid pitando!

En cuanto la cosa informe puso la primera de sus patas en la sala, las cimitarras se colocaron en posición horizontal y comenzaron a dar mandobles de izquierda a derecha, cortando el aire con un silbido agudo. Había docenas de ellas y daba la impresión de que no había pasillo alguno que lograra atravesarlas. El monstruo frenó su carrera y volvió a chillar, espantado por el espectáculo de filos cortantes que tenía ante sí. Pero pudo más el miedo a lo que venía pisándoles los talones; y este, unido al

empellón que le propinó el lagarto, le hizo avanzar por la hilera central, con todos sus ojos desorbitados por el pánico. Las dos criaturas se perdieron de vista en el caos de las espadas que iban y venían.

Cristina se detuvo a la puerta de la sala, pero Víctor la tomó con fuerza por los hombros y la empujó hacia delante a través de la tormenta de espadas. Víctor se obligó a no escuchar aquel silbido mortal, con la vista fija en las baldosas del suelo. Cuando llegó a la décima saltó con Cristina a la fila contigua y avanzó de nuevo; hasta que llegó la hora de volver a la central y correr. Alcanzaron la salida sin contratiempos, aunque los dos tenían el corazón acelerado. Un minuto después llegaron el elemental de fuego y la criatura alada. Todos se giraron para contemplar al monstruo.

Este se había detenido a la entrada de la sala. Los contemplaba con furia desde la arcada y luego miraba a las espadas que habían vuelto a su posición original. Por un momento Víctor pensó que iba a desistir, pero sus enormes patas delanteras avanzaron hacia el interior y las espadas se volvieron a poner en marcha. Víctor volvió la cabeza, convencido de que las cimitarras iban a cortar en mil pedazos al monstruo. Pero en vez de escuchar el sonido de los filos rasgando la carne, oyó el ruido atronador de algo que golpeaba con fuerza las paredes. Se giró de nuevo. El jaguar serpiente estaba arremetiendo a cabezazos y zarpazos contra ellas y como respuesta las espadas se replegaban a su antigua posición. De alguna manera, comprendió el muchacho, la fiera sabía cómo detener las cimitarras o, por lo menos, cómo destruir el mecanismo que las ponía en marcha.

Víctor se estremeció.

—¡Escapad y seguid el cráneo! —gritó el elemental de llamas, girándose para enfrentarse al monstruo que ya había llegado al centro de la sala—. ¡Yo me encargo de él! —dijo, y le lanzó un proyectil de fuego. El monstruo lo esquivó con un salto lateral, clavó sus garras en el suelo y se impulsó hacia delante, rugiendo.

Víctor echó de nuevo a correr, llevando a Cristina de la mano. El resplandor del elemental había quedado atrás y ahora avanzaban entre tinieblas. Víctor miró por enésima vez a su espalda y vio cómo el jaguar descargaba un potente zarpazo sobre la criatura, partiéndola por la mitad.

La solución

Los salvajes terremotos que recorrían el laberinto se estaban haciendo cada vez más frecuentes, sin importar en qué dirección avanzasen. Daban dos o tres pasos, y de nuevo la fisonomía del laberinto cambiaba. Diana seguía el rastro del agua. Ese olor era para ella como un faro en la atmósfera rancia que los rodeaba.

—¿Sabes lo que estás haciendo, verdad? —preguntó Bernabé.

Ella tardó un momento en contestar.

—Estamos cerca del centro... Muy cerca. Creo que siempre que estamos a punto de llegar, el laberinto cambia para despistarnos...

—Bueno... Pues tenemos que encontrar el modo... —una nueva sacudida le interrumpió cuando todo el laberinto volvió a temblar. Justo ante sus narices el suelo se alzó hasta unirse con el techo y formar un nuevo callejón sin salida—. ¡Empiezo a estar muy harto! —exclamó, girándose hacia Diana.

El hada miraba hacia arriba, con los ojos entornados y las aletas de la nariz temblando.

—Creo que ya sé lo que debemos hacer...

—¿Qué?

—Vamos a dar un paseo por aquí... —dijo el hada. Lo tomó de la mano y se lo llevó por un pasillo que viraba a la izquierda.

Como ya venía siendo norma, no habían dado más de tres pasos cuando el laberinto volvió a enloquecer. Las paredes que los rodeaban se hundieron en el suelo sin producir el menor sonido y un muro de unos quince metros de largo giró hacia la izquierda, uniéndose a un extremo del pasillo que habían estado siguiendo.

Diana continuó caminando, llevando a Bernabé de la mano, como dos niños de excursión. Dos pasos más tarde el temblor se repitió por enésima vez. Justo a su derecha una porción de suelo comenzó a alzarse y Diana, de un potente salto, subió a ella arrastrando consigo a un sorprendido Bernabé. Ambos quedaron de pie sobre el bloque de piedra que se alzaba rumbo al techo. Bernabé dio un grito, convencido de que Diana se había vuelto loca y que los arrastraba hacia la muerte. Fue entonces cuando se dio cuenta de que el techo sobre sus cabezas había desaparecido y, en su lugar, había una ranura de oscuridad que coincidía con el tamaño del bloque de

piedra en el que estaban subidos.

—Ya estábamos en el centro... —le susurró Diana, justo cuando atravesaban el agujero del techo y el bloque de piedra se detenía con un ligero bandazo—. Pero estábamos en la planta equivocada...

«Acabemos con esto de una vez»

El pasadizo por el que huían se bifurcaba en dos ramales, uno hacia la izquierda y otro a la derecha. Dando tumbos a su espalda rugía el monstruo, acortando cada vez más la distancia que los separaba.

—¡Girad a la izquierda! ¡A la izquierda! —gritaba Eduardo.

—¡A la izquierda! —indicó Víctor, tomando ese desvío junto a Cristina unos segundos después de que la cosa y el reptil, siempre en cabeza, así lo hicieran. Los ecos de sus gritos y sus pasos quedaban amortiguados por el estruendo del monstruo que les daba caza.

La criatura alada pasó volando sobre ellos a una velocidad endiablada. Víctor se arriesgó a mirar sobre su hombro y vio que el monstruo había doblado ya la esquina y que estaba apenas a cuatro metros de distancia. Apretó los dientes. Un brillo de plata surcó sus ojos castaños, la expresión de su rostro se endureció y sus labios se comenzaron a mover con rapidez, como si estuviera rezando. Volvió a mirar hacia delante, sin dejar de murmurar. La luz plateada cubrió por completo sus ojos.

La cosa informe dio un grito. El lagarto la había atrapado por una de sus muchas patas, y ahora frenaba su carrera mientras se daba la vuelta para encarar al jaguar serpiente. Víctor y Cristina lo adelantaron, uno por la izquierda y la otra por la derecha. El pequeño monstruo gritaba y chillaba, aterrado. El reptil lo agitaba en el aire como un lanzador de béisbol a punto de lanzar su mejor bola.

—¡No! ¡No lo hagas! —rogó la criatura alada, desesperada, lanzándose a toda velocidad hacia ellos.

Para cuando llegó, el lagarto ya había arrojado con todas sus fuerzas al ser deforme hacia el monstruo, que se aproximaba como un tren desbocado por el pasillo. Su pico se abrió en un grito de impotencia al presenciar cómo su amigo giraba y giraba en el aire.

—¡NOOOO!

Los ojos dorados del jaguar centellearon al ver aproximarse tan extraño proyectil. De un potente salto atrapó entre sus mandíbulas al monstruo, que sólo tuvo tiempo de dar un último alarido antes de que aquellas fauces se cerraran como cepos sobre ella.

Cristina y Víctor apartaron la mirada a la vez. En los ojos del muchacho el fulgor plateado había desaparecido.

El jaguar echó hacia atrás su majestuosa cabeza y, de dos mordiscos, se tragó a la cosa informe. Se relamió y se fue acercando a ellos, muy despacio, flexionando con delicadeza sus patas y arrastrando su inmenso cuerpo de serpiente.

De pronto se detuvo en mitad de un paso y lanzó un rugido descomunal. En él había tanto dolor como angustia. Un espasmo recorrió al engendro desde la punta de la cola de serpiente hasta la cabeza de jaguar. Se desplomó contra una pared. La roca se hundió y agrietó bajo el impacto de su cuerpo.

El monstruo se convulsionaba en el corredor. Lanzó otro rugido agónico y golpeó con su testuz la pared de piedra, desprendiendo rocas y polvo. Su cuerpo de serpiente se agitaba tras él como un látigo enloquecido. Espumarajos blancos surgían de sus fauces. Enderezó su cuerpo una última vez y se desplomó sobre un costado. Muerto.

—La sangre envenenada de nuestro compañero ha podido con él... —explicó el reptil con una sonrisa en los labios.

La criatura alada se le encaró, con los brazos crispados y las manos convertidas en dos garras dispuestas a matar.

—¡Era mi amigo! ¡Maldito seas mil veces! —los ojos parecían a punto de reventarle en sus órbitas. Pudo ser un efecto óptico, pero Víctor creyó ver lágrimas en ellos—. ¡Era mi amigo!

—Tu amigo nos ha salvado a todos. La Sombra le estará agradecida...

La criatura alada desvió su vista y contempló el cuerpo inmóvil del monstruo muerto en el pasillo. Sus brazos y sus alas se agitaban, presas de furiosos espasmos. Se giró hacia el reptil. Había tal rabia en su mirada que Víctor pensó que iba a lanzarse sobre él y despedazarlo con sus garras. Pero finalmente, aunque la cólera de sus ojos no se apagó, la criatura bajó la cabeza y le dio la espalda.

—¡Vamos! ¡Encontremos ese maldito cráneo! —dijo y echó a andar hacia Víctor. Se detuvo junto a él un instante—. Lo has conseguido, muchacho... Sólo quedamos dos... Llévanos hasta el cráneo y acabemos con esto de una vez.

Víctor miró al ser alado y asintió débilmente.

—*Sólo queda una trampa* —dijo la voz de su padre en su mente—. *Este pasillo va a dar a un patio interior... En su extremo hay una puerta. Haz que uno de ellos la abra pero cuidaos de estar lo suficientemente alejados de él cuando lo haga. El que abra la puerta caerá fulminado por el aire envenenado del interior... ¿Sabes? Ese era el tesoro que guardaba el templo... La Muerte Sagrada, la llamaban los indígenas... Estaba destinada al rey de la tribu cuando llegaba la hora de cambiar de monarca... Gracias al cielo, Bernabé no abrió la puerta...*

—*¿Y por qué no la abrió?*

—*Porque lo que perseguíamos no estaba ahí. Cada uno de los monarcas que*

buscaba la Muerte Sagrada dejaba su corona de oro en la entrada antes de abrir la puerta. Eso era lo que buscábamos. Haz que uno de ellos la abra y encargaos del que sobreviva...

El cráneo del Minotauro

Era una sala enorme de paredes blancas, bañada por una luz temblorosa que surgía del estanque que ocupaba el centro de la estancia. A su alrededor había una docena de estatuas de metal que representaban guerreros armados. Unos llevaban espadas desenvainadas y otros, hachas de aspecto fiero. Todos portaban el mismo casco cónico, con rendijas verticales para los ojos y un penacho con forma de cepillo en lo más alto.

—Te apuesto lo que quieras a que en cuanto nos acerquemos esos gigantes vuelven a la vida para hacernos pedazos... —afirmó Bernabé en un susurro, tanto para Diana como para Eduardo.

Diana dio un paso hacia el estanque mirando de reojo a los gigantes. Bernabé invocó de nuevo el arma de familia y fue tras ella. Se oyó un estridente chillido y los doce gigantes comenzaron a moverse hacia ellos como si se tratara de un solo ente.

—¿Os lo dije? —exclamó Bernabé, alzando su espada en llamas.

Pero Diana no miraba las estatuas. Sus ojos estaban fijos en el estanque del centro de la habitación. En el fondo de este, en una urna de cristal, se encontraba el cráneo del Minotauro. Sus cuernos de hueso blanco brillaban cegadores.

Saltó para esquivar el puño del gigante que la atacaba, envuelta en una riada de chispas esmeralda.

El patio interior

El amplio patio interior estaba envuelto en las luces del crepúsculo.

Víctor señaló hacia delante, hacia la puerta de madera blanca que se veía entre las columnas al otro lado del patio.

—Allí está el cráneo... En esa sala...

La criatura alada gruñó, poco convencida. Pero dio unos pasos en la dirección indicada.

—No creo que sea una buena idea —comentó el reptil—. No sabemos qué hay tras esa puerta. Puede ser una nueva trampa...

Víctor miró al reptil con el ceño fruncido. La criatura alada se dio la vuelta muy despacio, clavando sus ojos negros en el último de los que lo seguían. Pareció meditar sus palabras, abriendo y cerrando su pico curvo. Estaba jugando con la idea de matar al lagarto cuando todo terminara, pero aun así no podía dejar de darle la razón. Pensó en ordenarle a él que abriera la puerta, pero luego volvió su horrible cabeza hacia Víctor y Cristina. Su amo, no sabía por qué, le había prohibido dañar al niño. Pero la cría era prescindible.

—¡Niña! ¡Abre esa puerta y tráeme lo que hay dentro! ¡Y ay de ti si intentas algo!

Víctor dio un paso hacia atrás, como si le acabaran de abofetear. Cristina permaneció inmóvil a su lado, sin respirar siquiera.

—¿No me has oído? ¡Muévete!

Cristina le dedicó a Víctor una mirada asustada y dio un tímido paso hacia delante. El muchacho tragó saliva y observó a la chica aproximarse, muy despacio, a la puerta blanca. El brillo plateado volvió a los ojos del joven. Sus labios comenzaron a moverse, musitando palabras en un lenguaje que le era desconocido. Preparando un hechizo.

La criatura de las alas de hueso negro contemplaba expectante a Cristina, ajena a los susurros de Víctor. A la espalda del muchacho el reptil entrecerró los ojos, sus labios finos y negros se curvaron en una malévola sonrisa. De dos silenciosos pasos se colocó tras Víctor; tan cerca de él que si no hubiera estado tan concentrado en el hechizo, habría sentido su fría respiración en la nuca.

Cristina llegó a la puerta. El susurro de Víctor subió de intensidad. La criatura

alada levantó la cabeza, alertada por la voz del joven. Se giraba ya hacia él, cuando el reptil descargó un golpe tremendo en su cuello. Víctor cayó hacia delante, como un saco roto. Pero sus labios siguieron pronunciando aquel hechizo, sin inmutarse por el golpe recibido.

Cristina miró hacia atrás, horrorizada. Víctor estaba inmóvil en el suelo. Parecía inconsciente pero sus labios, manchados de polvo, seguían moviéndose, tenaces. El reptil se acuclilló, sin comprender por qué seguía musitando aquellas palabras que sin duda eran el prelude de un hechizo. La criatura alada también estaba perpleja, pero se giró hacia Cristina.

—¡Abre la puerta! —le ordenó.

La joven lo ignoró. Algo extraño le ocurría a Víctor. Las palabras cada vez sonaban más claras, aunque para ella nada significaban. Un resplandor lechoso la rodeaba. Se condensó en su espalda y comenzó a tomar forma. Cristina tardó un segundo en darse cuenta de que una figura humana estaba surgiendo del cuerpo de su amigo.

Era Paula, el fantasma de la casa de la Colina Negra. Salía del cuerpo caído como una mariposa que se librara de su crisálida. Alzó los brazos al cielo y, con un último empujón, salió por completo, elevándose varios metros en el aire. Ya no era Víctor quien pronunciaba aquella letanía sin sentido, sino la propia Paula. Paula, que había estado oculta en el cuerpo de Víctor aunque sin llegar a poseerlo. Tan sólo cuando el monstruo del abismo estuvo a punto de atraparlos había tomado el control de su cuerpo, aunque al final no había sido necesario descubrirse. Víctor todavía era incapaz de acceder a su poder mágico, pero Paula guardaba algunos trucos bajo su manga.

El reptil dio un salto hacia atrás, gruñendo. La criatura alada estaba indecisa, sin saber qué hacer, tomada por sorpresa por la repentina aparición del espíritu. Miraba a Cristina, inmóvil junto a la puerta, para luego volver la vista a Paula.

El hechizo llegó a su fin. Las manos del espíritu estaban rodeadas por dos glóbulos de energía negra. Saltó en el aire, se revolvió a un lado y luego al otro y por último disparó las dos esferas negras, cada una en una dirección. Una chocó contra el reptil y lo hizo rodar por el suelo, gritando de dolor. La otra acertó de pleno en el rostro de la criatura alada, que cayó al suelo cuan larga era, con la cabeza envuelta en una densa humareda oscura, aullando y sacudiéndose las llamas que la consumían.

Los dos monstruos se convulsionaron en el suelo hasta que, de repente y a la vez, se quedaron inmóviles.

El fantasma de Paula se giró hacia Cristina.

—¡Agarra a Víctor y huyamos! ¡No sé cuánto tiempo estarán inconscientes! ¡Y no tengo suficiente poder para volver a tumbarlos!

Cristina asintió con la cabeza y echó a correr hacia Víctor. El joven seguía

desmayado en el suelo, como un muñeco roto. Se agachó junto a él, apretó los dientes y trató de levantarlo. Estaba agotada, pero hasta descansada le hubiera costado cargar con Víctor. El muchacho pesaba lo suyo.

—¡Vamos! ¡Vamos! ¡Vamos! —le urgió Paula, vigilando a los dos engendros caídos.

—¡Estoy en ello! —replicó Cristina. Había pasado un brazo por la cintura de Víctor y trataba en vano de incorporarlo. El joven abrió los ojos y la miró, aturdido. Sus ojos estaban velados por el dolor.

—¿Qué...? —acertó a balbucear, pestañeando con fuerza.

—Oh... Dios mío... —dijo Paula, en un susurro helado.

El reptil oscuro se había puesto en pie. Parecía una marioneta de la que alguien tirara con saña, haciéndola andar aunque estuviera rota. Tenía la cabeza caída hacia un lado y los ojos entornados. La lengua bífida colgaba entre sus labios. Aquel engendro seguía inconsciente; no era su voluntad la que lo animaba.

—Resulta curioso... Tratas de sorprender a alguien y te sorprenden a ti con tu mismo truco... —pronunciaron los labios del lagarto. Una sombra oscura comenzó a salir de su cuerpo. Era como si mil surtidores de humo negro se hubieran abierto de pronto en aquel cuerpo. La neblina negra flotó un segundo sobre el reptil para luego condensarse y formar una figura humana de un tamaño desproporcionado que se inclinó sobre ellos, amenazadora. Venas de sombra y músculos de viento negro latían y pulsaban en aquella tormenta furiosa.

—No... —susurró Paula, completamente aterrada.

—Sí, cariño... —afirmó la Sombra, de su cabeza enorme surgieron dos espirales de humo, solidificándose en forma de cuernos—. Por fin va a terminar esto de una vez...

El final

Cristina echó a correr hacia la puerta, pero un grito de Paula, que volaba sobre ella, la hizo detenerse. Las dos jóvenes miraron sobre sus hombros.

La Sombra atravesaba el patio despacio en dirección a Víctor. Sus garras estaban crispadas de tal manera que habían cobrado la apariencia de grandes garfios. Sus ojos lanzaban chispas de magia pura. Era una montaña de humo negro con forma humana.

El muchacho estaba inmóvil, con las piernas levemente flexionadas y los brazos arqueados hacia atrás, como si se dispusiera a saltar hacia arriba. Parecía minúsculo en comparación con el monstruo que se le acercaba.

Víctor trataba de sentir la Telaraña a su alrededor; la fuerza salvaje de la magia desatada que recorría el mundo.

«Siente la Telaraña. Sírvete de ella», le había dicho Bernabé a su padre. «Alarga la mano y reclama lo que es tuyo».

Víctor la sentía fluir, cosquilleando hasta en el último poro de su piel. La tomó en sus manos, trató de darle forma, de convertirla en una espada con la que poder enfrentarse a la Sombra; pero era inútil, su mente se negaba a hacerlo.

La Sombra había detenido su avance cuando apenas le quedaban cinco metros para llegar a Víctor. Lo contemplaba con expresión entre risueña y maligna.

—Hay que estar preparado para usar la magia, muchacho... Y tú no lo estás...

La inmensa mano derecha de la Sombra salió despedida hacia delante, desgajándose de su muñeca con un sonoro chasquido. Agarró a Víctor sin frenar su impulso y voló hacia arriba, arrastrando al muchacho con ella.

* * *

—*¡Destrozad el cráneo! ¡No hay tiempo que perder!*

Diana rodó por el suelo, burlando por enésima vez la cimitarra del engendro de metal al que se enfrentaba. Se apoyó en una rodilla para tomar impulso y saltó en dirección a otro de los guardianes. Antes de que este pudiera asestar ni un golpe, se coló entre sus piernas, se giró en tierra y saltó sobre la espalda del gigante que ya se volvía hacia ella. Cayó sobre su coraza y con el impulso de su cuerpo lo empujó hacia atrás. El coloso se derrumbó en el suelo.

Aterrizó sobre el embaldosado, con una mano en tierra, el cabello rubio cayéndole desordenado en el rostro y jadeando. El guardián de la cimitarra se cernía sobre ella, a punto de descargar un nuevo golpe. Diana aguardaba el momento exacto para esquivar la acometida, preguntándose si le quedaban fuerzas todavía, cuando el pecho de su adversario estalló hacia fuera y sembró de placas de hierro y roca el suelo. El guardián se desplomó hacia delante y ella saltó hacia la izquierda para no quedar aplastada bajo su peso.

Vio a Bernabé, enarbolando la espada con la que había destrozado al coloso. El hermano gemelo de Eduardo también jadeaba, tan agotado como ella. Por toda la sala estaban esparcidos los restos de los doce guardianes que habían protegido el estanque y el cráneo que este contenía. Bernabé miró a su alrededor, como si no acabara de creerse que la lucha hubiera terminado.

—*¡El cráneo, rápido! ¡Destruídlo!*

La orden de Eduardo en su mente era tan apremiante que comprendió que algo marchaba mal, algo relacionado con los muchachos y la pandilla de monstruos que los acompañaban. Corrió hacia el estanque, con Diana pisándole los talones. Sus pasos a la carrera resonaban en la sala central del segundo laberinto de Dédalo, pero no despertaban el menor eco.

* * *

—Resulta paradójico, ¿no crees? Eres tan pequeño, tan frágil... —siseó la cabeza de Asterio. Hebras de tersa oscuridad salieron de su boca, como salivazos viscosos—. Tu sangre bulle de poder. Y el recipiente es... tan poca cosa... —dijo alzando el puño en el que Víctor se debatía tratando en vano de invocar el arma de familia. La Sombra aumentó la presión y Víctor gritó de dolor.

—*¡Vas a matarlo!* —exclamó Paula, aterrada.

—Nada más lejos de mi intención, chiquilla. Este niño vivirá mucho, mucho tiempo. Su sangre es un tesoro que no se debe malgastar... —la Sombra clavó una de sus afiladas garras en la mejilla de Víctor. Una gota de sangre resbaló por el rostro del muchacho—. Tanto poder... Tanta magia en una sola gota...

Cristina dio un paso hacia atrás y chocó contra la pared. El monstruo giró su cabeza hacia ella. La joven percibió la intensa maldad de aquellos ojos. Casi sintió que la golpeaban al mirarla.

—Abre la puerta, niña. Completa mi felicidad y dame el cráneo.

—*¡No!* —gritó Paula—. *¡El cráneo no está ahí! ¡Os engañamos! ¡Esto era una trampa!*

La Sombra guardó silencio un instante. Víctor trataba de luchar contra las garras

que lo mantenían atrapado, olvidando ya por completo todo intento de invocar el arma de familia.

—Una trampa... —gruñó Asterio—. El caprichoso destino de nuevo me aparta de lo que busco... ¿Pero qué me da a cambio? —y de nuevo la zarpa del monstruo, afilada como un bisturí, se hundió en el rostro de Víctor. El muchacho aulló de dolor —. Nada más y nada menos que la más siniestra de las artes mágicas... —de pronto sus palabras se hicieron ininteligibles. Sus labios negros trenzaban frases en un lenguaje que hacía siglos que no se escuchaba en la Telaraña.

La sangre que manchaba la cara de Víctor comenzó a brillar.

La Magia Muerta regresaba.

* * *

—*¡Romped el cráneo! ¡Ahora!*

Bernabé llegó al estanque a la carrera. Se acuclilló sin apenas frenarse y, cuando iba a introducir el brazo en el agua para romper la urna de cristal y sacar el cráneo, Eduardo, en la casa de la Colina Negra, recordó cómo había acabado Dédalo con Minos.

—*¡No metas la mano en el agua! ¡Es una trampa!*

Pero el aviso llegó demasiado tarde. Bernabé ya había sumergido el brazo en el estanque hasta la altura del codo. Aferraba con fuerza la urna de cristal cuando el agua comenzó a hervir. Su grito resonó en el segundo laberinto de Dédalo tan fuerte, que Eduardo lo escuchó a través del pendiente y, a la vez, por el portal suspendido sobre la caja de plata.

* * *

Y como respondiendo al grito de Bernabé, Víctor volvió a aullar. Eduardo se tapó los oídos, tratando de cerrar el paso a aquellos chillidos que le taladraban la mente. Cristina, aún junto a la puerta, se llevó una mano a la boca. En torno a la Sombra flotaban luces negras y aullaban huracanes. Las palabras que surgían de la boca del monstruo se habían convertido en un cántico. Era una canción terrible, una canción de otros tiempos que había sido creada con el único propósito de destruir. Y Víctor sentía cómo su sangre respondía a la llamada del hechizo. Por sus venas corría magia, magia pura y terrible.

Paula se lanzó hacia la Sombra, murmurando un hechizo de ataque. A medio camino el brazo derecho del monstruo barrió el aire y la palma de su mano abierta golpeó al fantasma como si no fuera más que un mosquito.

Paula salió despedida, se revolvió y consiguió detener su vuelo sin control y girarse de nuevo hacia la Sombra, con el rostro contraído por el dolor. Apenas podía

mover el brazo derecho, entumecido por el potente golpe. Víctor había dejado de gritar. Ahora sus labios se movían al mismo compás que los de la Sombra.

El hechizo estaba a punto de completarse.

La mano de Bernabé se aferraba con fuerza a la urna que contenía el cráneo, a pesar del intenso dolor que trataba de apaciguar musitando entre dientes un hechizo anestésico. Se mordió los labios y sacó la urna del estanque. Una lluvia de agua hirviendo cayó sobre él. Gritó una vez más y lanzó la urna hacia arriba mientras él se desplomaba hacia atrás.

Diana esperó a que la urna llegara a su altura y descargó un potente golpe a la vitrina con la palma de la mano abierta, invocando todo su poder. El cristal y el cráneo estallaron en pedazos.

* * *

—¡NOOO! —aulló la Sombra y soltó al fin a Víctor, que cayó al suelo desde tres metros de altura. El muchacho quedó aturdido, con los ojos muy abiertos, sin poder respirar por el golpe contra el patio.

La Sombra gritaba y se retorció, rodeada aún por los ecos del hechizo fallido. Se echó hacia atrás, llevándose las manos a la cabeza como si la sintiera estallar. Los dos enormes cuernos que habían rematado su impresionante cabeza se desdibujaron y se convirtieron en dos volutas de humo a las que se llevó el viento. El monstruo se retorció. Gritó de nuevo y su voz fue el bramido de un enorme toro herido de muerte. Víctor jadeaba y, tras tomar aire, retrocedió sin levantarse, ayudándose de sus piernas y codos. La caída le había aturdido, pero no parecía tener nada roto. Cristina llegó hasta él y lo ayudó a incorporarse; ninguno de los dos podía apartar la vista de la Sombra. Retrocedieron unos pasos.

Paula lo miraba todo desde lo alto, inmóvil, cubriéndose la boca con la palma de la mano.

El monstruo se derrumbó hacia atrás. Casi no hizo ruido al chocar contra el suelo. Su forma se iba desdibujando ante ellos a toda velocidad. Ya no se parecía, ni remotamente, a un ser humano. Su grito se fue amortiguando hasta convertirse en un seco silbido y luego desaparecer. El demonio apenas era ya consistente; era poco más que una nube que se fuera desintegrando en el cielo después de una tormenta o el humo que sobrevuela un incendio a punto de ser sofocado. Pasado un minuto lo único que quedaba ya de la Sombra era una diminuta voluta de humo negro que ascendió despacio en el aire. Paula se acercó hasta ella, trató de atraparla en su mano pero justo cuando la cerraba en torno al jirón de humo, este desapareció.

—Acabó... —dijo.

«Y sigo aquí», pensó. «No me he ido. No he desaparecido. Sigo aquí...»

—No, no acabó —gruñó la voz gutural de la criatura alada tras ellos, incorporándose despacio—. No acaba nunca. Pero no temáis... —los tranquilizó, al ver que el fantasma comenzaba a preparar un nuevo hechizo de ataque—. No esperéis ningún mal de mí. Habéis vencido... Mi amigo... El que fue mi compañero durante siglos ha muerto. La Sombra ha muerto... Ya no me queda nada... Ni siquiera ganas de vengarme. Hemos compartido un viaje desquiciado y ahora nuestros caminos se separarán... Te lo dije, niño. No volveremos a vernos jamás...

Los dos muchachos y el fantasma se quedaron contemplando a la criatura de alas negras, sin comprender. El monstruo miró hacia el lugar donde había caído la Sombra y luego fijó su atención en la puerta que Víctor había querido que abriese.

—¿Qué hay detrás? —preguntó.

—Muerte... —le contestó Paula.

—He muerto muchas veces... ¿sabéis? Y nunca ha sido la definitiva... La primera vez caí del cielo por acercarme demasiado al Sol... Eso derritió mis primeras alas... Un rey cruel se hizo con mi cuerpo y un demonio me revivió para que lo ayudara a buscar lo que mi padre le había robado... La Sombra me convirtió en lo que soy ahora... Y ahora... sin la Sombra, no soy nada... Y no os imagináis cuántas ganas tenía de no ser nada...

No supieron qué decir. Víctor se quedó mirando al engendro alado hasta que Cristina lo tomó del brazo.

—Vámonos a casa —le suplicó.

El muchacho asintió. Los dos jóvenes echaron a andar. Sobre ellos volaba Paula, sin apartar la vista de la criatura negra. No sentía lástima por ella, aquel monstruo había comandado el asesinato de su familia. Cuando pasaron junto a él, este los miró. El brillo de sus ojos se había apagado.

—No sé qué te deparará el futuro, niño —dijo—. Pero intuyo que está lleno de peligros y pesares... No sé si vivirás o morirás y tampoco me importa demasiado... Pero te daré un consejo, seguirlo o no es asunto tuyo... Cuando mueras no dejes que te hagan volver. No importa lo que te prometan... Mantente muerto.

Víctor asintió levemente.

Ya lo habían dejado atrás cuando la criatura volvió a hablar.

—Y no te acerques demasiado al Sol...

Ícaro los vio salir del patio interior. Luego miró hacia la puerta, suspiró y se dirigió hacia ella.

Reencuentros

Cuando los dos muchachos y el fantasma, siguiendo las indicaciones de Eduardo, llegaron hasta el lugar por donde habían entrado a la selva, se encontraron a Diana y Bernabé aguardándolos allí. No habían tenido el menor problema para abandonar el laberinto de Dédalo: una vez destruido el cráneo, encontraron una salida en un extremo de la sala del estanque que llevaba al portal del despacho. En cuanto lo atravesaron, este se cerró. Bernabé no había querido esperar a que la casa le curara el brazo. De los tres, era el único capaz de abrir portales y quería traer de vuelta cuanto antes a la expedición amazónica; así que Diana le practicó un hechizo de urgencia para que pudiera soportar el intenso dolor y fueron en su busca, aunque antes tuvieron que atender una llamada telefónica no del todo inesperada.

El hada abrazó a su hijo con fuerza mientras Bernabé esperaba más retrasado, con el brazo herido bajo su gabardina. Mascullaba una y otra vez el mismo hechizo anestésico. Estaba muy pálido.

—Me vas a romper... —le dijo Víctor a su madre casi sin poder respirar.

El espíritu estaba radiante, mientras que la muchacha apenas tenía fuerzas para tenerse en pie. Diana limpió los cortes del rostro de Víctor con un pañuelo. Luego se apartó de él y se acercó a Cristina. Por un momento la joven pensó que la mujer iba a abrazarla pero simplemente la miró a los ojos y sonrió.

—Al poco rato de que la Sombra desapareciera llamaron tus padres para ver si sabíamos algo de ti... Están muy asustados. De repente han recordado que tienen una hija y no comprenden cómo han olvidado algo tan importante... Espero que puedas perdonarnos, Cristina —rogó el hada, y en ese instante atrajo a la muchacha hacia ella y la abrazó. Cristina se sintió incómoda sólo un segundo, luego respondió al abrazo con las pocas fuerzas que le quedaban—. Lo siento mucho, pequeña, lo siento mucho... Por nuestra culpa te has visto metida en esta locura... —susurró el hada, acariciando el cabello de Cristina—. Mañana me pasaré por tu casa y hablaré con tus padres. Hay un hechizo muy sencillito que les hará olvidar todo lo que ha ocurrido... Será como si nunca hubieras desaparecido...

Cristina se apartó de ella y la miró fijamente. Le temblaban las manos.

—¿Podrías hacerme olvidar a mí también lo que ha pasado? ¿Borrarlo todo?

Diana suspiró y asintió débilmente.

—Si es lo que deseas puedo hacerlo, desde luego. Y tal vez sea lo mejor. La Telaraña puede ser tan magnífica y benévola como aterradora... Si quieres olvidarlo todo lo comprenderé. Pero sólo has visto el lado malo de este mundo en el que vivimos... Hay otro maravilloso. Sería una lástima que te lo perdieras...

Cristina miró al hada. El corazón le latía con fuerza.

Desvió la vista hacia Víctor y Paula. El muchacho esperaba su respuesta con atención. En el rostro de Paula la alegría había dejado paso a cierta tristeza.

—Pero decídete rápido, muchacha, por lo que más quieras. Estoy a punto de caer inconsciente... —dijo Bernabé tambaleándose junto al portal mágico.

Cristina suspiró, miró de nuevo a Víctor y, tras sólo un segundo de duda, dio su respuesta.

Luego, por fin, se marcharon.

Epílogos

Eduardo detuvo la furgoneta frente a la estación de tren y miró fijamente a su hijo, sentado a su lado. Víctor alargaba ya la mano hacia la portezuela del vehículo cuando su padre lo detuvo con un silbidito.

—Antes de irte hazme un repaso de todo lo que te he dicho...

—No me quitaré nunca el talismán de repulsa. No me acercaré a ningún desconocido ni dejaré que un desconocido se acerque a mí. Y si tengo la sospecha de que algo va mal, me pondré el pendiente y os avisaré. ¿Algo más?

—No. Con eso debería ser suficiente... A no ser que a Bernabé se le ocurra alguna idea nueva para protegerte...

Víctor suspiró. Su tío pretendía que llevara siempre el pendiente en la oreja para así controlar todos sus movimientos. La idea de que sus padres pudieran ver en todo momento lo que estaba haciendo era bastante inquietante. Víctor apreciaba su intimidad y no quería verla invadida de un modo tan exagerado, aunque fuera por su seguridad. Había conseguido que Bernabé no se saliera con la suya, pero por los pelos.

—No me pasará nada, papá... —le aseguró Víctor con una sonrisa.

Eduardo se la devolvió.

—No. No te pasará nada porque vamos a ir con mucho cuidado. ¿De acuerdo?

—De acuerdo... —confirmó Víctor y bajó de la furgoneta.

Cuando Eduardo lo vio entrar en la estación, con la mochila bamboleándose a su espalda, recordó la primera vez que había visto a su hijo: no era más que una bolita de carne rosada en manos de la comadrona que había asistido a Diana en el parto. Recordó el increíble sentimiento de dicha que lo recorrió al abrazar a su hijo y sentir el corazón del niño palpitando contra su pecho. Fue un sentimiento tan fuerte y poderoso que lo dejó aturdido durante días, embriagado de amor como nunca antes había creído que fuera posible. Y, viéndolo desaparecer en la marea de jóvenes que iba rumbo al andén, aquel sentimiento desafortunado volvió a recorrerlo con la misma fuerza de la primera vez.

—No... —dijo, viendo cómo su hijo desaparecía de su vista—. No dejaré que te pase nada malo. Te lo prometo...



La sombra huérfana se irguió en el salón. De algún lugar cercano llegaba la música de un piano. Se deslizó por la pared rumbo al sonido, bajo la atenta mirada del dragón sobre la chimenea. Se escurrió por la rendija de la puerta doble del salón que llevaba al pasillo. La sombra de una mesita plagada de aves de porcelana se hizo a un lado, mirándola ceñuda. Una diminuta garza blanca se asomó por el borde de la mesa y graznó una sola vez en su dirección.

La sombra avanzó por el pasillo hasta llegar al lugar de donde procedía la música. Pero allí no había rastro de piano alguno, tan solo dos mesas que custodiaban la puerta blanca de un baño, una alfombra dorada, un butacón negro y una de las veinte arañas de la casa enfrascada en la tarea de tejer su tela en una esquina del techo. Dio una vuelta por el pasillo, inquietando a las sombras del lugar, pues muchas de ellas ya habían sufrido algún intento de expulsión por parte de la solitaria.

El sonido venía de aquel recodo del pasillo. Estaba segura. Se coló por la exigua separación entre la alfombra dorada y el suelo y descubrió la silueta de una trampilla oculta en el entarimado. Se coló por ella y cayó al sótano de la casa de la Colina Negra. Por un instante tuvo miedo, un miedo atroz. Había sombras horribles en aquel lugar, arremolinadas en torno a una puerta de metal rojo situada en un lateral del sótano. De allí era de donde venía la música. La sombra de algo que llevaba mucho tiempo muerto se levantó amenazante, pero ella se lanzó hacia la puerta de la sala y penetró en su interior.

Era una habitación pequeña, en tinieblas. En cuanto descubrió el piano en el centro de la estancia un escalofrío de infinita alegría la recorrió. Con sumo cuidado, como si pidiera perdón, se colocó a sus pies.

El cautivo de la casa de la Colina Negra siguió tocando el piano, ajeno a la sombra que acababa de invadir su celda. Sus manos aleteaban sobre el teclado como arañas esqueléticas, tocando una melodía tan triste que la sombra del piano se estremeció.



La fortaleza de vidrio era un hervidero de agitación. En la balconada superior de una de las torres se encontraba un hombre alto y fornido, con las manos apoyadas en la baranda de piedra y la vista perdida. Vestía una armadura de plata y su rostro adusto y noble reflejaba una gran fatiga.

—Me lo prometiste, Eduardo. Me lo prometiste... —susurró Daril.

Sus manos apretaron con tanta fuerza la barandilla que sus dedos palidieron y

un trozo de piedra crujió y se quebró. En ese mismo instante una mujer entró en la terraza. Vestía una túnica blanca y acudió a él, cabizbaja, como si el mensaje que tenía que entregarle le causara un gran pesar.

—¿Y bien? —preguntó el hombre, girándose hacia ella.

—Los Arcontes han dado su veredicto... —hablaba en un susurro—. No podemos permitir que el niño caiga en malas manos... Les duele en el corazón pero... —tragó saliva, levantó la cabeza y el caballero vio que tenía los ojos llenos de lágrimas—. El niño debe morir. Van a mandar a los cazadores y quieren que tú los comandes... Kellian, el lobo, ya está allí... Se pondrá a tus órdenes.

Daril asintió.

—¿Han dicho algo de Eduardo y de Diana? —preguntó, con un nudo en la garganta.

—Si tratan de impedir que el mandato se haga efectivo no debe temblar tu mano... El niño debe morir y los que traten de protegerlo también...

El caballero asintió por segunda vez. Cerró los ojos y se llevó una mano al pecho, como si algo, muy adentro, se le acabara de romper en mil pedazos.



Había un hombre azul sentado sobre una roca. Desde donde se encontraba alcanzaba a ver tanto la Colina Negra como el valle. Era un nuevo día y todo a su alrededor le parecía glorioso. Una maravilla digna de contemplar. Se sentía eufórico, pleno. Quizá fuera porque el aire de la mañana le traía el dulce aroma de la sangre del Mestizo. O quizá porque la espera había llegado a su fin. Ya había visto todo lo que tenía que ver. Había estudiado la casa de la Colina Negra y se había hecho una idea de lo tremendo que era su poder, y del gran esfuerzo que iban a tener que realizar para destruirla. También había visto al lobo negro acechando al Mestizo y sabía que pronto, muy pronto, los Arcontes mandarían a sus tropas para intentar capturar o asesinar al niño. Toda la Telaraña empezaba a mover sus piezas en la Colina Negra. El tablero estaba dispuesto y los jugadores comenzaban a llegar, uno a uno.

Sí. Había llegado la hora.

El Hombre Venenoso se levantó despacio. Lanzó una Voraz dentellada al aire y un cuervo rojo apareció de la nada. El ave esponjó sus plumas, graznó y echó a volar tan rápido que se convirtió en una centella escarlata.

—Que vengan todos —gruñó el hombre azul. Con cada una de sus palabras invocaba un cuervo rojo que partía al instante, tan veloz como el primero—. Prenderemos fuego al mundo y luego devoraremos las cenizas. Que vengan todos. Llamadlos. Que los dormidos despierten. Que los muertos se levanten de sus negras

tumbas. Llamadlos a todos. Que vengan a la Colina Negra. Que estalle la guerra.

* * *

Víctor subió al tren y se abrió paso entre los jóvenes que buscaban asiento hasta encontrar a Cristina, que se hallaba junto a la ventanilla y con un asiento libre a su lado. La joven le dedicó una sonrisa y palmeó el hueco libre.

—¡Buenos días! ¡Te estaba guardando sitio!

Víctor se dejó caer pesadamente a su lado y una nube invisible con olor a coco le rodeó al instante.

—Pues muchas gracias —dijo él y bostezó con ganas, tapándose la boca con la palma de la mano.

—¿Qué tal por la casa? —le preguntó Cristina—. ¿Todo bien?

Víctor bajó la voz para que sólo ella pudiera escucharle:

—Tranquilo... —contestó. Ella le miró arqueando una ceja y él soltó una carcajada, sintiéndose invadido por la irrefrenable alegría de tener, por fin, alguien con quien compartir sus secretos—. Hoy los pasillos de la casa estaban llenos de flores y por todas partes había arco iris... Mi tío ha dicho que todo aquello le parecía una cursilada suprema, y cuando ha pasado cerca de la chimenea el dragón le ha soltado tal rugido que casi se ha caído al suelo del susto... Mi madre se ha muerto de la risa... —la miró a los ojos y sonrió—. Y me ha pedido que te diga que subas después de clase... Y créeme, es malo hacer enfadar a un hada.

—Lo pensaré —respondió ella, sabiendo que finalmente aceptaría. Tal vez no hoy ni mañana. Pero tarde o temprano, volvería a la casa de la Colina Negra.

La magia había irrumpido en su vida y ya no había vuelta atrás.

* * *

La Colina Negra estaba envuelta en el aire helado que había traído consigo el primer día de diciembre. El rumor de las hojas de los árboles era un susurro incompleto, el murmullo de alguien que cuenta un secreto muy importante a una persona muy querida.

La casa aguardaba, expectante. Había llevado a cabo cambios sutiles en su estructura, cambios que habían pasado inadvertidos por sus ocupantes. Estaba protegiéndolos, preparándose para fuera lo que fuera aquello que iba a suceder. Las voces que le llegaban de la Telaraña venían siempre con la misma cantinela:

«Cuidado. Cuidado. Se han puesto en marcha. Buscan al niño y no se detendrán hasta conseguirlo». Y la casa esperaba, con un brillo mortecino hasta en la última de sus ventanas. En otro tiempo, bajo el gobierno del hombre que ahora estaba cautivo en la prisión del sótano, se había visto obligada a hacer cosas terribles, cosas que la perseguían en sus pesadillas y que se había jurado no volver a realizar. Pero ahora revocaba esa promesa. Si alguien trataba de hacer el menor daño a la familia que la habitaba, conocerían la medida exacta de su poder.

Diana, en la cocina, levantó la cabeza, sobresaltada de pronto. Abandonó las pociones que estaba preparando y salió fuera seguida por Paula, que había estado deambulando por la cocina perdida en sus pensamientos. Todavía no comprendía por qué no había desaparecido tras la destrucción del cráneo. Eduardo le había dicho que no debía preocuparse, que la Telaraña era caprichosa con los fantasmas. Quizá todo se reducía a que ella no deseaba desaparecer, al menos no por el momento.

Sentía que lo que fuera a ocurrir en la casa de la Colina Negra era responsabilidad suya. Y no quería marcharse hasta que todo aquello acabara.

Bernabé estaba sentado en el último peldaño de la escalera del porche, con una taza de café caliente entre sus manos mientras el ratón del jersey rojo trataba de trepar por su pantalón. El hombre tenía la vista perdida en la distancia y hacia allí miraron Paula y Diana. Sobre la línea del horizonte se estaba formando una gran oscuridad, parecía como si todas las nubes negras del mundo hubieran sido citadas allí.

—Se acerca tormenta... —afirmó el fantasma.

De pronto el aullido de un gran lobo llegó desde las faldas de la colina. Era un aullido lastimero y terrible. Un aullido que no presagiaba nada bueno.

Bernabé sonrió.

—¿Sabéis una cosa? —dijo—. Tengo muchas ganas de saber qué va a pasar ahora.

Fin

Agradecimientos

A Carmen Pila, por ayudarme con las correcciones. A Marina y a Javier por pintar de colores la Telaraña. A los tripulantes del Nautilus, por escribir su mejor capítulo, uno que ni siquiera está en el libro. A Natalia, porque lo ha leído más veces que nadie y siempre ha estado ahí para ayudarme. A las lunas tumbadas, los faros, las hadas y a las estrellas fugaces que se dejan caer del techo de mi habitación.

Gracias a todos.